MARTIN

AMIS

Niños Muertos

Los habitantes de la rectoría de Appleseed —el rubio y elegante Quentin y su esposa Celia, ambos de muy buena familia, la bella e inteligente Diana, el bufonesco Keith, el ansioso y rico Giles— se han dispuesto a pasar un fin de semana muy excitante en compañía de sus invitados, un trío de americanos que no sólo viajan, sino también duermen juntos. Hay drogas en abundancia y está previsto que se practiquen intercambios sexuales e intelectuales. Pero los jóvenes hedonistas no han contado con la intrusión de los «niños muertos», esos horribles grumos de realidad que todos se esfuerzan por ignorar, ni con un misterioso bromista oculto entre ellos y cuya idea de la diversión es curiosamente siniestra…

Martin Amis

Niños muertos

Título original: *Dead Babies*
Martin Amis, 1975
Traducción: Marta Heras, 2010

-

Revisión: 1.0
)¡(19/04/2022

Para Julie

NOTA DEL AUTOR

No sólo todos los personajes y escenarios descritos en este libro son completamente ficticios; también lo son la mayor parte de los datos técnicos, médicos y psicológicos. Mi máxima en este trabajo ha sido la siguiente: puede que no tenga demasiados conocimientos científicos, pero sé qué es lo que me gusta.

M. A.

Londres,
octubre de 1974

… y así incluso cuando [el autor satírico] presenta una visión del futuro, no se ocupa de profecías, de igual forma que su tema no es el mañana…, es el presente.

MENIPO DE GADARA

PERSONAJES PRINCIPALES

Los de Appleseed

EL HONORABLE QUENTIN VILLIERS: alto, rubio, elegante, fino.
ANDY ADORNO: alto, moreno, pendenciero, agresivo.
GILES COLDSTREAM: pequeñajo, de pelo claro, rico, angustiado.
KEITH WHITEHEAD: muy pequeño, muy gordo; el enano de la corte de la rectoría de Appleseed.
LA HONORABLE CELIA VILLIERS: robusta, apocada, sincera, esposa de Quentin.
DIANA PARRY: morena, angulosa, regañona, novia de Andy.

Los americanos

MARVELL BUZHARDT: pequeño, velludo, autoritario, judío.
SKIP MARSHALL: alto, cetrino, lento hablar, sureño.
ROXEANNE SMITH: bien formada, pelirroja, americana.

Otros

LUCY LITTLEJOHN: cabellos plateados, jovial, una puta con un corazón de oro.
JOHNNY: un bromista.

Primera parte. Viernes

1. ALLÁ VAMOS

Había cinco dormitorios

En la suite principal, Giles Coldstream se arrastraba por el suelo a cuatro patas mientras buscaba el teléfono y se apretaba fuertemente la boca con las dos manos. Por fin, el rizado cable verde le llevó hasta un montón de botellas de ginebra vacías que había debajo de su mesa de trabajo. Todavía con la palma de la mano izquierda sobre los labios, Giles tiró del cable, tropezó y se quedó agachado, y luego marcó dos cifras.

—Póngame con el doctor Wattman. Rápido. El doctor Sir Gerald Watt…

Pero, mientras hablaba, un diente con la forma y el color de una patata frita resbaló por su lengua y cayó sobre el auricular de baquelita, produciendo un golpeteo hueco.

—Por favor, dese prisa.

—¿Con qué número le pongo? —preguntó una voz femenina.

—Por favor. Estoy…, todos se han…

Y entonces empezaron a caer en cascada de su boca, uno detrás de otro, como un collar roto o las ondulantes teclas de un piano.

—¿Con qué número le pongo? —repitió la voz.

Giles dejó caer el teléfono. Sus manos se agitaron frenéticamente en el interior de su boca, intentando mantenerlos allí, intentando volver a ponerlos en su sitio. Tenía la cara reluciente de Lágrimas, y una burbuja de sangre le asomó entre los labios.

—Mis dientes —dijo— Ayuda, por favor. Se me han caído todos.

El dormitorio que había al otro lado del pasillo no era quizás tan grandioso como el de Giles, pero era amplio y estaba bien amueblado, y tenía una vista bastante buena de la calle del pueblo y de la suave elevación de las colinas al fondo. El Honorable Quentin Villiers estaba sentado a la mesa que ocupaba el hueco de las ventanas salientes. Era rubio y enjuto, llevaba un par de pantuflas de piel de serpiente y le cubría una fría bóveda de luz moteada de polvo procedente de la lámpara del rincón, que sumía en espesas sombras la habitación a sus espaldas, ocultando a medias el cuerpo

desnudo de una chica dormida en la cama. Entre los muslos dorados de Quentin anidaba *Le Neveu de Rameau*, de Diderot. Cerró el libro, apagó el cigarrillo y cogió una pastilla blanca de la cajita que tenía abierta encima de la mesa. La lanzó al aire con un golpecito, echó la cabeza hacia atrás y atrapó en la boca el brillante cilindro. Esperó a que la saliva se llevara el sabor.

El Honorable Quentin Villiers se puso de pie. A través de las cortinas medio descorridas observó la carretera del pueblo, que iba adquiriendo un color grisáceo en el tranquilo amanecer. Su reflejo en el cristal de la ventana empezó a desvanecerse: el pelo rubio y ondulado, los labios delgados, los ojos verdes y anormalmente brillantes. Cuando apagó la lámpara, el resto de la habitación pareció iluminarse.

—Cariño, cariño, despierta —dijo Quentin, masajeándole la espalda para devolverla a la consciencia—. Soy yo…, soy yo.

Celia Villiers se removió y guiñó los ojos en un gesto de reconocimiento. Quentin abrió las sábanas con cuidado y contempló sus pechos con reverencia, acariciándole la garganta imperceptiblemente con las puntas de los dedos.

—Te quiero —susurró.

—Gracias. Yo también te quiero.

Unos minutos más tarde Quentin se tumbó de espaldas. La cabeza de Celia, con su melena castaña, desapareció mientras realizaba su lento y sacramental recorrido por el pecho de Quentin. Entonces, con una expresión de calma exagerada, Quentin se dio la vuelta y se puso a mirar fijamente al techo mientras ella le empapaba el estómago con sus lágrimas.

El tercer dormitorio del primer piso, el más pequeño de todos, sólo estaba separado del que acabamos de abandonar por una delgada pared de yeso y contrachapado. Así pues, el sonido de las actividades amorosas de los Villiers atravesó el tabique como si fuera un equipo de alta fidelidad, despertando a Diana Parry, el miembro de la pareja contigua que tenía el sueño más ligero.

Después de recobrar la conciencia, un estado del que nunca parecía alejarse demasiado, Diana se incorporó sobre un codo y observó con una involuntaria punzada de dolor la nuca de Andy Adorno, cubierta de un cabello tan oscuro y brillante como el suyo, y las marcas de nacimiento de sus anchos hombros, que recordaban

a las de un gitano. A medida que los gritos tiroleses con los que Celia expresaba su agradecimiento se hacían más frecuentes y audibles, Diana empezó a contar los puntos negros que había entre los omóplatos de Andy. Lo hacía con ánimo hostil, porque Andy no le había hecho el amor la noche anterior. Los ruidos procedentes de la otra habitación se hicieron más discordantes y ambiguos. Diana pensó que ese sonido siempre resultaba espantoso y bastante inhumano.

Andy se dio media vuelta en sueños, y un olor a toallas húmedas, su olor, resbaló por la cama. Diana observó, sintiendo una fugaz satisfacción, que tenía la cara de color vainilla y que respiraba entre estertores. Levantó la sábana de arriba para observar su panza llena de whisky, que se hinchaba y se deshinchaba pacíficamente.

Diana volvió a dejar caer la sábana. Andy tenía una erección retozona y alcohólica. Le observó con desprecio.

Salió de la cama con cuidado y cogió su kaftán de seda color cereza y su neceser cúbico. Pisó una guitarra rota y se abrió paso hábilmente entre la batería y el pie del micrófono. En la habitación contigua, el cuarto de baño, puso el neceser encima de la tapa cerrada del inodoro y llenó el lavabo de agua. Con manos que eran como pequeñas aletas rígidas empezó a lavarse la cara.

El dormitorio del segundo piso todavía no está ocupado, y por tanto no es necesario que nos detengamos aquí mucho tiempo. Es un ático con el típico techo bajo, en el que persiste un aire de abandono y melancolía, a pesar de los recientes esfuerzos que evidentemente se han hecho para habilitarlo. Debajo de la pequeña ventana hay dos camas individuales, una al lado de la otra, recién hechas con sábanas dobles. Hay una botella de Malvern Water y *tres* vasos sobre la mesilla. Un gran peluche de color turquesa descansa sobre las almohadas, con los miembros desparramados y la boca congelada en una impúdica sonrisa, frenética e idiota, como una especie de regalo de bienvenida.

En el quinto y último «dormitorio», que en realidad no es más que una fétida caja de un metro cuadrado situada entre el garaje y el cuarto de la caldera, Keith Whitehead yacía sobre sábanas de papel de lija, tirándose pedos como un loco.

Allá vamos.

Whitehead es un joven casi ridículamente poco atractivo: por ejemplo, es prácticamente un enano. Siempre que alguien quiere decir algo amable sobre su aspecto suele recurrir a la frasecita «tienes un colorido muy agradable», con lo que se refiere a sus cejas oscuras y a su pelo fino y rubio. Una vez admitido esto, no hay nada más digno de alabanza en toda su repugnante persona: el ralo felpudo pajizo sobre una máscara de acné aplastada y malhumorada; el pequeño torso melancólico y protuberante y los miembros repulsivamente truncados; la textura entumecida y cadavérica de todo el conjunto.

Cuanta más ropa le quitaras, más traumático resultaba el espectáculo. En una ocasión, su hermana (igual de gorda, pero mejor proporcionada) tuvo un ataque de histeria al sorprenderlo en el baño. Una vez que entró en la piscina municipal de Wimbledon, dos quinceañeras se pusieron a vomitar en la parte menos profunda (cuando fueron interrogadas, dijeron que lo habían hecho ante el espectáculo de los peludos copetes que adornaban los pezones de los opulentos pechos de Keith; acto seguido, Whitehead fue expulsado de allí de por vida). En los chequeos del colegio, los médicos habitualmente se negaban a ponerle las manos encima, y el profesor de gimnasia amenazó con presentar la dimisión si Keith volvía a poner los pies en su gimnasio. Como para no desmerecer de estos defectos corporales, el carácter de Keith está absolutamente desprovisto de inteligencia, encanto y generosidad. Lo que es más, Whitehead se muestra enormemente agradecido por este estado de cosas, dándose cuenta perfectamente de que, en opinión de casi todo el mundo, sería mucho mejor que estuviera muerto.

Pensó en todo esto ahora, mientras se arrastraba fuera de las mantas y se sentaba balanceándose sobre el camastro, ataviado con su maloliente pijama, despertándose por centésima vez en esa casa llena de gente alta y acaudalada. Keith tenía hambre; su estómago retumbaba con tanta fuerza que empezó a chillarle para que se callara. Eran las ocho de la mañana. Lo más probable es que los demás no se hubieran levantado todavía, así que tendría la cocina para él solo. Se levantó y, después de pensárselo un poco, se puso su bata, una atrocidad de color marrón de un tejido parecido al tweed que sus padres le habían comprado en cuanto se dieron cuenta de

que no se le iba a quedar pequeña. Mr. y Mrs. Whitehead habían supuesto —en realidad contaban con ello— que su hijo crecería algunos centímetros más; esta precaución resultó innecesaria, y la pesada tela se arrastraba abundantemente e iba barriendo el suelo a su paso. Pero Keith tenía hambre, y le horrorizaba aún más su ropa, las pequeñas prendas mugrientas para las que sabía que estaba demasiado gordo, que el riesgo de ser sorprendido arrastrando el culo por la casa sin sus botas de tacón alto. En zapatillas, por lo tanto, Keith Whitehead abrió la puerta de su «dormitorio» y se deslizó hacia la casa atravesando el garaje.

2. LA RUTINA

Y así, cuando Giles Coldstream entró en la cocina, Whitehead ya estaba allí. Se miraron, momentáneamente alarmados. Keith estaba sentado a la mesa, arrebolado y sin aliento, ya que acababa de darle una paliza a La Mandarina, la gata persa bronquítica de Celia.

—Hola —dijo Giles, sintiéndose impresionado, y no por primera vez, por la relativa corrección de la dentadura de Whitehead.

—Hola —jadeó Keith.

Giles se sentó con cuidado al lado de Keith y le miró a la cara unos instantes; luego apartó la mirada.

—Sabes, esta noche he tenido mi sueño recurrente, uno muy fuerte —dijo. Lo dijo con cierta sorpresa; hasta entonces nunca le había hablado a nadie de sus sueños. ¿Por qué se lo había contado al pequeño Keith, entonces? Hasta ese momento la mañana había sido monótonamente rutinaria. Giles se había despertado como de costumbre, su lengua había recorrido el interior de su boca, deslizándose como un pez; había comprobado en el pequeño espejo para afeitarse que tenía junto a la cama que todos sus dientes seguían en su sitio y había atravesado a toda prisa la habitación, hasta la enorme y vibrante nevera, donde le esperaba su jarrita de Bloody Mary para el desayuno. Giles decidió que tendría que haber bebido más antes de aventurarse en el piso de abajo. Siempre se mostraba indiscreto cuando estaba sobrio.

—¿Qué ocurrió —preguntó Keith—… en tu sueño recurrente?

—Oh. Se me volvieron a caer todos los dientes.

Whitehead frunció el ceño amablemente.

—Creo que eso tiene que ver con el miedo al fracaso sexual. Es un sueño sexual, que se te caen todos los dientes.

—No, no lo es —protestó Giles—. No en mi caso.

—¿Y qué es lo que quiere decir en tu caso?

—Quiere decir que se me caen todos los dientes.

—Ah. ¿Cómo lo sabes?

—Porque siempre hacen lo mismo.

—¿Qué hacen?

—Caerse.

Giles se levantó y se acercó al escurreplatos, aferrándose a él con las dos manos. Lo contempló con ojos vidriosos.

—Ah, ya —dijo Keith.

Giles se estremeció un poco.

—Pero prefiero no volver a hablar de esto —dijo—. Nunca más. Si no te importa.

Keith se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo—, A mí me da igual.

El agua empezó a hervir. Giles retrocedió lentamente mientras el vapor se condensaba en su brazo.

—Ah, mi café ya está listo —dijo Keith Whitehead.

Keith estaba enjuagando una taza de café cuando La Mandarina había empezado a rondarle con su aire distinguido. Whitehead suspiró al oír su amistoso maullido. Sabía que La Mandarina no pensaba más que en el Jellymeat Kat. Keith se puso a frotar desdeñosamente la taza con un trapo. El no pensaba dar de comer a la gata de Celia ni de coña.

Fue entonces cuando La Mandarina cometió su gran error. Con un ronroneo afónico husmeó por debajo del paquete de tweed de Keith y empezó a deslizarse, dibujando ochos por entre sus pies y haciéndole cosquillas en las piernas con su suave piel.

Los sobacos de Whitehead entraron en acción.

—Muy bien —dijo.

Mientras mantenía a La Mandarina suavemente sujeta entre sus pantorrillas gordas y blancuzcas, Keith hizo un nudo en el trapo de los cacharros y lo empapó en el grifo abierto. Después se abrió la bata; La Mandarina le miró con sus ojos húmedos y afectuosos, y Keith le dio un buen golpe en pleno morro. A partir de ese momento reinó la confusión. Cuando La Mandarina se deslizó aterrada fuera del wigwam de tweed, Keith giró sobre sí mismo, la envió de una patada al rincón y se acercó, balanceando el paño empapado. Dos minutos después, tras aporrear y acosar a La Mandarina por toda la cocina, Keith la sacó por la puerta levantándola en el extremo de su zapatilla, demasiado exhausto para continuar.

—¿Vas a tomar algo, Giles? —preguntó Keith.

Giles consideró por un momento la posibilidad de tomarse un huevo pasado por agua. No le atraía la idea. Por el momento no quería tomar nada sólido.

—No, en realidad he bajado para coger una lima. —Mejor dicho, se proponía utilizar esta fruta para preparar un poco de gin-rickies, una nueva bebida sobre la que había leído algo.

Keith iba a tomar algo. Creía que probablemente se moriría de no hacerlo. Llevaba tres días sin comer y los tímpanos que retumbaban en su estómago se ponían cada vez más pesados.

—Hay un montón de beicon —insistió Keith—. En el paquete pone que caduca mañana, así que será mejor que nos lo acabemos. ¿Quieres un poco?

Giles retrocedió como ante una amenaza física. El beicon era uno de los alimentos que más le disgustaban, no sólo por su dureza sino también por su textura: esos pequeños nudos de cartílagos y pellejos que podían tomarse tan fácilmente por coronas, empastes, puentes que se habían caído, o incluso (¿quién sabe?) por dientes de verdad. No. A Giles le gustaba saber qué es lo que se metía en la boca, gracias. Lo sentimos mucho, pero en otra época Giles se había tragado uno o dos empastes y no estaba dispuesto a permitir que volviera a ocurrirle. (En una ocasión se quedó colgado en Blackfriars en una lluviosa tarde de marzo; estaba hambriento y no llevaba sus tarjetas de crédito, y había entrado disimuladamente en Trims, una cafetería de comida natural, donde se pasó como una hora y tres cuartos intentando comerse una croqueta de almendras, clasificando y separando cada mordisquito con la lengua antes de tragárselo.)

—No, *claro que no* —dijo—. No, la verdad es que no me apetece tomar nada.

—Bueno, entonces me parece que voy a tomar un poco —dijo Keith vorazmente.

—Y dónde puede haber… una lima.

—No estoy seguro. —Whitehead separó cinco tiras de beicon y las puso en la parrilla—, Giles, ¿sabes algo de la gente que va a venir a pasar el fin de semana?

—No. No sabía que iba a venir alguien. Además, ¿qué día es hoy?

—Es viernes. Sí —prosiguió Keith—, son unos amigos de

Quentin. Americanos, me parece. Y también… Lucy Littlejohn.

Giles estaba debajo del aparador, revolviendo entre las cajas de madera.

—¿Ah, sí?

—Por lo visto —dijo Keith—, No sé nada de esos americanos. ¿Tú…, tú conoces a Lucy Littlejohn?

—Mmm, un poco —murmuró Giles.

Keith pinchó el beicon con un tenedor.

—He oído decir que es…, Quentin y Andy me contaron…

—¡Mira, aquí está La Mandarina! —dijo Giles, volviéndose de cuclillas hacia la gata persa y acariciando su plateado lomo arqueado—. ¿Cómo *estás*, Mandarina? ¿Le has dado de comer, Keith?

—Sí.

—Oh, no, *ya* te han dado de comer, Mandarina. Sí, Keith *ya* te ha dado la comida.

Whitehead apoyó el peso de su cuerpo sobre un pie y luego sobre el otro.

—Porque Quentin y Andy dicen que Lucy es algo serio. Que es… toda una ninfómana.

—¿Qué quieres decir exactamente?

Keith carraspeó.

—Sólo que se tiraría a cualquiera.

—Ooh, no sé si a «cualquiera» —dijo Giles con aire dubitativo; él también se la había tirado.

—Andy se la ha tirado, Quentin se la ha tirado…

—…*Yo* me la he tirado —intervino Giles.

—Brian Hall y toda esa pandilla se la han tirado.

—Bob Henderson y toda esa pandilla se la han tirado —dijo Giles—. Sí, supongo que sí, que folla con bastante gente. Cy Harling y toda esa pandilla se la han tirado.

Whitehead, que no se había tirado a casi nadie, no se la había tirado, y su sueño era hacerlo ese mismo fin de semana. Por tanto, dijo bruscamente:

—Creo que tiene no sé qué enfermedad venérea. —Era una treta para disuadir a Giles de que se la tirara.

—¿De verdad? —preguntó suavemente Giles, con la cabeza todavía oculta debajo del aparador. Normalmente esta noticia le

habría causado una considerable alarma retrospectiva. Pero últimamente estaba perdiendo interés por el sexo.

—Eso dicen —dijo Keith.

—Bueno —preguntó Giles, enderezándose—, ¿y quién no tiene algo hoy en día?

Por fin, Giles encontró su lima y Keith terminó de freír el beicon. Giles se dirigía a la puerta cuando se cruzaron, arrastrando los pies; entonces se paró de repente y se quedó mirando al pequeño Whitehead de arriba abajo.

—Oye —observó sagazmente, inclinando la cabeza—, eres mucho más bajito sin las botas. —Volvió a mirarlo de arriba abajo, aparentemente impresionado por sus propias dotes de observación —. Y también más gordo. La verdad es que no me había dado cuenta —dijo, como si le estuviera revelando a Keith algo que le iba a interesar mucho y que se sentiría agradecido de saber—, de lo bajito y gordo que eres.

Cuando Giles se marchó, Keith dio un manotazo al plato que había sobre la mesa, una patada a la atenta Mandarina, cerró los ojos y, agitando los labios, dejó escapar un largo y fétido suspiro.

3. PARECE DIVERTIDO

Celia se incorporó de repente en la cama, se apretó las rodillas contra los pechos, ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Qué vamos a hacer con ellos cuando lleguen?

Quentin Villiers volvió a colocar las sábanas para taparse la mitad inferior del cuerpo. Lo hizo con bastante nerviosismo, pero su voz no perdió su tono afable y melodioso.

—Prefiero esperar a ver en qué estado se encuentran. Se habrán pasado toda la noche conduciendo y seguro que se han puesto hasta arriba de anfetaminas.

—Creo que les voy a preparar un buen desayuno —dijo Celia.

—¿Un buen desayuno? ¿Un «buen» *desayuno*? Amor mío, a veces eres tan deliciosamente *extravagante*. Tomarse un buen desayuno… sería como acostarse con pijama o leer una novela inglesa.

—Cariño, no quiero que me tomes el pelo.

—Bueno, cariño mío, *desde luego*. No. He pensado que sería mejor hacer un picnic. Puede que les divierta… —Quentin señaló con la mano abierta la luz que se iba congregando detrás de las cortinas del dormitorio—. Va a hacer un día excelente y, además, a mí también me gustaría tomar un poco el aire.

Celia se dejó caer pesadamente al lado de su marido y le acarició el cuello con sus grandes labios magullados.

—Has estado despierto toda la noche, ¿verdad?

Quentin dejó escapar una bocanada de humo y asintió con un lento movimiento.

—¿Haciendo qué?

—Cultivando la vida del espíritu.

—Ahora no duermes casi nunca, ¿verdad?

Quentin aspiró una bocanada de humo y negó con un lento movimiento de la cabeza.

—Hago lo posible por evitarlo. Me parece tan aburrido.

—¿Quentin?

—Celia.

—¿Es cierto que se lo montan los tres juntos?

—Desde luego. Cómo, ¿es que nunca lo has hecho en un grupo de tres; eso que creo que llaman un *ménage a trois*?

—Nunca —dijo Celia—. Ni siquiera en mi época de vida disoluta. ¿Y tú?

—No, yo tampoco, por extraño que parezca. Por cierto, seguro que intentan reclutarnos.

—Pero no lo haremos, ¿verdad? —dijo Celia, acurrucándose más contra él.

Quentin disimuló un suspiro, no sabemos si de pesar o de impaciencia, emitiendo una bocanada de humo de su cigarrillo.

—Claro que no —dijo.

—¿Y los demás?

—Una excelente pregunta. —Arregló las almohadas detrás de su cabeza para colocarse en una posición todavía más ventajosa—. Estoy totalmente seguro de que Andy lo hará si le dan la más mínima oportunidad. Diana no estoy seguro. No creo que Giles sienta ningún interés por el asunto. El pequeño Keith probablemente estaría dispuesto a ser desvirgado por Marvell y Skip si pensara que eso le da una oportunidad de poseer a Roxeanne, lo que, por otra parte, en mi opinión, no será el caso. Roxeanne es bastante «católica» en sus gustos, pero ¿y en el caso más bien repugnante de Keith…? —Quentin agitó la muñeca con languidez.

—¿Y ese personaje, Lucy Littlejohn?

—¿Ese personaje? Amor mío, hablas como si tuviera cuarenta y cinco años. Es una personalidad pintoresca, pero no es ni de lejos un personaje.

—Es una antigua pasión tuya, ¿verdad?

—No fue más que una chispa, un poco de carbonilla —protestó Quentin.

Celia se relajó y el momento pasó.

—Parece divertido, ¿no crees, cariño? —dijo—, ¿dos hombres y una mujer? Dos mujeres y un hombre parece algo más plausible…, sin embargo. ¿Qué es lo que *hacen* entre los tres?

—Lo hacen casi todo en una silla, por lo que he podido comprender. Marvell (el pequeño) se sienta en el regazo de Skip (el grande) y se empala en él, y luego Roxeanne se empala sentada *de frente* en el regazo de Marvell, para poder besarlos a los dos por turnos. Me imagino que tiene que resultar terriblemente

emocionante para Marvell.

—Mmm.

—Tienen algunas variaciones bastante barrocas, lo que llaman *soixante-neuf et six*, pero ése es el tema principal. —Quentin abrió la boca en uno de sus poco frecuentes bostezos—. Hablan de ello con toda franqueza. Puedes pedirles más detalles cuando lleguen.

—Mmm. Sí que parece divertido, de todas formas, ¿verdad?

—Sí —dijo Quentin—, supongo que sí.

En la habitación contigua, Andy Adorno se despegó los párpados adhesivos y contempló con cierta desgana a Diana, tumbada boca abajo frente a él, con el kaftán de color cereza tapando aquí y allá su piel de un perenne color oliva. Diana pasó una página de la revista que estaba leyendo y le echó una mirada. Andy volvió a cerrar los ojos. El sabor a escalones de piedra polvorientos que oprimía sus sentidos se intensificó al percibir una maloliente vaharada de agua de colonia.

—¡Joder! —murmuró.

Diana pasó otra página y dijo:

—Te he traído café y tostadas.

Andy supuso correctamente que esos alimentos tenían la misión de humedecer su boca y endulzar su aliento. Por el rabillo de un ojo estrecho y enrojecido volvió a mirar a Diana, observando su. discreto maquillaje y el pelo negro vigorosamente cepillado, por el que Diana estaba pasando ahora la mano mientras volvía otra página.

—¿A qué viene tanto glamour? —preguntó.

—Sólo me he lavado un poco.

Andy se incorporó unos centímetros, su cara oscura tenía pliegues de remordimiento. Dijo:

—Mierda…, café. —Suspiró—, Y supongo que ahora quieres que te folie, ¿no?

Diana le pasó la taza, asintiendo.

—Estupendo. Porque *yo* —dijo Andy, dejando la taza en la mesilla de noche e incorporándose— ¡me siento de *puta pena*! — Jugueteó con su cara entre las manos; tenía los dedos rígidos.

Luego se volvió hacia ella y añadió, en un tono más suave:

—Y, de todas formas, nunca hago lo que no quiero hacer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¡Ooh, mi puta *cabeza*! —rugió Andy; se levantó de la cama de un salto y salió dando traspiés de la habitación. Diana le oyó aporrear con violencia la puerta del cuarto de baño—. *¡Mierda!* ¿Quién está ahí *dentro*?

Keith se puso tenso en el asiento del inodoro. Llevaba quince minutos allí, sudando de estreñimiento.

—Soy Keith.

—¡Keith! No te *atrevas* a volver a usar este baño. —Andy se agitaba impaciente—, ¡Mueve el culo!

En respuesta, las nalgas de Keith dejaron escapar un fuerte alarido al expulsar de golpe medio litro de aire. Andy y él jadearon, asustados.

Vaya si ese horrible aullido procedente del trasero de Whitehead fue oído por todos los que estaban en la casa: por Giles, que estaba echando zumo de lima en un vaso helado; por Celia, que ordenaba sus cosméticos; por Quentin Villiers, que se estaba subiendo la cremallera de su descolorida camisa tejana, y por Diana, tumbada en la cama, que miraba fijamente a la pared con ojos fríos y sin pestañear.

4. BONITOS DARDOS

Procedamos, entonces, a ilustrar las dificultades a las que nos enfrentamos.

En el espacio de media hora, tres conversaciones se desarrollaban simultáneamente.

Una.

Cuando se dirigía a la cocina para buscar otra lima, Giles Coldstream vio al pequeño Keith en el más pequeño de los dos saloncitos separados por un tabique, hojeando con aire cansado el ejemplar de *Televisión Weekly* que habían traído en el correo de la mañana. Giles asomó la cabeza por la puerta.

—Eh, Keith, ¿dan algo bueno hoy? No me acuerdo.

—Sí, un montón de cosas —dijo Keith.

Giles y Keith se sentaban muchas veces delante de la televisión, juntos y en silencio como dos viejos, a última hora de la mañana y de la tarde; Giles lo hacía porque más de una vez se daba cuenta de que no estaba pensando en sus dientes, y Whitehead basándose en un principio más general, el de que sin duda eso contribuiría a mantenerle cuerdo.

—Dan *Imbroglio* a las once, eso seguro —dijo Keith—, Ayer no lo viste, ¿verdad?

—Sí que lo vi. No —dijo Giles—. Me lo perdí, es verdad. ¿Qué pasó?

—Bueno, el tipo que no se tiró a la mujer del fotógrafo volvió con la amante de su hijo.

—Ah, ya. Pero… —Giles empezó a fruncir el ceño— ¿y Jimmy?

—¿Qué pasa con él?

—Jimmy. El novio de la hija de la amante.

—Ya sé quién es. Volvió a escaparse de casa el miércoles.

Giles pareció sentirse aliviado.

—Eso es, muy bien hecho. Así que todo eso ya está arreglado.

—¿Por qué no bajaste ayer?

—Mmm, estaba durmiendo o algo así, creo. Ayer… ¿no daban *Round the House, Chuckadoodledoo, Brumber y Alphonse* y *Tammy*?

—No, eso es los martes.

Giles ladeó la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Bueno, ¿qué daban ayer? ¿Aparte, claro, de *Imbroglio*?

—*Young Scientist, Vespa Newtown, Cooking Without Tears y Elephant Boy*.

—Ah, claro. ¿Y a qué hora empieza hoy?

—*Know Your Pony* empieza a las diez y media —dijo Keith.

Giles sonrió con la boca cerrada.

—Bueno, ¿entonces nos vemos aquí luego?

—Muy bien.

Dos.

—¿Tiene la polla grande, por ejemplo? —preguntó Diana, instalándose en el asiento de la ventana y dejando la bandeja del té sobre el atiborrado tocador de Celia.

Celia hizo una mueca mientras se esforzaba por abrir un tarro de crema facial.

—Bastante grande. Bastante más grande que la media. Ah, gracias, Diana. ¿Y la de Andy?

Diana suspiró.

—Enorme. Cuando no está colocado, claro. —Bebió un sorbo de té, y preguntó, mirando a Celia por encima de la taza—: ¿Con qué frecuencia folláis Quentin y tú?

Con las puntas de los dedos llenas de crema, Celia empezó a darse golpecitos en su rostro jaspeado y cubierto de granos. El hecho evidente de que Celia tenía un cutis mucho peor que el suyo mitigó un tanto el desagrado de Diana al oír a Celia:

—Una vez por noche por lo menos. Y normalmente también por la mañana.

—¿Aunque esté colocado?

—Sobre todo entonces. A Quentin no parece afectarle. A veces, cuando le entra la marcha, se pasa horas sin parar.

—¿De verdad?

—Oh, sí, horas. —Celia dejó de amasarse la cara para mirar atentamente a Diana. Luego prosiguió—: Una vez estuvimos literalmente toda la noche… ¿Y Andy?

—Oh, todas las noches…, o por la mañana. Y a veces en otros

momentos del día. ¿Qué tal es Quentin?

Celia puso cara de boba. Luego dijo:

—Fantástico. ¿Y Andy?

Diana no podía poner cara de boba, así que puso cara de complicidad. Luego dijo:

—Fantástico.

Se hizo una pausa.

—Una de las cosas más bonitas que hace Quentin —dijo su mujer— es hablar.

—… Vaya cosa.

—No, quiero decir cuando estamos haciendo el amor.

—Oh —dijo Diana rápidamente—, Andy también hace eso. «Te voy a joder tu jodido coño hasta que…»

—Oh, no, no son cosas de ésas. —Celia negó con la cabeza—, Quentin…, Quentin dice poesías.

—Oh. No. —Diana negó con la cabeza—. Andy no hace eso.

Tres.

Quentin y Andy estaban jugando a los dardos en el garaje. De vez en cuando bebían sorbos de café irlandés en tazas de medio litro y se pasaban delgados canutos de un papelillo. Sus largos cuerpos se balanceaban con indolencia al ritmo de la música, procedente del magnetofón portátil de Andy. Siempre que estaban ellos dos solos había un agradable aroma picante en el aire; no se trataba de tensión sexual, sino más bien de un narcisismo convenido de mutuo acuerdo.

—Mierda, ¿qué es ese olor? —dijo Andy.

—Son los hongos que hay en las calderas —dijo Quentin—, aunque sin duda enriquecido por el aroma de la «habitación» del pequeño Keith.

—Huele como a regla de chica. —Andy aceptó los dardos que Quentin le estaba ofreciendo y se colocó detrás de la marca de tiza, a tres metros de la diana—. O como a lefa rancia; lo que es más posible.

—¿Por qué? ¿En qué podría pensar el pequeño Keith para poder masturbarse?

—En nada —dijo Andy—. En nada en absoluto. Pero tiene un montón de estímulos visuales.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que tiene?

Andy lanzó sus tres dardos antes de contestar.

—Pues una buena cantidad de revistas porno.

—¿De qué tipo?

—Pues se jode a las fotos de las modelos. Fotos de pollas. Tipos con el aparejo doblado mientras se lo chupan. Coños abiertos. Algunos con el fotógrafo muy cerca del culo de la chica.

—Oh. ¿Nada más que cosas hetero entonces?

—Cáscamela, cáscamela —dijo Andy cálidamente cuando uno de sus temas preferidos empezó a sonar en el cassette. Se acercó a la pared y arrancó los dardos de la diana—. Bonitos dardos. Sí, la mayoría. Diana estuvo echando un vistazo la otra noche. Dice que tiene una o dos de perros dando por culo a una vieja.

—¡Qué sexy! —exclamó Quentin—, Dios mío, pobrecito Keith.

—Sí, es un asco, ¿verdad?

—Una cara de bebé con cuerpo de enano.

—Como una especie de muñequita vieja.

—Un aliento de rayo láser —dijo Quentin con aire distraído.

—O de soplete de oxiacetileno.

—Gordo como un cerdo.

—Huele como un montón de estiércol.

—O como el colchón de un viejo chocho.

—Cuando cumpla veinticinco años estará calvo como un huevo.

—O veinticuatro.

—O veintitrés.

—O veintidós.

—Son los que tiene ahora.

—Por lo menos.

—Sí —dijo Andy—. Si te paras a pensarlo, es asombroso que sea tan alegre.

—Sobre todo con dos hijos de puta tan atractivos como nosotros andando por ahí.

—Conforme —asintió Andy con los ojos cerrados—. Conforme.

5. LA RECTORÍA DE APPLESEED

¿Acaso estamos presentando personajes y escenarios en cierto modo imaginarios, tendenciosos, desmesurados? En absoluto. Más bien al contrario. En realidad es el caso opuesto. Según los criterios morales vigentes en este lugar, podríamos despachar a Giles y Keith con el calificativo de lastimosamente introvertidos, a Quentin y Andy como jóvenes satisfechos de sí mismos y un tanto quisquillosos, y a Celia y Diana como tristemente, incluso singularmente, inhibidas. De hecho, los habitantes de este hogar se consideran a sí mismos una especie de refugio de la antigua devoción, un sólido anacronismo, un bastión de los valores de los que en nuestra opinión parecen estar tan completamente desprovistos.

Y es que nos hemos adelantado un poco en el tiempo. En la actualidad nuestros personajes son todavía adolescentes, apenas conscientes de la forma que han empezado a tomar sus vidas. Por tanto, vamos a observarlos por unos instantes en su fugaz inocencia.

Este verano, en el momento en que escribimos, *Giles Coldstream* acaba de aprobar su examen de ingreso y, tras este inesperado éxito, está pasando victoriosamente sus vacaciones en Monkenvale, la residencia familiar, cuyos cuarenta aposentos están ocupados por Giles, su madre y trece criados. Giles es un niñito felizmente desinhibido, bastante canijo, de pelo castaño, siempre sonriente, el niño mimado de todo el servicio, el preferido del pueblo, y está tímidamente enamorado del hijo mayor del jardinero, que le lleva a pescar casi todas las tardes y al cine del pueblo todos los sábados y un miércoles sí y otro no. La cocinera lo describe acertadamente como «esa cosita tan risueña»; tiene premoniciones, breves pero intensas, únicamente en los momentos en que su madre entra con su silla de ruedas por las noches en su habitación y cuando va al dentista.

También está siendo un verano maravilloso para el joven *Andy Adorno*, quien no menos jovialmente mata su tiempo de vacaciones como clasificador postal en la oficina de correos de Notting Hill.

Andy es legalmente demasiado joven para el puesto, pero parece mayor de lo que es y a la gente de la oficina les resulta tan agradable como, al parecer, al resto del mundo. Han convenido en pagarle 22 libras a la semana, al contado, y en consecuencia Andy compra una cantidad bastante apreciable de cocaína todos los viernes por la tarde. A pesar de sus experimentos con ésta y con cualquier otra droga que caiga en sus manos, sigue mostrándose alegre, alborotador y lleno de energía. Además, en lo que él llama «la incierta comuna de Earls Court» donde ha vivido siempre, Andy dispone de un montón de comida y bebida, un montón de tipos amistosos con toda clase de extraños instrumentos musicales, y un continuo flujo de chicas que no dejan de intentar, con éxito, llevárselo a la cama.

Como de costumbre, *Celia Evanston* está siendo arrastrada por Europa por Aramintha Leitch, su madrastra que, como de costumbre, vive uno de sus paréntesis entre divorcios. En este momento están a punto de marcharse de La Traviata, en Montecarlo, y esperando el Mercedes que dentro de un instante va a llevarlas al Cannes Hilton. Lady Leitch, una rubia bajita y atlética, está siendo importunada sin éxito desde varios frentes por el director del hotel, dos camareros, el portero de la piscina del hotel y el maître del comedor. El primero pretende que Lady Leitch pague su cuenta; los otros cuatro quieren saber cuándo volverá Lady Leitch para acostarse otra vez con ella: la aristócrata da a todos ellos sus señas en las islas Hébridas. Es posible distinguir a Celia en una esquina del vestíbulo, sentada en medio de un montón de equipaje y cajas de sombreros. Un horrible botones está acurrucado junto a ella; están hablando en francés y el tono de su conversación sugiere recriminaciones y negativas. Por último, la niña se pone en pie: bajita, gorda, desgreñada, pero con cierto aplomo, echa una mirada a su madrastra y dice: «*Dix minutes*.» El horrible botones extiende las manos, como dando a entender que eso es todo lo que desea, todo lo que cualquiera *podría* desear. La pareja desaparece cogida del brazo.

El futuro marido de Celia, *Quentin Villiers*, se encuentra a cincuenta kilómetros de allí, al borde de una carretera italiana. Está recorriendo Europa en autostop y es la primera vez que pasa unas vacaciones sin acompañantes mayores de uno u otro tipo. Por tanto,

aunque tiene poco dinero y aún menos contactos, sus ojos verdes exhiben un perpetuo brillo de expectación hedonista. Se encuentra en un apartadero de la carretera con su bolsa de viaje y sólo lleva unos vaqueros desgastados estilo Robinson Crusoe cortados muy por encima de las rodillas. Quentin mide ya un metro ochenta, está moreno y muestra su perfil aquilino; cuando saca el pulgar, el tráfico prácticamente se detiene de golpe, plegándose como una concertina.

Diana, *Diana Parry*, no es más que una sombra de su yo futuro: una chica alta para su edad, desgalichada y de aspecto severo, con una boca fina y naranja y una lámina de pelo negro que cuelga de su cabeza y que parece una capucha fina como el papel. En este momento se dirige al piso de su padre en Amsterdam, tras una estancia en el piso de su madre en Londres. Su conducta en el aeropuerto de Heathrow es típica de ella: revuelve torpemente sus documentos, se le cae el bolso, se astilla las uñas con las asas de las maletas y es terriblemente consciente de las miradas malévolas de los hombres. Hoy Diana está especialmente nerviosa; acaba de recibir una carta de su mejor amiga, Emily, que incluye una jugosa posdata: en ese mismo instante Emily acaba de empezar a menstruar. Estas noticias convierten a Diana en la única chica de su grupo que no se ha desarrollado, además de ser la que tiene los pechos más pequeños. Aunque Diana no siente en absoluto separarse de su madre, tampoco tiene demasiadas ganas de ver a su padre. Abre una revista mientras el avión va acelerando por la pista.

¿Y *Whitehead*? En este momento Keith, que tiene trece años, está siendo sometido a una operación de cirugía experimental (y en este caso perjudicial) de corrección glandular en el Ala de Investigación del Hospital St Paneras de Enfermedades Tropicales. Whitehead ha tenido que seguir una dieta espartana desde los cinco años para evitar una obesidad grotesca; la adolescencia ha provocado una explosión de tejidos grasos, una corriente hormonal que ha sembrado la alarma incluso entre los especialistas en dietética más experimentados del hospital. Su familia de tres miembros arrastra pesadamente sus quinientos kilos hasta su cabecera dos tardes a la semana; se sientan allí y echan pestes de Keith durante media hora («La operación va a ser un desastre de todos los demonios, como

comprenderás», pronostica con envidia Whitehead padre), y vuelven a salir arrastrándose sin despedirse de él. El pequeño Keith provocaba unas reacciones de repugnancia tan violentas en las salas comunes que los especialistas no han tenido más remedio que trasladarle a una habitación individual. Dentro de cinco semanas saldrá de aquí; los médicos le declararán más propenso a engordar que nunca, pero «todo lo sano que cabe esperar». De momento, Whitehead yace en silencio durante el día, con la cara arrebolada entre pulsaciones y glándulas, y de noche derrama lágrimas irreflexivas.

Éstos son los seis personajes que se ajustan a nuestros propósitos, y a los que hemos adelantado un poco en el tiempo para llevarlos a la rectoría de Appleseed. La rectoría es un edificio de tres pisos a las afueras de Gladmoor, una aldea del condado de Hertfordshire. Gladmoor sigue siendo una aldea, que ha sobrevivido a la invasión por el norte de los barrios periféricos londinenses gracias en parte al hecho de que está demasiado alejada de las carreteras nacionales más importantes, y gracias, también, a la abrumadora proximidad de las vías de acceso del aeropuerto de Luton. Posiblemente, Gladmoor se ha conservado también debido a su capacidad para asombrar a la gente: los visitantes que vagan por la única calle de ladrillo gris, observando las poco firmes farolas eduardinas, el letrero combado y astillado sobre la fachada de la posada, los grandes robles encorvados en dirección a las colinas, no pueden sustraerse a la sensación de irrealidad, de suspensión, que ni siquiera el retumbar de los aviones es capaz de romper; es un ambiente de paz y de dulzura casi tan palpable como la integridad de la sólida piedra.

Encaminarse a la rectoría de Appleseed desde el pueblo puede resultar una experiencia especialmente desconcertante. Por ejemplo, para explicar a sus amigos americanos cómo llegar hasta allí, Quentin les había escrito: «Nada más pasar el puente inclinado, parad el coche, salid y mirad con mucha atención a la izquierda, y la casa está allí metida, a veinte metros de la carretera. *¡Está ahí!*» Y con razón: los visitantes regulares de la casa siempre están pasando de largo, dando media vuelta, volviendo a pasar de largo y obligando a los locuaces habitantes del pueblo a que les indiquen de nuevo el camino. La rectoría de Appleseed siempre parecía ser del

color del cielo contra el que se suponía que tenía que destacar. El ladrillo blanco grisáceo le daba un aspecto de objeto de una fotografía en blanco y negro, o de cuadro entrevisto a través de un visillo. Era un edificio increíblemente estrecho, sin ventanas en ninguno de los extremos, y visto desde la carretera a veces se desvanecía en un trémulo resplandor incorpóreo. Cuando hacía calor, el sol arrastraba corrientes termales desde el arroyo que había junto a la carretera, arrugando la casa como si fuera una imagen de un estandarte movido por el viento. En las tardes lluviosas parecía retirarse completamente en el interior de la nubosidad vaporosa y de un gris de hospital del cielo.

Y desde el mismo interior de la casa la perspectiva no resulta más digna de confianza. En la rectoría de Appleseed todo el mundo sufre continuas amnesias temporales, y no son capaces de recordar más allá de unos cuantos días. En la rectoría de Appleseed todo el mundo tiende a estar borracho o colocado o con resaca o enfermo, y han aprendido a adoptar un punto de vista empírico en lo relativo a cualquier percepción sensorial. En la rectoría de Appleseed todo está manga por hombro; sus habitaciones no ofrecen ningún indicio ni ninguna seguridad. Además, sus habitantes sufren curiosas dolencias mentales provocadas por el uso prolongado de drogas; dolencias que sólo otra clase de drogas puede aliviar. Y es así como la rectoría de Appleseed resulta un lugar de contornos variables y vacíos por implosión; un lugar en el que el tiempo se retrasa y se falsean los recuerdos, un lugar de melancolía callejera, fatiga nocturna y sexo suprimido.

Volvemos dentro de unos instantes.

6. LO VEO DIFÍCIL

Keith seguía revolcándose en el sofá del saloncito más pequeño de la rectoría cuando Quentin y Andy aparecieron en la entrada. Diez en punto, viernes por la mañana.

—Es la hora de la droga —anunció Andy.

—Oh, no —dijo Keith.

Una de las muchas atribuciones domésticas de Whitehead era la de catador de drogas. Andy y Quentin iban a buscarle dos o tres veces a la semana con una pastilla, o un trocito de papel secante, o una bolsita de polvos, o una redoma con un fluido, o un saquito de cristales, o un terrón de azúcar húmedo, que le exigían tragar o lamer o esnifar o (algunas veces) inyectarse. Quentin y Andy le decían cuánto tiempo suponían que durarían los efectos de la droga, y desaparecían durante ese intervalo. Cuando volvían se encontraban a Keith soltando risitas y brincando por ahí, o bien sacudiendo la cabeza y diciendo «todavía nada», o temblando de terror escondido debajo del aparador, o disfrutando de agradables alucinaciones, o durmiendo, o llorando, o limpiando la cocina, o encerrado en el armario de las escobas, o vomitando como un loco, o inconsciente y muy pálido. A veces, cuando los efectos de la droga parecían ser irresistiblemente eficaces, Quentin y Andy en persona se unían a Keith en el experimento. Si ocurría lo contrario, tomaban asiento y le miraban, adoptando una actitud de investigadores imparciales; observaban cómo se desencajaban y palpitaban las pupilas del pequeño Keith, comentaban su forma de retorcerse y jadear, observaban cómo en las fases finales su piel palidecía, su lengua se ponía de color verde lagartija y sus labios de un tono rojo dorado, abiertos como una herida.

—Hoy no es nada del otro mundo —prosiguió Andy—. Sólo una oferta de esas de tres por una libra que me ha pasado el moreno del bar. Es bastante de fiar para ser un paquistaní, así que tiene que ser bastante suave y no durará demasiado.

—¿Te sube o te baja? —preguntó Keith con cautela.

Andy miró de reojo a Quentin y dijo:

—Te baja. Pero no demasiado. —Volvió a adoptar un aire enérgico—. Una sensación de hormigueo cuando haya pasado una media hora, creemos, y luego tendrías que sentirte un poco soñoliento, mareado, con náuseas; pero bien. Se te pasará por completo en un par de horas.

Whitehead entrecerró los ojos.

—¿Sin efectos secundarios?

—Ninguno en absoluto.

—¿No hará que mee negro como el potingue de la semana pasada?

—Mmmm.

—¿Ni me saldrá esa mugre verde de las orejas?

—Te lo prometo.

—¿Ni me pasaré toda la noche despierto intentando cagar?

—Imposible.

—Y, oye, no hará que se me encoja la polla como esos polvos que vosotros…

—Lo cierto es que —Andy hizo una digresión— a un tipo se le salieron los ojos de golpe cuando le pasé unas anfetas en mal estado, y se le puso la lengua totalmente…

—¿Estáis *seguros* de que no te echan a perder la polla?, porque yo… —Keith se removió en su asiento, acomodando sus nalgas como si fueran almohadones—. ¿Cuándo llega Lucy?

—¿Lucy? ¿Quién sabe? —dijo Quentin, volviéndose hacia Andy.

—Esta tarde, no sé a qué hora. —Andy le miró fijamente—. ¿Por qué?

Whitehead se enderezó en el sofá.

—¡Os doy tres oportunidades!

Quentin y Andy se miraron inquietos: Keith había dicho esto último poniendo una de sus «voces raras», una voz atiplada de acento americano, como si fuera Pepito Grillo provocando a Pinocho con alguna invectiva pedagógica.

—¿Qué? —dijo Andy.

—¡Porque tengo ganas de un poco de *chingui-chingui*!

Keith sonrió; en el silencio que siguió sus palabras oscilaron por la habitación y se quedaron suspendidas en el aire, por encima de la mesa redonda de cristal. Los tres se fijaron al mismo tiempo en el insistente gorgoteo de un pájaro solitario, que debía de estar entre

las ramas que oscurecían las ventanas del salón.

—*¿Chingui-chingui? —dijo Andy.*

Keith se esforzó por mantener un trémulo falsete a imitación del oso Yogui:

—*Chingui-chingui*, el viejo mete-saca, limpiar el sable, pasar por las armas, un poco de… —La voz de Whitehead se fue debilitando.

Andy volvió a mirar a Quentin.

—¿Se refiere a follar o qué?

—Eso mismo —dijo Keith desalentado y con su voz normal.

—¿Follar con Lucy? —preguntó Quentin.

—Mmm. Eso es. Se me ocurrió…

En ese momento se oyó el timbre del teléfono y Quentin atravesó la habitación para cogerlo.

Andy se sentó al lado de Keith en el sofá.

—Bueno, ¿por qué coño no lo habías dicho, Keith? —Andy se puso serio de pronto—. Keith, escucha.

—¿Qué?

—No vuelvas a poner esa voz, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Por Dios, Keith. Por un momento me he quedado helado. Creía que te estabas volviendo loco otra vez.

—Pero si ya he puesto esa voz otras veces.

—Ya lo sé —dijo Andy—, pero no vuelvas a ponerla. Ni ninguna de tus voces raras, ¿de acuerdo? Bueno. —Sacó un puñado de pastillas del bolsillo y las dejó caer sobre la mesita de café—. La verdad es que nos gustaría que te tomaras dos, pero tienen algo de barbitúrico y entonces no estarías demasiado exuberante, así que con una vale, aunque preferiría que probaras con dos. Te voy a regalar unas cuantas, pero tienes…

—¡Eh! —gritó Quentin, tapando el auricular. Sacó entre los pliegues de su bata de raso una pierna enfundada en unos vaqueros y la apoyó sobre el brazo de una silla cercana—. Es Lucy en persona. ¡Hola, Lucy! ¿En qué cama andas metida? —preguntó, y se rió entre dientes con aire distinguido al oír la respuesta.

Keith miró frenéticamente en torno suyo.

—Bueno, Lucy, si lo *hicieras* en una silla de ruedas… Sí, una vez, por una apuesta. Un momento, Andy quiere decirte algo. ¿Y *cuándo* vas a venir…? —añadió en tono ofendido—. Muy bien, hasta luego

entonces. No, ahora soy un hombre de una sola mujer. Lo mismo te digo.

Mientras Quentin le alargaba el teléfono a Andy en tanto que le susurraba algo, Keith cogió una pastilla del montoncito y la hizo rodar sobre la palma de la mano con aire pensativo.

—¿Lucy? ¡Andy! Increíble. ¿Cuántos? ¿Sí? Fascinante. Y… —se dio la vuelta y le guiñó el ojo a Keith— nosotros también tenemos una sorpresita para *ti*. Alguien que tiene muchas ganas de conocerte. Espera y verás. Keith Whitehead. Bueno, es alto, moreno…, ooh, como uno ochenta y seis o uno ochenta y siete; rasgos muy bien marcados…

Whitehead dejó escapar un gemido de protesta.

—… pelo negro y abundante, creo que en la cama es pura dinamita, rico como Creso…

—Andy, por favor.

—… delgado como una raspa, pero, para lo alto que es, la verdad, muy *bien hecho*…

—*Andy*.

—… engáñale tú misma esta noche. Vale, guapa, ¡chao!

El teléfono chirrió débilmente cuando Andy colgó y se volvió sonriendo hacia Quentin.

—Eso es lo que se llama una buena venta —observó Quentin.

—Te das cuenta —dijo Keith con voz ronca—, te das cuenta de lo que acabas de hacer, ¿no? —Los dientes delanteros de Keith siempre eran parcialmente visibles debido a la forma de su boca; en ese momento la banda semicircular de goma roja y agrietada tapaba casi por completo los agujeros de la nariz.

Andy atravesó corriendo la habitación y se agachó delante de él parpadeando.

—¿Qué?

—Acabas de…, has…

—¿Qué? Venga, tómate la pastilla como un buen chico. ¿Qué es lo que he hecho?

Keith agitó la mano con aire impotente.

—Venga, chico, quiero los detalles.

Keith dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá y tragó saliva profundamente. Su voz sonaba atropellada y distante.

—Si no le hubieras dicho a Lucy esas cosas puede que hubiera

tenido una pequeñísima oportunidad…

—¿Una pequeña oportunidad? ¿Una pequeña oportunidad? Lo veo difícil, chaval, lo veo difícil.

—Puede que hubiera tenido una… Oh, *mierda*, puede que hubiera tenido una oportunidad de hacer… Ah, cómo *puedes* pensar…

—¿Que le causaras una buena impresión? —intervino Quentin, que había estado observándolos con risueña indiferencia—. Lo que quiere decir Keith, Andrew, es que abriga ciertas dudas sobre su capacidad de justificar las esperanzas creadas por esa descripción más bien estilizada de su persona que acabas de proporcionar a Miss Littlejohn. Ahora esa dama espera ser recibida por un desconocido alto, delgado, moreno y guapo y…

—Y se encontrará con el pequeño, gordo, rubio y bruto de Keith. Sí, por supuesto, pero sólo estaba diciendo gilipolleces, y ella lo sabe. Coño, ¿es que no tienes sentido del humor?

—Bueno, Keith, ¿contento?

Whitehead no estaba contento.

—Tenía la esperanza de que hablaras con ella o algo así, Andy, que intentaras convencerla. —Señaló las pastillas—. Yo os hago todos estos favores, ¿no podríais pedirle que me hiciera un favor?

Andy parecía sentirse auténticamente desconcertado.

—¿Y por qué no lo intentas tú solo, como todo el mundo?

—Mírame. —Keith «extendió» los brazos. Parecía estar a punto de llorar—. Yo no soy como todo el mundo.

—No puedo… —Andy chasqueó la lengua y se puso de pie—. De acuerdo, yo, bueno, yo… *Mierda*, estoy harto de tanta conversación de pervertidos. Ahora haz el cochino favor de tomarte esas pastillas, Keith, y vamos a dejar esto de una puta vez.

Cuando Andy salió, Quentin se acercó al sofá y se sentó en un brazo.

—Intenta no sentirte ofendido por las cosas que dice Andy —murmuró—, yo lo adoro, como sabes, pero me temo que, si tiene algún defecto, éste sea el de una cierta parquedad de imaginación.

—¿Cómo?

—Quiero decir que tiende a dar por supuesto que todo el mundo es como él. Keith, ¿te encuentras bien?

Whitehead sorbió y se pasó un dedo por el istmo que tenía entre

la nariz y la boca, recogiendo una burbuja de mocos y buscando distraídamente un lugar para depositarla. Quentin alargó su sudario de seda con flecos y Keith se sonó en él con agradecido entusiasmo. Se le había ocurrido, partiendo de la base de que la insensibilidad tiene que tener un límite, que Andy no parecía haber establecido una relación muy importante entre el terrible aspecto de Keith y su capacidad para atraer a Lucy, que era posible que a ella no le importara, que efectivamente era tan poco selectiva como la gente siempre estaba dando a entender; pero las compasivas palabras de Quentin habían reventado hasta este pequeño grano de esperanza. Keith volvió a sorber.

—De todas formas, ya me da igual —dijo.

—Keith, no tienes que hablar así nunca —dijo Quentin.

La habitación se oscureció cuando una nube tapó el sol, y luego volvió a iluminarse. Quentin se inclinó hacia adelante y le alborotó suavemente el pelo; las hebras cuidadosamente colocadas se desparramaron bajo su mano, revelando una gran zona de cráneo pelado. Quentin apartó los dedos.

—No te preocupes —dijo suavemente—. Me ocuparé de que te pase algo especial este fin de semana. Algo, cualquier cosa, si no puede ser Lucy.

7. EL PAISAJE DE NUBES DEL ÁTICO

Lucy Littlejohn vivía en la buhardilla de un hotelito de Knightsbridge con otras tres chicas. No se trataba en absoluto de un hogar atípico, y haremos bien por lo tanto en observarlo con detenimiento. Normalmente se levantan entre la una y las dos de la tarde, ya sea para entregarse a largas abluciones con Badedas en el lujoso cuarto de baño o para darse austeras duchas en el servicio del piso de abajo. Después, con la luz y el rumor de la televisión en color como fondo, se quedan repantigadas por el salón en camisón o en bata, irradiando una angelical felicidad entre el paisaje de nubes del ático, tomando café en boles franceses y hablando de sus respectivas salidas nocturnas. A las cuatro se dan una vuelta por las tiendas de Sloane Street y Beauchamp Place, y vuelven a las seis para tomarse un vasito de Tío Pepe y charlar un poco más antes de subir a cambiarse. Entre llamada y llamada telefónica revolotean por las habitaciones de las otras para coger prestado un perfume, intercambiar medias y pedir consejo. Sus voces se deslizan desde los dormitorios brillantemente iluminados para reunirse en el rellano con su luz crepuscular; por su conversación se diría que son críticas gastronómicas, expertas en la vida nocturna, columnistas de chismorreos, alguaciles de incógnito; pero no es así. A las nueve, empiezan a llegar los taxis y las limusinas.

Todas las chicas tienen lo que ellas llaman «amantes de día», pero Lucy es la única que sacrifica sus intereses económicos a los sentimentales, una tendencia que alcanzó su apoteosis, e, irónicamente, también su fin, con el atractivo e insolvente Adorno. Se habían conocido el verano anterior. Andy se le había acercado corriendo en Pont Street y había dicho, apartándose el pelo de los ojos y sin sonreír:

«Oye, ¿por qué no me dejas ir contigo a tu casa?» «Bueno, vale», había dicho Lucy enseguida. Se dirigieron a su piso en silencio, con el pecho oprimido y sintiéndose, cada uno por su lado, casi igual de sorprendidos. «No te lo habría preguntado», había dicho Andy con timidez al entrar en la habitación de Lucy, «si no me hubieras

parecido tan agradable.»

Y lo era. Tenía el pelo corto, castaño claro, grandes ojos de color violeta; sus innumerables saris, velos, abalorios, joyas, cinturones, ligas y pañuelos no ocultaban del todo su acogedora figura; tenía una sonrisa de cuarenta dientes y una risa ensordecedora; su maquillaje, elaborado pero apresuradamente aplicado, dejaba entrever zonas suavemente grasientas; llevaba unos vaqueros relucientes y muy desgastados por el uso, llenos de parches; su piel translúcida y naranja era visible por debajo de su blusa manchada y llena de agujeros y de su ropa interior, inmaculadamente blanca. Durante cincuenta y cinco noches consecutivas Andy se presentó, tiznado y recocido tras acabar su jornada de trabajo de verano en un almacén de madera de Westminster, llevando una botella de vino, un poco de costo de vez en cuando y un cepillo de dientes. Durante ocho semanas Andy le habló de política y de la novela americana, le tocaba canciones en la guitarra abandonada a la que había puesto cuerdas nuevas y que había enderezado (al principio a Lucy esto le cohibía un poco, pero pronto dejó de importarle), le hablaba de su vida y le hacía el amor con gran energía dos o tres veces cada noche. Y durante dos meses Lucy no pagó el alquiler.

En la noche número cincuenta y seis, Mitzi y Serena estaban esperando junto al telefonillo cuando Andy entró.

—¿Con quién habéis quedado esta noche, con Luis XV? —dijo, pasando junto a ellas y entrando con aire majestuoso en el salón, donde Lucy le comunicó en voz baja que era muy posible que el plan que tenían esa noche sus compañeras de piso se hubiera estropeado y que no debía irritarlas más todavía, sobre todo teniendo en cuenta que ella estaba un poco retrasada en el alquiler. Pero Adorno, mordiendo el tapón de rosca de una botella de dos litros de «Vino» al mismo tiempo que apagaba la televisión y cogía la guitarra, no la escuchaba; sólo había visto una o dos veces al «trío de plástico» (como llamaba a las amigas de Lucy), y no había dado muestras del más mínimo interés por ellas.

Diez minutos más tarde, el telefonillo gimió, la actividad volvió a reinar en el vestíbulo y, al mirar a su alrededor, Andy vio a un pequeño caballero birmano ataviado con un uniforme militar gris.

—Ahora folian con soldados, ¿no? —dijo. El enano transmitió a Mitzi y Serena los saludos y disculpas de alguien y les mostró una

enorme guirnalda de flores sobre la que las dos chicas revolotearon patéticamente.

Las chicas entraron tambaleándose en el salón, entre maldiciones y gruñidos. Mitzi se acercó al teléfono y Serena se dejó caer pesadamente en un sillón con las piernas despatarradas.

—¿Qué pasa con el enano? —preguntó Andy—. ¿Queréis un poco de vino?

Serena dijo que no con la cabeza.

—Puaj —dijo Mitzi. Andy miró a Lucy con curiosidad antes de inclinar la cabeza para acompañar con ferocidad el ritmo de su guitarra.

—Mira —le dijo Mitzi al teléfono—, si no quieres follar, no tienes más que decirlo. Va a ser un buen polvo. Va a ser un polvo buenísimo. —El teléfono respondió pero Mitzi, que en ese momento estaba aceptando el cigarrillo y la lumbre que le ofrecía Serena, sólo pudo replicar con un enojado murmullo negativo—. No…, no…, ¡nada de al contado! Dos buenos polvos a la tarifa de siempre. Sí, Serena está aquí, así que si hay algún, ya sabes, ese… Heimito, o como demonios se llame… *Oh*, no, *oh*, no: tú *mandas* un taxi… —Mitzi parecía a punto de sufrir un auténtico ataque de rabia cuando el teléfono dijo algo que la calmó—. Muy bien, muy bien, cariño. Ven a buscarnos. Chao. —Colgó y se volvió hacia Serena con los brazos abiertos, y ésta se encogió de hombros.

—¿Todo arreglado? —preguntó Lucy.

Mitzi debió de percibir algo de ironía en la voz de Lucy.

—Sí —dijo—, y más vale que *tú* también arregles tus asuntos lo antes posible. Aquí no vivimos del aire.

De repente un murmullo lejano se convirtió en un rugido; el sonido de un helicóptero que volaba bajo golpeó las ventanas y después se desvaneció en la distancia.

—¿Quién era? —dijo Mitzi con brusquedad—. ¿Bob?

Serena abrió las cortinas y consultó el reloj.

—Noo… Es demasiado temprano. Debe de ser Gary.

—Es verdad; dijo que vendría tarde este fin de semana. Mierda, vaya japonés.

—No, era birmano, ¿no?

—Sí, bueno ¿y qué coño importa? —preguntó Mitzi.

—Ni un carajo.

Las chicas se dieron cuenta al mismo tiempo de que el rasgueo de la guitarra había cesado, que Andy estaba mirando fijamente a Lucy y que Lucy se había acurrucado en la silla y se balanceaba de un lado a otro abrazándose fuertemente a sí misma. Mitzi y Serena se agitaron con inquietud, pero Andy les dirigió una mirada de desprecio tan venenosa que se callaron, asaltadas por un miedo físico.

Andy se estremeció. Luego, con un movimiento relajado del brazo, y casi negligente, hizo astillas la guitarra contra la mesita de café de acero que había delante de *él*.

—Lucy —dijo cuando volvió a reinar el silencio—, ¿tú eres así? ¿Eres como ellas? —Suspiró—. Lucy, ve arriba y coge unas cuantas cosas y vente conmigo a casa. Si les debes dinero a estas bribonas, se lo pagaré. Si tienes problemas, yo los resolveré. Coge unas cuantas cosas y vámonos de una puta vez.

Lucy se derrumbó un poco en su silla, por supuesto; se entristeció a ojos vista y se empequeñeció y sacudió la cabeza con aire distraído; pero sabía que no se iba a ir a ningún lado. Sacudió la cabeza.

Espantado tanto por su oferta como por el hecho de que Lucy la hubiera rechazado, Andy se levantó, consideró por un momento la idea de darle una patada a Mitzi o violar a Serena, miró a su alrededor buscando algo más que romper, no vio nada, y por consiguiente se contentó con volcar la mesa, escupir en la alfombra y romper el cerrojo de la puerta principal al salir.

Diana sabía todo esto, o casi todo. Y mientras iba de un lado a otro de la habitación reuniendo y emparejando metódicamente las baquetas de la batería de Andy, agachándose para recoger del suelo púas y armónicas, enderezando el montón de guitarras de la esquina, volviendo a colocar las flautas y los silbatos en sus estuches y los discos en sus carpetas, haciendo un lío con sus calzoncillos llenos de manchas infantiles y sus camisetas agradablemente aromáticas, parpadeando con emocionada sorpresa al ver sus zapatos de gimnasia colocados uno al lado del otro en el armario o la correa del saxofón de latón ultraduro de su amado extendida sobre la mesa, Diana trataba de organizar sus reacciones ante esa historia. Aunque le había sacado esa información a Andy entre risas y bromas, y se había mostrado debidamente

impresionada por la fuerza de su indignación y su varonil repugnancia, cuando pensaba en esos lejanos días con Lucy sentía un dolor agudo y persistente; del mismo modo, aunque le había arrancado la información que les ofrecemos a continuación con un aire acusador y juicioso, condenando su espíritu vengativo y su crueldad, cuando pensaba en los episodios posteriores sentía una auténtica alegría que le aceleraba el corazón. Diana se detuvo, se dio la vuelta y se miró a los ojos en el espejo del armario.

Una semana más tarde, al viernes siguiente, Andy se pasó por el piso, pidió disculpas a Serena y a Mitzi (y también a la morena Isabella, que acababa de llegar de Marruecos), subió con la lacrimosa y aturdida Lucy a su cuarto, le hizo el amor sarcásticamente («La verdad es que creo que la follé a lo Mailer, por el culo»), le dio unas cuantas bofetadas y se marchó con aire ofendido, dejando sobre el tocador el sobre de su paga sin abrir. A la noche siguiente se presentó con Quentin; estaban muy borrachos y volvió a llevar a Lucy a su dormitorio, la obligó a desnudarse amenazándola con el puño, llamó a Quentin y le animó a copular con ella mientras él se quedaba mirando en un rincón, bebiendo vino y soltando risitas malévolas; Quentin dijo muchas cosas como: «¡Andy, desde luego…!», y «Todo esto me parece un poco…» y «La verdad, *yo* creo…», pero la mezcla de lujuria, alcohol y el afán de no parecer un aguafiestas le persuadió para seguir adelante, y así lo hizo, con elegancia y virtuosismo. Luego se le exigió a Lucy que le hiciera una felación a Andy, quien de vez en cuando se ofrecía a arrancarle su maldita cabeza de un golpe sin importarle si tragaba o no, y mientras tanto Quentin se vestía.

—No, tío, es creativo —iba diciéndole Andy a Quentin mientras bajaban las escaleras tambaleándose—, violación radical, por su propio bien, qué coño. De todas formas ayer le pagué.

Antes de irse, la pareja se asomó al salón. Andy se puso delante de cada una de las chicas, le preguntó a un productor de televisión si le gustaría que le golpeara la cara hasta dejarla como una pulpa sanguinolenta, se echó a llorar, exhortó a toda la compañía a que se fueran a comer mierda y se desmayó.

Andy continuó con sus simpáticas bromas cuando empezó el curso en Londres, en el mes de septiembre, aunque espaciaba más sus visitas, que ya eran mucho menos virulentas. Más o menos cada

quince días, él y sus amigos hacían una colecta para reunir las veinte libras necesarias (era Andy el que insistía en este punto, no Lucy) y se dirigían tambaleándose a Pont Street para divertirse un poco. Normalmente Lucy les ofrecía un elaborado striptease, masturbaba a algunos, se acostaba con uno o dos, y solicitaba pasar unos minutos con Andy. Para entonces Lucy parecía haberse acostumbrado a ese estado de cosas; lloraba algunas veces, cuando Andy le hacía el amor personalmente, a solas, pero en conjunto estaba resignada a la condición que Andy insistía en considerar que era propia de ella. No sabía por qué había rechazado la oferta de Andy, pero tampoco podía decir que se arrepintiera de haberlo hecho. La exuberancia del carácter de Lucy la incapacitaba para ese papel; en cuanto la rencorosa hostilidad de Andy dio señales de haberse disipado, una vez sufridos los primeros asaltos, las exhibiciones de Lucy no tenían nada de abyecto y su sumisión dejó de parecer servil; se lo tomaba simplemente como una especie de fatalidad.

Pero luego le llegó el turno a Giles, y en este punto los planes de Andy sufrieron el primer revés de importancia.

El enfermizo niño desamparado fue traído al piso a empujones una noche azul marino de noviembre y Andy lo presentó sonriente:

—Aquí está; te hará lo que quieras por cincuenta libras.

Se sentaron a charlar en la cocina. GILES: ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí exactamente? LUCY: Ooh, casi un año. GILES: Oh, ¿de veras? Pues es verdaderamente… muy bonita, la verdad. LUCY: No es nada del otro mundo, pero es un hogar. GILES: Por cierto, ¿cuánto tiempo me ha dicho que lleva viviendo aquí? ANDY: Mira, tío, no tienes por qué andarte por las ramas. Todas las que viven aquí son putas.

Giles y Lucy fueron debidamente apremiados a subir al dormitorio. Cuando entraron en la habitación, Lucy se acercó a la cama con aire confiado, sonrió y se empezó a desabrochar la blusa.

«Realmente», dijo Giles, sacando del bolsillo un enorme frasco de licor, «¿le importaría si no hacemos nada en realidad? De todas formas le daré todo el dinero que quiera. Tengo dinero, pero estoy un poco… nervioso. Quiero decir que no quiero que piense que soy un pervertido o algo así.» «¿Cuántos años tienes, Giles?» «Veinte y medio.» «¿Has tenido alguna novia?» «Oh, sí. Sólo que no me

apetece últimamen… Pero usted me parece terriblemente atractiva: tiene unos preciosos…» (Giles iba a decir «dientes», pero esto sólo sirvió para recordarle la razón por la que no le apetecía.) «Vale, cariño, puedes quedarte aquí tumbado un ratito… No te preocupes, no me voy a chivar… y luego te vas.» «Vaya, gracias.» Y eso hizo; al marcharse le dejó un cheque en blanco.

Andy había cometido el trágico error de olvidar que, en muchos aspectos, Giles era el hombre ideal para Lucy: bondadoso, de aspecto agradable aunque con un cierto aire de bobo, divertido a su manera, amable, cariñoso y extraordinariamente rico. Giles dio instrucciones a sus abogados para que pagaran todas las deudas de Lucy y luego le confió su cartera, dándole carta blanca; iba de buen grado a todos los restaurantes, cines y clubs que ella proponía, o de excursión a Brighton en un Pullman o a los lagos en un Daimler. Sólo vetaba abiertamente aquellas empresas que pudieran poner en peligro sus dientes. Después de la undécima noche que pasaron juntos, Giles se despertó con: 1) una resaca no demasiado fuerte, y 2) una erección que ofreció tímidamente a Lucy y que calmó temblando en sus brazos. Durante todo ese invierno fueron inseparables.

El asunto acabó, como acabaron muchas otras cosas para Giles, cuando éste bajaba tambaleándose las escaleras del Wheelers de Old Compton Street, perdió pie al mismo tiempo que la mano de Lucy, tropezó, cayó y se partió las dos coronas de sus dientes delanteros en una acera del Soho.

En los tres meses que duró la convalecencia de Giles en distintos sanatorios rurales, Andy se dedicó a reanudar cautelosamente sus relaciones con Lucy. Quedaron en llamarse siempre que se sintieran tristes y solos, en confiar el uno en el otro y en ayudarse en las épocas de adversidad; en ser amigos.

La expresión de Diana había empezado a ensombrecerse cuando Andy entró en la habitación.

—Increíble —dijo—. Has ordenado todas mis cosas. Hasta las arpas. —Se acercó a su mesa—. Ese latón ultraduro no es bueno —dijo con aire de aprobación, meneando la cabeza.

Diana no alzó la vista.

—¿Cuándo va a llegar?

—Sí, ha llamado. O esta tarde o por la noche temprano.

Andy se arrodilló, retiró suavemente un mechón del caro y oscuro pelo de Diana y le plantó un beso en la sien.

—Gracias, tío —dijo.

Aunque Diana sabía que ésta era su «manera» de disculparse por su desatención anterior, y también que en él se trataba de un gesto de galantería casi obsequioso, seguía sintiendo la necesidad de no replicar, y le volvió la espalda.

—Bueno —propuso Andy—, que *te* jodan.

8. DESDE EL DOLOR

Quentin siguió al pequeño Keith hasta la cocina. Detrás de ellos iba Andy, un tanto ansioso.

—Vamos, Keith —dijo—, ¿alguna *novedad*?

Keith sacó una silla de debajo de la mesa meneando el culo y se sentó, procurando quedar frente a las inmensas bellezas que rondaban delante de él. Echó un vistazo a su reloj.

—¿Cuánto tiempo…?

—Yo sé cuánto tiempo, pequeño monstruo. —Andy dio una palmada—. Una *hora*. Si hay…

La puerta trasera se cerró de golpe con un fuerte estrépito, seguido del familiar arrastrar de pies y del ruido que producían al rozarse los gordos muslos de Mrs. Fry, la asistenta que trabajaba en la rectoría de Appleseed tres mañanas a la semana, que se dirigía a la cocina gruñendo por el pasillo.

Dando vueltas como un loco, lleno de frustración, Andy se aferró al respaldo de una silla y empezó a suplicar.

—Mira, si esas jodidas no hacen efecto ahora, están…

—Eh, eh, eh —interrumpió Quentin, meneando la cabeza con aire compasivo y pacífico—. Delante de los criados no, Andrew.

Andy se apoyó en el aparador.

—Vale —dijo con voz forzada—, *vale*.

—¡Buenas a todo el mundo! —Un rostro que recordaba al de un cerdo sanguinario, embellecido por una peluca rubia en forma de cebolla, irrumpió en la habitación a una velocidad vertiginosa.

—Buenos días, Mrs. Fry —dijo Quentin—. ¿En qué podemos servirla?

—Sólo venía a buscar la fregona, Mr. Villiers, muchas gracias. —Hubo un silencio. Mrs. Fry se quedó mirando a Quentin un instante, con algo parecido a un horrorizado deseo, y luego se dirigió al armario de las escobas, tropezando con las piernas «extendidas» de Keith. Un olor a Domestos, polvos de talco y sudor envejecido llenó el aire.

Whitehead miró con desdén a Mrs. Fry, desdén que se debía en

gran parte a que el mes pasado él le había hecho una proposición que fue enérgicamente rechazada. Keith estaba tumbado en su camastro, preguntándose qué hacer con la erección matinal a la que dedicaba tantos penosos cuidados, pensando en bajar para coger un puñado de revistas de las que tenía debajo del camastro. Mrs. Fry le había gritado desde el garaje que quería entrar a coger las escobas que se guardaban en la habitación. Whitehead la hizo pasar y cuando ella se arrodilló de espaldas a él, se inclinó hacia adelante, con su caliente pijama, y puso las manos sobre la pechera de gasa rosada de su delantal. Mrs. Fry se dio la vuelta y le dio tal bofetada en la oreja derecha que el pequeño Keith se echó a llorar inmediatamente, no por la impresión o la frustración, sino de puro dolor.

—¿Ya lo tiene todo, Mrs. Fry?

—Sí, gracias, Mr. Villiers. —Sonrió, enseñando sus dientes postizos inmaculadamente blancos—, ¡Perdone! —le gritó a Keith, quien se apresuró a meter las piernas debajo de la silla.

—Mierda —murmuró Andy distraídamente para sí, arreglándose su pesada entrepierna con las manos—, estos vaqueros no me llegan ni a la mitad de la polla.

—Permítame —dijo Quentin abriendo la puerta, por la que desapareció Mrs. Fry. Quentin se volvió hacia Andy—. Bueno, creo que has dado muestras de un admirable comedimiento, Andy. —Su voz apenas traslucía un levísimo indicio de verdadera desaprobación.

—¿Mmm? Oh, eso —dijo Andy—. Qué coño, sólo es la que lame los suelos de la casa. —La rabia volvió a él con una sacudida eléctrica. Volvió a echarse encima del pequeño Keith—. ¿Nada? ¿Ni siquiera te sientes aturdido, confuso, ido, distraído, como si flotaras…?

Keith, que al oír la palabra «confuso» había adelantado ominosamente el labio inferior, dijo:

—Nada de nada, Andy.

Andy sacudió la cabeza como si quisiera aclarársela. Se echó hacia atrás, dio una vuelta entera sobre sí mismo y volvió a mirar a Keith con aire implorante.

—Tómate dos más. Tómate cuatro más. Tómate…

—Tranquilo, Andy —dijo Quentin—. Lo único que pasa es que te

acaban de tangar.

—Espero que no estés intentando joderme. —Andy se dirigió a Keith, esperanzado.

—No hacen nada y ya está, Andy.

—¡Ese *jodido negro*! —Andy empezó a agitar los brazos, presa de una rabia incrédula—. ¡Mierda! «Eh, tío, es una mierda de puta madre, amigos, jodidamente buena.» ¡Cuarenta libras! —Andy sacó del bolsillo la delgada lata de una onza de tabaco y la estampó contra la mesa; la lata resbaló y cayó al suelo con un tintineo metálico. Andy se enderezó y dijo con una calma repentina—: Voy a darle una paliza. ¿Vienes?

—Sí, espera que coja el abrigo —dijo Quentin—, Keith, si Celia pregunta por mí dile que volveré en menos de veinte minutos.

—¿Qué es lo que piensas hacerle, Andy? —preguntó Keith cuando Quentin salió de la habitación.

Andy alzó su puño de duros nudillos y lleno de sortijas.

—O me devuelve mi dinero y todas las drogas que pueda llevarme o le dejo muerto de una paliza. Te lo aseguro, va a ser el camello más arrepentido del mundo cuando yo… *¡Quentin!*

La moto de Andy arrancó con un gruñido. Keith oyó cómo se volvía a cerrar la puerta, cómo la moto echaba a andar levantando la gravilla y el ruido de las marchas metidas apresuradamente mientras la moto se alejaba por la calle del pueblo. Ligeramente agitado, Keith se inclinó para recuperar la cajita de las pastillas y la abrió de par en par. Se quedó mirando su contenido durante algunos segundos.

9. GINEBRA Y LÁGRIMAS

—Glug glug glug —murmuró Giles para sí mientras agitaba el zumo de lima en el vaso alto, previamente helado, y sosteniéndolo a la luz—, Glug glug glug glug glug.

Si alguien le hubiera estado mirando desde fuera, recortado contra la ventana, podría haber creído que Giles Coldstream era un científico loco, a menos que reparara en la afable suavidad de su rostro. La mesa sobre la que se encorvaba era un laboratorio espumoso y efervescente de cocteleras de Martini, agitadores eléctricos, sacacorchos, sifones, bandejas de hielo, enfriavasos, pelalimones y cucharas.

Sin apartar la vista del vaso empañado, Giles se puso a tantear en la mesa con la mano derecha hasta que tropezó con la tosca botella verde de ginebra Gordon's, que procedió a abrir, volcar y mirar con el ceño fruncido.

—Ah, vacía —dijo.

Giles atravesó la habitación con paso tranquilo, abrió la puerta doble de su enorme armario de madera de teca donde guardaba las bebidas, cogió una botella de ginebra de la fila de botellas de licores de la estantería superior y volvió a la mesa. Giles llenó el vaso alto casi hasta el borde, añadiendo, como si se le acabara de ocurrir y mientras se reprendía por su despiste, un chorrito de tónica. Lo probó con aire burlón.

—Delicioso.

Volvió a beber un sorbo, esta vez abiertamente, y se acercó a la cama con parsimonia. Sobre la almohada había un Penguin arrugado y abierto, *El príncipe negro*, de Iris Murdoch, la historia del romance de un hombre de sesenta años con una chica de veinte. Leyó unas cuantas páginas más hasta que, sintiéndose decepcionado por la insistencia de Miss Murdoch en eludir la cuestión de las diferencias entre las dentaduras de los protagonistas, dejó caer el libro con desprecio debajo de la cama.

—No se puede permanecer en estado de «incredulidad suspendida» eternamente —observó. Nuestro buen Giles eligió un

libro al azar del montón al que había ido a parar *El príncipe negro: La verdad sobre los dientes y la higiene bucal, Historia de la dentadura, Un día en la vida de un dentista, El diente*, y se hundió en las blandas almohadas, sintiéndose agitado por vagos presentimientos.

Veinte páginas después alguien llamó con firmeza a la puerta de su dormitorio.

—¿Giles?

Levantó la vista del libro con tristeza.

—¿Sí?

—AI teléfono.

—¿Quién es, por cierto?

—Una vieja.

—No, quiero decir que quién está ahí. ¿Quién *eres*?

—Celia.

—Ah. Oye, Celia…, ¿no podrías intentar…?

—¿Qué? Oye… —Celia luchó con el picaporte—. No puedo…

—Espera. —Giles obligó a su cuerpo a levantarse de la cama y se acercó a la puerta, quitó los tres cerrojos y la abrió unos milímetros.

Cuando vio a Celia soltó un grito.

—Vaya, lo siento —dijo luego—. No te había reconocido. —Celia tenía la cara cubierta por una mascarilla de una crema parecida a manteca de cerdo y se había cepillado el pelo hacia atrás, pegado a su gran cabeza cuadrada. Parecía un negrito anémico—. Oye, aaah, umm… —Giles chasqueó débilmente los dedos.

—Celia.

—*Celia*. Oye, Celia, puede que sea mi madre. Bueno, es mi madre. ¿No podrías ser tan amable de decirle que estoy enfermo?

—No, me temo que no puedo. Ya le he dicho que estás bien.

—Ya *veo*. ¿Me equivoco al pensar que tienes un teléfono en tu habitación? ¿Puedo cogerlo allí?

Celia giró sobre sus talones y, después de titubear un momento, Giles la siguió atravesando el rellano.

—¿Qué pasa con tu teléfono?

—Corté el cable —dijo Giles, sin ocultar su orgullo.

Celia entró delante en su dormitorio y señaló el teléfono, que estaba en el asiento junto a la ventana.

—¿Y para qué demonios?

—Cuando suena de repente, a veces me da un susto de muerte. Se me ocurrió que podría caerme y romperme…

Giles iba a decir «algún diente», pero se quedó callado en la entrada, mirando al vacío con aire tranquilo.

—Bueno, será mejor que lo cojas ya que estás aquí.

—¡Oh! Gracias…, *Celia.*

Celia se dirigió a su tocador. Cogió el cepillo mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Sabes que apestas a ginebra?

—¿De veras? —preguntó Giles, ligeramente intrigado—. No, no lo sabía. —Giles le dirigió una de sus sonrisas, es decir, apretó y estiró los labios—. ¿Hola? ¿Madre? Ah, hola. Soy Giles. Estoy estupendamente, gracias…, maravillosamente. Ah, no, ahora, hoy *no es* un buen día, la verdad. Oh, tengo que hacer un montón de cosas. Estoy terriblemente ocupado. Y mañana, ya sabes, es domingo, y no creo que sea posible…, si mañana fuera *sábado*, entonces nada más fácil que… ¿Estás segura? —Giles tapó el auricular y miró a Celia aturdido—. No será hoy viernes, ¿verdad? Oh, no. —Contempló el teléfono con tristeza—. ¿Qué? Sí, madre, tenías razón. Entonces el sábado. Perfecto. ¡Bueno! Supongo que entonces iré a verte. Adiós. Yo *también* te quiero.

Giles se levantó y se quedó mirando unos instantes por la ventana.

—Mira, ahí vienen Andy y tu marido en su moto —murmuró. Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Qué es lo que le pasa a tu madre últimamente?

—Sólo que está loca. Loca, eso es todo. Loca de remate.

De vuelta en su mesa, Giles preparó rápidamente y se tragó igual de deprisa un vaso alto y refrescante de lima, tónica, hielo, ginebra y lágrimas.

En ese momento todos los demás están empezando a reunirse en la cocina.

Adorno, que todavía no ha acabado de desentumecer los músculos después de los esfuerzos dedicados a Kashdrahr Khoja, se mueve pesadamente por la habitación, trotando, esquivando y haciendo fintas. Diana, ataviada con un escueto traje de chaqueta y pantaloncitos cortos y ajustados, está fumando un cigarrillo mentolado con la boquilla dorada y observándole con ligera

aversión. El pequeño Keith está sentado a la mesa; sufre un profundo y omnipresente dolor de estómago testicular, que tiene que agradecer a los pantalones de pana que tan milagrosamente envuelven la mitad inferior de su cuerpo; también luce un Fred Perry de red de color beige que huele a coches viejos, y unas botas de tacones tan altos que para ponérselas se ve obligado a dejarse caer sobre ellas desde una silla; cuando se le presenta la oportunidad, el pequeño Keith concentra toda su atención en los pechos de Diana. Gracias a los sacrificios consumados en el altar de su tocador, el rostro de anchos huesos de Celia Villiers muestra un resplandor lustroso, como de vinilo, que casualmente también se extiende a su cuerpo, amarrado en un complicado conjunto de bandas florales que se aplastan en la cintura, donde dan paso a una faldita con tiras de cuero. Está regañando débilmente a su marido por haber desaparecido justo cuando sus amigos están a punto de llegar. Quentin, por su parte, replica que Andy estaba en tal estado que resultaba imposible dejarle solo con el tramposo negrito, al que de todas formas por poco mata.

—Tranquilízate —dice Andy, boxeando con su sombra en una esquina—. Sólo le he dado unos cuantos golpes, para que aprenda cuál es su sitio. —Es mediodía, exactamente las doce en punto. El sol entra a rayas entre los paneles de la ventana de la cocina.

El cascado Chevrolet del 78 recorre la entrada semicircular y llena de guijarros y gira, se detiene en medio de una nube de polvo y arroja un chorro de gravilla a la rosaleda oblonga que está a cinco metros de la puerta principal. Se hace un irónico silencio mientras los tres americanos se despegan del coche. Se estiran; ahora se están enderezando, con las manos en las caderas, para observar la casa; se miran sonriendo furtivamente hasta que una repentina actividad en la cocina les advierte de la presencia de observadores. Las tres caras adoptan una expresión astuta.

Todos, menos el pequeño Keith, se dirigieron instintivamente hacia el vestíbulo.

—Aquí empieza el fin de semana —dijo Quentin.

X. QUENTIN

—Lo único que me fastidió un poco del accidente de avión en el que murieron mis padres… —dice a menudo el Honorable Quentin Villiers—, la única noticia que no me hizo derramar lágrimas de alegría, fue que mi hermano Neville había sobrevivido… Excepto en las vacaciones, viví una infancia sombría y retirada: Christ's Hospital, Winchester, The House; y Neville no era para mí más que ese joven obeso e incorregible que venía dos veces al año a la mansión para aburrir y robar a mis padres, quienes de todas formas no se merecían otra cosa; no creo que sea necesario que insista. Pero afortunadamente Neville me lleva dieciocho años, es alcohólico y homosexual. Me llevé una alegría tremenda cuando me enteré hace poco de que, además, en el transcurso de unas vacaciones en la núbil Indonesia (se hace pasar por agrónomo), Neville contrajo una variedad de sífilis admirablemente persistente, está infectado de arriba abajo; una variedad que ni las frecuentes visitas a un lugar que es generalmente considerado bastante deprimente, situado al sur del río, han conseguido detener, y mucho menos curar. Como con él en White's con una frecuencia que creo que cualquiera encontraría razonable, y así tengo ocasión de observar de cerca cómo va empeorando, lo que me produce un tremendo júbilo. Naturalmente, también sufre espantosamente a causa de la gota, la gran enfermedad de los Villiers; la gota, una dolencia no carente de atractivos, aunque por el momento no he sido víctima de ella. Tiene la presión preocupantemente alta; su corazón es caprichoso; espero que me comuniquen su muerte de un momento a otro. —En este punto, Quentin suele coger la mano de Celia o mirarla muy suavemente—. Entonces heredaré, en un futuro no demasiado lejano. Por lo menos hay que dar gracias a Dios de que Neville haya tenido el buen sentido de quitarle el dinero a mi padre diez años antes de su oportuna muerte. Me resulta imposible imaginarme que mi hermano sobreviva otra década completa, así que esta vez no habrá más remedio que pagar esos horribles derechos de herencia. No obstante, la hacienda bastará para

mantenernos con un nivel de bienestar tolerable durante el resto de nuestras vidas, y un título sigue resultando útil. No sé si lucharé por anular esa perniciosa regulación de los diez años cuando ocupe mi puesto en la Cámara de los Lores… Pero hasta entonces continuaré viviendo, en primer lugar, de mi esposa, quien gracias a Dios tiene algún dinero propio; y en segundo lugar, de mi modesto sueldo, al que, como saben todos los presentes, no me canso nunca de buscar maneras de redondear. ¡Salud!

Es evidente que Quentin conocía el arte de la idealización de un personaje; era un maestro del pastiche, un gran experto en autodramatización oral; y no tenía más remedio que serlo. Aunque estaba matriculado en la Universidad de Londres, Quentin era la única persona de la casa que no iba a graduarse allí. En lugar de eso estaba a cargo, prácticamente en solitario, de la confección del periódico de la universidad, una publicación satírico-político-literaria llamada *Sí*. Conseguir la dirección del periódico había resultado ser un proceso singularmente sencillo. Quentin se presentó a la entrevista con una carpeta de artículos eruditos anónimos de los que no era autor, un montón de referencias laboriosamente falsificadas y un empalagoso panegírico escrito por el director literario de un periódico dominical, que era homosexual. No tenía por qué haberse tomado tantas molestias: nunca se comprobó el origen de las reseñas ni se investigaron las referencias. Cuando Quentin entró en la sala de juntas, como un Licidas resplandeciente, con su traje ceñido de gamuza blanca, todo el comité profirió al unísono un suspiro de deseo. Mientras esbozaba sus planes editoriales, los delegados, arrobados, sólo eran capaces de mirarle a los ojos color champán; cuando acabó, hubo un lánguido intercambio de inclinaciones de cabeza y de sonrisas y se le agradeció a Quentin su asistencia. No se entrevistó a ningún otro candidato.

Y no hay duda de que el trabajo editorial de Quentin era un *jeu d'esprit*, un *tour de forcé* personal.

Para empezar, él mismo escribía la mayor parte de las reseñas literarias. Esperaba a que las cosas se enfriaran un poco después de la publicación de una obra, cotejaba y resumía lo publicado en los periódicos de la competencia, buscaba los puntos en los que se mostraban de acuerdo y los reescribía con el inimitable estilo de *Sí*.

Así, un veredicto unánime en el sentido de que el estilo de una novela era demasiado florido y tímido, le hacía escribir:

> Las frases de fulanito parecen un collage frenético de las líneas más sentenciosas de George Eliot y las más abstrusas de James Joyce.

Y cuando estaba borracho:

> El libro de fulanito parece la interpretación por parte de un compositor borracho de los enloquecidos gañidos de Henry James y de Gertrude Stein engolfados en un sesenta y nueve verbal.

O si, según la opinión general, un determinado biógrafo había dado muestras de insensibilidad en su tratamiento de la vida privada del biografiado, Quentin hacía notar:

> Los sucios dedos de fulanito escarban en la vida privada del biografiado como si fuera un detective palurdo investigando el libro de contabilidad de un chulo.

Y cuando estaba fumado:

> Las cabriolas que se permite fulanito en el solemne refugio de la vida privada del biografiado muestran todo el tacto y la discreción de un orangután lobotomizado que se acaba de sentar sobre un erizo.

O, cuando existía la impresión general de que un crítico literario se había mostrado demasiado generoso con su autor protegido, Quentin hacía notar:

> De fiarnos de los criterios de fulanito, Shakespeare se vería reducido a un mero imitador de McGonagall en comparación con el autor al que adula tan desvergonzadamente.

¿Y si estaba en speed?

> La babeante idolatría de fulanito por su autor hace que, en comparación, el elogio a Tennyson de Wellington parezca una llave para derribar al adversario, seguida de rotura de antebrazo.

Y así sucesivamente. Estas reseñas, que rara vez tenían más de un par de cientos de palabras, no pretendían ser definitivas; pero, como ven, eran «enérgicas», además de estar básicamente «bien fundadas». Quentin incluía también colaboraciones formidables, firmadas por gente como O. Seltnizt y D. R. S. M. Mainwaring, nombres que solían corresponder a cuentas bancarias numeradas, aquí y en el extranjero. En las raras ocasiones en que Quentin se sentía obligado a encargar alguna reseña, hacía que Celia la pasara a máquina y la devolvía con una hojita impresa que decía:

> Estimado/a señor/a: el director lamenta no poder utilizar el artículo que ha tenido usted la amabilidad de enviarle, y el cual nos servimos adjuntarle.

Quentin nunca se molestaba en tachar *señor o señora,* y sin embargo nunca dejaba de tomarse la molestia de escribir al dorso:

> He visto bastantes artículos de mierda a lo largo de mi vida, pero por Dios que su — — se lleva la palma. Carente de imaginación, descuidadamente redactado, escasamente razonado, mal informado, y podría continuar. ¿Estaba usted borracho cuando lo escribió, o se trata de una broma? En cualquier caso, no volveré a necesitar de sus servicios.
>
> Devuelva el libro inmediatamente.

Dos meses más tarde, la reseña era publicada, normalmente en la columna de Publicaciones de Interés, parcialmente reconstruida y totalmente reescrita. Los colaboradores con frecuencia sospechaban la existencia de estos abusos, pero eran demasiado jóvenes y se sentían demasiado desconcertados y avergonzados como para

remover el asunto. Quentin gozaba de la más encendida estima de las autoridades, lo que silenciaba rápidamente cualquier queja que se dirigiera directamente a la universidad, y en la mayoría de los casos las únicas represalias que sufría Quentin adoptaban la forma de tímidas cartas pidiendo otra oportunidad.

En cuanto a la vertiente política del periódico, Quentin llenaba las páginas de artículos que destilaban un odio virulento y que eran demasiado escabrosos y extremistas para ser publicados en ningún otro lugar; sus columnas de cartas de los lectores se tenían por las más convincentes del periodismo moderno. Sus autores no se preocupaban por el dinero, y además, Villiers explicaba que *Sí* era una publicación no lucrativa. El resto de la revista se rellenaba con atroces cotilleos sobre personajes imaginarios («Anthea K. me cuenta que los problemas que tiene Henry W. para conseguir una erección siguen atormentándolos»), sátiras bastante buenas, escándalos seleccionados entre sus amistades famosas, la página de música contemporánea de Andy, erudita aunque con frecuencia un tanto deshilvanada en sus razonamientos (no se le pagaba, pero se quedaba con los discos y con las entradas para los conciertos), y las excelentes reseñas teatrales y cinematográficas del propio Quentin. La producción corría a cargo del pequeño Keith, a cambio de un sueldo irrisorio; éste había sufrido más de un colapso llevando recados a la imprenta y su vista había disminuido de veinte dioptrías a la ceguera parcial debido al incesante ritmo de lectura de galeradas al que le obligaba Quentin.

Sí tenía un éxito sorprendente. Quentin seducía a las grandes firmas para que colaboraran y al resto del mundo para que se suscribiera. La tirada se triplicó, y después de publicar en portada una fotografía de Quentin con un traje turquesa (pie de foto: El director de *Sí*, Quentin Villiers, en una reunión con James Altman y el profesor English Hoenikker, fuera de la imagen), la revista se hizo acreedora de los incondicionales elogios de William Burroughs, Gore Vidal, Angus Wilson y todo un quorum de intelectuales distinguidos.

Quentin es un superhombre. ¡Hay que ver lo versátil que es! Es capaz de pasarse todo el día hablando con un carnicero de la longevidad de las carnes de importación; de las medidas de seguridad de los hangares del aeropuerto De Gaulle, con una

azafata; con un vendedor de seguros, de las pólizas de transferencia de fecha adelantada; con un poeta, acerca de los medios no tipográficos de distinguir las estrofas de tres versos de seis sílabas de las de dos versos de nueve sílabas; con un economista, de la teoría contrainflacionista de la preguerra y, con un zoólogo, de los movimientos de ojos compensatorios de la iguana. Con la misma precisión, es capaz de dirigirse en slang rimado a un vendedor de frutas callejero; a un turista, en francés provinciano; a un nativo de Sunderland, en Geordie; a un pregonero de Newmarket, en el elegante dialecto de Cambridgeshire y, a un gitano, en romaní. No sólo es capaz de imitar a personajes característicos, sino también a sus íntimos. Es capaz de sacar a Giles de su habitación diciendo «¿Madre?», hacer que Whitehead se escabulla a toda prisa al garaje imitando la risita aguda de Mrs. Fry, lograr que Andy censure a la silenciosa Diana sus reprimendas, y de convencer a su propia esposa de que no es él el que está sentado en una habitación a oscuras. Este talento para la imitación se complementa con la asombrosa versatilidad de su aspecto físico. Quentin es capaz de reducir al silencio a todos los presentes simplemente haciendo su entrada en un cóctel o, por el contrario, recorrer la habitación durante media hora y escuchar a la gente lamentarse de que no haya llegado todavía. Puede entrar pavoneándose en el Savoy con una camiseta de algodón y unos vaqueros, o recorrer sigilosamente, vestido de esmoquin, los barrios bajos de Glasgow. Es capaz de interrumpir una reunión de trabajo con un movimiento del meñique, y no obstante puede sentarse allí y hacerse tan invisible que los directores se pongan a hablar de su sueldo sin darse cuenta de que está presente. «O eso parece», le gusta decir a Quentin, «… y eso es más que suficiente.»

Observen a Quentin con atención. Todo el mundo lo hace. Su buena presencia les dejará aturdidos, su amabilidad y accesibilidad les desconcertará en proporción directa a su intensidad, su interés les halagará, sus confiados modales les asombrarán y la sonoridad hipnótica de su voz les adormecerá: es imposible conocer a Quentin sin enamorarse un poquito de él.

11. EL WIGWAM HUMANO

Por ejemplo, ¿sabe lo que estoy sintiendo ahora?, se preguntaba Whitehead mientras Quentin, volviéndose para echar una mirada a la cocina antes de descorrer el cerrojo de la puerta principal, le dirigió una sonrisa singularmente penetrante y singularmente sumisa, con los extremos de su hermosa boca hacia abajo.

¿Sabía lo que significaba ser presentado a una chica treinta centímetros más alta que uno, la humillación que siente el enano al tener que darle la mano a alguien que casi le dobla en altura, la furtiva red de tensiones que se establece cuando una persona que mide un metro treinta (o «uno treinta y cinco» en la jerga de Keith) conoce a otro ser humano que ha sobrepasado el mágico límite del uno setenta? Porque los americanos, como había comprobado Whitehead asomándose receloso de puntillas por la ventana de la cocina antes de dirigirse al vestíbulo, parecían haber sido elegidos para ilustrar las diferencias elementales que pueden producirse en el homínido terrestre medio: un robusto gigante de piel pálida con el pelo corto y blanco y miembros de plastilina; un duende con el rostro coronado por un copete y trenzas color castaño que le llegaban a la cintura, y… Roxeanne, debía de ser ella, una de esas terroríficas chicas americanas producto de algún experimento genético, de tamaño extra: más de uno ochenta de estatura sobre sus zapatos de plataforma, una hoguera de pelo rojo llameante, unos pechos como zepelines, un trasero bien grande y alto y firme y unas piernas interminables. Mientras fortalecía su espíritu para la dolorosa prueba que le esperaba, Keith había elevado una oración suplicando que le fuera dado pasar por ella en una postura sedentaria y, por lo tanto, poco expuesta. Ahora, mientras observaba a Quentin, que había salido brincando y gritando de entusiasmo para abrazar a los recién llegados, y a Celia, que avanzaba hacia los cuatro personajes con un paso solemne y ceremonioso, Whitehead empezó a comprender todo el horror de lo que le esperaba.

Quentin alargó una mano a su mujer y se volvió hacia sus

amigos.

—Marvell…, Skip…, Roxeanne —dijo con voz ronca, mirándoles sucesivamente a la cara—, aquí tenéis a mi esposa.

Hubo una pausa. Luego Celia se adelantó para unirse al círculo de brazos; fue abrazada por cada uno de ellos y Roxeanne la besó en las mejillas, mientras que Skip y Marvell le plantaron un firme beso en los labios. Agrupado en un círculo, el cuarteto se inclinó hacia adelante y sus frentes se tocaron. Sobreponiéndose a la emoción, Quentin miró hacia el porche, en el que Andy, Diana y Whitehead estaban indecisamente situados. La voz de Quentin sonó fuerte y magnífica:

—¡Venid! —gritó.

—¡Qué coñazo! —suspiró Diana.

—Venga, no es más que ternura —le dijo Andy antes de avanzar a grandes zancadas por el camino.

Keith observó remilgadamente cómo Andy besaba a Roxeanne con lo que le pareció un entusiasmo indecoroso, y cruzaba los brazos para coger los de Marvell y Skip. Cinco frentes se tocaron. Whitehead alzó la vista hacia Diana.

—Pasemos de esto, ¿vale? —suplicó.

Diana, movida más por el deseo de alejarse del repugnante Keith que por ganas de reunirse con los otros, le echó una mirada de cansado desprecio y lo dejó solo en la puerta principal. Hubo una representación bastante más rígida del ritual que había acogido a Celia, y luego toda la pirámide de piernas, brazos y caras se volvió expectante hacia el diminuto joven.

Keith seguía barajando diversas posibilidades: ¿salir corriendo y gritando hacia su habitación?, ¿caerse de narices?, ¿empezar a llorar?, ¿volverse loco otra vez?, cuando se dio cuenta de que estaba brincando con su cuerpo regordete por el camino y diciendo sin pensar:

—¿Hay sitio para uno más ahí dentro?

—Aquí mismo —dijo Marvell al momento.

—Eso es —dijo Skip, soltando el brazo de Celia para dejarle paso.

—¡Oh, qué *pequeño* eres! —exclamó Roxeanne, evidentemente encantada. Mientras Keith alargaba su fruncida boca estirando el cuello hacia esos siete rostros sonrientes, Roxeanne, sostenida por

Quentin y Andy, estiró el cuello hacia abajo para besarla. No llegó a alcanzarla: Quentin resbaló en la gravilla, Roxeanne perdió su soporte derecho, el wigwam humano osciló, giró un cuarto de círculo, se tambaleó y se derrumbó en el suelo entre alegres chillidos.

Poco a poco se fueron levantando, titubeantes y riéndose.

—Las drogas —dijo Quentin, riéndose de nuevo y esforzándose por recobrar el aliento—. Demasiadas drogas.

La postura de los habitantes de la casa en lo referente a esta cuestión fue elocuentemente resumida y aprobada unos minutos más tarde por Marvell Buzhardt, el pequeño americano con cara de búho, licenciado en Psicología, Antropología y Medio Ambiente por la Universidad de Columbia, periodista contracultural, realizador cinematográfico y empresario de actividades culturales y pop. El doctor Buzhardt se sentó a la mesa de la cocina y se puso a liar canutos con Quentin y Andy, pasándose una botella de licor libre de impuestos mientras las chicas preparaban bocadillos para el proyectado picnic. Skip estaba sacando las cosas del Chevrolet y Whitehead había ido a hacer unos recados al minimercado. De hecho, Marvell había publicado hacía poco una breve monografía sobre este tema, en colaboración con la Editorial Alternativa de la Universidad de Berkeley, y prometió buscarles un ejemplar y dárselo antes de marcharse.

—¿Qué es lo que dice el libro, tío?

—Simplificando, Andy, *El laboratorio mental* dice lo siguiente —comenzó Marvell—: Hace ya algún tiempo que está claro, para todas las personas auténticas que han estudiado el tema, que el cerebro es una unidad mecánica y que sus aberraciones no son debidas a los contextos ambientales ni psicológicos, sino a reacciones puramente *químicas*: eso es todo, no hay nada más. Esta idea ha encontrado muchas dificultades para imponerse, porque la gente se resiste a creer que *ninguna* parte del ser humano sea divina. ¿Te vuelves loco, por ejemplo?…, es porque tienes mierda en la cabeza, asquerosos productos químicos. En cualquier caso, esto no es más que la introducción a la parte más polémica de mi libro.

En ese punto, el doctor abandonó toda actividad con la hierba y los papeles de liar para juntar las manos en la coronilla con aire pensativo, ante el secreto fastidio de Andy, que no estaba tan

interesado en hablar de drogas como en introducirlas en gran número en su cuerpo en el menor plazo de tiempo posible.

—De acuerdo. Así que ahora, si te vuelves loco —prosiguió Marvell—, te dan sustancias químicas beneficiosas para contrarrestar las malas que hay en tu cabeza. O electricidad. El único misterio del cerebro es su complejidad. No hay nada cerebral en él, tío, sólo una terminal nodriza de productos químicos y terminaciones nerviosas, y ahora la ciencia es incapaz de estar a su altura. Así que, ¿por qué no buscar sus aplicaciones positivas?

—No lo sé —dijo Andy, respondiendo con volubilidad a la mirada interrogadora, aunque más bien retórica, de Marvell.

—¡No hay ninguna razón para no hacerlo! Mira…, cono…, estamos de acuerdo en que la vida es una puta mierda y que no es divertido ser uno mismo todo el rato. ¿Por qué no hacer entonces con el cerebro lo que se hace con el cuerpo? *A la mierda* todos esos niños muertos del amor, la comprensión, la compasión… Usa las drogas para… almohadillar la conciencia, guiarla, protegerla, estimularla. Ahora disponemos de una maravillosa variedad de drogas, Andy. Tenemos drogas para sentirnos eufóricos, tristes, cachondos, violentos, lúcidos, tiernos. Disponemos de combinaciones de drogas capaces de producir cualquier alucinación o alteración de los sentidos que puedas desear. Por otra parte, tenemos drogas capaces de neutralizar estos efectos de manera instantánea. No es la vieja historia de Leary: no hay «religión» ni falsas promesas. Conocemos el funcionamiento químico de la psique; así que utilicémoslo, y *divirtámonos.*

—Y una mierda —dijo Diana—. ¿Y las lesiones cerebrales? ¿Los recuerdos falsos, la melancolía callejera…?

—Bueno… —Marvell balanceó de un lado a otro su peluda cabeza—. Hay una especie de apéndice que trata de…

—Y de todas formas —dijo Roxeanne—, todo eso es en gran parte puro histerismo de los medios de comunicación.

Quentin:

—¿Qué tal acogida tuvo el libro, Marvell?

—*Pig y Smeg Sunday* estaban entusiasmados. Las pocas reseñas de la prensa oficial que leí lo calificaban de agitación y propaganda psicodélicas, como es natural.

—Por supuesto —dijo Andy, cogiendo las cosas de liar de

Marvell—. Era de esperar. Bueno, entonces, ¿qué es lo que nos tienes preparado para hoy?

El doctor sonrió.

—Ajá. ¿Qué es lo que nos tienes preparado *tú*?

12. ALTO Y BUENO

Bastante abrumado por la colosal impresión que al parecer había causado en los invitados, Whitehead se escabulló tímidamente atravesando el jardín. Keith se había propuesto la misión de consolidar su sensación de bienestar, y para ello decidió hacer una visita a las únicas personas que había conocido en toda su vida que le hacían sentirse inspirado, tranquilo, magnífico, una estrella del pop, un mohawk, superior, elegante, sexy, genial, rico, alto y bueno. Eran los Tuckle.

¿Los Tuckle?

Los Tuckle. Cuando Quentin y Andy no sabían qué hacer, o cuando se encontraban bajo los auspicios de alguna droga especialmente electrificante, a menudo hacían incursiones hasta el otro extremo del jardín para hacerles pasar un mal rato a Mr. y Mrs. Sydney Tuckle, la pareja de viejos chochos a la que estaban intentando desalojar del anexo de Appleseed, una construcción de una planta y dos habitaciones que ocupaba una esquina del muro del jardín, oculta a la vista de la casa por un macizo de rododendros sin florecer. Los Tuckle llevaban medio siglo viviendo allí, desde que entraron de criados para todo de algún antiguo propietario, y desde entonces se habían negado a trasladarse, lo cual resultaba insufrible. Legalmente eran inamovibles, pero Quentin y Andy, que afirmaban soñar con transformar la casa de los guardeses en un estudio/habitación de invitados/cuarto de juegos, argüían que si conseguían hacerles la vida lo bastante insoportable se irían por propia iniciativa.

Por ejemplo, en una ocasión Quentin había instalado un altavoz recubierto de polietileno delante de la ventana de la fachada principal de los Tuckle, por el que se dedicó a retransmitir, a un volumen capaz de romper los cristales y perforar los tímpanos, sonidos tales como choques de coches, salvas de cañón, despegues de aviones, muchedumbres manifestándose, respiraciones pesadas, batallas de tanques, sirenas de ambulancia, cargas de elefantes, gritos, chillidos y obscenidades. Como esto no obtuvo los resultados

apetecidos, Quentin se pasó tres días y tres noches retransmitiendo un agudo zumbido sónico; al cuarto día se vio a Mr. Tuckle reemplazando el almohadillado de las ventanas mientras la sangre goteaba de su oreja izquierda; llegados a este punto, Quentin cedió afablemente a las presiones domésticas e interrumpió sus emisiones. Las tretas de Andy solían obedecer a ocurrencias más atávicas. Una vez orinó por el ojo de la cerradura y luego, ante las carcajadas de Quentin, defecó por la chimenea sobre el hogar de los Tuckle. El mismo ánimo juguetón le había llevado también a taponar el desagüe del alcantarillado, a cortarles la calefacción y el agua en el fin de semana de Navidad, a fundirles los plomos y a limitar sus idas y venidas de diversos modos: acampando fuera de su casa con un hacha, tapándoles las ventanas con maderas (para que no se atrevieran a salir) y dirigiendo la manguera a presión contra su puerta durante noventa y seis horas seguidas. Los Tuckle sabían a lo que se exponían cuando salían tambaleándose por la puerta de atrás para ir a la tienda, pues corrían el riesgo de ser amenazados, escupidos o empujados, aunque naturalmente Quentin y Andy eran demasiado arrogantes para organizar una campaña sistemática. La verdad es que sospechamos que si la vieja pareja llegara a mudarse de verdad, Quentin y Andy los echarían terriblemente de menos.

Whitehead llamó a la puertecita de casa de muñecas. Volvió a llamar y retrocedió algunos pasos.

—*Vamos* —dijo—. Soy Keith Whitehead.

El buzón soltó un repentino chirrido que duró una fracción de segundo, seguido del ruido que hacían al correrse numerosos y complicados cerrojos. La puerta se abrió lentamente. Mr. y Mrs. Tuckle salieron con cautela a la extraña luz del sol.

—¡Mr. Whitehead! ¡Gracias a Dios! —Mr. Tuckle se tambaleó sobre sus pies con tanto entusiasmo que Keith alargó el brazo y le devolvió el equilibrio apoyándolo contra su esposa—. Mil perdones por el retraso, señor —prosiguió Tuckle—, pero Mr. Villiers debió de verle cuando vino usted el martes pasado, porque ayer se puso delante de la puerta y empezó a llamarnos diciendo que era usted y que todos los demás habían salido. Hubiéramos jurado que *era* usted, señor. Hubiéramos *jurado* que era usted. Lo dijo de la misma manera que usted, señor. Bueno, abrí la puerta sin pensar, y ahí estaba Mr. Villiers, y el moreno a su lado con un cubo de basura. Lo

lanzó…, nos lo lanzó y nos volvimos a meter corriendo en casa. La tapa le dio a Mrs. Tuckle en el cuello. Hubiera cargado contra nosotros, señor, pero Mr. Villiers le contuvo.

—Cometieron un estúpido error al no mirar antes —dijo Keith.

—Tiene razón, señor, por supuesto. Fue una temeridad.

—Bueno, ¿qué demonios esperan que haga yo?

La voz de Mr. Tuckle pareció agitada por primera vez.

—No, señor, por favor. No esperamos que usted los controle. Está claro que ni ellos mismos saben lo que hacen la mitad del tiempo. Le agradecemos lo que hace, señor, se lo agradecemos profundamente. —Mrs. Tuckle confirmó este extremo con una expresión de confianza en sus húmedos ojos—. ¿Y podría decirle a Mr. Coldstream que le estamos profundamente agradecidos por su regalo?

—Si me acuerdo… —dijo Keith. Al enterarse de la situación de los Tuckle, Giles le había pedido a Whitehead que les llevara un litro de ginebra la próxima vez que fuera a verlos, lo que Keith había hecho el martes pasado, al juzgar que el regalo engordaba demasiado como para que mereciera la pena interceptarlo—. En cuanto a la compra…, y, por cierto, Mrs. Tuckle, da exactamente lo mismo que me pida que le compre Beenies en el minimercado. Sabe usted de sobra que allí no las tienen.

—Lo siento, señor, no sabía…

—En cualquier caso, por una vez pueden hacerla ustedes mismos. Han llegado unos invitados míos y he decidido que nos vayamos todos de picnic. No habrá nadie desde la una hasta las tres por lo menos.

—Gracias, señor, gracias.

—Sí, y de ahora en adelante cuando llame diré… «Whitehead». No diré «Keith» ni «Mr.». Así sabrán que soy yo. «Whitehead.»

Whitehead no pareció quedarse tan complacido con esta innovación como había pensado, pero cuando los Tuckle empezaron a decir: «Gracias, señor, gracias…» de nuevo Keith ya se había ido, atravesando el césped a grandes pasos, sintiéndose demasiado inspirado como para despedirse.

13. UNA ESPECIE DE ENSOÑACIÓN

—¡Cuidado con el torno!

—¿Qué? Eh, Giles, ¿estás bien?

Giles estaba en la cama, doblado en dos por un dolor de muelas psicosomático. Su grito estrangulado era la respuesta semidelirante a la cortés llamada a su puerta de Quentin. A las doce y media, Giles llevaba ya consumidos cinco gin-rickies, cuatro gin-tónics, tres gin-no-sé-qué, dos ginebras con bitter y una ginebra sola.

—Ah, hola, Quentin —dijo Giles después de abrir la puerta—. Siento haberte gritado así, la verdad. Creo que estaba teniendo una especie de ensoñación.

—Siento molestarte. Es que nos vamos todos de picnic y he venido a buscarte.

—¿Literalmente «todos»?

—Sí, me temo que sí.

—Ah. —Giles no quería ir a ninguna parte, pero sabía que quedarse solo en la casa era algo que nunca sería capaz ni siquiera de plantearse—. Ya veo. Bueno, entonces creo que será mejor que vaya.

Quentin sacó dos enormes cajas de cartón de detrás de su espalda.

—Celia ha preparado un montón de comida —dijo—, pero nos hace falta algo para beber.

Giles aceptó las dos cajas con una cara sin expresión y se volvió para abrir el armario de teca. Se puso de rodillas.

—Espera. ¿Más de tinto o más de blanco?

—Vamos a ver —dijo Quentin—, Tenemos roastbeef, bocadillos de carne, po…

—¡Calla!… Aah, lo siento. Pero, la verdad…, ¿no te importaría limitarte a decir los *vinos*, eh?

—Por supuesto, Giles. Tinto sobre todo, por favor. ¿Por qué no coges media docena de St. Emilion del 74 y media docena de Châteauneuf-du-Pape del 77? —dijo Quentin con sencillez—. Oh, y un poco de Pouilly Fumé para las chicas.

—Ya… está —dijo Giles unos minutos más tarde—. Ahora… —Cogió una botella de litro de coñac Napoleón de la estantería de abajo y (después de una silenciosa consulta con Quentin) *dos* botellas de Glenfiddich escocés de la estantería superior. Por último, después de acercarse a la mesa y comprobar que su botella de ginebra estaba más que mediada, Giles metió también una botella de Gordon's sin abrir—. Supongo que con esto será suficiente —dijo para sí.

—Estupendo. Ahora mismo le digo a Skip que suba para echarnos una mano. No, todavía no conoces a todo el mundo, ¿verdad?

Giles no contestó. Pero, de repente, cuando estaba saliendo de la habitación detrás de Quentin, dio media vuelta y se aferró a su chaqueta vaquera.

—¿Está Mrs. Fry allí abajo? —preguntó con aire enloquecido.

—No, se ha marchado. ¿Por qué? ¿Por qué te molesta? Es muy buena gente, de veras; un tesoro.

Giles volvió a mirar a su alrededor con ojos vidriosos.

—Tiene…, es su… —Giles iba a decir «dentadura postiza». Una vez había presenciado cómo a Mrs. Fry se le caía la dentadura en el escurreplatos tras un estornudo y cómo se la volvía a colocar trabajosamente; desde entonces, cada vez que la veía sufría mareos y ataques de náusea.

—Venga, Giles —dijo Quentin—. Mis amigos han traído una cosa que te hará sentirte mejor. Enseguida te encontrarás bien. Vamos.

Giles echó una mirada a su habitación vacía como si fuera la última vez que la iba a ver, sorbió por la nariz, sonrió a Quentin sin convicción y se alejó de la puerta con desmañada precaución.

14. EN ALGÚN SITIO POR AQUÍ FUERA

—No podemos entrar ahí —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Diana.

—Mira eso. —Giles señaló un enorme letrero que asomaba un poco inclinado por encima de la valla de alambre de espino. El letrero decía lo siguiente:

A TOMAR POR CULO
PROHIBIDA LA ENTRADA

—¿Y qué?

—Ahí pone —explicó Giles, como si Diana acabara de aprender a leer— que está prohibida la entrada.

—Tranquilo, Giles —dijo Quentin—. Conozco al dueño de este terreno, Oofie Worthington. Me ha dado permiso para entrar siempre que quiera.

—¿De verdad, cariño? —dijo Celia—. No sabía que…

—¿Y qué pasa con el alambre de espino? —dijo Giles, retrocediendo bruscamente y tapándose la boca con la mano.

—No hay problema —dijo Skip. Los tres americanos se habían reunido con ellos—. Yo lo agarro… por aquí, y… oye, tío, ayúdame por el otro lado, ¿vale? —Marvell y Skip pisotearon el alambre de abajo con sus botas mientras alzaban el de arriba con las manos. Durante esta operación, Marvell no dejó de gruñir y de hacer muecas de dolor, pero la cara pequeña e infantil de Skip permaneció inexpresiva; casi parecía muerta—. Vale —dijo por fin con una voz sin inflexiones.

Whitehead pasó primero, encorvándose (innecesariamente) y cargando con la cesta. Luego entraron las chicas una a una. Quentin y Andy ayudaron a cruzar al crispado Giles, pasaron al otro lado el cargamento de alcohol y luego sujetaron el alambre para que pasaran Skip y Marvell.

Quentin Villiers se apresuró a ayudar a su esposa a desplegar las mantas. Se besaron fugazmente y se agacharon para abrir la cesta.

—¿Vais a comer todos ahora? —preguntó Giles distraídamente,

llevándose la botella de ginebra a los labios—. Porque me parece que yo sólo voy a beber un montón.

En ese momento, Skip se acercó a Giles y le agarró la mano que tenía libre.

—Hola, Giles —dijo con su monótona voz de bajo—. Yo soy Skip.

Skip recibió una ducha de saliva de alto octanaje mientras el atragantado Giles apartaba la botella de ginebra y retrocedía a trompicones, protegiéndose la cara con los brazos alzados.

—¡Cuidado! Aah, lo siento… ¿«Skip»? Es que no te había visto venir. Me llamo… —Giles cayó de rodillas—. La verdad es que… —dijo.

Entonces, medio agarrados en un complicado abrazo, Quentin, Celia, Marvell y Roxeanne se alejaron del lugar del picnic para contemplar mejor el paisaje.

—Me gusta —dijo Marvell, poniéndose una peluda mano en cada cadera; recorrió con la mirada el ondulado campo con el sauce encorvado en el centro, la robusta línea de abedules a lo largo de la valla, y al fondo las colinas y el cielo—. Me gusta este planeta.

—Es hermoso —dijo Roxeanne—, Muy hermoso, Quentin, de verdad.

—Cuando nos casamos —dijo Quentin—, dije que tendríamos que vivir en algún sitio por aquí fuera. —Se volvió hacia su mujer —. Algún sitio en el que siguiera existiendo un poco de Inglaterra.

—Sí —dijo Marvell.

—No es por el contacto con la naturaleza, ¡qué idea tan horrorosa!; es más bien una cuestión de solidificar la conciencia de uno mismo. Soy inglés. Esto es Inglaterra. En Londres ya no queda nada inglés.

Celia y Roxeanne levantaron la vista hacia Quentin, con alegría y asombro respectivamente. La verdad es que la belleza extraterrestre de Villiers era especialmente evidente ese día. Los vaqueros artísticamente desteñidos y la reveladora camisa de algodón contribuían a darle un aspecto a la vez tosco y civilizado; su piel del color de la arena húmeda contrastaba favorablemente con la pálida lividez del resto de los habitantes de la casa y con el tosco bronceado de los americanos; las ráfagas de brisa rizaban los mechones de su pelo rubio plateado sin despeinarlos…

—Estamos dándole la espalda a nuestro espíritu —murmuró—, cada vez que consentimos en venderle la vida a la ciudad, en someter nuestra vida a la medida del ritmo de la ciudad.

—Es verdad —dijo Marvell—, Te sientes como el engranaje de un mecanismo, como un robot que tiene que…

—Eh, vosotros —les gritó Diana—, dejad de decir chorradas y venid a ayudarme con este maldito cesto.

Andy estaba orinando ruidosamente contra un árbol cercano y Giles se había hecho un ovillo con su botella de ginebra. De manera que el pequeño Keith había estado ayudando a Diana con la comida, y resulta que a Diana le disgustaba que sus dedos asquerosamente regordetes rozaran de vez en cuando los suyos, y también le disgustaba el hecho de estar implícitamente emparejada con la persona menos atractiva de todas las presentes.

—Por el amor de Dios, vamos a empezar con un poco de ese irlandés —dijo Andy.

—Sí —dijo Quentin—, y vamos a tomar un poco el sol.

Marvell y Roxeanne se colocaron encima y alrededor del cuerpo estirado de Skip: un brazo aquí, una pierna allá. De una manera u otra, se las arreglaban para que pareciera de lo más natural.

—Bueno —dijo Marvell—. Quiero que todos penséis sinceramente en esta historia de la droga. No quiero parecer demasiado mecanicista, pero ya he realizado esta clase de proyecto otras veces, en condiciones controladas, y tengo pensado escribir un artículo o algo así, quizá un folleto. Con los nombres cambiados y en tono hipotético. —Marvell bostezó y se arrimó más al escondrijo formado por el pecho de Skip y el hombro de Roxeanne. Parecía un potentado indeseable apoyado en los largos cuerpos de sus amigos, con una expresión astuta en su cara en sombras bajo el entramado del pelo—. No sé lo que pensaréis vosotros —prosiguió—, pero yo estoy bastante jodido y no quiero pasarme toda la noche con esta murga. Despegamos alrededor de las siete, si os parece. Pensadlo bien y presentadme vuestros planes cuando volvamos. Tengo interés por saber qué es lo que elegiréis.

Durante los dos tercios finales de esta perorata, Giles había conseguido recorrer a gatas los cinco metros que le separaban del lugar en el que Andy yacía con los brazos y las piernas extendidos sobre una manta. Cuando llegó, le dio un golpecito en el hombro.

—¿Qué? —dijo Andy.

—Oye, Andy —dijo Giles en un audible susurro—. ¿De qué está hablando ese tipo?

Andy se estiró.

—Dice que tiene drogas para todo. Para lo que quieras. Tú le dices lo que quieres que te pase y él te lo consigue.

—¿Cómo lo que quieras? ¿Podría…, podría también hacer que uno deje de preocuparse por sus…?

—Lo que quieras, tío —dijo Andy, buscando una postura más placentera para dormitar—. Lo que quieras.

Cuando Giles, después de apartar de sus labios la botella de ginebra color verde piscina, se instaló en el suelo con los otros, siguió reteniendo la impresión de la imagen que había visto con súbita nitidez entre las brumas que separaban sus ojos del resto del mundo, la imagen de las caras sonrientes de los tres americanos.

15. TORTUOSA AMÉRICA

Los americanos formaban una «tríada», una «troika», lo que quería decir más o menos que les gustaba follarse y darse por el culo indiscriminadamente. También tenían la costumbre de convencer a otro personaje para que formara parte de un «rectángulo», o a otra pareja para formar la «estrella» completa. ¿Hemos, pues, de creer que se censuraban las incursiones sexuales fuera del grupo? Al contrario, se alentaban y aplaudían como fuente de nuevas «declinaciones imaginativas» de la actividad normal. El trío había prosperado durante dos años, y mostraba alentadores indicios de su determinación de continuar haciéndolo.

Su historia fue más o menos así.

El padre de Skip, Philboyd B. Marshall, Jr., un ser humano detestable, tenía un taller mecánico caluroso y sucio en las afueras de Tara, Tennessee. Philboyd le había hecho a su hijo tantas cosas espantosas y traumáticas que todo el que había oído hablar de ellas felicitaba de manera espontánea a Skip por su aparente cordura. Por ejemplo, Philboyd le había *violado* en una ocasión; no (nos apresuramos a añadir) por afán libidinoso, sino porque había pillado a Skip vaciando la letrina con una pala en lugar de hacerlo con las manos, como le había rogado Philboyd, pues eso era a su vez un castigo por algún crimen anterior. «Si te vuelvo a pillar haciendo esas tonterías, chico, entonces sí que estarás en un buen apuro.»

Las relaciones entre padre e hijo empeoraron. Claro que últimamente los negocios no iban mu y bien en la gasolinera, y con toda la gente que se estaba marchando de Tara y todos los negros que estaban llegando, y que uno no pueda tomarse una cerveza en Kramer's sin tener que andarse a empujones con los melenudos… La vida de Philboyd se convirtió en una deprimente serie de sesiones de lamentaciones, tremendas borracheras y violentos desahogos. El viejo mecánico moría un poco más cada vez que un puertorriqueño o un judío entraba con su coche en sus dominios para echar gasolina; lo que es más: moría un poco más cada vez que veía a los

negritos cruzar la vía del tren, aparentemente ilesos; cada vez que el sol se ponía por encima del anuncio de Coca-Cola de detrás de la casa, oscureciendo sus tardes con una prematura bóveda de sombras. Cuando Skip fue físicamente incapaz de aguantar más palizas sin motivo, Philboyd compró en un matadero una muía de tres patas que instaló en un cercado y a la que salía a visitar dos veces al día, atormentándola con cuchillos de cocina, ganchos de colgar la carne y hierros de marcar. Esto le alivió un tanto, pero no por mucho tiempo: el animal cayó muerto sobre él dos meses después.

Y entonces, por supuesto, llegan unos cuantos pijos de Nashville y Skip empieza a salir con ellos. Todos tienen entre veinte y treinta años y Skip todavía no ha cumplido los diecisiete, pero Skip tiene una extraña facilidad para hacer amistad con chicos mayores que él. Y es que Skip es lo que antes se llamaba una «escoria»: hace lo que le digan; no hay nada que se niegue a hacer. «Skip, a ver si puedes tirarte desde la torre de refrigeración a ese tanque de allá.» «Cuando quieras.» «Skip, lleva los cubos de mierda al montón de la basura, ¿de acuerdo?» «Ajá.» «Skip, ve a Kramer's y róbanos unas cuantas cervezas, ¿de acuerdo?» «Ahora mismo.» «Skip, cómete esa babosa.» «Está chupado.» Al larguirucho chaval también le caían en suerte determinadas tareas sexuales de poca monta, que él realizaba con solicitud y avidez. Como comentó una vez un estudiante: «Skip le chuparía el culo hasta a una serpiente si alguien la agarraba por la cabeza.» También había un montón de drogas.

Un día, Philboyd atravesó el cámping con su volquete y vio a Skip tumbado en la hierba con una pandilla de putas y maricas hippies. Desalentado y pesaroso, se dio cuenta de que no podía actuar inmediatamente; hubo un tiempo, cuando en Tara todavía había bastantes jornaleros blancos rechonchos iguales que él, en el que podrían haber arremetido allí mismo y haber armado una buena. Este pensamiento le entristeció aún más. Pero tal y como estaban las cosas, Philboyd estuvo aporreando a su hijo con una sartén, persiguiéndole por la cocina durante tres cuartos de hora.

—Ah, deja en paz al chico, Philb —la enfermiza voz de Mrs. Marshall se dejaba oír desde el dormitorio contiguo—, estoy intentando descansar un poco.

—¡Cállate de una puta vez! —respondía Philboyd, que de todas

formas ya había decidido seguir el consejo de su esposa, porque estaba demasiado viejo y demasiado gordo para continuar—, Skip, como te vuelva a ver con esos maricas —jadeaba—, te abro la cabeza.

Y, efectivamente, cuando volvió a ver a Skip con esos maricas Philboyd intentó mantener su promesa. Casi no podía creerse su buena suerte: allí estaba Skip con un estudiante solitario, bebiendo cerveza en un salón de maquinitas del centro de la ciudad. Philboyd abrió la puerta de un empujón y se dirigió hacia ellos mientras se desabrochaba apresuradamente el cinturón.

—Ya está bien, hijo. Voy a romperte el culo. —Sin decidir nada de antemano, Skip se levantó, describió un círculo con el puño derecho y luego lo dejó caer a toda velocidad sobre la barbilla de Philboyd. Este pareció quedarse absolutamente inmóvil durante dos o tres segundos por lo menos, con el rostro congelado en una expresión de incrédula decepción, antes de ser levantado por los aires y estampado contra la pared, por la que se deslizó suavemente hasta formar un charco de grasa en el suelo. Su hijo lo recogió de allí temeroso, moviéndose a cámara lenta, y lo enderezó apoyándolo en una máquina tragaperras.

—¿Papá…? —Skip encogió las manos.

—Ah, déjame en paz, hijo. —Philboyd se fue a casa dando traspiés, con el pelo manchado de serrín, sangre y cerveza, y en su abatimiento ahogó a su mujer regándola con la manguera.

La vida de Skip se desmoronaba a su alrededor. Ma había muerto. Philboyd tenía que responder al cargo de homicidio no premeditado. Marshall Mecanix fue cerrado. A las autoridades parecía importarles un carajo lo que hiciera. Y de todas formas, siempre había odiado Tara.

Skip consiguió un empleo en la fábrica de automóviles que estaba en la pista más alejada de la segunda hoja de trébol del tercer cruce en espagueti de la autopista secundaria que se dirigía al oeste desde Nashville, Tennessee. Trabajaba dieciséis horas diarias, sin sentir ninguna ambición y ningún aburrimiento, y los fines de semana se iba en coches prestados a St. Louis, Memphis, Oklahoma, ’Pulco y Ciudad de México, donde participaba en diversas juergas nihilistas, azotaba y era azotado, tomaba grandes cantidades de mescalina y cocaína, se daba revolcones con cowboys de edad

madura y era ocasionalmente testigo de óptimas torturas sexuales y escenas de mutilación genital; era una figura inexpresiva, que permanecía silenciosa, con la mente en blanco y solitario en el paisaje de coches tumescente y borroso por la calima.

Después de pasarse dos años perforando palancas acodadas reforzadas de columnas de dirección de automóvil, Skip metió todas sus posesiones en un cascado Plymouth del 75 y se dedicó a vagar por América como un canto rodado que nadie hubiera lanzado: y Omaha, y Minneapolis, y Salt Lake City; hasta que impulsivamente tomó un desvío a la derecha de la autopista interestatal y se dirigió perezosamente a la hermosa ciudad de Prescott, Arizona. Cuando estaba a mitad de camino, acabó con una botella de panegórico y se quedó desmayado en una señal de stop; se despertó en el fondo de la cuneta hecho un revoltijo encorvado; su coche y su dinero habían desaparecido, tenía la nariz, el tobillo y cinco costillas rotas, le faltaba el meñique izquierdo, le habían arrancado de un mordisco un trozo de la oreja derecha y tenía una resaca espantosa. Tardó cuarenta y ocho horas en volver a la carretera.

—¿La primera vez que vimos a Skip?…, como para hacer vomitar a un gusano. Roxeanne y yo estamos buscando exteriores en Arizona para un western existencial que nunca conseguí rodar; nos dirigimos al pueblo más próximo para comprar algo de comida, salimos de la curva en nuestro Chev, y vemos una especie de montón informe moviéndose convulsivamente al borde de la carretera. Aminoramos la marcha. Nunca en mi vida había visto a un ser humano tan próximo al estado natural. Paramos el coche. Tenía las ropas medio desgarradas, la cara era un charco de sangre, el cuerpo roto aquí y allá. Todavía tengo las fotos.

—Mar estaba tranquilo, pero yo tenía los nervios de punta. No dejaba de pensar, vaya vaya Popeye, unos trogloditas se han estado divirtiendo un rato, vámonos de aquí antes de que vuelvan a por más, pero Marvell dijo que teníamos que llevarlo a algún sitio y tenía razón. Puse una manta para tumbarle en el asiento de atrás y le echamos ahí dentro. Creíamos que a lo mejor la palmaba ahí mismo, delante de nuestras narices, pero entonces empezó a gruñir y a debatirse, y hasta a decir cosas… como «Estoy hecho una mierda…, estoy hecho una mierda.» Marvell fue a Prescott a toda máquina para ver qué podían hacer allí, y dijo que podríamos

seguir hasta Phoenix si su estado lo requería. Los hijos de puta de la seguridad social de Prescott dijeron que ni siquiera podían tomarle la puta temperatura sin su número de cartilla… y este tipo no tenía *nada*, ninguna identificación, ni un dólar. Era como si no existiese. Así que decidimos ir a Los Ángeles, sin saber si cuando llegáramos no tendríamos un fiambre en el asiento de atrás. Los de L. A. volvieron a remendarlo, pero tampoco querían acogerlo. Así que tuvimos que hacerlo nosotros.

—Yo tenía algunos amigos médicos. No hubo problema. Skip se pasó varios días delirando, retorciéndose en la cama, gimiendo cosas sobre su padre y latas de cerveza y cosas así. Cuando volvió en sí no parecía acordarse de nada de lo que le había pasado ni de su vida anterior: tuve que explicarle que estábamos en el planeta Tierra, un cuerpo celeste con forma de esfera que gira alrededor del sol; ¿el sol?, ¿el gran fuego del cielo? Volvió a recordar la mayoría de las cosas, aunque la historia de su padre va y viene. Fue muy extraño, ¿sabéis? Como dar vida a un nuevo ser humano, como crear algo. Se experimentan sensaciones muy fuertes. Y, Dios mío, tendríais que haber visto cómo reaccionaba el chico a las muestras de cariño. Me ponía enfermo al pensar en la vida que había llevado.

—Nos contaba esas historias absolutamente prehistóricas sobre su padre. Una bestia. A Skip casi se le salían los ojos de las órbitas cuando le hablábamos de nuestros padres…, bueno, los míos eran campesinos de toda la vida y los de Marvell eran auténticos yiddish; cuando le contábamos que eran ricos, cariñosos e indulgentes. Totalmente extraños para su mentalidad. Pareció bastante aliviado cuando le dijimos que ahora todos se habían divorciado y que sólo los veíamos cuando necesitábamos dinero. Marvell le habló del control, le explicó que los padres no son demasiado necesarios ni durante demasiado tiempo, que es una fase que se supera pronto. Ojalá Skip pudiera haberlo superado.

—Cierto. No creo que ahora piense para nada en su vida anterior. Pero el padre sigue por ahí. Las autoridades nos enviaron una carta cuando inscribimos a Skip en el registro de California, antes de venir aquí. Mierda, vaya documento. Os lo enseñaré. Nunca se lo hemos enseñado a Skip. Recordar esa época le destrozaría el cerebro. ¿Queréis ver a alguien volverse realmente loco?: preguntadle a Skip por su padre. No os lo recomiendo. En

cualquier caso, así son las cosas. A nosotros no nos costó nada; teníamos dinero y espacio de sobra, nos ayuda con las cosas de la casa, colabora en mis proyectos, arregla el coche… Es feliz.

—Somos como su padre y su madre, además de sus amantes.

—Sí, y él es… Digamos que él hace cosas por nosotros.

16. UN FUEGO CRUZADO DE MIRADAS

Whitehead acababa de vaciar su primer vaso de Pouilly Fumé, acababa de rechazar una tostada con salmón ahumado y, ¡ay!, mantequilla, que Celia le había ofrecido desdeñosamente, y acababa de mostrarse de acuerdo con Roxeanne en que los Capricornio normalmente no se llevan bien con los Leo (una afirmación que Andy, autoerigido en representante de este último signo, empezó a ridiculizar), cuando un ladrido espantoso brotó de sus labios, interrumpiendo todas las conversaciones.

Con un tono formal a la vez cómico y heroico, Keith se disculpó ante la concurrencia y las conversaciones se reanudaron con precaución, momento en el cual su estómago empezó a removerse horriblemente, siseando, bramando y escupiendo; Keith se puso a silbar melodías populares para tratar de ahogar su estruendoso despertar, viéndose obligado además a revolverse entre las mantas para contener el globo de aire que retozaba juguetonamente por su colon. Cuando los componentes del picnic empezaron a elevar el tono de voz para poder oírse unos a otros, Keith decidió que no iba a quedarse esperando para ver qué nueva jugarreta le tendría preparado su metabolismo. Sin importarle mucho el espectáculo que debía de estar dando, se deslizó unas cuantas servilletas de papel en el bolsillo, se puso de pie y echó una rápida mirada en torno suyo.

—Acabo de ver algo muy interesante…, tengo que ir a verlo…

Nadie se movió cuando Keith se alejó colina abajo, perseguido por un fuego cruzado de miradas.

Whitehead se abrió paso entre las estribaciones del bosquecillo, vadeando a través de una hierba no especialmente alta; cada vez que alzaba un pie para pasar por encima de un tronco, sus pantalones crujían alarmados, y sus tacones altos se tambaleaban y se torcían cada vez que pisaba un hormiguero o un montículo de hierba. Siguió con este tormento durante un kilómetro, sintiéndose cada vez más dispuesto a conformarse con cualquier posible lugar, pero sólo cuando se vio obligado a arrodillarse por dos veces a

causa de los tremendos espasmos de dolor que le recorrían desde el coxis hasta el perineo dio media vuelta para escudriñar a través del entramado de nerviosas hojas. Después de quitarse las botas y los pantalones (para lo que se vio obligado a tumbarse en el suelo y retorcerse hasta salir de ellos como una serpiente desprendiéndose de su piel), Keith se arrastró entre dos espesas zarzas, y allí su trasero se derritió contra un tronco cortado. Su estrecho pecho dejó escapar un gruñido, seguido de un gemido extático.

—Hola.

Skip había aparecido silenciosamente entre los árboles y estaba de pie a unos cinco metros de él. Recorrió esta distancia y se plegó de cuclillas, con sus rodillas muy cerca de las de Keith. Un tallo de hierba permaneció inmóvil en un ángulo de su boca cuando dijo:

—¿Te gustan los tríos, Keith?

Whitehead le habría respondido de haber podido hacerlo.

—Los tríos —repitió Skip lentamente—. Tú y dos tipos más. O tú y un tío y una chica.

Retrospectivamente, Keith se sintió muy impresionado al recordar el buen papel que hizo su voz una vez que la hubo recobrado. No gorgoteó ni gimió, y tampoco se puso a saltar de octava ni se transformó en un acorchado eructo de adrenalina, cosas que Keith no habría podido reprocharle, dadas las circunstancias. La verdad es que respondió en un tono cortés, indiferente y casi aburrido.

—Bueno, la verdad, Skip, es que no es un tema que me apasione, aunque por supuesto trato de ser tolerante con ese tipo de cosas.

—Mmm-mmm. ¿Te gusta que te la chupen?

—¿Cómo?

—Que te la chupen. Que te la mamen. Que te la coman.

—¡Oh! Bueno, no me *encanta*. Pero claro que esto también es parte de los principios básicos… Sí, en general estoy a favor.

—Mmm-mmm. ¿Te gusta que te folien?

—Bueno, como yo digo, no es una de las cosas que tengo por costumbre…, pero naturalmente intento mantenerme abierto…

—Mmm-Mmm. —Skip se balanceó con languidez sobre las piernas—, Mmm-Mmm.

—Oye…, Skip…, no quiero parecer brusco, ¿pero qué te parece si seguimos esta conversación en otro momento?

—¿Cómo dices?

—En otro momento. Estoy en el *servicio*.

—Claro que sí —dijo Skip en tono tranquilizador; pero luego puso los ojos en blanco y sus pupilas desaparecieron hacia arriba, mostrando dos bolsas de sangre reluciente en la base de cada una de las órbitas—. Sí, claro, tío. En otro momento.

17. VAYA BOSQUE

—La verdad, Roxeanne —observó Celia animadamente—, es que tienes unos pechos maravillosos.

—Pero son terriblemente grandes —dijo Roxeanne—. Creo que los de Diana son muy bonitos, del tamaño perfecto.

Diana frunció ligeramente los labios, como dando a entender que ya había oído antes esa canción. Celia prosiguió:

—Sí, los de Diana también son bonitos. Pero los tuyos son tan enormes y tan maravillosamente… sólidos. Fíjate en los míos. Los tuyos parecen apuntar hacia arriba; no cuelgan lo más mínimo.

Roxeanne se encogió de hombros, corroborando esto último.

—Bueno —dijo alegremente—. Eh, Quentin, ¿pasaré frío si me quito los pantalones?

En efecto, a medida que se intensificaba el sol de la tarde, que parecía cebarse en ellos con una fuerza totalmente injustificada, Diana y Roxeanne se habían pasado mucho rato —Diana por prudencia, y Roxeanne afectando distracción— esperando a ver quién era la primera en quitarse la parte de arriba. En casi cualquier otra compañía, Diana no habría dudado demasiado en dar el primer paso: sus senos, como había dicho Celia, no eran demasiado grandes pero sí bonitos; cubrían una extensión desproporcionada de su pecho de manera muy atractiva, eran suavemente redondeados y estaban coronados por unos primorosos pezones de color naranja que la amable acción del viento no tardaba en oscurecer y endurecer. No obstante, Diana contaba con que, por debajo de la blusa, los de Roxeanne estuvieran mucho más desinflados de lo que parecía, y hasta había supuesto que lo más probable era que llevara un sostén sin tirantes o algo así. Por último resultó que, tras murmurar algo acerca de que querían ponerse morenas, las dos chicas descubrieron sus tesoros al mismo tiempo. A excepción de Marvell, que las observaba complacido, y Giles, que parecía estar inconsciente, el imponente esplendor de los pechos de Roxeanne dejó a todos los presentes absolutamente consternados. Parecían brotar hacia arriba desde sus clavículas (formando una especie de

saliente en el que, de haber querido, podría haber comido cómodamente), para luego girar simétricamente alrededor de los jugosos pezones en forma de madalena, dirigiéndose por último a la espaciosa plataforma de lanzamiento formada por sus costillas, sin que esta unión estuviera marcada por el más mínimo pliegue. Diana observó el inmenso despliegue y luego volvió a mirarse sus minúsculas tacitas con una incredulidad apenas disimulada, y sólo al contemplar los pechos de Celia —unos deprimentes adminículos chafados que se extendían hacia las axilas— pudo empezar a recobrar la ecuanimidad.

—Disculpa, Roxeanne —dijo Quentin—, no he oído bien lo que has dicho.

—¿Y si me quito los pantalones?

—Ah, uno de los típicos malentendidos cuando hay gentes de ultramar entre la compañía. Bueno, ¿te refieres a los pantalones o a las bragas?[1]

—¿Y si me quito las dos cosas?

Quentin echó una ojeada a su esposa.

—Bueno, el viejo Oofie está en Kuwait, que yo sepa. Mientras no te importe que te vea algún paseante o algún palurdo… —Se rió extendiendo las manos—. Desde luego.

Roxeanne dijo, riéndose también:

—Serán bienvenidos. —Se tumbó de espaldas, enganchó los pulgares en la cinturilla de sus vaqueros y libró a sus aparentemente infinitas piernas del encierro. Sus (por otra parte inútiles) bragas salieron a continuación—. Bueno —concluyó—, nada de comentarios ingeniosos sobre las pelirrojas naturales.

—Por supuesto que no —dijo Quentin con sinceridad.

Diana se quedó mirando severamente a Andy cuando éste giró sobre sí mismo, apoyó la cabeza en las palmas de las manos durante unos segundos, con la cara a unos quince centímetros del cuerpo de alabastro de Roxeanne, para volver luego a la posición anterior.

—Dios mío —musitó suavemente—, vaya bosque.

18. OH, NO

Oh, no, no es posible que ya hayan empezado, ¿o sí?

Whitehead se hizo esta pregunta al salir del bosquecillo y empezar a subir la cuesta hacia los excursionistas, que para entonces ya se encontraban en distintas fases de *déshabillé*. Desde su atalaya veía las porciones de piel desnuda y moteada, con los contornos desdibujados en el polvoriento aire estival; mientras avanzaba penosamente hacia ellos, le pareció que sus cuerpos resplandecían y se fundían entre sí, que se disolvían y separaban, que fluían unidos para luego quedar suspendidos. De repente, cuando estaba a veinte metros de ellos, volvieron a ser claramente visibles, de nuevo inmóviles y discretos. Aliviado, Whitehead aminoró el paso.

Después se detuvo por completo; las nueve personas que descansaban al final de la cuesta todavía no lo habían visto. Sin ningún dramatismo ni ningún sentido de la ironía, cayó de rodillas como un rechoncho adorador del cálido viento. Entonces, la viva ansiedad que sentía siempre al aproximarse a un grupo de gente se unió a un oscuro presentimiento que silenciosamente había hecho presa en su ánimo. En una ocasión, bajo los efectos de los tranquilizantes, Keith le había contado a un amable dietista que el descubrir que era pequeño, gordo y feo no le había afectado tanto como el descubrir que siempre lo sería, que nada de todo aquello tendría nunca remedio. ¿Lo tendría alguna vez, aunque sólo fuera un poquito? Aunque Whitehead no se tenía a sí mismo por una persona demasiado «sexual» —por ejemplo, había llegado a considerar sus incursiones masturbatorias como aventuras inquietantes y espectrales—, le parecía extremadamente posible que, si este fin de semana no conseguía adquirir alguna experiencia sexual definida, intentaría suicidarse de alguna manera. No ansiaba el alivio, ni mucho menos el placer, sino simplemente la retractación simbólica del ultraje que suponía su fealdad. El pequeño Keith cogió una brizna de hierba y la retorció entre sus dedos. Este movimiento hizo volver el color y la expresión de

timidez a sus rasgos, calmándolo un tanto. Sonrió con aire furtivo al recordar el incidente con Skip. Vaya. Verdaderamente ya no había nada que la gente no estuviera dispuesta a hacer. A Whitehead, quien por lo que sabía era heterosexual, las insinuaciones de Skip le habían parecido marcadamente poco atrayentes, pero bastante halagadoras de todas formas; y eran una señal de lo cargado que estaba el ambiente. En cualquier caso, este fin de semana iba a ser distinto a cualquier otro.

Al reunirse con sus amigos, sus presentimientos se consolidaron y empezaron a definirse. Si miraba a su derecha, veía —apreciándolos en su justo valor— los pechos de la chica de la cara cuadrada, Celia, la esposa del magnífico Villiers; si se volvía a la izquierda podía contemplar el precioso ombligo y el firme estómago de Diana Parry y, casi debajo de sus narices, tenía treinta centímetros cuadrados de leonado vello púbico. Por supuesto, Keith no se atrevía a mirar nada directamente: en toda su vida no había disfrutado de una ración así de sexo. Pero cuando su mirada se cruzó con la del sonriente Skip, que acababa de regresar, el pequeño Keith Whitehead no pudo evitar que se abriera ante él todo un catálogo de posibilidades sexuales.

… Y, de manera a la vez más y menos directa, ante nosotros también se abre todo un catálogo de posibilidades sexuales. Podríamos —vamos a ver—, podríamos hacer que Diana le cogiera de la mano y le llevara a los bosques, que Celia se inclinara sobre él y desabrochara con ternura su delgado cinturón de plástico, que Roxeanne se arrastrara por debajo de él en ese mismo instante. Claro que podemos hacer que esto ocurra cuando nos apetezca; pero *Keith* no puede, oh, no.

19. EL GLOBO PINCHADO

—Mirad allí —dijo Andy—, hay vacas. Qué suave.

—Sí. Parecen bastante auténticas —dijo Marvell.

Giles, que no había mostrado ni el más mínimo signo de vida durante los últimos noventa minutos, levantó la cabeza y entrecerró los ojos por encima del borde de su botella de ginebra.

—¿Cómo sabes que no son toros?

—Porque —dijo Andy—, los toros tienen cuernos y las vacas tienen tetas. Estas tienen tetas.

—No —dijo lentamente Skip—, eso no es cierto.

—¿Ah, no? —preguntó Andy.

—Algunas vacas no tienen tetas. Algunos toros no tienen cuernos.

—¿Ah, sí?

—Eso es. Por ejemplo, una vaca puede no haber tenido todavía ningún ternero.

—¿Lo dices en serio?

—Claro…

Andy volvió a tumbarse.

—Bueno, ¿y de todos modos qué coño importa?

Como en respuesta a esta pregunta, una vaquilla se separó del lento rebaño, subió trotando la cuesta, hizo una pausa, llegó a algún tipo de decisión y emprendió un firme galope, bajando la cuesta rápidamente en dirección a los excursionistas.

Unos cuatro segundos más tarde, éstos yacían en un montón ensangrentado y gimoteante al otro lado de la valla de alambre de espino. Tras una electrificante rebatiña a la que inmediatamente se lanzaron trepando, saltando y lanzándose por encima, por debajo y entre los alambres —arañándose unos a otros para abrirse paso, saltando por encima de torsos aplastados, agarrándose a los pelos de los demás—, cayeron como un globo de carne pinchado al otro lado de la valla. En el silencio que siguió se oyeron algunas obscenidades susurradas mientras la jadeante maraña de brazos y piernas se iba desenredando gradualmente y se procedía al aturdido

recuento de las heridas.

Las tres chicas habían sufrido rasguños en los hombros y en los pechos desnudos, pero no era nada realmente grave. Skip tenía un jirón de piel que le colgaba de la muñeca, y Andy un profundo y sucio corte en la mejilla. Sólo Quentin estaba completamente ileso.

Keith, que todavía no había podido recobrar el aliento, pues había sido utilizado de trampolín por todo el mundo, tenía la nariz y el labio cortados y una herida de diez centímetros que le atravesaba la frente como una segunda boca. Pero, para él, lo más grave era que los únicos pantalones buenos que tenía estaban destrozados sin remedio, y además el tacón de quince centímetros de una de sus botas no aparecía por ningún lado. *Giles se* puso en cuclillas de espaldas a esta carnicería; con una mano sostenía un espejo de mano junto a la boca, cuyo interior iba enumerando frenéticamente con la otra mano; la corona de su incisivo izquierdo se desprendió fácilmente y se le quedó entre los dedos, y soltando un chillido aturdido se dejó caer al suelo entre convulsiones.

—Vaya —dijo Marvell—, tenemos que darles las gracias a nuestros antepasados por esto.

Skip se levantó de un salto.

—¡A tomar por culo, a tomar por culo! —bramó, y sus labios palidecieron.

La vaquilla estaba ahora a unos pocos metros de la valla, contemplando la confusión con amable perplejidad. Sus instintos la habían programado para correr hacia los excursionistas como lo había hecho, pero también para virar bruscamente en el último momento y alejarse al trote corto, pensando qué hacer a continuación.

—Hija de puta, hija de puta —dijo Skip. Arrancó un ladrillo de la base de la valla y empezó a caminar junto al alambre, llamándola con dulzura y agitando la mano.

Cuando el animal frunció el ceño, inclinó la cabeza y se lanzó hacia adelante, Skip le encajó el ladrillo en la mollera con un amplio movimiento del brazo. Se oyó un crujido sordo.

La vaquilla se quedó inmóvil y luego se echó hacia atrás con una sacudida. Dio media vuelta, subió al prado de un brinco, empezó a correr en círculos desordenados y cada vez más pequeños y se desplomó sobre la hierba.

Hubo un silencio.

—La has matado —dijo Andy—. Ahora sí que la has jodido.

—Ciertamente parece estar bastante jodida —convino Quentin.

—Voy a patearla un poco —dijo Skip, avanzando un paso.

Se alzaron voces femeninas de protesta. Andy le cerró el paso a Skip y hubo una desganada refriega, hasta que Quentin acudió en su ayuda. Mientras Andy contenía a Skip sin ocultar su desagrado, y también porque no tenía un interés especial en que pateara a la vaquilla, Quentin le contenía con consideración, con el ánimo de un hombre sabio que estuviera impidiendo a un hermano judío atacar a un pelotón de nazis, respetando como es debido la cólera de Skip. Por fin éste se tranquilizó.

—Coge sólo el whisky, tío —dijo Quentin.

—Sí —dijo Andy—, Vamos a *emborracharnos.*

—¡Sí, *sí*! —gritó Giles.

Media hora más tarde, los nueve habían vuelto a instalarse cerca de la valla de alambre de espino. Resultó que no había ninguna herida que la saliva y los pañuelos no pudieran aliviar, excepto la mejilla desgarrada de Andy, que él pretendía haber «enfriado» vaciando sobre ella una botella de Glenfiddich. Esta maniobra había agotado las reservas de licor, así que empezaron a darle al vino en serio. A Celia, Diana y Whitehead, todos a dieta, no les molestó el cambio, ya que no habían bebido más que Pouilly Fumé, pero los otros se quejaron ruidosamente, aduciendo que últimamente el vino no les servía para nada. (Giles, boca abajo en una esquina de la manta, no se había dignado responder a quienes le pidieron su botella de ginebra.)

—Supongo que esto nos pondrá a tono hasta que regresemos —dijo Marvell, desplegando con aire aburrido sus utensilios para liar porros.

La comida también fue cautelosamente consumida; cogían con dos dedos los trozos de carne y los alzaban como si fueran gusanos vivos antes de despacharlos rápidamente; las culpables raciones de queso y ensalada fueron escupidas con asco sobre la hierba; las galletas, las manzanas, el apio y los rábanos tuvieron bastante éxito, pero hubo poco trato con manjares tan grasientos y malolientes como las sardinas, la salchicha de hígado y las anchoas. Los presentes bufaron a la mención de los plátanos y hasta bromearon

al unísono cuando los huevos duros hicieron su aparición («No», dijo Celia, guardándolos, «quizá no haya sido una buena idea»). Pero, tras veinte minutos con una botella de vino por cabeza, volvieron a sentirse locuaces, y poco a poco empezaron a congratularse de su reciente fuga. Luego Quentin empezó a hablar de las obras del difunto Alain Robbe-Grillet; la longitud, periodicidad y extensas referencias de su discurso subyugaron a todos menos a Keith (que de todas formas ya estaba bastante aturdido por el calor, el recuerdo del cuerpo de Roxeanne y el alivio de su estado de estreñimiento, que se producía sólo tres veces al año) y Andy. El inquieto Andy rodó hasta colocarse delante de Diana y empezó a acariciarle el pelo y a susurrarle obscenidades en el cuello. Diana volvió la cabeza hacia el campo ondulado, donde observó en silencio cómo la vaquilla herida se incorporaba trabajosamente sobre sus rodillas, se ponía de pie y se alejaba zigzagueando. Cuando volvió a mirar a Andy, se dio cuenta de que la sangre de su mejilla había goteado sobre la mullida entrepierna de su ajustado traje.

—No te acerques a mí —dijo Diana tranquilamente—. Haz el puto favor de no acercarte a mí.

XX. DIANA

Diana se pasa mucho tiempo preguntándose qué coño está haciendo en la rectoría de Appleseed. En ocasiones —cuando el atento Villiers le sirve un Tío Pepe a las 11.30, o cuando va al centro comercial en el Jaguar modelo I de Celia, o cuando la temblorosa mano de Giles asoma por la puerta de su dormitorio con un montón de billetes de veinte libras para liquidar las cuentas trimestrales, o cuando acaba de hacer el amor con Andy— Diana siente…, bueno…, una especie de fugaz satisfacción por el cariz que ha tomado su vida. Pero la mayoría de los días se queda allí sentada odiándolo todo, el lugar en el que vive, la gente que la rodea, la luz que la envuelve y la hora del día que es.

Tiene excelentes motivos para ello. Puede que sus orígenes no sean ilustres, pero tienen un indudable lustre. Siempre ha vivido entre los poderosos. A los seis años, Diana pasó el primero de muchos veranos en Moreley Court, donde su cama de agua forrada de armiño se mantenía siempre a la temperatura del cuerpo, y donde todas las noches se encontraba el cepillo de dientes con la pasta ya puesta en el cuarto de baño de oro molido. Dos años más tarde pasó el invierno con los Beresford-Parkinson en el famoso Palacio Ariadne, en el lago de Ginebra, donde solemnes enanos transportaban su desayuno por los paseos de los jardines colgantes hasta el aviario de la piscina. De adolescente era la invitada perenne de los Rudolphe, los Perth, de los astros de la pantalla Murray y Elspeth Krane, de los Balfour, los Grize, de Sir Henry y Lady Doorlock, del productor cinematográfico «Tubby» De Large y su encantadora y joven esposa, Lurleen. Y, unos años más tarde, es una jovencita casadera a la que se puede encontrar en el patio oeste del Castello Pinero cerca de Padua, tostándose desnuda al sol en las relucientes cubiertas de la goleta de Logo Lesbos, entre los arrecifes de las Seychelles, o bebiendo champán en la tumbona de Giovanni Raffini en las playas de topless de Acapulco. Los lectores más bien jóvenes, bien relacionados y cosmopolitas se la encontrarán por ahí dentro de seis o siete años. En los cócteles, soirées, premières y

cosas por el estilo, normalmente irá acompañada por su padre o su madre, pero unos meses después empezará a llegar sola, una figura todavía bastante indecisa, ligeramente incómoda por la agresiva procacidad de sus monos ceñidos y sus leotardos, siempre preocupada por su aspecto; hasta que, en su segundo año de inmersión social, todo el mundo celebre su aplomo, la aspereza de sus palabras y su audacia y pericia en la cama.

La celebridad a medias vicaria de Diana se explica, por una parte, por la sección «El cuaderno de Nell» que lleva su madre en la distinguida revista *Euroscene*, y por otra porque su padre ocupa el puesto de primer ayudante del director de casting de Magnum Cinematic Promotions, Ltd., París y Nueva York. Como buenos exponentes de esa tendencia matrimonial según la cual los polos opuestos se atraen, Eleanor es práctica, inteligente y astuta, una mujer angulosa y de rasgos afilados, y Bruce es bobalicón, candoroso y buenazo, un muchacho velludo de mediana edad con un aire de buena voluntad tontorrona y universal. Su idilio parisino duró lo que la concepción y gestación de Diana, y sobrevivió dos meses a su nacimiento, después de lo cual Eleanor decidió que Bruce no le gustaba demasiado y tomó un avión para Londres, donde se embarcó en una serie de amoríos sólidos y astutos con personas cuyos nombres sonaban en los medios de comunicación; mientras, el desesperado Bruce se dedicó a recorrer París haciendo eses y emborrachándose durante seis meses, y luego se lió con una *ingenue* bretona, tan ingenua que desde entonces ha olvidado el francés y no ha conseguido aprender inglés. Diana fue rebotando entre estos dos hogares como un volante de badminton durante los primeros quince años de su vida.

Eleanor Parry organizó desde el principio la vida social de su hija con astucia y dedicación. Matriculó a Diana en los colegios en los que era probable que se reunieran los hijos de la gente de moda —Eldahurst Kindergarten, Laura y June Bateson House, la Asociación Hendlebury para el Fomento de la Educación Femenina, el Hampstead Comprehensive—, de los que la sacaba una vez que ya se había hecho con el indispensable círculo de amistades. Mrs. Parry asistía desinteresadamente a todas las reuniones de padres, a todas las celebraciones y los bazares escolares. Con un rápido examen a la lista de alumnos se armaba de una provisión de

comentarios del tipo: «¡Ah, claro, ustedes son los padres de la pequeña Sarah! Mi Diana adora a su Sarah.» O: «Entonces Bettina es *su* hija. ¡Oh, Dios mío, me temo que la pobre Diana no la deja en paz!» Pronto llegaban las invitaciones de los padres, que la joven columnista se apresuraba a aceptar. Acto seguido, los anfitriones y anfitrionas eran objeto de un lisonjero perfil en «El cuaderno de Nell» y recibían una larga carta de Eleanor sobre lo que le costaba a Diana hacer amigos. Y Diana era una invitada tan ferozmente inmaculada (calibraba a la perfección los estados de ánimo, utilizaba los tratamientos correctos, se apresuraba a enviar cartas de agradecimiento, dejaba propinas para las doncellas) que habría parecido grosero no volver a invitarla.

Por su parte, el gran Bruce Parry procuraba que las tres vacaciones anuales que Diana pasaba con él en París y Nueva York fueran variadas y llenas de acontecimientos. Igual que en el caso de su ex mujer, todo el mundo estaba en deuda con él en algún grado, lo que contribuyó de manera providencial a mejorar su posición social. El viejo Bruce, siempre imperturbable y complaciente, había dado muchos papeles de una frase a las amantes sin talento de propietarios de empresas jubilados, había encontrado más de un empleo para los hijos holgazanes de directores de fotografía neuróticos, estaba acostumbrado a ayudar a vampiresas histerectomizadas a superar las crisis de mitad de carrera, estaba dispuesto a dedicar horas extraordinarias no remuneradas para encubrir a ayudantes de dirección menopáusicas y directores de producción alcohólicos, se sabía que en ocasiones había trabajado doce horas seguidas para apaciguar a productores propensos al infarto, financieros deprimidos y capitalistas apopléticos. Y, demonios, al tipo le gustan los niños. El apartamento de Bruce Parry de su muda consorte, conocido confidencialmente en Magnum House como «La Guardería», es como una Disneylandia indulgente y apacible llena de caramelos, petardos y fiestas infantiles. Por consiguiente, la pequeña y morena Diana es un personaje muy celebrado en cada una de sus visitas a su padre, y la destinataria de una gran cantidad de hospitalidad culpable.

No es justo. La pequeña Diana *sí* que abriga sentimientos de verdadero calor y cariño. Aunque siente una profunda indiferencia por sus padres, hay mucho más en ella: es la niña que escribe

treinta cartas a la semana, que te regala su bolso viejo y su maquillaje, que se pasa tres horas al día organizando ruidosamente su casa de muñecas, que roba medias en la boutique, que te cuenta todo sobre el sexo, que se siente atraída por el chico moreno de los calcetines destrozados y las sandalias y que tira las gorras de los pilluelos debajo de los autobuses, que da patadas a la matrona y le enseña las bragas al jardinero, que está dispuesta a darte veinte peniques si gritas A TOMAR POR CULO delante del estudio de Miss Granger, que prefiere irse contigo que marcharse a su casa, y que se echa a llorar sin saber por qué. A Diana le desconcierta tanto como a cualquiera la fría envidia que siente por su madre, el frío desprecio que siente por su padre y su miedo a estar sola.

Unas palabras sobre la vida sexual de Diana.

Nueve días después de que la primera mancha de sangre menstrual apareciera en sus sábanas, Diana fue fácilmente, y dolorosamente, seducida por un tipo de treinta y cinco años que trabajaba como doble, en una de las juergas organizadas por Bruce Parry. Y ya era hora, pensó a la mañana siguiente, mientras escribía a todas sus amigas. Cuando volvió a Londres se lo contó a su madre. Mrs. Parry, que no estaba dispuesta a permitir que Diana hiciera alguna tontería, la llevó directamente al ginecólogo para que le recetara la Píldora. Se puede decir que Diana nunca miraba atrás; un proceder comprensible: ¿qué es lo que había que ver, después de todo? Si cualquiera no demasiado repugnante ni carente de atractivos parecía querer acostarse con ella, Diana se acostaba con él. Y fueron llegando —tram, tram, tram— despacio y esporádicamente al principio, y más tarde en un continuo desfile. A diferencia de muchas de sus amigas, Diana nunca creyó que se hubiera «rebajado» con estos *affaires*, por muy breves y desagradables que hubieran podido ser. No se había acostado nunca con nadie que no fuera rico, elegante y medio civilizado; las omnipresentes enfermedades venéreas, que no podía por menos que sufrir de vez en cuando, no eran, en su caso, de tipo crónico, y su resistencia a los antibióticos era afortunadamente baja; bajo ningún concepto hubiera recibido en su casa a sus amigos del sexo masculino, y su dormitorio siguió siendo un refugio silencioso y rosado lleno de muñecas y papeles de seda; hasta los diecinueve años, hasta Andy, Diana no había pasado ni una sola noche entera

con un hombre, se marchaba tranquilamente una vez terminado el acto; nunca se había despertado junto a una piel y un aliento extraños.

Para Diana el sexo no era un asunto de la carne, sino un contador más de la maquinaria de su propia estima, un reconocimiento implícito de su gusto en el vestir, un aplauso por sus ejercicios, un sombrero levantado ante sus regímenes, el cumplido que exigía su peluquero, el medio de compararse socialmente con otras. Además, disfrutaba bastante ahora que casi todo el mundo era capaz de pulsar las teclas adecuadas para proporcionarle orgasmos clitoridianos, bien es verdad que de desigual calidad. Si daba la casualidad de que alguien era especialmente rico, atractivo o experto en la cama, es posible que Diana lo viera más de una vez, y si además se trataba de alguien amable y/o divertido, incluso podía llegar a gustarle bastante. Pero todos los jóvenes parecían sentir el mismo hastío y lasitud sexual, y los amoríos de dos noches eran cada vez menos frecuentes. La fiesta, el hombre, la cena, el apartamento, el polvo, el taxi, el baño de agua hirviendo. Además de ser un buen ejercicio en sí mismo, Diana descubrió que le ayudaba a comer menos. A la mañana siguiente se levantaba y completaba su programa calisténico con nuevos bríos.

Una tarde de agosto, Diana y Eleanor Parry estaban tomando el sol junto a la piscina del Reina Victoria, en el mismo momento en que Andy Adorno avanzaba estruendosamente por la carretera de Sevilla a Ronda en su Harley Davidson Hurricane de 1.125 cc., desnudo de cintura para arriba; el viento echaba hacia atrás su pelo negro, y su corpulento cuerpo estaba sucio de polvo y sudor bajo el sol de la montaña. Frenó en el semáforo que había junto a la entrada del hotel, revolucionó a tope el motor en la calle vacía y echó una mirada a su alrededor, disfrutando del calor, el ruido y la ciudad nueva. A veinte metros de distancia, Diana y Eleanor levantaron la vista de sus revistas.

—¿Por qué no tendrán estos morenos ninguna ley para las motos? —dijo Mrs. Parry.

—No creo que sea español —dijo Diana—. Mmm, es demasiado alto.

Adorno se dio la vuelta y se encontró con sus miradas; sonrió,

aparentemente complacido de ser la causa de su irritación.

—¿Inglesas también? —gritó. Diana se quitó las gafas de sol y asintió—. Te veré por ahí —dijo mientras se abalanzaba hacia delante con innecesaria violencia, adentrándose en la ciudad y levantando chorros de arena que los *patrones*[2] del hotel, con sus trajes marrones, se quedaron mirando con cardíaca repugnancia.

Lo vieron todos los días: dando puñetazos en las mesas de pinball de las terrazas, jugando al billar con los soldados en el casino de la plaza mayor, saliendo a trompicones con su moto de calles laterales junto a la estación de autobuses, rugiendo al pasar junto al hotel en dirección a la piscina de El Hondón con alguna sueca o americana en bikini agarrada a su cintura. Diana y Eleanor hablaban de él de vez en cuando.

—He visto a ese gamberro de la moto esta mañana en el bar Oliva bebiendo anises… El rufián de la moto estaba hoy en la Telefónica con algunos morenos… El macarra de la moto casi atropella a una persona en la plaza del mercado… Me gustaría que el macarra de la moto no fuera siempre medio desnudo por ahí…

Tanto Parry *filie* como Parry *mère* estaban convaleciendo tras una larga sucesión de amoríos abreviados. Concretamente Diana se había hartado de una pandilla de derrochadores corredores de bolsa con los que había estado acostándose; Eleanor acababa de ser rechazada por el joven director de una nueva emisora de radio, que había desdeñado sus abiertas súplicas en una fiesta nocturna abarrotada de gente. Para Mrs. P. esta cura era relativamente sincera: necesitaba descansar. Por otra parte Diana, más joven, sufría el inevitable ataque de fatiga nocturna; la fatiga nocturna, con su carga de languidez y apatía: los días se sucedían indefinidamente y siempre en la misma dirección, y el crepúsculo se cernía sobre ellos como una promesa de extinción. Así que se entregaron al silencio, las gafas ahumadas y el sol durante un tiempo, para infundir nuevo vigor a sus cuerpos y conservar sus energías sexuales, y se acostaban temprano, sobrias y solas.

Cuando todavía quedaban dos semanas de vacaciones, Mrs. Parry decidió que no le gustaba demasiado Ronda y tomó un avión para Londres. La noche anterior, mientras cenaban en la frialdad almidonada del comedor del Reina, Eleanor dijo que se sentía un poco inquieta; y cuando, a la mañana siguiente, Diana fue a la

habitación de su madre, descubrió que se había marchado.

Diana suponía que había tenido la intención de quedarse todo el mes, pero ese día, mientras estaba comiendo y releyendo la nota de su madre, sintió un estremecimiento familiar. La fatiga nocturna había desaparecido: volvía a sentirse activa, envidiosa y abandonada. A las dos se acercó a la oficina de Iberia y reservó un billete para el día siguiente. Se pasó el resto de la tarde bebiéndose lo que quedaba de sol e inspeccionando de vez en cuando con inquietud las marcas del bikini. Volvió a su habitación, hizo sus ejercicios hasta que las piernas se le pusieron tan rígidas como dos varillas de acero y sus pechos quedaron duros como pequeños puños musculosos y luego, en prenda de despedida, se puso su vestido blanco y corto de Pucci, comprobó en el espejo que el negro triángulo púbico se transparentaba ligeramente por debajo y se fue al bar del hotel. Allí fue invitada a champán hasta las 8.30 de la noche por un americano sudoroso llamado Dexter, con el que cenó.

—Luego podemos pasarnos por Cocas —dijo después Dexter. Bebieron más champán en un reservado de la discoteca. Dexter no paraba de meter la mano por debajo del vestido de Diana; ella respondió manteniendo las piernas cruzadas. A las once, cuando Diana estaba pensando si se iba a tomar la molestia de no acostarse con Dexter (después de todo, era la manera más fácil de dar por acabada la velada), entró Andy.

Andy entró, desnudo de cintura para arriba, como siempre, balanceando en una mano una botella de vino de veinte pesetas y con un trozo de pan en la otra. Agitó los brazos y saludó a gritos al camarero de la barra y a los operarios del tocadiscos, besó a dos camareras y salió a bailar solo bajo las luces que vibraban intermitentemente; bailaba ejecutando complicados movimientos de artes marciales. Diez minutos después empezó a deambular por el local, saludando con inclinaciones de cabeza a sus amigos y escrutando atentamente y sin ceremonias a las chicas más guapas, hasta llegar a donde estaban Dexter y Diana, momento que aprovechó para hacer una pausa. Andy se detuvo con aire decidido a un metro de su mesa y empezó a mirarlos fijamente, sin responder cuando Dexter le preguntó un tanto incómodo si se le ofrecía algo. Se metió en la boca el último pedazo de pan y se quedó masticándolo durante medio minuto por lo menos, mientras se

sacudía las manos. Diana se olvidó rápidamente de su turbación y se concentró con extasiada repugnancia en los perezosos movimientos de su mandíbula, en sus muelas que masticaban y engullían, en los húmedos movimientos de su espesa lengua…

—¿Qué haces? —dijo Dexter con fingida jovialidad cuando Andy alargó el brazo para coger la botella de champán medio vacía, la sostuvo a contraluz y la vació de un largo trago; la nuez de Adán le latía como un géiser burbujeante a la luz intermitente. Andy se secó la boca con el antebrazo desnudo y soltó un tremendo eructo.

—De lo más refrescante —dijo, volviendo a dejar la botella y dando la vuelta a la mesa en dirección a Dexter, a cuyo lado se arrodilló y en cuya gran oreja roja se puso a susurrar con pasión. Andy y Dexter se pusieron de pie.

—Creo que me voy a dar una vuelta —dijo Dexter con aire perplejo. Andy le contempló mientras se marchaba y luego se volvió hacia Diana, satisfecho de sí mismo. Le alargó la mano.

Noventa segundos después, Diana era transportada a toda velocidad por la calle mayor de Ronda en la moto de Andy. Se le habían ocurrido un montón de cosas adecuadas que decirle: «Guau, si el gran hombre quiere, el gran hombre toma.» «Oye, hippie, no me gustan los misteriosos desconocidos.» «¡Oooh, qué impulsivo!» Pero había algo en su porte, algo al mismo tiempo resuelto y negligente, que le hizo pensar que iba colocado de algo y que era probable que las cosas se pusieran feas. En ese momento no podía pensar más que en la incomodidad física que sufría. Con una mano mantenía el borde de su vestido más o menos en la zona del ombligo y con el otro brazo se agarraba a la cintura de Andy. Olía a rocío y a sacos de dormir. Cuando rozó su axila con la manga se preguntó vagamente si le daría tiempo a lavarse el vestido antes de hacer las maletas.

Andy paró bruscamente la moto en el extremo más alejado del puente que cruzaba el barranco de Ronda, la inmensa falla de la meseta sobre la que se extendía la ciudad, como una serie de platos de diferentes vajillas sobre un enorme mantel blanco. Luego condujo a Diana por el puente hasta uno de los parapetos semicirculares, rodeados por una barandilla.

—¿Has mirado alguna vez al fondo?

—Una vez. Apesta.

—Por la noche no.

Le permitió arrodillarse en el asiento empedrado y contemplar a través de los barrotes el profundo valle de piedra. El se quedó de pie detrás de ella, muy cerca.

—Tiene doscientos cincuenta metros de profundidad. Todos los años viene aquí a matarse un montón de gente. Estuve hablando con el viejo que se encarga de despegarlos de las rocas con una manguera. Siempre lo hacen aquí, desde el centro; trepan por los barrotes y miran a su alrededor. Imagínate. —Mientras Andy hablaba, Diana notó una presencia viscosa en la parte superior de sus muslos desnudos. Al principio creyó que era su mano y no le prestó atención. Luego sus nudillos palidecieron, aferrándose a la barandilla, al oír el discreto ruido de la cremallera de su bragueta —. Luego miran a su alrededor —prosiguió Andy con voz ronca—, y sin duda se preguntan qué pueden tener contra un sitio tan suave. Así que miran hacia abajo. Mira abajo. —Diana se inclinó más hacia adelante y escuchó el sonido de un riachuelo, el sonido telefónico de los grillos; vio el brillo del agua y luciérnagas de luz parpadeante —. Luego simplemente se dejan caer, y la tierra se levanta hacia ellos y… ¡AY, MI PITO! —Andy retrocedió, medio encorvado sobre sí mismo—. La cremallera… lo ha atrapado…, ¡mierda, mi *polla*!

Cuando Andy se desenganchó y dejaron de reírse, Diana esperó unos segundos y luego dijo:

—Me voy mañana.

El, sin embargo, la obligó a sacar el billete del bolso y lo dejó caer por encima del pretil del puente. Diana observó el trocito de papel rojo planeando en el aire oscuro.

Cada vez que Diana se acuerda de esos instantes, los revive simultáneamente: el discreto ruido de la cremallera, los grillos llamándose por teléfono, el brillo del agua, las luciérnagas parpadeantes; pero cuando piensa en el mes que siguió, se siente invariablemente consternada.

—Venga —dijo Andy, obligándola a abandonar el hotel—, voy a hacer de ti una persona enrollada.

Recorrieron media Europa en esa maldita moto. Pasaron la noche con unos hippies espantosos en Granada, donde Andy organizó la venta de unos narcóticos falsos cuyas ganancias permitieron a la pareja pagarse una cena en el club Ritornello de

Alicante, donde además la obligó a bailar. Pasaron dos noches en una pensión de cien pesetas en Peñíscola («Pichacola», como la llamaba Andy); en Sitges durmieron en la playa, y estuvieron una semana viviendo desnudos en una montaña de los Pirineos. Comieron gambas gigantes y recogieron un cargamento de mescalina en los muelles de Marsella, se alojaron en el George IV en Montecarlo, pillaron sarna en un hostal juvenil de Le Touquet, y se pasaron treinta y seis horas sentados en las salas de espera del aeropuerto de Orly. Además de la suciedad, de la gente mugrienta con la que se encontraron, la inmunda comida macrobiótica que de vez en cuando se tomaba la molestia de obligarla a comer y esa maldita moto, lo que más horrorizaba a Diana era la imperdonable *vulgaridad* de su difícil situación. Una jovencita rica y estirada conoce a un semental de la clase baja. Visto desde fuera, todo lo que él hacía llevaba unas triviales comillas: era desinhibido, guasón, impulsivo…, «lírico». Y, sin embargo, estar con él se convertía en una actividad no premeditada; Diana no titubeaba nunca porque Andy no paraba. También estaba el sexo, por supuesto, y quizás fuera esto lo que le hacía sentir más vergüenza retrospectiva. A diferencia de los técnicos del sexo con los que se había acostado en el pasado, llenos de habilidad y delicadeza, Andy no parecía preocuparse demasiado por sus gustos y apetitos. Por alguna extraña razón esto le hacía sentirse dolorosamente apasionada y también (esta palabra le hacía revolverse, retorcerse) «tierna». Una vez, en los Pirineos, él la animó a beber demasiado vino y ella vomitó sobre su propio cuerpo desnudo. El la cogió por los hombros.

—Ahora ya no te gustaré más —dijo ella. Andy la tumbó sobre la larga hierba y le hizo el amor con una ferocidad desconocida. Cuando se pasaba diez minutos sin verlo empezaba a sentirse confundida, asustada y extremadamente triste.

La dejó en el primer control de aduanas del puerto de Boulogne. Le preguntó qué es lo que iba a hacer cuando volviera. Ella le contó que empezaba el curso en Londres en octubre. ¿En qué universidad? Le dijo cuál. Andy no pudo evitarlo: *tenía* que reírse.

—¿De qué te ríes? —preguntó Diana. Pero Andy metió de una patada la primera y Diana se apresuró a besarle en los labios antes de que saliera disparado por la negra carretera salobre.

Diana seguía llorando tres semanas más tarde, al ocupar su puesto en la cola para matricularse en Wolfson College, en Londres, una gran caja de cerillas posmoderna que asomaba, severa y amenazadora, por encima de la estación de autobuses de Golders Green. A pesar de que su traje pantalón de seda transparente le daba un aire superficialmente provocativo, Diana caminaba arrastrando los pies sombríamente y con la cabeza colgando, resignada y adormilada. Él la reconoció de todas formas.

—Por fin has llegado. Yo ya llevo un año aquí. —Andy besó sus condimentados labios mientras los estudiantes se abrían paso junto a ellos—. ¿Te vas a venir a vivir conmigo o qué? —Ella se puso a llorar otra vez.

—Sí, por favor —dijo Diana.

21. POR SENDEROS DESCONOCIDOS

Oh, pero no fue sólo ella la que acogió con inquietud a Miss Lucy Littlejohn cuando ésta entró contoneándose en la rectoría de Appleseed a las siete de la tarde, mascando chicle, fumándose un cigarrillo, pelando un plátano, cargando con una botella vacía de vino, intentando arreglar un collar de ónice roto y pidiendo un montón de dinero para el diminuto conductor del taxi que la había acompañado hasta la puerta. Andy saludó a Lucy exactamente como Diana se había temido, con una bestialidad horripilante. (Cuando Andy besó a Lucy en la boca por segunda vez, Diana recordó que se había dado cuenta de que estaba un tanto gordo, y también de que el hecho de que estuviera un tanto gordo era una de las cosas que más le gustaban de él.) Quentin, por su parte, chasqueó los labios en su mejilla con comedimiento militar, tras haberle presentado a su esposa. Una vaga punzada de remordimiento amenazó con alterar la habitual ecuanimidad de Giles cuando Lucy se arrodilló al lado de su silla, le murmuró algo al oído y besó sus labios apretados; Giles agitó distraídamente entre sus dedos tres billetes de diez libras. Luego, los americanos fueron presentados *en masse* por el elocuente Villiers. Whitehead, que no había sido presentado, observaba estos tejemanejes desde un rincón de la habitación, posado sobre una señorial butaca de terciopelo.

Y Lucy. Los estrechos y azules ojos del pequeño Keith la observaban con cierta desilusión. Las historias que había oído contar sobre ella eran, por regla general, bastante deshumanizadoras. Lucy era una cosa que follaba con la gente por dinero, que podía hacerte una paja gratis, que se quitaba la ropa si se lo pedías. Pero aquí estaba: según todos los indicios, era espectacularmente humana. Lo que es más, aunque sólo era ligeramente menos bonita que en las manoseadas fotografías mentales de Keith, el aspecto de Lucy expresaba mucha personalidad y era *extraordinario* de una forma terriblemente desalentadora. Al examinar su pelo plateado cortado al rape, los párpados adornados con lentejuelas, su atavío extraordinariamente

barroco y voluminoso, su boca colgante, sus dientes pintados de colores y la inexistente barbilla, uno se preguntaba perplejo por qué razón nadie había pensado antes en tener ese aspecto. No. Era evidente que Lucy tenía opiniones muy definidas y pensaba por sí misma, que estaba en posesión de una personalidad de algún tipo. Escuchémosla…

—Ayayay. Me he hecho muy amiga de ese taxista enano. Cuando entré en el taxi me dije: «Niña, el hombre que te va a llevar… es un enano. Está sentado encima de prácticamente toda la *Enciclopedia Británica* para poder llegar al volante. No hables de enanos hasta que te lleve allí y vuelva a marcharse.» Estaba sentada ahí atrás, intentando pensar en algo que no tuviera que ver con los enanos para decírselo. Cuando estábamos en medio del parque me atreví a decirle que acababa de ver *Blancanieves y los siete…*, y luego me fui quedando callada. No fue culpa *mía*: la he visto esta mañana. De modo que antes de nada quiero dejar claro que no deseo ofender a *nadie*, salga lo que salga de mi boca. De modo que ¿hay aquí algún enano o marica o judío o algo así, para que yo lo sepa?

—Bueno, yo soy judío —dijo Marvell.

—Yo soy marica —dijo Skip.

—Y yo soy un enano —dijo Keith, antes de que alguien se le adelantara; hubo un abrumador aplauso.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? Eh, ¿de quién hay que ser amigo aquí para conseguir un trago?

Mientras Quentin se recriminaba a sí mismo y le servía a Lucy un whisky de la botella de dos litros con la que Giles había descendido parsimoniosamente las escaleras hacía un rato, Marvell preguntó con impaciencia:

—Bueno, ¿y para qué quieres un trago, Lucy?

Y es que los americanos habían recibido a Lucy con altiva reserva, con ostentosa frialdad. Se habían pasado media hora intentando, con relativo éxito, crear un ambiente de solemnidad y devota tranquilidad. Marvell había bajado de su habitación una gran maleta cúbica que depositó cuidadosamente sobre la mesa del comedor, un pequeño nicho contiguo al salón; con mil precauciones fue extrayendo un surtido de botellas, ampollas, jeringuillas y cucharillas de esnifar que procedió a ordenar. Skip había recorrido la casa a zancadas, convocando a sus habitantes y ordenándoles

lacónicamente que tomaran asiento en el salón. Allí fueron recibidos por Roxeanne, quien entre esporádicos esfuerzos por reanimar a Giles iba reuniendo sillas, e incidentalmente consolidó su enemistad con Diana al utilizar su seducción para disuadir a Andy de que pusiera un disco. Todos habían entrado en el juego con una especie de irónica docilidad, pero el alboroto producido por la entrada de Lucy había roto el encanto.

—¿Estáis haciendo una sesión de espiritismo o qué? —preguntó Lucy.

—¿Para qué quieres un trago, Lucy? —volvió a preguntar Marvell algo más tranquilo—. Aquí tengo trucos mucho mejores.

—Fantástico. No quiero un truco, quiero un trago.

Como «fantástico» significaba más o menos lo mismo que «¿De veras?», Marvell volvió a mostrarse brusco.

—Oye, Quent, explícaselo, ¿vale? Vuelvo a repetir que no quiero ponerme pesado, pero esto va a ser un desastre si no lo hacemos de manera científica. ¿De acuerdo?

El abigarrado mobiliario, junto con el papel pintado color chocolate y la moqueta azul oscuro, contribuían a que el salón acusara prematuramente la llegada del crepúsculo. Aunque era evidente que a las 7.30 todavía quedaba mucha luz al otro lado de las dos altas ventanas, la textura de la habitación iba envolviéndola subrepticiamente sobre sí misma. Cuando Marvell habló, su voz lastimera se perdió en el incipiente anochecer.

—¿Alguno de vosotros…, alguno de vosotros ha decidido ya por dónde quiere que vaya la cosa?

—Yo —dijo Andy levantándose. Se apartó el pelo de los ojos y dio una palmada—. Quiero ponerme muy cachondo, con la polla bien grande, violento y fuerte.

—Me imagino —dijo Marvell mientras sus manos rebuscaban ya en el interior de la caja—, me imagino que casi siempre sientes la mayor parte de esas cosas, ¿no es así, Andy?

—Conforme. Pero quiero sentirlas todas a la vez y todo el rato; por lo menos toda esta noche.

Marvell cogió una cápsula multicolor y la abrió sobre una hoja de papel con la uña del pulgar, inquietantemente larga. Luego añadió parte de otras dos pastillas al montoncito de polvos, tras lo cual instruyó a Andy para que doblara en dos el papel, formando un

canal por el que hacer pasar la poción hasta la boca. Andy preguntó si podía hacerla pasar con whisky, y el permiso le fue concedido. Marvell alzó lo que parecía un tubito de gotas para los oídos.

—Ponte dos gotas de esto en la lengua.

—¿Qué era? —preguntó Andy después de hacerlo.

—Un concentrado de adrenalina.

—Suave.

—Tardará una media hora o cuarenta y cinco minutos. Bien… ¿Tú, Celia?

Celia frunció el ceño.

—Bueno, eso depende de lo que vayamos a hacer esta noche.

—A que lo adivino —dijo Diana con tono aburrido y los ojos entrecerrados—, vamos a volver a arrastrarnos de club en club.

—Vamos, Diana —dijo Andy—, ¿qué coño tiene eso de malo? Yo ya me siento bastante…, bastante en las nubes.

—Lo cierto es, Diana —intervino Quentin—, que yo *había* pensado ofrecer a nuestros amigos un ligero atisbo de nuestra vida nocturna en Londres.

—Nos parece bien —dijo Marvell, después de consultar brevemente con Skip y Roxeanne—. ¿Celia? ¿Qué va a ser entonces?

Celia enderezó la espalda.

—Bueno, evidentemente quiero tener un poco de marcha… por si bailamos. Y no me importaría tomar mescalina, o a lo mejor…

—Intenta ser más explícita, Celia, por favor. No hables de drogas. Habla de sensaciones, estados de ánimo.

—Bueno, yo…, yo sólo quiero divertirme. —Celia se volvió de nuevo hacia Quentin, quien la miró a los ojos con afecto—. Y sentirme llena de amor —dijo.

Toda la habitación se ruborizó. Alzando sus espesas cejas en forma de copete, Marvell revolvió con expresión de aburrimiento en el interior de la maleta; finalmente sacó una sola pastilla de color rosa que lanzó a través de la habitación.

—Un sencillo extracto de estimulantes —suspiró—. Muy bien, ¿y qué quiere Keith?

Whitehead agitó una mano en el aire con negligencia. No estaba dispuesto a cruzar patosamente la habitación sin sus botas, y sólo Marvell podría escuchar la petición que estaba cobrando ánimos

para formular.

—No me he decidido todavía. ¿Os importa que me lo piense un rato?

—¿Y qué otra cosa estás haciendo? —Skip hablaba arrastrando las palabras mientras sonreía satisfecho con aire soñoliento.

A Keith este comentario le pareció fuera de lugar.

—¿Te parece bien, Marvell? —preguntó.

Marvell estaba sonriendo a Skip, pero se volvió rápidamente hacia el pequeño Keith.

—Claro…, pero no tardes demasiado, ¿vale? Lucy —dijo Marvell, y su voz volvió a sonar severa—, ¿y tú?

—Ooh, *vaya* regalo. ¡Qué listo es el Capitán Marvell!; puede…

—¿Puedo elegir ahora, por favor?

—¿Cómo?

—¿Puedo elegir ahora, por favor?

Giles había hablado con claridad de autómata; todos se volvieron hacia él sorprendidos. Estaba sentado muy erguido al borde de la silla, con las palmas de las manos alzadas en el aire. Tenía el rostro más tenso que en ningún otro momento del día, y cambiaba de expresión con extraordinaria celeridad, como un ciego que avanzara por senderos desconocidos.

—Por supuesto —dijo Marvell.

—¿Puedo elegir ahora, por favor?

—Por supuesto, Giles.

—Por favor… Quiero dejar de… No podrías hacer que… Sólo quiero dejar de *preocuparme* todo el rato.

—¿Preocuparte por qué?

—Por *pequeñas* cosas, la verdad.

—¿Por qué cosas, tío? Tengo que saber por qué te preocupas.

Giles se hundió en el sofá, borracho y maltrecho. Su mano derecha yacía bajo la de Lucy, mientras la izquierda se agitaba en el aire como un pájaro herido. Un delta de lágrimas se iba formando lentamente en sus mejillas.

—¡Qué muermo! —exclamó Andy—, Una juerga lacrimosa.

—Bueno —dijo Marvell con severidad—, puedo darle un calmante de amplio espectro contra la ansiedad, pero…

La cabeza de Giles se hundió todavía más entre sus hombros y su boca colgante volvió a adquirir un aspecto menos mohíno al

quedarse dormido.

—Un desmayo —dijo Andy.

—En mi opinión no sería prudente darle nada en este momento —dijo Marvell—, Ya me ocuparé de él después. Pero, Lucy, ¿qué estabas…?

—Muy bien, Mary, muy bien; allá vamos. Nada de tristeza esta noche. Larga amarras, capitán, ya estoy a bordo. No quiero preocuparme por nadie más que por mí.

—¿Autónoma? ¿Independiente? ¿Solipsista?

—Eso me irá de perlas.

—Aquí lo tengo. —Marvell levantó la tapa de un tubo de pastillas y con mucho cuidado sumergió una de ellas en un platillo con un ungüento carmesí—. Estupendo. Ahora… Diana. ¿Qué es lo que quieres?

—Nada —dijo Diana.

—Coño, Diana —Andy bostezó—, tienes que tomar algo. ¿Por qué eres siempre tan insolente?

—No lo he dicho para provocar, sino porque estoy muerta de aburrimiento. Quiero una droga, pero una que haga que no sienta nada en absoluto. Y que acabe con el pasado. Es decir, si esta noche va a ser tan tonta y desagradable como parece.

Los murmullos divertidos cruzaron la habitación. Marvell se removió.

—Nada más fácil de conseguir —dijo.

Roxeanne y Skip optaron amablemente por «lo de siempre» (intensificadores sensoriales y aceleradores de los latidos cardíacos respectivamente) y Marvell se preparó su propio estimulante con bastante ceremonia, prendiendo con una cerilla unos polvos combustibles y recogiendo con el índice el viscoso residuo, que se llevó a la boca.

—Se llama un Próspero —dijo—. Me ayuda a sentirme dueño de la situación. Mmm, eh, me olvidaba: Quent.

Quentin se cruzó de brazos y se recostó en su asiento; su selecta musculatura se extendió de manera adorable por el sofá. El resto de inquietud que había cargado el ambiente de la habitación se desvaneció de inmediato ante la meliflua suavidad de su voz.

—Permitidme una hipótesis —dijo—. Se me ocurre que nuestros manierismos, nuestros tics de comportamiento, no son ni innatos ni

casuales. Los proyectamos como mecanismos de defensa y de seducción, de renuncia y capitulación; son medios de estilizar nuestras actitudes hacia el prójimo y hacia el mundo. Perdonadme: me he expresado insufriblemente mal. En cualquier caso, como criatura profundamente culta y por tanto tremendamente poco espontánea, creo que podría ser interesante que se me privara de todo eso: mis reflejos, mi provisión de respuestas; para dejarme, por decirlo así, socialmente desnudo. Mi manera de hablar tiene que resultar en ocasiones excesivamente irritante, así que de esta manera os brindo la oportunidad de desterrarla y de reamueblarme. Os *dejo* el campo abierto: haced lo que queráis conmigo.

—¿No es todo eso más bien poco explícito? —protestó Marvell.

—No por mucho tiempo —dijo Quentin.

—Para empezar —dijo Diana—, podrías hacer que tartamudeara. Al menos así hablaría menos.

—¡Bravo, Diana! —rugió Quentin—, Has comprendido la idea. Marvell, hazme incoherente.

—Hazle desmañado y torpe —dijo Lucy.

—Puedes hacerle tímido —dijo Celia perpleja.

—Que se ponga caliente a tope —dijo Roxeanne.

—Y que se sienta aterrorizado —dijo Andy.

Quentin abrió las manos, sonriente.

—Ya has oído las instrucciones, Marvell.

Diez minutos más tarde, una vez que Quentin hubo inhalado, lamido y esnifado diversas sustancias misteriosas, Marvell se sacudió la ropa y volvió al pequeño nicho del comedor. Paseó la mirada por la habitación.

—Creo que ya estamos a punto —dijo.

Whitehead permaneció rígido en su silla hasta el último momento. Las parejas se iban dispersando en dirección a los dormitorios. Giles, una vez reanimado, se había tragado su calmante entre arcadas, y en ese momento Lucy se lo estaba llevando de la habitación. Diana se había ido arriba, musculosamente sola, y Roxeanne había seguido a Andy, Quentin y Celia fuera de la habitación. Skip se quedó sentado donde estaba; sus rasgos se habían fosilizado en un bloque de aturdimiento, pero luego se largó.

—Oye, Marvell.

—Ah, sí, Keith.

Keith se alzó desde la silla y se acercó a Marvell; se fue acercando más y más hasta que pudo encaramarse al banco que había frente a él.

—Vamos a ver —dijo Marvell, mirándole por encima de la tapa de su maleta—, ¿Qué puedo hacer por ti?

—Hazme alto —dijo Keith—. Hazme alto, hazme alto.

22. ¿QUIÉN ES ÉSE?

Andy se desabrochó la hebilla del cinturón y se bajó los vaqueros.

—Aaaaarrrr, esto está mejor. Coño, qué historia con la vaca aquélla. Ese jodido chiflado le dio una buena paliza, ¿verdad?

—Está loco *de verdad* —dijo Diana, dejando caer su traje ajustado en un charco blanco sobre la alfombra al sacárselo por los pies; desnuda, cogió su cepillo del pelo.

—Sí. Tiene los ojos muertos, submarinos —dijo Andy con aire soñador mientras se desabrochaba los calzoncillos.

—Mmm.

Diana siguió mirándose al espejo, siguió cepillándose el pelo.

—¿Sabes que estás más flaca? Has adelgazado —dijo Andy para ver qué pasaba. Ella lo ignoró. Animado, Andy apoyó una mano en la curva inferior de su cintura, donde todavía era visible una débil marca de bikini—. Sí, estoy seguro de que has adelgazado.

—No me toques.

—¿Qué es eso?

—Sólo un consejo. —Diana se volvió hacia él—. No es más que un consejo. Quiero decir que puedes contar con Lucy, y con esa yanqui gorda. Esta noche te espera una dura tarea, chico.

—No, nada de eso… ¿Y qué sí es así?

—Me da igual lo que hagas. Escucha, gordito, me da igual lo que *hagas* con tal que luego no entres aquí meneando los hombros y hablando de ello y demostrando lo suave y liberado que…

—¿Liberado…?

—Como si fueras muy atractivo por hacer esas cosas. No me importa con tal que no se convierta de repente en una especie de cualidad tuya. ¿Vale?

Al comenzar el primer discurso Andy había encogido el cuello; su reluciente flequillo le cayó por encima de la frente. Miró con reproche a través de su flequillo el rostro tenso y simétrico de Diana. Ésta parecía un jugador de hockey duro como el granito que estuviera contándole cómo sufrió una grave lesión.

—Diana, la verdad es que no entiendo lo que te pasa. —Andy se enderezó. De pronto sonrió—. ¡No! ¡No puedo creerlo! Venga ya, estás *celosa*, ¿verdad?

—Y una mierda.

—*Joder*. ¡Lo estás! Bien bien bien.

—No estoy «celosa», simplemente…

—Pero si ya hemos hablado de esto —dijo Andy con aire de incredulidad—. Mierda. ¿Me quejé yo cuando te tiraste a ese actor mientras yo estaba en Amsterdam? Y cuando te tiraste a Bruce Howard después de aquella fiesta…, ¿me mosqueé?

—¿No eras tú el de la memoria perfecta? ¡Ni siquiera me lo tiré!

—Bueno, entonces le hiciste una mamada. Quiero decir que qué *cono* importa.

—¿Y tú qué? Tú follas con chicas con las que ni siquiera *quieres* follar.

—¿Cómo coño quieres que sepa si quiero tirármelas hasta que me las tiro? Sé razonable, tía. Y de todas formas, ¿qué cojones importa? Diana, me pone enfermo oír este tipo de cosas en esta casa. Mierda, te crees que estás viviendo con gente civilizada, y de repente alguien te echa encima esta mierda. —Había adoptado un tono pesaroso, de confiada indignación—. Te crees que conoces a alguien…, lo respetas y lo consideras un ser humano decente y auténtico…, y luego descubres que sigue sintiendo esa ansiedad enfermiza por algo tan trivial como… Vamos, Diana, haz el favor, haz el favor de hacerme caso. Nadie va a meter impunemente esa clase de niños muertos en esta casa. Que me jodan si dejo que me amenacen con toda esa charla inútil…

Diana se sentó en la cama dándole la espalda mientras él continuaba conferenciando animadamente. Su figura se encorvó con preocupación. Habló con suavidad y sin volverse.

—Andy. ¿Has escrito tú esto?

—…y eso no son más que niños muertos. ¿Qué?

—¿Has escrito tú esto?

—¿El qué?

Diana se volvió hacia él con una hoja de papel en la mano. Tenía la cara pálida y muy fría.

—¿Qué es eso, joder? —dijo Andy con inquietud.

La carta estaba escrita con letras mayúsculas en tinta negra, con

un espacio en cada margen y una caligrafía tan uniforme que a primera vista parecía escrita a máquina o con letraset. Andy frunció el ceño.

> DIANA. NO HACE FALTA QUE TE DIGA LO QUE ESTÁ PASANDO. ¿O SÍ? ¿HAS PENSADO ALGUNA VEZ, CUANDO TE MIRAS AL ESPEJO O AL VER TU REFLEJO EN UN ESCAPARATE, LO QUE EXPRESAN TUS RASGOS? ¿ATRACTIVO, SEXO, OPULENCIA, BUENA CONSERVACIÓN? OH, NO. YO SÉ LO QUE PIENSAS, VEO LA REPUGNANCIA DIBUJADA EN TU BOCA, TUS OJOS LLENOS DE ARDIENTE PUS. ¿ES QUE NO VES EL ODIO QUE LATE A TU ALREDEDOR? ¿NO SABES LO QUE TODOS SENTIMOS? NOS GUSTARÍA TRINCHAR TUS GORDOS MUSLOS, CORTARTE TUS PEQUEÑAS TETAS DE MIERDA, METERTE SABLES POR EL ANO Y MASCARTE EL PERINEO HASTA QUE MURIERAS, Y SACARTE LOS DEMONIOS.
>
> JOHNNY

Mientras Andy leía, Diana cruzó los brazos por encima de sus pechos desnudos y empezó a llorar con fuerza, como una niña, sin intentar disimular los mocos y las lágrimas.

—Mierda —dijo Andy. Era la segunda vez que Diana lloraba delante de él—. Tranquila, cariño. Yo cuido de ti. No va a pasar nada. —Andy le dio una palmadita en el hombro—. No te preocupes, cariño, no va a pasar nada.

Andy se anudó una toalla a la cintura y salió al descansillo.

—¡JOHNNY! —vociferó—. *Johnny*.

La rectoría de Appleseed volvió a quedar en silencio.

—¿Quién es ése? —oyó decir a Quentin desde algún rincón de la casa. Unos segundos más tarde, Roxeanne apareció por la puerta del salón.

—¿Qué pasa, joder?

Impulsivamente, Andy bajó a saltos las escaleras y agarró a Roxeanne por los hombros. La empujó salvajemente contra la puerta y la besó en la boca con distraída violencia; Roxeanne apretó la cintura contra la suya y susurró:

—Quiero dejarte seco. —Le empujó contra la barandilla y subió las escaleras majestuosamente.

Andy fue tambaleándose en busca de Lucy. De una forma u otra, estaba seguro de que iba a ser un fin de semana muy interesante.

23. EL ESPACIO EMBRIAGADO

Giles está de pie, nadando en medio de su habitación. Su rostro bloqueado y su postura rígida indican claramente que está actuando a la velocidad que le marca su borrachera, como un náufrago en el espacio embriagado. Sus manos se demoran interminablemente hasta curvarse alrededor de la botella de ginebra y llevarla hasta su boca. Mientras traga la ginebra sus ojos retroceden, como si sólo un diez por ciento de su persona estuviera presente. Su rostro es el de un cadáver, entumecido y luminoso tras un año de lentas horas embriagadas.

Giles se dejó caer en su cuarto de baño y se apoyó en el lavabo. La habitación era un auténtico cuarto de trabajo. En una mesa junto al lavabo había dos cepillos de dientes eléctricos y siete manuales con diferentes tipos de cerdas y texturas, un chorro de agua a presión, un bote de perborato de tamaño familiar, cuatro paquetes de Interdens, una apretada fila de frascos con soluciones para enjuagarse, un modelo de la dentadura de Giles (que parecía la maqueta de un edificio en construcción: poleas, grúas, escaleras), y una bandeja de esmalte blanco con instrumentos quirúrgicos. Todas las superficies afiladas de la habitación, incluyendo el picaporte y la palanca del inodoro, estaban almohadilladas con esponjas.

Descubrió los dientes ante el espejo y se estremeció débilmente viendo a la vaquilla que corría hacia él. Automáticamente su mano se deslizó hacia la jarra de ginebra que estaba en un estante a su izquierda. Observó su cara con más atención, inclinándose *gradualmente* hacia adelante. Se quedó mirándose un minuto entero con aire de perpleja acusación, y dijo:

—Tienes que dejar de *llorar*.

Cerró los ojos y su espíritu volvió a sumirse en un salón de maquinitas de tardes dentífricas.

—¿Giles? ¡Giles! Soy yo, Lucy.

—¿Qué Lucy?

—*Lucy*.

—Ah, sí, lo siento, Lucy, la verdad —dijo Giles descorriendo el

cerrojo.

Lucy entró animadamente en la habitación. Giles se apretó contra la pared como un espía, como confiando en que Lucy pasaría junto a él sin advertir su presencia. Era la primera vez que ella entraba en la habitación de Giles, pero no tardó en catalogar su contenido con rápida intuición. Abrió el armario de las bebidas y cogió un poco de whisky. Para los nervios atascados de Giles ella no era más que un bulto espectral de ropas y colores, y sin embargo también se daba cuenta, más confusamente, de que este bulto representaba algo conocido en lo que podía confiar. Sus labios se ensancharon en un gesto amistoso mientras intentaba enfocar con mayor nitidez su forma imprecisa.

—Ah, hola, Lucy. Qué tal, la verdad.

—¿Qué?

—La verdad. Quiero decir… Oh, Dios.

—Giles, hay que ver.

—Lo sé.

Lo arrastró hasta la cama y se sentó a su lado. Bebió de la botella y un riachuelo de whisky se abrió camino entre el conglomerado de cosméticos de su mejilla. El aire entre ellos permanecía inmóvil en una especie de dislocación, como si ninguno de los dos pudiera creerse lo que tiempo atrás habían significado el uno para el otro.

—Giles, ¿qué estamos…?

Pero Lucy advirtió un mínimo gesto facial, algo que desaparecía al instante de los ojos de Giles. Dijo con más cautela:

—… ¿Qué estamos haciendo aquí con esos tipos? ¿Con esos horribles americanos?

—Sí —dijo Giles con súbita animación—, *son* horribles, ¿verdad?

—Horribles. Realmente siniestros. Las peores personas que he conocido en mucho tiempo…, desde hace siglos. La escoria de la tierra. Ese pequeño troglodita, con sus drogas…

—Mmm, Skip.

—No, Skip es el chorro de pis que nunca dice nada. El mandón, Marvell. ¡Qué nombre tan gilipollas! ¡Y esa chica! —Lucy tensó los pechos y se puso una mano sobre la boca con aire provocativo—. «Oooh, Indy, ¿podrrría arrancarrte la polla de umm morrdisssco?» Parece un caballo. Es sencillamente imposible tener un cuerpo así.

Es sencillamente imposible.

Giles adoptó un aire pensativo.

—Creo que tiene… Nunca había visto algo así… Creo que verdaderamente tiene los mejores…

—Olvídalo —dijo Lucy—. No pueden ser de verdad. *Tiene* que meterse dos raciones de silicona a presión diarias.

Giles iba a decir que Roxeanne tenía los mejores *dientes* que había visto en su vida, la verdad, pero bajó la vista hacia la almohada y pareció sumirse en profundas meditaciones.

Lucy encendió un largo cigarrillo mientras sus ojos descuartizaban distraídamente la habitación.

—¿Dónde se supone que voy a dormir esta noche? ¿Lo sabes?

Giles repasó en su apática mente toda la casa, llenando habitaciones y adjudicando compañeros de cama.

—En…, con… —Dándose cuenta de que obviamente su habitación era la única alternativa, Giles se volvió hacia Lucy con repentina agitación. Por un instante, sus ojos la miraron inmóviles y cautelosos, como los de un animal indefenso en presencia de un ejemplar de otra especie.

—Giles, qué demonios te pasa últimamente. —No era una pregunta.

—Yo tampoco lo sé, de veras. —Guiñó los ojos y suspiró—, Lucy, serías tan amable de prepararme una…

Lucy se levantó.

—¿Con tónica?

—Sí, por favor, la verdad.

—¿Grande?

—Sí, por favor.

Ella le cogió rápidamente la mano.

—No te preocupes, cariño, me buscaré un sofá o algo así.

Giles se dobló en dos en la cama y encajó una almohada entre su cara y la pared. Patrulló con la lengua las crestas internas de sus encías mientras la silueta de Lucy se licuaba ante sus ojos. Su mente, ya casi totalmente ingrávida, se sumió en un sueño azaroso y desinflado.

24. AGUA PESADA

¡Mirad!

Aquí está Whitehead, que sale tambaleándose de su habitación encaramado a unas botas sin tacones que ha rellenado de papel higiénico hasta las pantorrillas y en cuyo interior sus pies aplastados y sin calcetines gimen y se pudren. El consiguiente atasco de los poros no tardará en producirle la impresión de que tiene un émbolo de goma pegado al cuero cabelludo que está empezando a absorber todos los corpúsculos hacia su cabeza. La verdad es que el rostro del pequeño Keith está preocupantemente blanco, como la nieve de la mañana, y que sus piernas están hinchadas por los cúmulos sanguinolentos, añadiendo una tensión adicional a los pantalones recortados que pertenecieron a Whitehead padre, apresuradamente hilvanados con una grapadora. Los *otros* rasgos sobresalientes de su indumentaria son una bufanda de nailon a cuadros escoceses con la que oculta la faja de grasa que rodea su cuello y una camisa azul de estopilla de un tacto tan áspero que ya ha convertido sus pezones en dos morcillas. El desdichado Keith se detiene junto a la puerta del garaje, explorándose con la mano la coronilla en busca de calvas.

—¿Qué estás haciendo? —se pregunta a sí mismo en voz alta—. ¿Qué te hace creer que puedes lograrlo? —Pero siente la punzada de la droga en algún punto de la columna y le invade una oleada de aturdida resignación, más que de confianza. Balanceándose delicadamente sobre su atiborrado calzado, Whitehead se deja caer en Brobdingnag.[3]

En el piso de arriba, el Honorable Quentin Villiers nos ofrece un agradable contraste; está rígidamente inclinado hacia atrás mientras Celia le abotona el cuello de su blusa de tafetán con volantes.

—¿Qué tal estoy?

Con su traje de ante violeta, los pantalones a media pierna enfundados en las botas de piel de lagarto que le llegan hasta el muslo y el pelo ondulado, de un rubio plateado, alegremente rizado hacia arriba desde la frente, Quentin estaba cegadoramente

hermoso; tenía un aspecto bastante chattertoniano e inequívocamente aristocrático. Su sola presencia le provocaba a Celia una dulce punzada de dolor de muelas.

—Estás absolutamente extraordinario. Como para una cabina de sex-shop. Dios, me encantaría tener tu cutis —dijo Celia, mientras regeneraba el suyo con la mano llena de una espesa pasta de color marrón—. Seguro que mis odiosos granos empiezan a *brillar* por debajo.

—Tonterías, querida. Me apena oírte hablar de ese modo. —Quentin se inclinó hacia adelante, no menos rígidamente, y frotó suavemente sus labios en la boca entreabierta de Celia.

Ella alzó la mirada hacia él mientras sus ojos se llenaban de agua pesada. La oleada de incredulidad enfermiza se desvaneció cuando Quentin puso las manos secas sobre sus mejillas.

—Te quiero —dijo gravemente.

—Gracias —dijo ella—. Te quiero.

Quentin se alejó para ponerse frente al espejo de cuerpo entero del armario y se cardó el pelo con sus largos dedos.

—Querido —dijo Celia—, ¿notas alguna de esas extrañas drogas que elegiste? No te sentirás triste ni nada por el estilo, ¿verdad?

—Nada en absoluto. Ni un murmullo. ¿Y tú?

—Sí, mis manos ya están en marcha. —Celia se quedó quieta con una expresión indecisa y divertida en su cara cuadrada—. ¿Estoy pasable?

—*Estás realmente conmovedora.*

Celia sonrió descubriendo las encías, y por un instante adquirió realmente ese aspecto.

—¿Has decidido ya el itinerario, cariño?

—En efecto, he estado considerando el tema. Para empezar no sería una mala elección pasarnos por…

25. LA REVISTA PSICOLÓGICA

La Revista Psicológica se presentaba dos veces al mes en un cine de los años veinte medio abandonado de la antigua Kilburn High Road, donde no quedaban más que grupitos dispersos de ruidosas caravanas entre los accesos a la autopista del norte. El Chevrolet y el Jaguar giraron al unísono al salir del paso elevado y se adentraron gimiendo en la oscuridad en dirección al Universal, una construcción de estilo gótico cubierta de hollín cuya gran masa se cernía sobre los garajes de coches de segunda mano y los destartalados comederos diseminados a su alrededor. Las oscuras cavernas formadas al abrigo de los pilares de la autopista, los puntales de los carteles indicadores y las columnas de los pasos elevados albergaban una simpática lobreguez, secreta e inofensiva. Por encima de sus cabezas, los haces de luz de un millón de farolas se unían formando una flecha de sodio de un indefinido color húmedo, que se filtraba hacia el cielo como una puerta abandonada en la noche.

—Vaya escenario —murmuró Marvell mientras el Chevrolet se acercaba.

—Os advierto —dijo Andy desde el asiento de atrás—, si alguno de esos jodidos vagabundos de mierda os molesta, decídmelo y será yonqui muerto.

A veinte metros de distancia, dispersos entre los oscuros escalones del vestíbulo, una veintena de muertos de hambre observaron atemorizados a los habitantes de Appleseed salir en tropel de sus coches y acercarse a ellos.

—Ah, las vanidades de los viajes —dijo Quentin.

Andy se adelantó a toda prisa para abrir un pasillo a empujones entre la multitud, diciendo «fuera de aquí» y «búscate la vida», dando un puñetazo de vez en cuando sobre alguna cabeza que sobresalía o pisoteando alguna mano lenta de reflejos. Los vagabundos se alejaron arrastrándose, sin protestar ni decir una palabra.

—¡DÉJALA EN PAZ, CABRÓN DE MIERDA! —bramó Andy a un

vagabundo con una tos seca que tardaba demasiado en apartarse de la regia trayectoria de Diana. Las botas de trabajo de Andy aceleraron su paso al otro lado de las escaleras.

—Coño —resumió Andy arreglándose su chaqueta de combate cuando todos se reunieron en el vestíbulo—. Quieres ver algún espectáculo por aquí y ¿qué es lo que tienes que hacer? Abrirte paso a golpes entre un montón de basura. Giles, paga al caballero y entremos de una vez.

La decoración interior del Universal no era tanto pretenciosa como francamente apocalíptica: el alto techo acanalado se alejaba en una sucesión de falsas cimas en *trompe l'œil*, había toneladas de cortinas enmohecidas de color púrpura, frescos en relieve sobre latón, paredes con profundas nervaduras y cornisas de estuco. A finales de los años sesenta el edificio había sido declarado en ruinas del modo más terminante e inapelable, lo cual aumentó enormemente su reputación de local decadente; pero a la luz teñida de rojo parecía dotado de una cierta solidez monolítica. Los habitantes de Appleseed avanzaron por el pasillo sobre una alfombra pegajosa, tasando al poco numeroso y opulento público que ocupaba las primeras filas junto al escenario semicircular.

—¿Está así de vacío siempre? —preguntó Marvell.

—Sólo lo conocen los enterados; de ahí viene la pasta —dijo Andy, haciendo de este modo una velada referencia a la docena de billetes de diez libras que Giles había ofrecido antes al portero de uniforme color ciruela.

Aunque Whitehead había hecho una tentativa para sentarse al lado de Lucy cuando entraban en la tercera fila, quedándose disimuladamente atrás y echándose luego hacia adelante con un trote indeciso, se encontró encajonado entre Skip y Marvell, los cuales parecían sentir por él un vivo interés, que hasta el mismo Keith encontraba un tanto morboso. Los parroquianos que ya estaban sentados no se molestaron en retirar las piernas para abrir paso a los recién llegados, y Andy se vio obligado a recordarles esta necesaria cortesía antes de ser complacido. El ambiente era crispado y perezoso a la vez. Sobre el severo auditorio se cernía una atmósfera de apatía terminal.

—Dios mío —dijo Quentin mientras limpiaba la funda de plástico de la silla con un guante de terciopelo—. Esto parece una

función de tarde para viejos chochos. A pesar de que mi corazón siempre estará abierto de par en par para la gente de moda, me gustaría que de vez en cuando mostraran algún *signo* de verdadera animación.

—¿Qué números hay?

—Espera y verás, Skip. Te puedo prometer una cosa: una función no es nunca igual a la anterior.

Mientras las voces de las chicas se alzaban en una charla contrapuntística, mientras Quentin esbozaba a grandes rasgos sus ideas sobre el teatro «contra-alternativo», mientras Skip fracasaba una vez más en sus intentos de entablar conversación con Giles, mientras Whitehead se preguntaba qué haría cuando sus piernas explotaran —pues se habían abierto los barriles de whisky y se habían encendido los petardos de marihuana—, hubo por fin algún signo de animación en el vestíbulo. Acababan de dar las diez cuando se empezó a oír un lento crescendo de pataleos, bromas obscenas y golpeteo de sillas. Había sobre todo dos jóvenes altos, disfrazados de hombres de negocios, que se afanaban por conseguir algo; habían tirado una botella vacía de tequila al escenario y se dedicaban a soplar en un silbato subsónico que producía un angustioso gañido y a orinar sin levantarse en el interior del foso de la orquesta.

Adorno estaba a punto de inclinarse hacia adelante para invitarles a que se callaran de una puta vez cuando pareció advertir algo.

—Un momento —dijo—. Son Conceptualistas.

—¿Que son qué? —preguntó Marvell.

—Conceptualistas. —Andy se había puesto a escudriñar la sala con aprensión.

—Ah, ya, he oído hablar de ellos. Una especie de cruce entre los antiguos Ángeles del Infierno y Chuck Manson.

—Nada de eso —dijo Andy, con tanta aversión que por un instante pareció mirar a Marvell con los agujeros de la nariz en lugar de con los ojos—. Nada de eso, ni mucho menos. Son algo nuevo, diferente. Creo que son los únicos que han sabido utilizar creativamente lo que le está ocurriendo al mundo actual. Para mí son los únicos que han sacado algo en limpio de lo que la tecnología ha hecho con el sexo y la violencia. Y durarán. —¿Sí?

—Más vale que te lo creas, tío.

—¿Cómo es eso?

Las dos marcas de fábrica de las actividades conceptualistas eran la precisión y la arbitrariedad. Inauguraron sus «Gestos», como ellos los llamaban, una mañana en la que quince humildes funcionarios fueron encontrados en su cama con el cuero cabelludo arrancado. Todos ellos eran funcionarios del servicio de depuración de aguas residuales. ¿Se trataba acaso de una organización política? Quince días después, cortaron el tendón de Aquiles de un grupo de médicos, inspectores de sanidad, asistentes sociales, secretarias de organizaciones de caridad y oficiales del Ejército de Salvación elegidos al azar, en una operación relámpago de ataques sincronizados. El primer día del siguiente mes, los periódicos informaron de que treinta propietarios de ferreterías de todo el país habían sufrido la extracción del ojo izquierdo. Cuatro semanas más tarde, unos cuantos helicópteros robados dejaron caer sobre algunas ciudades clave un peculiar confetti de postales pornográficas, fotografías de atrocidades, reproducciones médicas censuradas, placas de rayos X vetadas y análisis de orina que estaban en la lista negra. (Para entonces la policía no estaba exactamente preocupada, sino completamente histérica.) Periódicamente salían a la luz los restos de los escenarios de sus perversiones sexuales; no se les daba publicidad, pero se suponía que eran obra de la misma organización… Un accidente de automóvil cuidadosamente montado; los destrozados salpicaderos de los dos coches presentaban manchas de semen. Una sala de operaciones en la que entraron por la fuerza una noche para celebrar una sangrienta bacanal; hangares de aviación, laboratorios químicos, establos de los hipódromos, plantas de experimentación farmacológica y salones de exposición de aparatos eléctricos también sufrieron el mismo ultraje. Lisiados y dementes robados de diferentes asilos que regresaban mudos de asombro. Un cirujano secuestrado obligado a punta de pistola a realizar una extraña operación anal a un paciente enmascarado. Una niña de dieciocho meses de edad encontrada en la cuneta con graves heridas en los genitales.

La enérgica defensa que Andy había hecho de los Conceptualistas no era completamente desinteresada. Conocía a unos cuantos; era bastante amigo de uno o dos de ellos, y hacía

mucho que se sentía impresionado por su calma y su crueldad, por su misterioso anonimato, por la vehemencia casi erótica con la que hablaban de sus Gestos, y sobre todo por su helada eficacia. De joven, Adorno había soñado con establecer su propio cabildo Conceptualista en Earl's Court, donde él dirigiría a sus hombres con invisible destreza y presentaría sus propios proyectos al Cuartel General Conceptualista, llamando la atención sobre los miembros del equipo más endurecidos, escalando puestos en la organización hasta convertirse en un directivo y hacerse indispensable, hasta que por último le pidieran que se encargara de la organización de todos los Gestos… Aunque Andy ya contaba con uno de los dos requisitos para ser miembro de los Conceptualistas (medía más de un metro ochenta) y pronto conseguiría el segundo (una licenciatura en humanidades), hacía mucho que su sueño había empezado a desvanecerse. A veces, cuando se despertaba temprano o cuando ganduleaba en alguna tarde perezosa, Andy no podía sustraerse a la sospecha de que era una persona demasiado indecisa para ser digna de pertenecer con pleno derecho de un movimiento como aquél; que carecía de la frialdad, la astucia y la crueldad de la que tan solemnemente hacían gala sus verdaderos representantes. La sospecha, que desde hacía algún tiempo era casi una certeza, de la existencia de estas flaquezas en su carácter había atormentado a Andy en algunos de sus momentos más negros.

—No sabía que los Conceptualistas hacían todas esas cosas —dijo Marvell en tono de respetuosa disculpa—. ¿Cómo sabes que esos tipos pertenecen al movimiento?

—Por sus trajes, su aspecto marcadamente narcisista, el pelo corto, porque son altos, duros y están en muy buena forma… —Andy se encogió de hombros lánguidamente.

—Ya.

—Y están…, están *fuera*. ¿Sabes a qué me refiero? —Andy parecía esperar una respuesta.

—Sí; sé a qué te refieres. —Marvell se rió entre dientes y añadió —: Ahora no están de servicio, ¿no?

—No estoy seguro. —Por primera vez la voz de Andy tenía un matiz de preocupación. Todo el mundo guardó silencio—. Esta forma de molestar no es normal en ellos. No tienen que llamar la atención de esa manera… A menos que tengan planeado un Gesto

de algún tipo.

—Oh, vámonos. Por favor.

—Tranquila, Celia —dijo Andy, impaciente y sereno a la vez, dando a entender que le preocupaba más una posible infracción del decoro Conceptualista que su propia seguridad.

—¿No habrá problemas, cariño?

Quentin Villiers estaba recostado en su asiento, lanzando grandes anillos de humo resinoso. Asintió lentamente mientras las luces del Universal empezaban a apagarse.

Un viejo espectacularmente deforme había aparecido sigilosamente en el escenario, con una mano vendada que parecía una manopla sobre su frente mellada. Se encaró con el micrófono y dio las gracias a todos por su amabilidad al acudir a ver la Revista Psicológica aquella noche, pero sentía tener que anunciarles que los artistas con cuya presencia se contaba, Neural Lobe, lamentablemente no podían cumplir su compromiso y añadió que esperaba que nadie se sentiría decepcionado cuando supieran que había podido convencer a Ace-Dece y a su grupo para sustituirlos esa noche. Miró con sus ojos ojerosos al público y retrocedió hasta las cortinas de terciopelo, que se abrieron majestuosamente.

Veinte minutos más tarde, el ambiente del Universal era cada vez más opresivo. Ace-Dece, un artista de cabaret próximo a la jubilación, resultó ser un tipo gordo, que no había ensayado, borracho y totalmente desprovisto de los atributos propios de un artista del espectáculo. Mientras contaba largos chistes sin gracia, aporreaba el piano y bailaba con pasos que su corpulencia hacía poco firmes, se dio cuenta de que su público no estaba en absoluto cautivado, así que empezó a simular un patetismo aún más chirriante, narrando la larga historia de su fracaso, hablando de otras actuaciones malogradas con una sonrisa de disculpa, haciendo chistes afectados sobre su obesidad, su falta de tiempo para ensayar, su alcoholismo, etc. El público silbaba y vociferaba.

—Pero ésta es una canción que creo que *sé* cantar —estaba diciendo Ace, con sus ojos arrugados como ciruelas pasas—. Una canción que creo que tengo *derecho* a cantar. La hizo famosa una maravillosa mujer que murió antes de que ninguno de ustedes hubiera nacido. Se llama «Nadie te conoce», y es un blues, y es algo así…

(—Otra vez la vieja rutina de la vergüenza ajena —dijo Quentin arrastrando la voz—. Tiene que ser así de penoso, pero ya nadie se siente avergonzado: la vergüenza ha desaparecido. Tendrían que saberlo.)

—«Hace tiempo viví como un millonario» —cantó el viejo, balanceando la cabeza mientras se miraba con aire absorto la barriga—. «Me gastaba todo el dinero, nada me importaba. Invitaba a todos mis amigos a…»

Y su voz era horrible y confusa, sin cuerpo, forma ni sentimiento, como el soso gañido de una gaita que parecía vaciar el aire a su alrededor. El público retrocedió en horrorizado silencio.

—«… pasaba licor, vino y champán de contrabando. Hasta que llegué a caer tan bajo, no tenía un céntimo, había…»

Entonces ocurrió. Los dos hombres altos de la primera fila saltaron el foso de la orquesta y se plantaron en el escenario. Casi antes de terminar de decir las últimas palabras de la canción, Ace ya se encontraba de rodillas con el pelo echado hacia atrás…, y el hombre le había dado un manotazo en la garganta con el guante de acero. Un chorro de sangre brotó de su boca. Luego le puso los dedos en los ojos, que saltaron con un ruido seco, y le clavó la bota en la ingle, con lo que sus piernas se alzaron de un brinco y se agitaron en el aire. El hombre le tiró violentamente de la cabeza hacia atrás hasta que un largo y enfermizo crujido se desplegó en el aire atónito.

El público se había quedado paralizado con enfático terror.

—Pero los Concep…, ellos no… —farfulló Andy mientras el hombre hincaba su bota en la cara de Ace hasta partirla en dos como una calabaza repleta de agua. Se quedaron jadeantes junto al cuerpo roto.

El público no reaccionó hasta que Ace se levantó, se arrancó la máscara empapada y, flanqueado por los dos «Conceptualistas», se inclinó en una profunda reverencia. Algunos gimieron, otros emitieron gritos apagados y retrospectivos, otros lloraron aliviados, todo el mundo jadeó y unos cuantos aplaudieron. Aturdido por la descarga de adrenalina, el público se dirigió hacia las salidas arrastrando los pies.

—No está mal. No está mal —dijo Marvell.

—Sí —dijo Skip.

—Me alegro de que os haya divertido —dijo Quentin.

—¡Qué pena que no fuera de verdad! —dijo Roxeanne.

—¿Cómo lo *han hecho*? —dijo Celia.

—Es bastante simple —dijo Diana.

—Creía que me iba a poner enfermo, la verdad. Pero luego todo parecía muy alejado —dijo Giles.

—¿Te ha gustado, Lucy? —dijo Keith.

—Lo siento, no te oigo —dijo Lucy.

—Mierda. ¡Pensar que querían hacer pasar eso por un Gesto! ¡Eso! Por un momento me he sentido realmente preocupado…, ¡pensaba que *eran* Conceptualistas de verdad! —dijo Andy.

26. EL LÚGUBRE NEGRITO

—Cerdo —lloró el lúgubre negrito—. Sois todos unos cerdos.

Los habitantes de Appleseed estaban sentados alrededor de una mesa con mantel de arpillera, en el extremo más alejado de un reservado de una whiskería situada en las entrañas de una confluencia alcohólica bajo los entresuelos de un bistró de un local de comidas y bebidas de un centro de diversiones al norte de la estación de Euston, dando cuenta de media docena de frascos de whisky paranatural con tapón de corcho. («Y ahora, un poco de mala vida», había dicho Quentin, tosiendo en su sudario perfumado.) Irlandeses inválidos, hoscos mediterráneos, negros taciturnos, prostitutas bronquíticas y nauseabundos trabajadores inmigrados ocupaban los bancos de la sala escocesa, mientras unos adustos jóvenes con trajes de paracaidista de algodón desgastado les servían frascos de whisky de diversos tamaños.

El lúgubre negrito apoyó el cuello en el muro bajo de ladrillo.

—Cerdos —jadeó.

Roxeanne se acercó a él y le cogió la mano engaritada.

—¿Por qué, joder? Dime por qué. Dime por qué somos unos cerdos.

—Sois todos unos cerdos.

—Déjalo, Rox. —Andy la llamó desde el otro lado de la mesa—. Está hecho un asco. Borracho y hecho una puta mierda. No tiene sentido hablarles cuando están…, ¿qué coño sabes tú, maldito negro?

Roxeanne no se desanimó. Skip se inclinó hacia adelante y le dijo a Andy al oído en tono bajo y monótono:

—Roxeanne tiene una fijación con los morenitos.

—¿Qué clase de fijación?

—La fijación de joder.

—¿Con él? ¿Con eso? Tiene treinta y cinco años por lo menos.

—No importa —dijo Skip.

—Cerdos.

—Oye…, tú…, negrito —gritó Andy—, será mejor que te largues

de una puta vez, tío, ¿vale? Estás hecho una puta mierda y no tienes nada que decir.

—Nosotros no somos así —dijo Roxeanne—; no lo dice en serio —le dijo al lúgubre negrito, apretándole la mano contra sus duros pechos.

—Oh, sí, claro que sí —dijo Andy—. Largo de aquí, negrito, y quiero decir ahora mismo.

—¿Negrito? —se maravilló Marvell—. Mierda, este tipo habla más americano que yo. Hace tiempo que no lo oía. Si dices eso en Nueva York, Andy, te arrancarán la cabeza a patadas.

—Me trae al fresco. Porque *no* lo diría en Nueva York. Yo respeto y admiro a los negros americanos. Ellos luchan. Pero aquí no son más que negritos, por lo que a mí respecta.

Una hilera de negros que estaban cerca de ellos enderezaron las cabezas, como si fueran a llevarle la contraria a Andy sobre este punto. Andy los miró con feroz alegría.

—Sabes —dijo Giles pensativo sin dirigirse a nadie en particular —, creí que no me iba a divertir esta noche, pero la verdad es que me estoy divirtiendo bastante. No he pensado *ni una sola vez* en mis… —Villiers alargó la mano y volvió a llenarle el vaso.

Whitehead estaba sentado cerca de Lucy; dolorosamente, ilegalmente cerca. Advirtió, sintiendo que era en cierta manera una impertinencia, que por debajo de su camisa blanca masculina sus pechos parecían bastante largos y tubulares; nada parecidos a los elegantes nichos de Diana ni a la furia globular de los de Roxeanne. Pero más bonitos que los de Celia; en cierto modo más conmovedores. También advirtió que su cara no tenía mucho color, a pesar de todas las lentejuelas y los murales cosméticos, y que su boca estaba un tanto fruncida, pero no con aire malhumorado. Al pequeño Keith le parecía compartir una especie de falsa intimidad con ella. Ojalá ella no lo encontrara desagradable; de momento le bastaba con eso.

—¿Habías estado aquí alguna vez, Lucy?

(¿Se andaba uno con estas ceremonias hoy en día? Whitehead juntó y apretó las nalgas, incrementando de este modo su altura en cinco centímetros.)

—No. ¿Y tú…? Perdona, ¿cómo te llamas?

(Su cara no tenía ninguna expresión, pero Keith apenas podía

dar crédito a su actitud atenta.)

—… Keith.

—¿Keith? ¿Tú eres el que…? Oh, *Andy*.

(¡Y le sonrió! ¡A Whitehead! Sin dar la más mínima señal de estar riéndose de él.)

—No, Lucy, yo tampoco. Es interesante: todos los diferentes puntos de vista. La verdad es que creo que Roxeanne va por buen camino con ese hombre. Aunque también comprendo el punto de vista de Andy. ¿A ti qué te parece?

Lucy se inclinó hacia adelante y dijo, con su relajado acento londinense:

—Si yo fuera un muerto de hambre como ése, preferiría que Andy me dijera esas cosas a que ella me metiera el dedo por el culo.

(Su voz zumbó al oído de Keith, cuyo ánimo subió como la espuma.)

Whitehead, sintiéndose comprensivo y empírico, siguió la dirección de la mirada de Lucy. El lúgubre negrito, con los brazos pegados a los costados, observaba cómo Roxeanne le masajeaba la entrepierna con el reverso de su fuerte mano. Quentin y Celia se miraron haciendo una remilgada mueca y Andy bufó con incredulidad. Pero Marvell y Skip observaban la escena sonrientes, con una expresión de agradable expectación; igual que Diana.

—Déjame en paz, cerda… Llévate… No…

Pero Roxeanne le murmuró algo acercándose más y empujándole contra la pared con su poderoso tórax. Su mano izquierda se unió a la derecha sobre la ingle del lúgubre negrito y sus dedos se cerraron sobre algo.

—Ah, no, no lo hagas —dijo Lucy—. No le hagas eso.

Los ojos de todos estaban fijos en Roxeanne y en la mesa reinaba un estremecido silencio que los aislaba del resto del local. Se mordió delicadamente el labio al desabrochar el delgado cinturón marrón del lúgubre negrito, y con el índice doblado y su afilado pulgar buscó el cierre de su bragueta. Lo enderezó y tiró hacia abajo; los dientes plateados de la cremallera se abrieron suavemente, descubriendo un triángulo cada vez mayor de rayón grisáceo. El lúgubre negrito emitió un suspiro desconcertado y lastimero e hizo ademán de agarrarle las muñecas. Ella no parecía considerar necesario prestarle ni la más mínima atención. Las

puntas de los dedos de su mano derecha se sumergieron en la zona húmeda del perineo, al mismo tiempo que introducía la izquierda por debajo de la floja goma de los calzoncillos, que le llegaban al ombligo. Roxeanne se humedeció la boca cuando el prepucio color marrón claro asomó por fuera de los finos calzoncillos. El negrito contempló su flojo órgano con curiosidad, tan absorto y aturdido como el resto de sus compañeros de mesa. Luego el pene se estiró bruscamente, como una mano que se alzara con una sacudida, y el lúgubre negrito se echó hacia adelante deshecho en dolorosas, tuberculosas y esforzadas lágrimas.

Roxeanne se levantó. Sonrió. Y le dejaron allí con los codos apoyados en la mesa y la cara enterrada en sus manos húmedas.

27. LOS POLIS

En la avenida de cemento Marvell recorrió con la vista el semicírculo de caras.

—¿Qué hacemos ahora, Quent?

A veinte metros de distancia, un coupé M. G. E. que avanzaba por el estrecho carril de automóviles aminoró la marcha. En los cubículos delanteros había dos personas de tez morena y, otra más, encaramada al asiento trasero descubierto; el tercer pasajero no era lo bastante atractivo como para ocupar esa posición, y lo sabía. Unos segundos más tarde, el coche aceleró y se alejó.

—Eh, Quentin, ¿qué hacemos ahora?

Por primera vez en el año transcurrido desde que Celia lo conocía, Quentin Villiers había perdido su serenidad habitualmente imperturbable. Se pellizcó la base de la nariz con sus dedos enguantados y parpadeó.

—¿Cariño? —dijo su esposa.

—Sólo quiero… ir a buscar los coches —murmuró.

—¿Y si vamos a…, cómo se llamaba…? ¿El Gerry Show, ese sitio del que hablabas antes? —dijo Marvell—. El sitio ese en el que esos monstruos y viejos se desnudan y folian y cosas así…

—La verdad…, me parece que…

—O al Blow-Shop, donde te…, o al Hetero-Club, ese antro donde los maricas no pueden follar. O al…

—Marvell, no creo…

—¿Cariño?

—Un momento. —Quentin se cruzó de brazos y se quedó mirándose las muñecas. Cuando alzó la vista, su *rostro* había recuperado el aplomo—. Roxeanne —dijo—, ¿por qué *demonios* has hecho eso?

—¿El qué? Dime, ¿qué pasa? —inquirió Roxeanne—. ¿De qué vais vosotros, para empezar?

—Mierda —dijo Lucy.

—Roxeanne; quiero que comprendas que no te lo pregunto en tono acusador, sino por puro asombro. ¿Para *qué*…?

—Para que supiera quiénes son los cerdos.

—Lo siento, no…

—Roxeanne —empezó Celia—, ¿no querrás decir…?

—¿No querré decir *qué*?

—Le he dicho que lo dejara, ¿no? —dijo Andy—. Le he dado un toque a ese negrito para que moviera el culo.

—Has disfrutado de ello tanto como yo —dijo Diana, lo cual era completamente cierto.

—¿Y a qué viene toda esta mierda, si puede saberse? —preguntó Marvell.

—Niños niños niños…, así no llegaremos a ninguna parte. —Quentin consultó su reloj de pulsera adornado con lentejuelas—, Son más de las dos. No creo que merezca la pena que vayamos a otro sitio ahora. Un conflicto de normas culturales, ¿no? ¿Por qué no…?

La voz de Giles, que parecía operar en un umbral acústico distinto al de los demás, se abrió paso con claridad por su tensa garganta.

—¡Me está entrando la melancolía callejera! —gritó con la boca abierta, poniéndose las manos en las orejas y agachando la cabeza —. ¡Me está entrando la melancolía callejera!

Lucy lo agarró por los hombros.

—La melancolía callejera… —le susurró Quentin a Marvell, que tenía el ceño fruncido.

—¡Me está entrando la melancolía callejera!

—Coño, Giles —dijo Andy, que todavía estaba resentido—, a veces pareces una chica de mierda. Una *chica* de mierda.

—¡Haced que se vaya el gris! —dijo Giles—. ¡Fuera, fuera!

—Dadle algo, deprisa —dijo Lucy.

—Toma —dijo Marvell—. Prueba esto.

Cuando el grupo entró en el aparcamiento subterráneo, los polis estaban apoyados en el pesado capó del Chevrolet.

—Popeye —dijo Skip, retrocediendo.

—Tranquilo —dijo Quentin, y lo guió hacia el coche.

Los polis se quedaron mirando amigablemente a los jóvenes mientras éstos se acercaban y formaban torpemente alrededor de sus coches. En la amplia bóveda fuertemente iluminada sus rostros parecían llenos de arrugas y envueltos en sombras.

—Buenas noches, oficiales…, sargento, agente —entonó Quentin.

—Buenas noches, señores y señoras —dijo el sargento—. ¿Puedo preguntarle si éste es su coche, señor?

—Claro que puede. No, es de mis amigos. El mío es éste —dijo Quentin señalando el Jaguar con la cabeza.

—¿De cuándo es el Chevy, señor, del 79?

—Del 78 —dijo Skip.

—¿Cómo lo han traído hasta aquí?

—En uno de los puentes aéreos de carga.

—Tiene que haberles salido por un pico.

—Sí, nos ha salido por un pico.

—Muy bonito. Muy bonito. —El agente sacó una bolsa de tabaco del bolsillo de la pechera y empezó a liarse un cigarrillo—. Muy bonito. ¿Se han divertido ustedes, jóvenes?

—Nos hemos divertido muchísimo, un millón de gracias, agente —respondió Quentin en tono de despedida.

Los ojos de los polis se encontraron cuando Villiers abrió el Jaguar y Celia, Diana, Lucy —y Whitehead— se apiñaron alrededor de sus cuatro puertas.

—El suyo también. Bueno bueno. —El sargento puso una bota sobre el parachoques del Chevrolet, se enderezó la gorra y apoyó un codo en el capó con aire de conspirador—. ¿Adónde vais a ir esta noche, chicos? —le preguntó a Roxeanne y a los chicos que quedaban. Su tono no era hostil ni inquisitivo; muy al contrario, daba la impresión de estar a punto de quedarse dormido.

Quentin se dio cuenta de su error nada más entrar en el Jaguar y cerrar la puerta. Andy tenía un aire hosco y Giles parecía completamente fuera de combate, pero Marvell, Skip y Roxeanne se miraban entre sí, francamente alarmados. Quentin se dio cuenta de que la charla perezosa y obsequiosa del poli no les parecería muy diferente del deliberado sarcasmo de sus colegas americanos. Además, todos llevaban drogas.

Quentin bajó la ventanilla.

—Caballeros —dijo con su tono más principesco—, me doy perfecta cuenta de que no tienen nada mejor que hacer que haraganear por ahí e intentar mejorar su imagen pública, pero si nos disculpan tenemos que irnos a casa.

Los ojos de los polis volvieron a encontrarse. El sargento se acercó al Jaguar y empezó a balancear su porra por encima del embellecedor de la rueda.

—¿Sabe cuánto tiempo tendría que trabajar para comprarme un coche como éste?

—No. Ni me importa. Me imagino que muchísimo tiempo. Sargento, no creo que esto sea…

—Ustedes los jóvenes a veces me ponen enfermo —dijo con voz dolida e irritada, como si hubiera preferido mil veces tener mejor opinión de ellos—. Literalmente enfermo. —Se dio media vuelta y agitó la porra delante de las narices de Giles—. ¿Cuánto tiempo se creen…?

Giles dio media vuelta y se alejó de él, nadando con todo su cuerpo. El sargento le agarró por el hombro.

—*¡Mírame* cuando te estoy hablando, cochino hijo de puta! Todavía no estás en casa. Te crees que no podemos tocarte… a una escoria como tú. —Puso la porra delante de la boca de Giles como si fuera un micrófono—. Seguimos haciéndolo, ¿sabes?, claro que sí, pero limítate… —Giles tuvo una tremenda arcada en la cara del sargento—. Mierda, a la mínima te pongo contra esa pared y te hago pedazos tus malditos dien…

Antes de que el chorro de vómito alcanzara al policía en el pecho, Quentin ya había salido del coche; había detenido el brazo derecho que se alzaba amenazador, había encauzado el colapso de Giles hacia los brazos de Skip y Marvell, había metido un billete de veinte libras en el bolsillo de la chaqueta del sargento, estaba limpiándole la chaqueta con un pañuelo de seda…, y todo había terminado, el momento de tensión insoportable se había abierto y cerrado como un respiradero hacia otra época.

Los coches subieron suspirando por la rampa diagonal. Habían tumbado a Giles en el asiento trasero del Chevrolet. Skip conducía rápidamente por los barrios deprimidos. En el Jaguar, los asientos de cuero brillaban con nerviosismo bajo las luces plateadas de la autopista. Cuando estaban a dos kilómetros de la casa, Lucy se quedó dormida y su cabeza cayó descuidadamente sobre el expectante hombro de Keith. Cuando la rectoría de Appleseed surgió ante ellos entre las sombras de la noche, bajo los párpados de sus ojos cerrados brillaron unas pequeñas lágrimas.

28. TIRADO

Suponemos que era inevitable que aquella noche hubiera cierta cantidad de idas y venidas por la casa.

En cuanto la respiración de Diana se hizo regular y hubo completado su repertorio de encogimientos de hombros, silenciosos y subliminales, el desvelado Andy dijo su nombre en voz alta, no obtuvo respuesta, se deslizó fuera de las sábanas, se puso una toalla alrededor de la cintura y bajó sigilosamente las escaleras.

—¿Qué quieres? —dijo Lucy.

Andy se arrodilló junto a la cabecera del sofá del salón, inclinó la cabeza y la besó con prudencia en la boca, que permaneció inerte.

—¿Qué quieres?

Andy trazó con la mano izquierda suaves figuras en su oreja, mientras con la derecha buscaba el familiar nudo del camisón de Lucy, que cuando se deshacía la dejaba desnuda hasta la cintura.

—¿Qué quieres?

Andy acercó los labios humedecidos hacia sus pechos y metió por debajo de las mantas sus fríos dedos, que anidaron con naturalidad entre los cálidos pliegues.

—Oye, para de una vez. Fuera. ¿Qué quieres?

—¡Qué muermo! —dijo Andy—, Deja de hablar. ¿Cómo puedes hablar en un momento como éste?

—¿Un momento como cuál?

—Mierda…, en un momento que empieza a ser jodidamente embarazoso cuando te pones *a hablar* de ello.

—¿Pero por qué?

Andy deshizo el lazo de su toalla, que cayó al suelo.

—Este pajarito —dijo sencillamente.

—Enormemente interesante. ¿Qué es lo que se supone que vas a hacer con eso…, meterme marcha?

—¡Qué muermo! —dijo Andy.

—Bueno, pues dime…, *lárgate*…, ¿qué *quieres*?

Andy siguió intentándolo.

Al otro lado del pasillo de la cocina, Keith Whitehead se estaba asando vivo en su colchón caliente. Cada pocos instantes soltaba un eructo terrible. Estos eructos eran los peores que tenía; parecían huevos duros que hicieran implosión en la parte de atrás de su garganta. Una vez, Keith los había llamado «pedos bucales».

Le seguían latiendo las piernas como si estuvieran muy alejadas de él, como —¡Dios mío!—, como anacondas saciadas; las movió de un lado para otro como si fueran secciones de otro cuerpo. Le gorgoteaba tanto el estómago que se lo golpeó repetidamente con los puños; también le gritaba sin parar, claro, con la exasperación impotente con que se suele gritar a los despertadores que te ponen los pelos de punta, a las radios efervescentes, a las contraventanas que se cierran con estrépito, a un bebé que llora en la distancia. Su asustado pene se había retraído hasta hacerse invisible. Toda la habitación era como un estanque de cincuenta centímetros cúbicos repleto de nauseabundos e increíbles olores.

El pequeño Keith había llorado mucho al pensar en sus recientes intentos de adelgazar para el fin de semana de Lucy. Este era el programa de adelgazamiento de Whitehead: medio litro de agua al día, dos horas de jogging todas las noches por el jardín, laxantes capaces de tumbar a un elefante, tocarse las espinillas dos mil veces cada mañana y ninguna clase de comida. Esta fue la reacción de su cuerpo: indigestión nítrica (Keith se preguntaba qué sería lo que no estaba digiriendo bien), una halitosis que arrancaba la pintura de las paredes, estreñimiento al ciento por ciento, un insignificante aumento de peso y pedos bucales.

—*Muchas* gracias —exclamó en voz alta.

¿Cuáles eran entonces los planes sexuales de Whitehead? Había decidido lo siguiente: primero, una terrible sesión en el cuarto de baño del piso de arriba: ducha de tercer grado, fregado industrial, gárgaras con… ¿limpiainodoros? Después Lucy. De rodillas en la cama comprobó, mirando por el ventanuco, que la luz del baño se había apagado. Toda la casa estaba en silencio. Rebosando disimulo, el pequeño Keith se levantó y tiró de su bata, colgada en un gancho.

Whitehead acababa de decidir que, después de todo, no iba a llamar a la puerta del salón, cuando ésta se abrió de repente y el majestuoso y semidesnudo Adorno se le quedó mirando ceñudo

desde sus alturas. Andy retrocedió un paso con divertida alarma.

—¿Qué *cojones* te crees que estás haciendo?

—Sólo…, yo…

Andy se agachó.

—Ya, bueno, trátala bien, chico; ¿de acuerdo? —dijo antes de enderezarse y subir rápidamente las escaleras.

En todo caso, Keith ya tenía más que suficiente. Estaba a punto de escabullirse silenciosamente a su cubículo cuando una luz se encendió en la habitación y Lucy dijo:

—¿Quién está ahí?

—Keith —dijo débilmente—. Siento molestarte, Lucy; sólo iba al baño.

—No te preocupes.

La luz seguía encendida. Whitehead se encontró atisbando desde la puerta. En lugar de la figura repleta, saciada y con los miembros extendidos que esperaba encontrar, vio a Lucy sentada en el sofá; era evidente que se sentía algo confusa, y se estaba enjugando las mejillas con un pañuelo de papel usado.

—¿Pasa algo, Lucy?

—Es Andy. —Se sonó la nariz—. Siempre me hace llorar.

Andy osciló al girar en las escaleras y se detuvo bruscamente. Roxeanne estaba sentada frente a él en el rellano, ataviada con un delgado vestido de algodón y con el pelo teñido de henna desplegado entre sus firmes manos.

Andy chasqueó los dedos, le propinó un golpecito y dio media vuelta.

—De acuerdo —dijo, volviendo a bajar por las escaleras—, vamos a follar.

¿Se preocupó Andy de comprobar si Roxeanne iba detrás de él mientras avanzaba a grandes zancadas hacia la puerta del jardín, en el pasillo de la cocina? Ni pensarlo. Pero cuando descorrió el cerrojo y ella se le adelantó, la agarró del pelo y tiró de él, acercándole la cara a la suya.

—Te voy a joder hasta que se te salgan los sesos —le dijo entonces.

Apenas advirtieron el premonitorio resplandor sobre el horizonte, la suave humedad del aíre, la hierba azulada que escapaba hacia el muro del jardín, la luna baja.

—Voy a follarte —prosiguió Andy, dirigiéndose a la puerta que daba al campo vecino—, y, chica, quiero decir *follarte* de verdad, hasta que te parezca que te vas a partir en dos. Cariño —dijo—, te voy a follar hasta matarte. Nadie te volverá a follar como te voy a follar esta noche. *Que me jodan* si no voy a follarte. Te lo advierto, chica, estás en un buen lío, porque te voy a pasar por la piedra hasta que…

Andy aminoró el paso en una suave hondonada que estaba en el extremo más alejado del campo, a unos doscientos metros de la casa. Se dio la vuelta y le hizo una provocativa mueca de burla a Roxeanne, cuyo pelo colgaba sin que el cálido viento lo agitara. Nuestro excelente Adorno dudaba entre pegarle antes un poco, o arrancarle de un tirón su camisón de algodón, o colocarse debajo de ella y abrirle las piernas de una patada; pero, de repente, Roxeanne dio un salto hacia atrás y se quitó el vestido con un rápido movimiento de los brazos, quedándose desnuda.

—No…, vamos…, nada lírico, nada de eso. Haz el puto favor de venir aquí antes de que te dé una paliza de verdad.

—Mírame primero.

Suspirando, Andy volvió a contemplar su cuerpo jugoso e imposible.

—Sí sí sí. Increíble, demasiado. Ahora túmbate, chica. Una palabra más y te rompo el brazo.

—Quiero *verte* antes.

—Calma, cariño, calma. —Andy la tranquilizó burlonamente—. La vas a notar hasta las tripas. —Avanzó hacia ella.

—¿No estás empalmado? —preguntó ella alegremente.

Andy tenía el pie suspendido en el aire cuando se dio cuenta de la curiosa pertinencia de la pregunta de Roxeanne. No estaba empalmado. Durante su conversación con Lucy la había tenido enchufada al ombligo, y naturalmente había supuesto que seguiría así. Sus agentes sensoriales acudieron a su entrepierna, desde donde le enviaron abatidos mensajes. No estaba empalmado.

«¿Y ahora qué es lo que va a parecer esto?», se preguntó Andy.

Preparándose ciegamente para una larga sesión sadomaso, una escabrosa sesión de humillaciones, una sesión de bestialismo o una sesión de altivo fingimiento de que su falta de hinchazón era una forma más de hacer valer sus derechos, Andy encorvó los hombros.

Pero entonces Roxeanne se dejó caer al suelo. Se tumbó, puso las manos detrás de las rodillas y alzó las piernas, enganchándose los tobillos a ambos lados del cuello.

—¿Ves rojo? —preguntó.

Andy parpadeó y avanzó hacia ella dando traspiés.

—Oh, sí, cariño. Ah, madre mía, has estado…, ibas en serio. Hacia el final yo estaba…, Dios, has estado fantástico.

—Cállate —dijo Andy.

Andy tenía ganas de llorar. Giró sobre sí mismo y se tumbó de espaldas, mirando el cielo que clareaba.

—Déjame solo. Vete de aquí.

—Así que eso es lo que se siente cuando te folian hasta matarte. Ahora…, ahora lo sé realmente.

—Cállate. Vete de aquí. Vete de la casa. Y llévate a esos maricas. Ha sido esa pastilla que me dio el maldito Marvell.

—Ya.

—Bueno, a lo mejor es simplemente que no me gustas. No me gustas. A lo mejor es eso.

—¿Qué tiene que ver eso con joder? Te gustaría de sobra si hubieras podido empalmarte.

—Cállate. Vete de aquí.

—Sí, señor. No podría *aguantarlo* por segunda vez en una noche.

Recogió su vestido de algodón, haciéndolo ondear mientras atravesaba desnuda el prado.

Andy se la quedó mirando mientras ella se deslizaba por la hierba agitada por el viento. Arrugó la nariz con desprecio.

—Zorra —dijo. Se volvió a tumbar y se quedó mirando las estrellas que empezaban a desaparecer; su cuerpo se hundió profundamente en el primer rocío.

29. EL SILENCIO Y EL DÍA

—…y seguí viéndolo, pero ya todo había terminado entonces, o por lo menos no creo que yo significara para él más de lo que en realidad él significaba para mí, pero él parecía querer fingir que creía que si seguíamos sin hacer lo que él fingía creer que era lo más importante que nosotros no dejáramos de no hacer, entonces las cosas no se hubieran…

Etcétera, etcétera, pensó Whitehead.

Keith conseguía a duras penas mantener abiertos sus pequeños ojos rojos. Eran las 5.30, y hacía mucho que había renunciado a sus intenciones de —no podrán por menos que reírse— «tirarle los tejos» a la chica de pelo blanco que ocupaba la cama sobre la que estaba inclinado. Aunque poco versado en estos asuntos, el pequeño Keith suponía que no se equivocaba al creer que un análisis de dos horas de un antiguo amorío no era la táctica que habría adoptado una mujer ansiosa de acostarse con él. Además, sólo era visible su cabeza apoyada en la almohada, y hacía más de noventa minutos que no apartaba la vista del techo.

—… así que decidimos que si nos lo tomábamos con calma por algún tiempo y no intentábamos ocultar las cosas que de todas maneras no importaban, y entonces sabes lo que pasó, nosotros…

Whitehead se sobresaltó.

—¿Qué?

—Oh, lo siento, Keith. Me estoy acelerando, y cuando me acelero no puedo parar.

—No te preocupes.

—Será mejor que nos vayamos a dormir.

Whitehead pestañeó ligeramente.

—Gracias por dejar que te aburriera.

Whitehead se inclinó ligeramente hacia adelante, frunciendo sus agrietados labios.

—Buenas noches. —Ella se dio la vuelta, apartándose de Keith y subiéndose la sábana hasta las orejas—, ¿Puedes apagar la luz cuando salgas?

—… Desde luego. Buenas noches, Lucy.

Apagó la luz y se dirigió a la puerta. Por el camino se golpeó cruelmente el dedo del pie en la mesa de café de base metálica, pero de todas maneras ya estaba al borde de las lágrimas, lágrimas de cansancio y de contrición y de asco de sí mismo, y no se tomó la molestia de darse por enterado del dolor.

Diana esperaba y esperaba en la cocina, con los dedos fuertemente apretados delante del cuerpo. La vigorizante frialdad que había sentido durante toda la velada no se había desvanecido para dar paso al sueño, y cuando Andy no dio ninguna muestra de querer hacer el amor con ella y sí muchas de querer hacer el amor con otra persona, Diana había decidido permitirle que siguiera con el juego, permitir que ocurriera. Había dejado pasar media hora antes de ir al piso de abajo, se había quedado escuchando en la puerta y había oído la voz de Lucy, había entrado en la cocina, preparado café, fumado, y desde su silla podía ver la puerta del salón. Miró el reloj y se dio cuenta de que en toda la noche no había pensado ni una sola vez en *Johnny*.

Keith salió al vestíbulo casi al mismo tiempo que Roxeanne aparecía, procedente del pasillo de la puerta de atrás. Whitehead se enjugó los ojos inflamados y comenzó a sonreír. Roxeanne se cruzó de brazos y apartó la vista. Diana apagó el cigarrillo y dijo:

—Bien bien. Hay que ver qué búhos somos todos. ¿Qué estabas haciendo ahí dentro, Keith?

—Sólo charlaba con Lucy.

—Oh…, ¿quieres decir que no has estado follando con ella?

—Oh, no. Nada de eso. Ella estaba un poco deprimida, así que pensé que… charlaría con ella.

—¿De veras?

—Sólo quería animarla un poco, eso es todo.

—¿Y tú, «Roxeanne»? ¿Has hecho alguna buena acción?

—Nada del otro mundo. —Roxeanne se cruzó de brazos con más fuerza—, Y deja de mirarme con esa cara de «aquí huele a mierda».

—¿No habrás visto a Andy, por casualidad?

—… Sí.

Diana lo resistió, pero su voz adoptó un tono de tristeza.

—¿Qué ha pasado?

—Él…, él… —Roxeanne se descruzó de brazos y se dejó caer

flojamente en una silla—. No se ha empalmado.

Todavía se estaban riendo cuando entró Andy.

Contempló la cocina con cierta timidez.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡No…, no te has empalmado! —chilló Diana sin aliento, señalándole mientras se balanceaba en la silla— ¡No te has empalmado!

Andy se ruborizó, frunció el ceño, cruzó la habitación, golpeó al convulso Whitehead en la oreja lo más fuerte que pudo y se dirigió al vestíbulo con aire ofendido.

Los demás le siguieron uno a uno.

Las siete de la mañana. El silencio y el día cayeron sobre la rectoría de Appleseed.

Marvell y Skip gruñen y pedorrean satisfechos cuando Roxeanne se desliza en la cama entre los dos.

Diana se reúne con un Andy fetal y taciturno.

Mientras su oreja palpita sordamente como un auricular, Whitehead deja caer un alijo de relucientes revistas de chicas desnudas sobre su pedorreado camastro.

Quentin fuma mirando al techo; Celia está fuertemente abrazada a él mientras duerme.

Y al otro lado del rellano, el acolchado zumbido del despertador previene a Giles.

Segunda parte. Sábado

XXX. GILES

Giles emitió un breve ladrido de disgusto al despertarse. El despertador dejó de zumbar, la radio siseó y la máquina se puso a traquetear, dispuesta a preparar el vulgar Baby Bullshot que de todas formas nunca se bebía.

Últimamente no parecía aconsejable salir de la cama. Cuando puso el pie en el suelo, éste se le acercó de soslayo y se desenrolló diagonalmente por delante de él cuando se precipitó hacia la nevera, como si la casa estuviera construida en terreno inclinado. Giles onduló, apoyándose en la puerta de la nevera. Normalmente estaba convencido de que iba a vomitar antes de poder tragarse siquiera medio litro de vodka y zumo de tomate; pero esta mañana, la mañana del sábado, su estómago parecía purgado. ¿Por qué? Las imágenes del viernes por la noche flotaron alrededor de su cabeza como un abanico de viejas fotografías abarquilladas.

Sus dos manos se cerraron sobre el vaso húmedo y lo llevaron deliberadamente a los labios. Se lo bebió de un trago, hizo un terrible esfuerzo por contener las náuseas y se inclinó para volver a llenarlo.

—Glug glug —dijo Giles—, Glug glug glug.

Últimamente Giles había adoptado la costumbre de dormir con la ropa puesta; o «ya preparado», como le gustaba imaginarse. Por lo tanto, lo único que tenía que hacer en la media hora que faltaba para que llegara su taxi era colocarse por debajo de su nivel de sobriedad, situado a la altura de sus zapatillas de goma.

—Luigi, Luigi —farfulló mientras el alcohol lamía su confuso cerebro.

(Luigi era el chófer de Giles. Después de tres meses de completa inactividad en su habitación de la posada de Gladmoor, Luigi había llevado el Daimler de vuelta a Londres y había montado con él una pequeña empresa de alquiler de coches, pagando los gastos generales con los cheques mensuales que Giles le seguía enviando. El nombre del chófer seguía viniéndole a la mente cada vez que tenía que ir a algún sitio, pero ya no tenía una idea clara de cuál se

suponía que era su tarea.)

Se acercó a la ventana. Contempló con mirada húmeda el brillante césped. Bebió un trago. Pensó en lavarse los dientes, sacudiendo la cabeza con aire dubitativo. Bebió un trago. Contuvo una arcada sin cambiar de expresión. Bebió un trago.

—Vieja madre —dijo—. Vieja madre, ¿para qué quieres *verme*?

Se sentó a la mesa y deslizó los dedos por el vaso rojo.

—Es demasiado pronto para llorar todavía —dijo—. Demasiado pronto.

Cogió sus zapatos, que estaban en el suelo uno al lado del otro. Se dio cuenta de que su calcetín izquierdo tenía un agujero por el que se veía un dedo blanco y temblequeante. Se inclinó y, lentamente, colocó como pudo el tejido desgastado.

—El pequeño Giles —dijo—. El pequeño Giles.

La boca de la madre de Giles incluía, de izquierda a derecha, un afilado colmillo superior que corroía la charca negra del alvéolo de la encía un milímetro al año, dos largos frontales en forma de cuña montados uno sobre otro como dos dedos fuertemente cruzados, una hilera de molares que retrocedían apelotonados, un incisivo inferior tan amarillo como la luz del sol que atraviesa un cristal polvoriento, un diente en posición *Ei* que parecía una cerilla de madera encogida y carbonizada y un solitario masticador torcido que sobresalía entre los labios aunque estuvieran cerrados. Maria Coldstream sostenía que sus dientes se habían puesto así durante la gestación y el nacimiento algo prematuro de Giles; sostenía que antes de eso eran fuertes y limpios.

En cualquier caso, el joven Giles se sentía mal siempre que se acercaban a él, relucientes y variados entre los intensos colores del invernadero, dientes de engranajes monocromos en el oscuro vestíbulo, húmedas sombras junto a su cama. Se cernían sobre él de forma incesante, todos estos pedazos y fragmentos detrás de cada reprimenda, de cada súplica y cada beso. Por la noche crujían por el largo pasillo que conducía a su habitación y entraban por la puerta, tan expectantes como sueños de aflicción.

Mrs. Coldstream no tenía ni idea de que asustaba a su hijo único de esta manera, y de haberse enterado se habría sentido muy apenada. Incluso cuando empezó a comportarse de una manera que casi cualquier persona habría encontrado realmente aterradora,

Maria no se imaginó jamás que Giles hiciera otra cosa que no fuera corresponder afectuosamente a las atenciones que ella le prodigaba. Esto ocurría porque su cerebro frontal se había acostumbrado a suspender su funcionamiento siempre que se reunía con Giles en la cabina de duchas del piso de abajo, después de los partidos de cricket de los jueves en el prado comunal, siempre que se ofrecía a desnudarlo antes de sus siestas de los domingos por la tarde, siempre que le besaba morbosamente en la boca por las noches, cuando se iba a la cama.

En tres ocasiones Giles se había despertado: la acostumbrada luz del sol, el acostumbrado estrépito de las cañerías del radiador, y voluptuosamente estirado en su ancha cama con baldaquín, había entreabierto los ojos y había visto a su madre plantada en la cama contigua. Las dos primeras veces, Mrs. Coldstream recuperó enseguida una especie de conciencia y se deslizó furtivamente fuera de la habitación. La tercera vez, la mañana en la que se la llevaron, Giles se había quedado allí tumbado noventa minutos, paralizado de terror, mirando boquiabierto la boca de su madre, que descansaba hoscamente entreabierta sobre una almohada empapada de sangre.

Algunos comentarios sobre la vida sexual de Giles.

Para empezar, tenía éxito entre las chicas del pueblo. Se reunían en la tienda de caramelos mientras Giles les repartía tímidamente chicles y gominolas, ruborizándose bajo la alentadora y protectora mirada del hijo del jardinero. Cuando llegaba una feria al pueblo, las chicas hacían turnos para sentarse junto a Giles en los coches de choques y en el tiovivo. En las fiestas, bazares y otras funciones en las que podían conseguirse diversiones y mercancías a cambio de dinero en efectivo, Giles pagaba de mala gana. Tenía que besarlas después de los partidos de cricket. Giles estaba muy solicitado en los rincones oscuros de la iglesia en la que se celebraban los bailes del club juvenil. Se pasaba todas las tardes de fiesta jugando al Nervioso en las colinas vecinas.

Le llamaban el pequeño Lord Fauntleroy. Esto le gustaba, e intentaba estar siempre elegante; le decía a Mrs. Badén que le planchara sus pantalones anchos de pana, salía de puntillas de casa mientras se arreglaba su camisa gris del colegio, miraba cautelosamente hacia atrás, echando un vistazo a la casa, que tenía

un aspecto Victoriano y demente en la temprana oscuridad, se reunía en la puerta del jardín con un pelotón de procaces hijas del pueblo de rizadas cabelleras, quienes le llevaban por el largo camino por encima del lago y le arrastraban entre risitas sofocadas hasta el bosquecillo de la ladera de la colina, donde le pellizcaban, le hacían cosquillas y le insultaban cariñosamente. Después todas desaparecen a confusos intervalos hasta que sólo queda una, que cruza los brazos por delante del pecho y desliza el crujiente jersey rosa por encima de su cabeza y se da media vuelta para bajarse la cremallera del vestido, que normalmente es azul marino y lleno de arrugas. Giles espera el momento propicio, jadeando en silencio, lleno de gratitud e incredulidad. Casi nunca lleva la ropa interior a juego. Giles la ayuda con circunspección a quitarse el poco favorecedor sostén; no deja de observar el tiempo y los imponentes árboles, como si no estuviera ni remotamente empalmado, mientras ella se desprende de sus bragas y le ayuda a quitarse los calzoncillos. Luego el tenso Coldstream probablemente se encarame sobre ella, apoyándose en las espinillas, permaneciendo allí diez segundos antes de que ella se marche, ruborizada e irónica.

Luego se sienta y da unas boqueadas; se levanta, baja corriendo por la colina despejada y sus brazos larguiruchos giran como ruedas de carro, mea contra el viento, grita en el oscuro oleaje de la tierra, intenta saltar la puerta del jardín, se cae, trepa por ella vibrando como un diapasón y corre por el jardín para reunirse con el hijo del jardinero.

El hijo del jardinero. «¿Qué ha pasado?» «¡Me acaba de dejar hacerlo!» «¿Cuál de ellas, Giles?» «Ellen.» «Quiero verla. Los de Dowley se la tiran.» «Pero ha sido muy amable. En serio, lo ha sido.» «¿Qué tal ha estado?» «Oh, he vuelto a meter la pata.» «Oh, bueno. Otra vez.» «*Yo* me lo he pasado bien.»

Así que bajan al lago y se sientan en el tronco y fuman pitillos y hablan en la noche. Se besan tímidamente y vuelven a casa, caminando por el césped cogidos del brazo.

Un miércoles por la noche, delante del Dowley Kinema, el hijo del jardinero desapareció en el interior del pub para comprar dos bolsas de patatas fritas. Los chicos del pueblo se acercaron, con sus vaqueros desteñidos arremangados hasta los tobillos, sus camisas de rayas sin cuello, sus brillantes hebillas y sus coronillas rapadas; su

aliento formaba nubes en el aire otoñal. Giles se dio la vuelta; era la última vez en su vida que su cara mostraba una expresión franca y decidida. De repente la acera húmeda resbaló hacia él y le golpeó en el hombro. Con todo el tiempo del mundo, Giles dobló los brazos delante de la cara. Cuando la primera bota se hundió en su boca, Giles pensó en su madre, dándose cuenta de que le estaba ocurriendo algo terrible y permanente.

Pero ahora los dientes estaban sobre él y no iban a dejarle en paz. No dejaban de decirle:

—Le diremos a Mrs. Baden que vuelva, porque *era* tu cocinera preferida, cariño, ¿verdad? Sé que lo era. Y, por supuesto, habrá que desmontar y rehacer por completo tu habitación. Es totalmente ridículo que la hayas aguantado tanto tiempo. Sólo tenemos que llamar al hombre que reforzó el pequeño invernadero; él podría hacerlo, tu habitación…, ¿verdad? ¿Pueden hacerlo? ¿Los que hacen los invernaderos? ¿Los pequeños?

Giles se quedó al lado de la alta ventana, mirando los muñequitos locos que pasaban por la calle.

—Sí, madre —murmuró.

—¿Eeeeeh? ¡Oh, cariño, *sabía* que te encantaría!

Mrs. Coldstream era una maníaca depresiva. Cuando era pequeño, a Giles le gustaba bastante su faceta maníaca, pero ahora siempre intentaba pillarla cuando estaba depresiva. *Aquello* no era tan malo. A veces estaba tan depresiva que podías sentarte a esperar a que se le pasara, observando los cambios de luz mientras ella se quedaba llorando con la mirada fija e inconsciente. En una o dos ocasiones Giles se había escabullido de la habitación al cuarto de hora.

Pero hoy estaba maníaca y la cara de Giles nadaba en el cristal de la ventana.

—Giles…, cariño…, ven y dame un abrazo.

Giles se volvió hacia ella y la miró de soslayo.

—Madre —dijo—, ¿hay algo bueno en la tele?

—¡Giles…, no quiero quedarme mirando a una caja como un papamoscas! Sólo quiero que me abraces…, cariño, cariño, por favor. No puedo soportarlo. Un momento, un momento.

—Dios, madre, no puedes…, no está permitido, alguien como yo, la verdad.

—Oh, cariño…, por favor por favor por favor. Ven *aquí, cariño* mío. Tengo tanto, tanto. Abrázame fuerte antes de que me muera… ¿Cariño? Sí, sí. Ah, sí. Eres un cielo. Gracias, cariño, gracias.

Piel de gasa y almohadas moribundas, el viejo olor a cloroformo y a polvos de talco calientes, las manos rígidas y palmeadas, esa horrible boca bebiéndose sus lágrimas.

—Porque nunca podrás dejarme, Giles, ¿verdad?

Las lágrimas se le arremolinaban en las mejillas.

—… No, madre. Nunca podré dejarte.

—El pequeño Giles —susurró—. El pequeño Giles.

31. ACELERANDO

Le dio al taxista de robusto cuello un número indeterminado de billetes de cinco libras y empezó a disculparse, en primer lugar por parecer no tener la menor idea de dónde estaba la rectoría de Appleseed, y en segundo lugar por haberle llamado Luigi en repetidas ocasiones. El chófer contó el dinero, dejando asomar a su rostro una mueca incontrolable de maligna satisfacción, y arrancó con un estridente acelerón.

—Oh, y quédese con el cambio, la verdad —dijo Giles a los remolinos de polvo.

Giles giró hacia la casa, apoyando cuidadosamente el pie sobre la gravilla. Bebió un sorbo de su frasco de litro y se quedó mirando cariñosamente la rectoría de Appleseed. Observó sus paredes blanqueadas, los descascarillados aleros y los tubos de desagüe, el hormigón desgastado y las sombrías ventanas, con una sensación familiar de oscuro alivio. No sentía nada por la casa, nada más allá de un reconocimiento provisional, pero estaba bastante seguro de que dentro había cosas buenas: bebida, amigos, una habitación conocida. Quizá lo que más le atraía de la casa, siguió reflexionando Giles, era que no tendría que salir de allí hasta que volviera a llamarle su madre. Le llegó el sonido de un lejano aleteo. Se sintió asaltado por un súbito presentimiento. De nuevo era todo dientes. Giles se tambaleó ante el neutro edificio mientras las nubes se aceleraban por encima de su cabeza.

Lo que, desde luego, es exactamente lo que han empezado a hacer el resto de las cosas: *acelerarse*. El viernes ha sido un día lento, que se ha deslizado alegremente a fáciles pedazos, como un desfile de viejas barcazas que se dirigieran hacia el enjoyado estuario de la noche. ¿Lo ven? Pero el sábado es rápido y tormentoso, va a la deriva, se precipita con violencia, oblicuamente, angulosamente, nunca avanza de frente y acaba antes de que nadie pueda darse cuenta de qué es lo que ha ocurrido.

32. LAS PALOMAS FRÍAS

Dos veces al día, a media mañana y antes del atardecer, la bandada de palomas que anidaba en el tejado de la iglesia vecina bajaba suavemente desde el pueblo, hollando las espesas corrientes de aire por encima de la rectoría de Appleseed, y recorría el jardín hasta posarse en las amistosas ramas del roble del campo de al lado, desde donde ululaban y gemían a la luz cambiante; luego se tranquilizaban y volvían a elevarse, viraban bruscamente en formación por encima del arroyo que había junto a la carretera y regresaban a sus tejas musgosas. Acudían a la rectoría de Appleseed con una calma y una regularidad rituales, como si estuvieran saludando ceremoniosamente a su antiguo hogar. Siempre que se acercaban las frías palomas el tiempo parecía detenerse para coger aliento, y sus alas alejándose en la distancia eran un espectáculo que nunca dejaba de llamar la atención.

—Te lo juro, Quentin —dijo Andy ansiosamente—, como no empiecen a venir otra vez los pájaros normales, voy a empezar a cargarme a esas palomas de mierda.

—Ah, pero Andy…, son palomas —dijo Quentin.

—Pero siguen siendo *pájaros*, ¡qué coño!; ¿no? ¿Qué más da?

—Es que son pájaros sagrados.

—Sí, y apuesto a que leen la Biblia y hacen trabajos humildes y nunca dicen *joder*.

—Vamos, Andrew. Vamos, vamos.

Quentin y Andy estaban matando pájaros en el jardín. Últimamente este entretenimiento provocaba en ellos una cierta tirantez, sobre todo en el caso de Adorno. En la época dorada de las primeras semanas que pasaron en la casa, Andy se levantaba antes de las seis, se echaba al coleto un café irlandés y rondaba por el jardín con el rifle Webley en sigilosas sesiones de dos horas; a menudo afirmaba haber despachado entre veinte y treinta animalitos en una sola mañana. A los dos meses el correo aéreo ya había avisado de que los pájaros eran especie *non grata* en la rectoría de Appleseed, y muy pronto los pequeños visitantes dejaron

de despertar a Adorno con sus cantos. Sin desanimarse, Andy se dedicó a vaciar grandes bolsas de Swoop, Airies y Wingmix en el césped por la noche antes de acostarse; la treta tuvo tanto éxito que al principio ni siquiera tenía que salir de su habitación; le bastaba con elegir desde la ventana entre las aves amontonadas. (Si alguna de las féminas de Appleseed le reprochaba sus procedimientos, Andy replicaba, según su humor, que los pájaros no eran cósmicos y que por tanto se podía prescindir de ellos, o si no, que sus cruzadas restablecían los viejos lazos de sangre entre el hombre y las bestias, o si no, que así les daba una lección a esos pequeños glotones de mierda.) Más adelante, por supuesto, hasta el petirrojo más famélico de Inglaterra daba un rodeo de más de un kilómetro para no pasar por el césped de la rectoría, a pesar de la tentación del paté cremoso y chorreante y de los gusanos recién desenterrados que Andy alineaba en el suelo para atraerlos a su verde coto de caza. Más adelante aún, era posible ver la solitaria y enigmática figura de Andy recorriendo el jardín con su rifle por la mañana temprano, escrutando continuamente las alturas en silenciosa súplica al cielo indiferente.

—Bueno, lo cierto es que viven en la iglesia —prosiguió Quentin amablemente—, y es prácticamente como si fueran propiedad del pueblo. Es mejor que dejes en paz a las palomas, Andy.

—Ya, de acuerdo. Supongo que si empezara a cargármelas sólo conseguiría que los putos pueblerinos montaran una bronca. Pero es que no me gusta que vengan todos los días así, tan de repente. Como si fueran las dueñas de la puta casa… Bueno, las dejaré en paz por ahora, pero será mejor que no se fíen mucho de su buena suerte, eso es todo.

—Muy sagaz por tu parte, Andy. Hay que estar en buenas relaciones con los campesinos. ¿Te tiraste a Lucy anoche?

—Noo…, sólo le dejé que me hiciera una mamada.

—Ya. ¿Qué le pareció a Diana?

—Ni siquiera se enteró. Volví a engañarla.

—Dime —le preguntó Quentin—, ¿te tiraste también a Roxeanne?

—Hombre.

—¿Qué quieres decir con «hombre»?

—Bueeeno…, estaba claro que iba a hacerme el numerito. Me

estuvo follando con la mirada toda la noche. —Andy abarcó el jardín con el brazo—. Un polvo campestre —dijo.

—Verdaderamente, Andy. Tú y tus polvos. ¿Qué tal estuvo…, aceptablemente agradable?

—Naaa. Nada del otro mundo. Normal. Nada del otro mundo. Tú te la habrás tirado, ¿no? —preguntó Andy sin saber muy bien qué decir.

—No, ahora que lo dices, me parece que no. Date cuenta, Andy, cuando conocí a esta gente yo era, digámoslo así, el invitado de cierta estrella de la pantalla, y por tanto Roxeanne se me hacía…, bueno…, un poquito superflua.

—¿Qué actriz?

Quentin se encogió de hombros y se dirigió hacia la casa.

—Margot Makepiece…

Los ojos de tití de Andy se le salieron de las órbitas.

—Y una mierda —dijo—. ¡No!

—Oh, sí.

—¿La que… puede hacerlo? ¿Por el…?

—Oh, sí.

—Mierda.

—De todas maneras, estamos divagando. Con Roxeanne…, ¿puedo confiar en que hiciste un buen papel?

—Estaba en plena forma —dijo Andy.

—¿Y Marvell y Skip? ¿Intentaron entrometerse en lo que no me cabe duda que fue una actuación espléndida?

—¿Quién, esos maricones? Que te lo has creído. No son tan tontos.

—No los subestimes. Son curiosamente insistentes. E insistentemente curiosos.

—¿Mmm?

—En cierto modo, estoy empezando a arrepentirme de haberlos invitado. Hasta ahora no parece que las cosas estén saliendo muy bien. Han cambiado desde que los conocí. Y en general son tan…, tan diferentes, ¿no te parece?

—A la mierda, no son más que americanos, y punto. ¡Mira, por allí va uno!

Andy se refería a una manchita arrastrada por el aire que se veía a bastante distancia. Mientras decía esto, levantó el rifle y disparó.

Observaron cómo la pequeña posta describía un arco lento y patético; a trescientos metros de distancia, el puntito siguió aleteando resueltamente. Andy se deshizo en un torrente de dramáticas imprecaciones.

Por iniciativa de Quentin, Andy halló cierto solaz en acribillar durante un cuarto de hora las tuberías de desagüe y los cristales de las ventanas de los Tuckle. Pero se cansó enseguida y arrojó el rifle a la hierba con amargura. Hubo un silencio desanimado.

—Hoy nos vamos a asar —dijo Quentin posando su delgada mano sobre el hombro de Andy y observando el cielo con una mueca de desagrado. Un DC70 se esforzaba por elevarse en el aire azul por encima de sus cabezas.

—Llévame a América —murmuró Andy.

—Venga, muchacho —dijo Quentin—. Vamos a entrar.

33. PERO NADA ES PERFECTO

Whitehead había entretenido las primeras horas de la mañana en una sudorosa pugna con la caja de herramientas del garaje; había restaurado y reformado parcialmente un par de viejas plataformas, unas plataformas que había llevado día tras día de los diecisiete a los veintiún años, hasta que —a pesar de estar sus botas forradas de amianto y baquelita— habían empezado a desairarle en el transcurso de una tarde… vaciando aulas, dejando fuera de combate a estudiantes de primer año, arrasando maceteros y asfixiando a las mujeres de la limpieza a su paso. Keith no había tenido más remedio que sellar herméticamente su calzado esa misma noche y envolverlo en viejas toallas, guardándolo en el fondo de su baúl. En el ínterin se vio obligado a llevar sandalias Clark para ir a clase durante un mes, mientras ahorraba el dinero necesario para unos pilares nuevos, a costa de pasarse sin cosas tales como transportes, calor, comida y bebida.

El pequeño Keith había clavado a las suelas de las botas rescatadas unos bloques de madera toscamente tallados del espesor de un puño, los había nivelado con un martillo y un formón y los había teñido con betún negro. Era un trabajo hecho a conciencia y en muchos aspectos bastante imaginativo, pero se trataba de su obra de reconstrucción más audaz, y Keith no era zapatero…

Una vez en su habitación, Whitehead se puso una moneda de dos peniques entre los dientes y deslizó las piernas en el interior de las cálidas cavidades. Se levantó de la cama ayudándose de los brazos con mil precauciones, para apoyar todo el peso de su cuerpo sobre las palpitantes plataformas. Poco a poco, poco a poco, poco a poco…

Una décima de segundo más tarde, Keith no era más que un charco invertebrado sobre el suelo de la habitación.

—Hasta aquí todo va bien —graznó. Después de todo, Whitehead tenía bastante experiencia en estos asuntos; incluso mientras yacía sobre la alfombrilla, retorciéndose ante la oscura angustia que le recorría el cuerpo, se sentía razonablemente

optimista. Sagazmente, se daba cuenta, gracias al cielo, del estado en que se encontraban sus pies últimamente; en todo caso, sabía que abrían todo un mundo de nuevas posibilidades semánticas a la expresión *en carne viva*. (Un especialista en dietética borrachín le había aconsejado en una ocasión, de manera no oficial pero con verdadera preocupación, que se los amputara sin más; y rápidamente.) Y sin embargo el pequeño Keith también sabía lo que ellos, y él, eran capaces de sufrir y soportar. Confiaba en que dentro de poco un elixir calmante compuesto de sangre y sudor empezaría a ablandar los pedacitos de cartón quebrado y a lubricar los cráteres de sus magullados talones y a licuar los rígidos pliegues del cortante vinilo. Era cierto que no suavizaría las puntas de clavo dobladas que ya se habían acomodado medio centímetro en el interior de sus pezuñas, pero…

—¿Pero qué es perfecto —se preguntó el pequeño Keith en voz alta desde la esterilla— en esta vida? Con tal que no chirríen —prosiguió, cogiendo una almohada para ahogar sus gritos—, con tal que no chirríen me doy por satisfecho. Entonces será como andar por las nubes.

Diez minutos más tarde, Keith estaba de pie mientras lágrimas de dolor corrían libremente por sus mejillas. Dio un paso para tantear, hinchó el pecho, dejó escapar un poderoso gruñido desde las profundidades de su garganta y con un esfuerzo ordenó a su cuerpo que ejerciera una especie de control. Por la grieta de la pared espió a Quentin y Andy, que se dirigían lentamente hacia la casa. Andy tenía el pecho descubierto y gesticulaba con elegancia, señalando el saludable jardín. Arrastrado por las lágrimas de Keith, su cuerpo moreno navegó maravillosamente por el nudoso cristal.

—Supongo que uno puede llegar a acostumbrarse a todo —murmuró Whitehead.

La corrosión se iba filtrando, subiendo por sus tobillos como la marea creciente. Entonces se le ocurrió que, si se veía obligado a llevar estos motores pedáneos durante una semana (por ejemplo), la pérdida de ectoplasma superaría con creces el artificial aumento en centímetros: con los ensangrentados muñones de sus espinillas enfundados en las plataformas de quince centímetros, volvería a medir un metro treinta otra vez. Pero no era probable que tuviera que llevar nada durante tanto tiempo. Vaya suerte. Whitehead

agradeció lacónicamente esta pequeña bendición.

34. EL DESAYUNO

—¡Giles! ¿Qué haces levantado? ¿Has *salido*?

Giles estaba sentado a la mesa de la cocina con La Mandarina en las rodillas y una taza de café enfriándose frente a él. Le devolvió a Andy la mirada con una expresión desprovista de curiosidad.

—He ido a ver a mi madre a Londres, la verdad.

—¿Sí? ¿Qué tal está?

Giles cogió la taza de café. Cuando la tenía a la altura de la barbilla, dio una violenta sacudida hacia adelante y su mano hurgó lentamente en el bolsillo del pantalón, de donde sacó su frasco.

—¿Quién? ¿Mi madre? Oh, está loca. Caramba, ahora cada vez está más loca.

—¿Qué quiere?

—Quiere trasladarse al instituto especial de Potters Bar. Para que yo pueda ir a verla más a menudo.

—¿Donde Blishner? —dijo Andy—. ¿Para qué va a ir allí?

—Para que yo pueda ir a verla más a menudo.

—No, pequeño… ¿Qué van a *hacerle* allí?

—No lo sé, la verdad. Pero, vaya, ahora está totalmente loca.

—¿Te da más dinero?

Como Giles, a pesar de que parecía seguir atento a la conversación, evidentemente no tenía ningún interés en responderle, Andy dio unos pasos de baile hacia el aparador (en el que había un montón de tazas colgadas de sus ganchos y en el que estaba apoyada Diana) y cogió una manzana del cuenco oriental que había encima del mueble. Se la metió entera en la boca, la masticó enérgicamente y se la tragó; era su costumbre.

(Giles desvió la mirada, horrorizado.)

—Supongo que habéis salido a matar pájaros al jardín —dijo Diana con hostilidad.

—Oh, no puede ser, ¿es cierto, cariño? —Celia se dirigió a su marido.

—Nos ha jodido que sí —dijo Andy— Esos cabroncetes ya no volverán a acercarse por aquí.

(Quentin atravesó la cocina y cogió a Celia alegremente entre sus brazos.)

—Les dejo —prosiguió Andy—, les dejo cosas fuera: gusanos y cosas, pero no es lo bastante bueno para ellos. Pringue y cosas así. ¿Acaso se acercan a cogerlo? *Oh*, no, ellos no.

(Diana encendió un cigarrillo y lanzó el humo con un suspiro.)

—Quiero decir que cómo coño quieren que uno se divierta un poco por aquí si esos cabrones ni siquiera se acercan. Y las palomas… que vienen todos los días como si nada. —El rostro de Andy se oscureció—. Más les vale ir con cuidado, eso es todo.

Quentin estaba a punto de tranquilizar a Celia: tonterías, estaba seguro de que Andy no tenía la más mínima intención de hacer una cosa así; pero en ese momento el pequeño Keith atravesó lentamente la puerta, con los párpados oscurecidos por el dolor.

—Buenos días, muchachos —dijo Whitehead.

Los órganos vocales de Keith habían recibido instrucciones de pronunciar estas palabras con energía y entusiasmo. Pero las palabras se habían evaporado en la sequedad de su boca.

—Buenos días, muchachos —repitió. Ningún progreso.

—Vaya, es el pequeño Keith —dijo Andy—, Keith, por el amor de Dios, ¿te estás muriendo?

—Dios santo, Keith —dijo Quentin, verdaderamente alarmado —, venga, rápido, será mejor que te sientes.

Keith sabía que era un consejo excelente, que obedeció en cuanto su vacilante estado le permitió entrar en la habitación; se desmoronó sobre la silla más cercana. Giles le miró con ojos inexpresivos.

A Diana no le gustaba Keith a causa de su horrible aspecto; ahora lo miró con cansado desprecio. A Celia tampoco le gustaba, pero era insaciablemente compasiva en todo lo relativo al sufrimiento físico, y hasta le preguntó a Whitehead si quería una taza de café. También Andy, que recordaba vagamente haber pegado a Keith la noche anterior, y que recordaba todavía más vagamente que le había golpeado realmente muy fuerte, comentó con aire solícito que, de todas maneras, Keith nunca tenía un aspecto demasiado bueno, y que a lo mejor estaba un poco indispuesto.

Todo esto hizo que Keith volviera a tener ganas de llorar. Por lo

general se consideraba afortunado si podía entrar en una habitación sin excitar la irrisión general; para él, ser totalmente ignorado equivalía a hacer una entrada regia. Cuando alguien demostraba auténtica preocupación por él, aunque fuera a la ligera o por cumplir, Keith sentía la añoranza de una posición que sabía que nunca disfrutaría. Con una sonrisa que en realidad era la menos atractiva de su repertorio, Whitehead explicó que no había dormido muy bien y que tenía una fuerte jaqueca.

(Giles observaba atentamente a Keith mientras éste hablaba. Por su parte, él nunca había sido capaz de comprender qué era lo que tenía de gracioso el pequeño Keith. A él le parecía que sus dientes estaban bien.)

—Bueno, ¿qué os parece? —preguntó Celia, exudando el recelo que todos sentían—. ¿Desayunamos?

—No lo *llames* así —dijo Andy con aspereza—. Llámalo *comida*. Comida. De acuerdo —dijo, ablandándose—, no veo por qué no.

35. EL TIEMPO DETENIDO

A pesar de que la cocina de la rectoría de Appleseed era un aposento amplio y cuadrado, típicamente rural, su techo bajo y su costumbre de recibir una gran cantidad de intensa luz solar lo hacían parecer opresivamente abarrotado cuando sus paredes albergaban a más de cuatro o cinco personas. Ahora estaba empezando a adquirir este aspecto. Los habitantes de la rectoría —excepto Giles y Whitehead— arrastraban los pies por la habitación mientras preparaban recelosamente el zumo de naranja, el café y las tostadas del desayuno, cuando se les unieron Skip (ataviado con unos calzoncillos terriblemente mugrientos), Marvell (ataviado con unos calzoncillos mugrientos), Roxeanne (en bragas), y Lucy, completamente vestida, con el rostro del color de la manteca fría, los ojos entrecerrados y tosiendo a la cálida luz. La Mandarina deambulaba muy tiesa entre las permutaciones de piernas.

—Mierda, vaya culo tiene esa gata —dijo Andy en tono crítico, casi artístico, con los ojos fijos en el ano rosado que el orgulloso rabo de La Mandarina dejaba al descubierto—. ¿No podríamos hacerle algo…? *Ya sé*. Voy a comprar un rotulador indeleble de color gris y voy a colorearle el culo… ¡Ooh, *mi* CABEZA!

Nadie estaba pensando en ello, nadie estaba pensando en nada en realidad, cuando de repente la habitación se vio invadida por el miasma de la resaca. La embriaguez alcohólica obtura las percepciones, pero la embriaguez química las despelleja, y en aquel momento la cocina ofrecía todo un fétido banquete para los sentidos despellejados. La habitación pareció cambiar de forma. Las voces se dispersaron en farfulleos pianísticos. El humo de los cigarrillos formó una plataforma a la altura de los hombros, sobre la que flotaban los rostros iluminados por el sol como máscaras enloquecidas. Enchufaron las cafeteras, carraspearon, abrieron grifos, se esforzaron por vomitar; los americanos abrieron la puerta de la nevera de par en par, sus dedos sucios agarraron una barra de pan duro, se rascaron, eructaron, pedorrearon, bufaron sobre las heces de las botellas de licor del día anterior…

—Esta mantequilla parece una tía rancia… El azúcar es lo más seguro… Mis ojos, mis ojos… ¡Huevos! Me cago en… ¡Abrid paso! Voy a vomitar… Agua…, hay que evitar la deshidratación… Deja de respirar así… Gag gag gag… ¡Estoy ardiendo! ¡Estoy ardiendo!… Qué demonios…, éstos no son los tamaños correctos… Qué calor tan extraño, qué calor tan extraño… ¡No te quedes ahí, haz el favor de no quedarte ahí!…

Y luego llegó el tiempo detenido. Llegó de repente, cayendo pesadamente sobre ellos como una inmensa gelatina invisible que se hubiera desprendido del techo, inundando el aire de una languidez marítima y de revoloteos de insectos; el tiempo detenido, entumecido y descoyuntado, con su inercia y su automatismo, su pasado perdido y su futuro muerto. Era como si estuvieran vagando por un mercado interminable, pululante, podrido y terminal después de un año de noches insomnes.

Ahora todos se estaban moviendo alocadamente; moviéndose sin más, encendiendo y apagando cosas porque sí, cogiendo cosas y dejando cosas y eligiendo cosas y acariciando a la gata y contando las tazas y luchando por un poco de aire. Parecía que todo lo que hacían ya había sido hecho una y otra vez, y que todo lo que pensaban ya había sido pensado una y otra vez, y que esto nunca tendría fin. *Permítame*: les dijo el pánico a cada uno de ellos por turno. No tenían boca y tenían que gritar.

Quentin se abrió paso con dificultad en la cocina y agarró a Giles por el hombro. Giles alzó la mirada; aparentemente no se sentía afectado. Su rostro se iluminó como si emergiera de las sombras a la luz del día. Se levantó y abrió la puerta. El tiempo entró a raudales desde el pasillo. La habitación se detuvo y volvió a conectarse. Se volvieron hacia él.

—Creo que, creo que todos necesitamos un trago.

Se arremolinaron en el pasillo. Ya habían salido.

—¡Dios! —dijo Andy mientras se dirigía al salón—. ¿Qué coño *ha sido eso*?

—El tiempo detenido —dijo Quentin.

—Sí —dijo Marvell, enjugándose las mejillas con un pañuelo de badana rojo—. El jodido tiempo detenido.

—*Mierda*. Nunca me había encontrado con ese hijo de puta. —Andy se detuvo y se volvió hacia ellos—. Sabéis, mi teoría es que ha

sido la comida. —Se puso otra vez en movimiento—. A la mierda con esas historias de comer. Simplemente ya no sirve de nada, la comida. La cochina *comida*.

36. DE VUELTA A LA REALIDAD

Bajo la soñolienta pero eficaz dirección de Giles se procedió a la preparación de unos cócteles de champán: «Después de todo, son casi las once», había dicho Andy. Quentin y Andy fueron a buscar unas cuantas botellas de litro y medio de Moét & Chandon al semicongelador del lavadero mientras Skip descargaba cajones de refuerzo traídos del garaje. Entonces Giles le confió a Quentin las llaves de su puerta y le encargó que subiera, entrara en su habitación, localizara y se abriera paso hasta el armario de las bebidas para extraer de su interior cinco, o quizá seis, litros de coñac Napoleón. Para entonces todo el mundo había hecho una nueva visita a los dormitorios, y empezaron a aparecer algo menos desvestidos; en particular, Marvell y Skip llevaban sus acostumbrados atuendos vaqueros y Roxeanne una estola negra anudada bajo el ombligo y un body de malla.

—Cáscasela, cáscamela —entonaba Andy con entusiasmo, mientras el tocadiscos emitía unos sonidos que podrían haberse tomado por el rugido de una jaula de fieras rabiosas superpuesto a un ensayo del coro de la iglesia dominical. Se abrieron las ventanas de par en par. Quentin distribuyó los kits de liar canutos y de inhalar popper de amilnitrato. Skip recorrió la habitación sosteniendo entre sus manazas una pirámide de anfeta— minas de amplio espectro. Marvell administraba depresivos en el pequeño hueco que hacía las veces de comedor. Todos hablaban.

—Lo más importante, la verdad —dijo repentinamente Giles, manteniéndose a una prudente distancia de la fila de botellas de champán—, siempre me ha parecido que lo más importante, la verdad, es poner *una barbaridad* de coñac. Como cuatro o cinco veces más de lo que suele poner todo el mundo…, mucho más. Por lo menos mitad y mitad. Por lo menos.

Si hay alguna duda, hay que hacer como si el coñac fuera el champán y el champán fuera el coñac.

—Conforme —dijo Andy—. Conforme.

Celia aceptó una de las tabletas de Skip. La sostuvo entre el

índice y el pulgar y dijo con aire de burla:

—No sé, cariño, pero ¿no crees que tendríamos que tomárnoslo con calma?

—Tranquila, cariño —ronroneó Villiers.

—Es imposible que nos sintamos peor todavía —dijo Diana, y la pálida Lucy se mostró de acuerdo.

—Mierda, sólo es un fin de semana —dijo Marvell—. ¡Qué coño!

—¡Keith! Trae aquí el licor —gritó Andy—, ¡… y quiero decir ahora! Bueno, ¿para *qué* coño sirve el enano de la corte si ni siquiera es capaz de…? Vaya, así está mejor, ¿eh? De vuelta a la realidad.

—*¡Esperad!* —Giles alzó las manos—. Esperad un momento. Quiero que me aviséis antes de empezar a abrir el champán, ¿vale? Todos esos corchos volando por ahí; alguno podría darme justo en los…

—¿Todo el mundo…? Oye —dijo Andy—, vete a tumbarte o algo, haz el favor, Keith, ¿de acuerdo? No puedo soportar verte aquí con esa pinta. Bien, ¿todo el mundo listo? ¡Pues vamos!

Un cuarto de hora más tarde, todo había vuelto a la normalidad.

37. AQUELLAS CONVERSACIONES

Aquellas conversaciones.

—Eso es lo que hacían. En los años setenta. Eso es lo que consiguieron. Separar la emoción del sexo.

—Tonterías, Marvell —dijo Quentin—. Lo único que hicieron fue demostrar que podían separarse. Desde luego, en última instancia no pueden separarse en absoluto.

Marvell miró a Roxeanne y a Skip en busca de apoyo; estaban tirados en el suelo y se acariciaban distraídamente, así que prosiguió:

—Vamos…, vamos a intentar considerarlo desde el punto de vista histórico. —Marvell bebió un trago—. Las cosas van más deprisa en América, así que es posible que todavía no tengáis claro cuál es la situación. Claro que hace unos años hubo una especie de reacción al Otro Camino, pero…

—Cierra la boca —dijo Andy monótonamente, sin dirigirse a nadie en particular.

—… pero… en realidad era una reacción contra los *efectos secundarios* del Camino, no contra su modo de pensar como tal: los posters de coños, los espectáculos porno, los emporios del sexo, cosas como lo de la prostitución experimental en Los Angeles. Pero durante todo el año pasado ha habido un replanteamiento total de todo el asunto, de lo fundamental. Y no me refiero únicamente a las convenciones sexuales y los happenings y toda esa mierda. Vayas a donde vayas, te das cuenta de que algo ha ocurrido. La gente se lo toma con tranquilidad. No hay por qué gritar. Sencillamente lo saben.

—Sí —dijo Quentin—, y dentro de algunos años habrá otra reacción y acabaremos estando igual que antes.

—Y una mierda, después de negar nuestras necesidades durante un millón de años, no puedes esperar que todo cambie en una semana. Pero ya ha empezado. —Marvell se rió—. Los niños de este país ya joden en primer curso. Y nos creíamos muy listos por echar un polvo a los doce años. Ahora se hacen mamadas en el parque de

madera. No, ahora ya está aquí y no desaparecerá y no se convertirá en algo diferente.

Andy revivió.

—Me parece asqueroso —dijo—. Esos pequeños hijos de puta. ¡*Yo* no eché el primer polvo hasta que tuve casi trece años!

—Lo que es más importante —prosiguió Villiers—: ¿De dónde van a sacar el tiempo esos renacuajos promiscuos para crecer? ¿Cuándo tendrán tiempo para desarrollar sus emociones sexuales? ¿Cuándo tendrán tiempo para que sus naturalezas asimilen la frustración, el deseo, la alegría, la sorpresa…?

—Mierda, Quentin —dijo Marvell—, ¿estás tratando de reinstaurar la angustia sexual o qué? ¿Sabes a quién te pareces? ¡Al jodido D. H. Lawrence! «Emociones sexuales»…, ¡y una polla! El sexo es algo que hace tu cuerpo, como comer o cagar. Sí, como cagar. No es más que algo que hace tu cuerpo.

Los magníficos rasgos de Quentin adoptaron una expresión de aburrida determinación.

—Bueno, pues *mi* cuerpo no lo hace. Ni el de Celia, me imagino. No es tan enérgico ni tan inhumano, gracias a Dios. ¿Por qué creéis que nos casamos?

Marvell miró a Quentin tímidamente, con aire furtivo.

—Vamos, Quentin, vamos. —Le guiñó el ojo—. Lo hiciste, eso no fue más que un truco de alguna clase, Quent, ¿no?

—No, nos casamos. Y nos casamos para que el sexo siguiera siendo emocional.

—Coño. Eres demasiado, Quentin, te lo juro. Pero mira…, no es posible, tío. Olvídalo. La iconografía del deseo ya está por todas partes. En cuanto estés…, en cuanto estás follando con Celia aquí te pones a pensar en otra cosa…, en alguna modelo o actriz de cine que está en todas las carteleras y en todas las revistas que ves… —Chasqueó los dedos—. Te darás cuenta de que es cierto. Te darás cuenta.

—Pareces olvidar, Marvell —dijo Quentin—, que resulta que Celia y yo estamos enamorados.

—Puaj —dijo Roxeanne.

Skip dejó escapar un silbido.

—Sabes, Quentin —dijo Marvell con seriedad—, a veces puedes llegar a ser bastante desconcertante. Creía que me las arreglaría

para vivir mi vida sin tener que volver a oír esa palabra de mierda, y de repente tú vas, de repente un buen amigo mío va y… Hace dos años no habrías… —Marvell le miró. Los ojos verdes de Quentin relampaguearon con intensidad solar, previniéndole. Marvell se apresuró a inclinar la cabeza.

—Conforme —dijo Andy.

—¿Estás de acuerdo con eso, Andy? —preguntó Roxeanne.

—Conforme. No con todo. Pero *no es posible* que el amor siga teniendo algún sentido. Eso son cosas de hippies. El amor está muerto. El amor está hecho polvo.

—Sí, ya ha tenido lo suyo.

—Bueno, no me ha tenido a mí —dijo Quentin de modo terminante mientras la mano de Celia se deslizaba hacia la suya—. Yo sé lo que es el amor, sé cuándo estoy enamorado, y estoy enamorado. ¿Está claro?

Marvell volvió a dejar caer la cabeza.

—Niños —murmuró—. Muertos, niños muertos.

38. TOMANDO POSICIONES

De vez en cuando la habitación cambiaba su disposición y la gente comenzaba a desgajarse de la fiesta principal. Skip sondeaba al apoltronado Giles, metódicamente pero sin ningún éxito, atento a cualquier señal para iniciar la conversación. Andy hablaba con Lucy en el diván que le había servido de cama, todavía sin hacer. Así pues, Diana estaba sola en la butaca de respaldo alto cavilando a quién podría tirarse: pero Quentin estaba absorto en una nueva visión crítica de Rimbaud, y Giles, el único varón que quedaba al que era posible acercarse, se había arrastrado hasta un lejano asiento junto a la ventana. Celia estaba sentada en uno de los almohadones gigantes, en la L de la sala grande, con un libro de historietas en el regazo. A Marvell no le pasaron inadvertidas estas nuevas tomas de posiciones. Atrajo la atención de Roxeanne e intercambiaron una rápida mirada.

En realidad, Giles estaba sentado en dos lugares: en el nicho del asiento junto a la ventana y en su propio estudio marrón. Pero se trataba de uno de sus rincones preferidos: cómodo, almohadillado, reducido. Le gustaba sobre todo cuando, como ahora, el sol le envolvía en sus cálidos rayos, arrullando sus hombros y su cabeza. A veces se le quedaba la mente en blanco y entonces escapaba durante un instante, y al regresar exhalaba un suave suspiro de agradecimiento.

—Hola. ¿Quieres otro cóctel, Giles? —Era Roxeanne.

—No, yo…, el…, ginebra, la verdad —farfulló.

—Vale. ¿Te importa que me siente aquí, Giles?

—No, yo, la verdad.

En parte por necesidad, ya que el asiento de la ventana era del tamaño de la mayoría de estos asientos, Roxeanne se sentó muy cerca de Giles. En realidad se sentó tan cerca que Giles tuvo la impresión de no haber comprendido hasta entonces el concepto de proximidad. Desde luego, pensó Giles, en toda mi vida no había estado tan cerca de *alguien*. Al principio, su olor le pareció tremendamente intenso; era un olor que identificó vagamente y de

mala gana como una mezcla de sudor reciente y de fluido vaginal no menos reciente. En confirmación a sus observaciones, notó que había relucientes pelos rojizos enroscados, tanto en las axilas como en su activa entrepierna. Sus pechos pululaban y ondulaban dentro del body transparente. Giles tragó saliva.

—¿Te divertiste anoche?

—Puf. Bueno yo…, no fue…

—No te oigo, Giles.

¿Está ella en mi regazo —pensó Giles—, o yo en el suyo? Su presencia era tan envolvente que parecía ocultarlos a la vista de los otros; la charla en el resto de la habitación era un estruendo lejano.

—*Fue increíblemente divertido, sí.* —Se reacomodó—. No creía que me fuera a divertir tanto.

—¿Y por qué no lo creías, Giles?

Tenía los ojos entreabiertos y su voz, aunque intensa y totalmente despierta, parecía estar continuamente a punto de desvanecerse. La cueva del tesoro que contenía sus dientes estaba a pocos centímetros de la apretada boca de Giles, que articuló con dificultad:

—Oh, es que tengo preocupaciones, preocupaciones. Pequeñas cosas, eso es todo.

—¿Para eso querías la droga, Giles? ¿Por qué preocuparse? ¿Por qué preocuparse? ¿Por qué tienes que preocuparte?

Ahora la cara de Roxeanne estaba totalmente vidriosa, y su cuerpo, irreductible y sofocantemente próximo. El olor de su cuerpo, que no era desagradable en sí, le había parecido insoportablemente fétido, pero ahora no le recordaba a nada.

—¿Puedo follarte, Giles?

—Bueno, la verdad, no me apasiona toda esa…

Roxeanne se pasaba la lengua alrededor de los labios mientras su mano se arrastraba, subiendo por el tenso muslo de Giles.

—¿Puedo hacerte una mamada entonces, Giles?

—*Eso* tampoco me gusta demasiado, la verdad.

—¿Quieres subir conmigo un ratito, Giles? —Su voz quejumbrosa le llegaba desde una gran distancia—. Sólo un ratito, para que pueda besarte. ¿Ves mi lengua? —La deslizó fuera de la boca y la curvó, humedeciéndose la punta de la nariz; parecía un pedazo de carne fresca—. Besarte, besarte, apretarla contra tus

dientes…

—¡No! —Giles se enderezó en el asiento y le eructó en la cara.

Roxeanne permaneció imperturbable. Con un aire soñoliento y distraído se inclinó y le dijo al oído, con la misma voz suave y acariciante de antes:

—Que te den por el culo, asqueroso comemierda.

—¡Hola! ¿Quieres otro cóctel, Celia? —Era Marvell.

—No…, de veras. Con dos empezaría a estar un poco alegre; es demasiado temprano.

—Vale. ¿Te importa que me siente aquí, Celia?

—No me importa.

—Oye, ¿qué es eso?

—Mi libro de historietas.

—¡Cuidado!

—¡Eh! Espera que me mueva.

La personalidad de Celia tenía lo que se llama una cualidad dual: su docilidad se convertía en candor infantil y su falta de imaginación en ingenuidad parpadeante; y en ese momento estaba sacando a relucir el lado más pequeño, el más infantil. Aunque la disparidad entre estos personajes era considerable, rozando en ocasiones lo grotesco, Celia no parecía darse cuenta de la incongruencia y pasaba alegremente de uno a otro, tan tranquilamente como un niño que cambia de juguetes. Marvell se dio cuenta de ello y se pasaron cinco minutos charlando tranquilamente en voz baja sobre las aventuras de Olly el Marinero, de Harry la Liebre, del Cerdito Silbador, del Pequeño Stanley, de la Rata de Agua Reginald y de la Cabra Trap. Luego Marvell se enjugó la gota de sangre salpicada de amarillo que le colgaba del agujero izquierdo de la nariz y dijo:

—¿Ves a Giles? Parece que se lo está montando muy bien con Rox.

Celia lo miró.

—Sí. Rox sabe de qué coño van las cosas.

Celia no respondió.

—Sabe cómo conseguirlo: con su cuerpo, sus sensaciones. Sabe poner sus sentidos a *trabajar* para ella. Utiliza sus sentidos como…, como se utilizan los colores para hacer un bonito dibujo, Celia. O de la misma forma que harías un rompecabezas o vestirías a una

muñequita. Sabe para qué sirve el pincel, cómo actúa cada uno de los colores, cómo reacciona la superficie. Así es como utiliza sus sentidos: como herramientas para construir algo maravilloso y lleno de alegría. ¿Te gustaría que tu cuerpo se expresara así, Celia? ¿Ves a Roxeanne con Giles? ¿Sabes lo que le gustaría hacer con él?

Celia sacudió su cabeza inclinada.

—¿No? ¿Sabes lo que me gustaría hacer contigo?

Marvell le cogió la mejilla más alejada de él con su mano fibrosa y le susurró algo ardientemente al oído. Los ojos de Celia se movieron velozmente bajo sus agitados párpados.

Se levantó y dijo sin alterarse, de nuevo en su papel de mujer:

—Y pensar que mi marido conoce a alguien como *tú*…

Marvell se rió embriagado mientras Celia se dirigía hacia la puerta dando traspiés.

Quentin entró en la habitación con paso majestuoso. Celia estaba sentada en la cama. Se arrodilló a su lado.

—Querida mía, querida mía, no, por favor —protestó suavemente.

—Oh, cariño, no quiero que estén aquí.

—Pobre conejito. ¿Qué demonios te ha dicho?

—No podría decírtelo nunca. Era…, no podría decírtelo. *Nunca.*

Los ojos de Quentin reflejaron un oscuro alivio.

—Oh, sería alguna tontería sobre el sexo. Cariño, tienes que…, sencillamente ellos *son* así.

Celia presentó batalla.

—No quiero tener aquí a gente así. No lo *permitiré*. Diles que se vayan ahora mismo… ¿Por qué no les dices que se vayan *ahora*?

Él la abrazó.

—Mañana. Mañana se habrán marchado.

—Mañana es demasiado tarde.

—Vamos, vamos.

Ella lo miró y sorbió por la nariz.

—¿Mañana? ¿Mañana se habrá acabado todo? ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —prometió Quentin.

39. INGENIOSAS ACROBACIAS

—Demonios, ¿cuántas veces tengo que decirle, Mrs. Tuckle, que no tomo azúcar con el té?

—Lo siento muchísimo, señor, no lo…

—Olvídelo. —Whitehead colocó su húmeda y pesada zapatilla sobre un puff cercano—, Y supongo que se habrán bebido toda la ginebra que les traje —dijo, observando la botella sin abrir en el aparador.

—No, señor. Creo que ni siquiera…

—Ya lo veo. Bueno, me parece que voy a tomar un poco. Claro que, no tendrán hielo y tónica, ¿verdad?

—Me temo que la electricidad no…

—Bueno, entonces échele un poco de agua, por el amor de Dios.

—Sí, señor, por supuesto. Se acordará de darle las gracias a Mr. Coldstream de nuestra parte, ¿verdad, señor?

—Como les he dicho antes —repitió Keith—, lo haré si me acuerdo.

—Gracias, señor. ¿No le importa que le pregunte, señor…?

Keith hizo un ademán.

—¿No le importa que le pregunte quiénes son sus invitados este fin de semana, señor?

Whitehead alargó el brazo y aceptó el vaso de ginebra que se agitaba cautelosamente delante de su rostro.

—Ya era hora —dijo—. Bueno, no son más que cuatro amigos a los que he invitado. Lucy Littlejohn, una vieja…, una vieja «amiga» de la época londinense. Y tres americanos que conocí el año pasado, cuando estaba recorriendo los Estados Unidos.

—Ya veo, señor. Muy interesante. Dígame, señor, ¿cuál era el propósito de su visita a América? ¿Fueron sus intereses financieros los que le llevaron allí, señor, o se trataba únicamente de un viaje de placer?

Keith bebió un trago de ginebra.

—Ocúpense de sus malditos asuntos —dijo.

Whitehead regresaba atravesando el césped con menos energía

de la habitual. La novedad de los Tuckle estaba empezando a perder su sabor. Más que el tono de los comentarios de la pareja, le aburría la cruda monotonía de los suyos. Bueno… tendría que pensar en otras formas de mostrarse desagradable con ellos, eso era todo.

Escrutando las ventanas saledizas de la parte de atrás de la rectoría, el pequeño Keith comprobó que el centro principal de actividad seguía localizado en el salón. Se arrastró a cuatro patas por detrás del pozo abandonado, aguardó unos instantes y se escabulló rápidamente en el garaje.

Keith atravesó la puerta de su habitación retorciéndose, la cerró con una cuña y se quedó *de una pieza*. Por la delgada manta marrón de su camastro asomaba el rostro de una chica. Keith lo reconoció de inmediato: era el de Miss See-See della Gore, la maravillosa corista que había posado con las piernas abiertas en el desplegable central de *Ingeniosas acrobacias*, una reciente adquisición para especialistas. ¿Qué estaba haciendo allí? El efecto era curiosamente inquietante. La fotografía en color de la pequeña cara resplandeciente estaba sobre la almohada y desaparecía en el interior de la cama, que se abombaba como si realmente cubriera un cuerpo amorfo. Keith se acercó al camastro. Ella le miraba con un brillo fanático en los ojos. Tiró nerviosamente de la manta y la abrió unos centímetros, descubriendo el despatarrado cuerpo de See-See. Levantó toda la manta. Sus piernas abiertas parecían abarcar simbólicamente los restos de lo que había sido su biblioteca pornográfica, rasgados en tiras y manchados con lo que parecía semen y otros líquidos oscuros… en su cama.

Con movimientos nerviosos, pero decididos, Keith recogió los restos y los reunió en un gran montón. Se dio la vuelta con la intención de traer un saco del garaje. Apenas advirtió el tosco cartel con la leyenda JOHNNY que estaba clavado en la puerta. Estaba pensando en cómo destruir las fotografías de la manera más discreta. Empezó a llorar. Una forma de vida estaba a punto de concluir para Keith Whitehead.

XL. WHITEHEAD

Los Whitehead podrían haber optado al título de la familia más gorda del mundo. En el momento de escribir esto, uno podría pasarse cualquier domingo por Parky St., Wimbledon, a la una de la tarde, y ahí estarían, acomodándose en el Morris para hacer su excursión semanal a Brighton.

«Quita tu gordo culo de aquí.» «¿De quién es este horrible cacho de pierna?» «¿Esto de aquí es tu culo, Keith, o el de Aggie?» «Me da igual de quién son estas tripas, tienen que salir de aquí.» «¡Eso no es el brazo de papá, pedazo de estúpida, es mi pierna!»

—No hay nada que hacer —acaba por decir Whitehead padre, golpeando sus manitas de cerdo contra el volante—. El Morris no es capaz de aguantarlo. A partir de ahora podéis hacer turnos para quedaros en casa.

Y efectivamente, a medida que cada uno de los Whitehead se va estrujando en el interior del coche como un tubo de pasta de dientes, el chasis se hunde cinco centímetros sobre sus aplastados neumáticos y cuando el mismo Frank se instala detrás del volante, el coche parece derrumbarse implorante sobre sus rodillas.

—Flora, cierra esa puta puerta —le dice Frank a su esposa.

—No puedo, Frank. Todavía tengo parte de la pierna fuera.

Una multitud se ha reunido en la acera. Los vecinos se apoyan con los brazos cruzados sobre sus coches a medio lavar. Las cortinas se abren a lo largo de toda la hilera de casas.

—Oh, no —dice Whitehead padre—, ahora todos nos miran. ¡Keith! Échale una mano a tu madre con la pierna.

Keith se agacha y forcejea, intentando introducir el muslo de su madre en el coche, mientras Frank se inclina oblicuamente y tira de la lejana manija de la puerta con una mano mientras agarra con la otra un puñado de la cadera de Mrs. Whitehead. Aggie, la hermana de Keith, está sentada en el asiento de atrás, llorando de vergüenza; y mira a su familia, que se hincha como un globo de carne palpitante.

—Venga… Ya casi está.

—¡No! —chilla Flora—. Todavía queda un trozo de brazo asomando.

—Ya lo tengo —jadea Keith.

La puerta se cierra silenciosamente y, entre los irónicos aplausos de la multitud, los cuatro cerditos gruñones se ponen en marcha resoplando.

—Quita el culo de la palanca de cambios, mujer —pide Frank cuando se paran en un semáforo—. ¿Cómo queréis que conduzca con toda la palanca de cambios llena de culo? ¡Keith! Muévete, haz el favor, so gordo cabrón. Estás sobrecargando la rueda de atrás del lado derecho. Noto que se está inclinando a la derecha.

—Cállate, pedazo de mierda gorda. ¿Cómo quieres que me mueva si Aggie está por todas partes aquí detrás? Eres *tú* el que la está sobrecargando, viejo gordo estúpido.

—Da la casualidad de que últimamente he adelgazado de manera considerable. Y no hay ninguna razón para que *tú* peses tanto…, mides palmo y medio.

—Ah, cállate, viejo gordo de mierda. Viejo gordo coñazo.

—Keith —dijo su madre—, no le hables así a tu padre.

—Ah, cállate, vieja puta gorda. Vieja escoria de mierda.

—Keith —dijo Aggie.

—Ah, cállate.

—Esto no puede seguir así —dice Mrs. Whitehead mientras el coche se bambolea entre la neblina producida por el calor—. Todos nosotros a régimen de hambre toda la semana que viene. Tú también, Keith. Toda la semana que viene. Régimen de hambre. Esto no puede seguir así.

Una hora más tarde están sentados en silencio alrededor de una mesa de un café frente al mar; sus manos como garras se hunden de vez en cuando en una cúpula de nata, confitura y natillas. Por las barbillas les corren chorros de té caliente y azucarado.

Los Whitehead pesan quinientos cincuenta kilos entre los cuatro, más que los delanteros de un equipo de rugby normal; es una familia con una disparatada sobredosis glandular; su casa es como un mundo de dibujos animados repleto de hundidos sofás, camas que parecen hamacas y sillones sin aliento. Van de un lado a otro arrastrando los pies, gruñéndose e insultándose unos a otros, abrumados por la pura tensión tirotóxica de mantener sus cuerpos a

flote.

Whitehead padre, por ejemplo, es un ser humano fabulosamente obeso; pesa más de doscientos veinte kilos. Cuando se arrastra pesadamente por la calle, los grupos de colegiales se quedan pasmados ante la miríada de colgajos dispersos de grasa; cada vez que se sube a un autobús, rompe la plataforma; los ascensores relinchan, se estremecen y se quedan donde están cuando aprieta el botón de SUBIR, y caen a plomo de manera aterradora, haya sido o no tan tonto como para apretar el botón de BAJAR; las sillas se hacen astillas bajo su peso; las mesas dan saltos mortales cuando apoya el codo; las vigas crujen y los entarimados quedan pulverizados. Los problemas de peso de Frank también pusieron en peligro su puesto de cocinero en la cafetería de la terminal de autobuses; se inclinaba delante del horno y —¡zas!— barría con el trasero una estantería de cacerolas que estaba en la pared de enfrente; se daba media vuelta desde el fregadero y se encontraba con que había quitado la mesa con la barriga; barras de pan, media docena de paquetes de marga— riña y hasta piernas de vaca se perdían durante días en los carnosos pliegues de su estómago. (También se sabía que, en una ocasión, el viejo Whitehead se había merendado todo lo que había en la cafetería mientras su jefe estaba en el servicio.) Cuando a Frank le resultó imposible entrar en la cocina sin que alguna porción de su cuerpo estuviera automáticamente —por definición— bien en el calientaplatos, o debajo de la parrilla, en el horno o sobre el tostador, fue invitado a recoger sus cosas y largarse. De todas formas, Frank era un cocinero malísimo, apenas capaz de freír un huevo.

Para equilibrar esta pérdida de ingresos, Mr. Whitehead decidió ampliar el desfalleciente negocio de caramelos de la familia. Obligó a su mujer a posar dieciocho horas diarias en el Hornsey, Wimbledon, y en la Escuela de Arte de Baron's Court, y así logró ahorrar el dinero suficiente para destripar el salón e instalar unos brillantes hornos de acero, un mostrador cubierto de linóleo y un letrero que decía Whitehead's Takeaway Fish and Chips. La empresa prosperó y la tienda de caramelos acabó por desaparecer.

El momento decisivo para la tienda fue también un momento decisivo en la vida de Keith.

Recordaba muy bien la transición. Keith volvió a casa del

colegio; era un retaco de un metro veinte con la cara color púrpura y ataviado con una chaqueta que le quedaba larga; rechazó de malos modos una chocolatina que le ofreció su padre y se puso su bata blanca. (Odiaba esa bata porque con ella estaba considerablemente más horrible que con su ropa del colegio.) El y su padre atendían, guardando un silencio hostil, a los niños de la escuela primaria vecina; había más que de costumbre, atraídos por las numerosas ofertas especiales por cierre del negocio. A las cinco y cuarto aproximadamente, los rechonchos dedos de Frank agarraban una barra de Mars o una Delicia Turca. Keith esperaba unos segundos y luego cogía unos cuantos caramelos de crema de menta de la alta vitrina. Frank, con movimientos ligeramente más acelerados, se hacía con una bolsa de Poppets y Whitehead con una caja de Maltesers. Luego Frank abría con la uña del pulgar una caja de Trufas de Saboya y se la vaciaba en la boca; la cabeza de Keith rebullía con la efervescencia de la implosión de una caja de sorbetes de limón. Las burbujas de Caramac revientan entre los labios de Mr. Whitehead; la crema de caramelo y las gominolas Newberry mantienen las mandíbulas de su hijo firmemente pegadas entre sí. Frank vacía con un hábil movimiento una bandeja de caramelos de violeta en el mostrador y los lame como un perro. Un tren descarrilado de toblerones maniobra por el túnel de la garganta del pequeño Keith. A las seis y media van dando tumbos y moviéndose como lagartos atontados, apresurándose para llegar antes que el otro al retrete-vomitorio del piso de abajo. A las siete tienen las bocas húmedas y magulladas abiertas debajo del conducto por el que salen las patatas fritas para la tienda.

En cinco semanas la familia había engordado un quintal.

Poco tiempo después, Keith enloqueció durante una temporada.

Aparentemente no ocurrió nada que precipitara los acontecimientos. Salía con paso bamboleante de la Biblioteca de Literatura Moderna de Milton Avenue, Londres NW 20; lo siguiente que recuerda es que estaba entrando con paso bamboleante en el Instituto Gregory Blishner, Potters Bar, Londres NW 36. En el ínterin había sentido una oleada de pánico y confusión tan químicamente sólida como la adrenalina, había habido una llamada telefónica y un viaje en autobús.

No es que en toda la semana anterior no hubiera ocurrido

absolutamente nada digno de mención. Para empezar, eran sus primeros días en el Wolfson College de Londres: días que habían abierto todo un campo de nuevas posibilidades de ostracismo, humillaciones y odio por sí mismo. Pero Keith ya contaba con eso, y en general se sintió agradablemente sorprendido de la cordial acogida que recibió. Pero, para acabar de arreglarlo, el lunes había sido amenazado en tres ocasiones diferentes por un guardia de tráfico, un viejo en el metro y un hombre que barría el suelo en un pub local. Keith no les había provocado, y aceptó sus amenazas y reproches disculpándose respetuosamente. El martes se negaron a servirle en una cafetería —sin ninguna explicación— y unos chiquillos le apedrearon cruelmente en el parque. Al día siguiente se quedó acurrucado en su sofá-cama, bebiendo litros de café instantáneo. El jueves, todo un mostrador de Woolworth's sufrió un ataque de histeria cuando estaba intentando comprarse un peine, un cobrador de rostro impasible le impidió entrar en un autobús medio vacío, descubrió y arrancó del tablón de anuncios de la rectoría un papel que decía KEITH WHITEHEAD ES UN MONSTRUO, su tutor le aconsejó —por razones personales que de momento no quería revelar— que cambiara de asignaturas, y su padre telefoneó para decirle que hablaba en nombre de toda la familia al pedirle que no volviera a entrar en contacto con ellos. Cualquiera diría que había sido una semana más o menos corriente. Pero el viernes Whitehead empezó a enloquecer.

Se pasó una hora esperando en el vestíbulo brillantemente iluminado. Entretuvo la espera examinándose el dorso de la mano, esforzándose por no mirar el interminable pasillo amarillo por el que paseaban furtivamente los locos, apoyándose en las paredes mientras unos enfermeros fantasmales pasaban junto a ellos llevando palpitantes cilindros de acero.

—¿Whitehead? Pase por aquí.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el médico.

—Triste y asustado.

El médico juntó las manos encima de la mesa y se inclinó hacia él.

—¿Cuánto tiempo diría usted que lleva sintiéndose así?

Keith miró su reloj.

—Una hora y veinte minutos.

El médico, un ceilandés que hablaba muy despacio, siguió indagando en el historial de Keith, tratando pacientemente, pero sin mucha imaginación, de descubrir traumas, bloqueos, represiones y cosas así. Aunque Keith respondía a todas sus preguntas con ceñuda franqueza, muy pronto quedó claro que su vida había estado bastante desprovista de incidencias emocionales.

—Escuche —dijo Keith al cabo de un rato—, no tiene por qué hacer todo esto. Sé cuál es el problema. Es bastante sencillo.

El médico suspiró.

—Muy bien. ¿Cuál es?

—No, no se lo voy a decir. Pensaría que estoy paranoico.

—No, no lo pensaría.

—Sí que lo haría.

—No, *no* lo haría.

El doctor ya había examinado a veintiún estudiantes universitarios esa mañana. Seis de ellos tenían problemas de impotencia, cinco de sexo anulado, cuatro mojaban la cama, tres tenían recuerdos falsos, dos sufrían insomnio y uno somnolencia. El médico les había recetado Contentulas a todos excepto al que sufría de somnolencia, al que había rogado que se marchara.

—Muy bien —dijo Keith—. Bueno, como le he dicho, es bastante sencillo. No le gusto a nadie; en realidad, desagrado instintivamente a casi todo el mundo, incluida mi familia; no soy demasiado bueno en mi trabajo, nunca he tenido ninguna novia ni ningún amigo, tengo muy poca imaginación, soy gordo, pobre, calvo, tengo una cara horrible y llena de granos, sufro de estreñimiento, huelo mal, tengo halitosis, no tengo polla y mido tres centímetros de estatura. Por eso ahora me he vuelto loco. ¿Está de acuerdo?

—Sí —dijo el médico.

En todas las vidas hay momentos de respiro, y no cabe duda de que eso fue para Keith su estancia en el Instituto. Para empezar, su locura no empeoró. El pánico y la confusión empezaron a disminuir enseguida hasta transformarse en una débil opresión en la nuca, como un galimatías culpabilizador. También descubrió que dentro de esta comunidad en suspensión su sensación de aislamiento podía ser una ventaja. Empezó a considerar con más frialdad y astucia sus defectos personales. Se enteró de cuál era el peso medio adecuado para un hombre de un metro cincuenta; examinó laboriosamente

todas las revistas de la sala de lecturas, tomando nota con agradecimiento de todos los casos de deformidades y miserias peores que las suyas; un examen de la sección «El cuerpo humano» del *Libro Guinness de los récords* le convenció de lo insignificantes que eran en realidad sus problemas. A su debido tiempo, el sentimiento que le había acompañado desde que tenía seis o siete años, la sensación de que tendría que estar muerto, empezó a desaparecer gradualmente.

Y, cada día que pasaba, el pequeño Keith, agradecido, encontraba consuelo y nuevos ánimos en sus compañeros de internado; observaba a los viejos gamberros que bostezaban y lloriqueaban delante de la televisión del salón comunal, a las gordas criaturas de cuarenta años que yacían en las salas, inmovilizadas por los sedantes, a las arpías que refunfuñaban, desplomadas por los pasillos como bolsas de basura, a las chicas arrodilladas en el césped como gorriones nerviosos. Los barbitúricos le hacían sentirse muy ligero, y se dedicaba a recorrer los terrenos del Instituto; de vez en cuando su rostro se plegaba en una mueca de desprecio o se iluminaba con un estremecimiento de entusiasmo al cruzarse con sus espasmódicos compañeros. Había oído decir que uno siempre se volvía más loco en el Instituto porque «no había ningún punto de referencia». Pero Keith no quería referirse a nada; los mutantes que le rodeaban no le inspiraban más que odio y desprecio, y cuando sentía el deseo de recordar cuál era la verdadera dirección de su vida, se limitaba a mirar los altos muros del Instituto, veía en su imaginación la carretera de Londres y escuchaba con agradable desapego el ruido de los autobuses y de los taconeos procedentes de la calle. Ese mes obró maravillas en su confianza en sí mismo. Demonios, si hasta se ligó a una chica.

¿La vida sexual de Whitehead?

A los dieciocho años, con veinticinco libras en el bolsillo de sus pantalones más apretados, Keith se había lanzado a las congestionadas calles del Soho una noche de mediados de agosto, entre gritos de «¿Con que esta noche te vas de juerga, enanito?», «¿No tendrías que estar ya en la cama, cariño?» y «Espero que la tengas más grande que tu cuerpo, monada», hasta que un negro mal encarado le hizo señas desde las escaleras de un café situado en un sótano. El negro abrió los brazos para presentarle a tres sirenas que

estaban encaramadas en sus taburetes alrededor de una sucia máquina de café.

—Bien, bien —dijo la rubia del centro—. Ven aquí, muchachote. ¿Cuánto tienes?

—Quince —dijo Keith.

La puta se volvió hacia el negro.

—Oye, Mr. Bugui-bugui, ¿quién demonios te crees que somos? Nos traes a monstruos de sesenta centímetros con quince cochinas…

—Lo siento, Mary —empezó a decir el negro angustiado.

—¿Por qué iba a aceptarlo, Lester? ¿Por qué, Lester, si eres tan amable de explicármelo?

—Oh, Mary —imploró Lester—, yo no…

—Veinticinco —pareció decir Keith. Hubo un silencio.

—¿Qué es lo que querías, hijito?

—¿Eh? Oh, sólo un polvo.

—¿Sí? ¿Ningún caprichito?

—De veras.

Mary movió la cabeza señalando a la chica de su derecha, que chasqueó la lengua.

Media hora más tarde, Keith estaba medio asfixiado en la estación de metro de Piccadilly. Melissa había cogido su dinero, le había conducido a un fétido cubículo, se había desnudado en la cama y se había quedado quieta como un trozo de escayola mientras Keith daba botes y se meneaba encima de ella, intentando conseguir una erección. Luego Melissa sacó con aire aburrido su caja de cartón llena de artilugios estimulantes, electrodos y engañapróstatas, y suspirando le aplicó los vibradores, los guantes de piel, las pinzas.

—Oye, ya han pasado tus veinte minutos.

—Oh, Dios —dijo Keith—. Oye, ¿no podrías intentarlo con la mano?

—Eh. Venga ya, hijito, dijiste que nada de caprichitos.

—¡Eso no es un caprichito! ¿Qué es lo que tiene de caprichoso? ¡Si es lo *menos* caprichoso que hay!

—Venga. A tomar por culo. Venga, a tomar por culo, pequeño maricón de mierda.

Keith le pidió que le devolviera el dinero. Melissa se negó. Keith le pidió que le diera la mitad del dinero. Melissa se negó. Keith le

suplicó que le diera dinero para el metro. Melissa le aconsejó que se largara antes de que le partiera el culo de una patada. Whitehead se largó.

Con Lizzie las cosas fueron distintas.

Cuando Keith puso sus ojos por primera vez en Lizzie Bardwell, en la cafetería del Instituto, dio por sentado que era ciega. Llevaba gafas oscuras, mantenía siempre los brazos extendidos por delante del cuerpo y dos gordos enfermeros tenían que insertarla en su asiento. Keith la observó atentamente mientras comía. Lizzie tenía una figura delgada, de articulaciones asimétricas, una rala cabellera color zanahoria y un rostro triangular y lleno de pecas; pero había algo en ella que a Whitehead le gustó. Alentado por el valium, y seguro de que en el Instituto nadie se enteraba de qué diablos pasaba y que ninguno de los coños locos se daría cuenta en caso de que le echaran con cajas destempladas, el pequeño Keith se apresuró a acercarse a su mesa en el momento en que ella estaba tomándose la sémola con cuajada.

—Hola —dijo—. Me llamo Keith. ¿Te importa que me siente a hablar contigo?

Lizzie le dejó unos centímetros de banco, apartándose con una sacudida, y Whitehead se sentó de un salto a su lado.

—Me llamo Lizzie Bardwell. ¿Por qué estás aquí?

—Qué demonios…, comidas gratis, cama gratis, drogas gratis. Es una especie de descanso. ¿Y tú?

Lizzie dijo, con voz atropellada y de agudas inflexiones:

—Siempre he tenido una especie de estrabismo, sabes, que me produce mucha paranoia. Y ahora es como si no pudiera ver, porque están justo en los extremos, mirando hacia el interior de mi cabeza. —Se puso los índices en las sienes—. Como una especie de ballena —dijo, y empezó a reírse muy fuerte.

Keith también empezó a reírse; mucho, mucho más fuerte.

La chica de los sueños de Whitehead. Durante la semana siguiente se mostró atento y respetuoso, desfilando con ella por los jardines, acompañándola a las terapias, sentándose a su lado en las comidas, esperándola fuera de las cabinas de tratamiento de choque, escuchando autoanálisis increíblemente aburridos, y sólo muy de vez en cuando se ponía de rodillas silenciosamente y miraba por debajo de su falda, o atisbaba en el interior de su blusa

cuando se levantaba para marcharse, o le hacía muecas y signos de la victoria mientras ella gorjeaba, ciegamente, pendiente de sus problemas.

Ocurrió la noche anterior a que Whitehead fuera dado de baja, entre los árboles del extremo del césped delantero.

—Aunque The Lunch tienen más talento innato que One Times Two —dijo Keith, pasando el brazo por sus estrechos hombros—, no son tan profesionales.

—¿No? —dijo Lizzy. Era la primera vez que se tocaban.

—A mí me lo parece —respondió, apretando con la mano libre uno de sus pechos—. ¿A ti no?

—Siempre he pensado que el guitarrista de The Lunch, Gary Tyler, era demasiado técnico como para dejarse llevar verdaderamente.

—Tyler, desde luego —asintió Keith, posando su cálida palma entre los muslos de la chica—. Pero sólo en sus composiciones. En las actuaciones… —le enganchó el vestido por encima de la cintura y empezó a bajarle las medias a la fuerza— es tan limitado como los otros.

—¿Hasta en el disco de *Dark Tunnel*?

—En ése no tanto, lo admito —concedió el pequeño Keith, pasando el montón de su ropa interior por encima de sus zapatos—, pero admitirás que su predicibilidad casi nunca, o nunca, viene acompañada —continuó, rodando esforzadamente sobre ella—, de lo que podríamos llamar una expectación que se cumpla satisfactoriamente. Por ejemplo…

Keith recordaba que fue rápido; rápido, poco placentero y muy loco.

Cinco días después, Keith estaba saboreando un vaso de agua en el bar de la facultad cuando entraron Quentin, Andy, Diana y Giles.

—No hay sitio para sentarse.

—Allí, al lado de ese gordito —dijo Diana.

—¿Quién, el enano? —dijo Andy.

—No me gustan los enanos. Me deprimen —murmuró Quentin, mirándose los anillos.

—Yo me ocuparé de él —dijo Andy.

Keith levantó la vista furtivamente, aterrorizado al verlos atravesar el bar en dirección a su mesa. Andy dio un paso adelante,

se apretó la nariz con el índice y el pulgar, y preguntó con voz nasal:

—No es posible que haya alguien más aquí sentado, ¿verdad?

—Es altamente improbable —dijo Diana cuando se sentaron.

—Saca de una puta vez el coñac, ¿quieres? —dijo Andy.

Keith se había quedado tieso de pánico. No se atrevía a marcharse, porque entonces verían lo bajito que era.

—Mi madre ha vuelto a tener un ataque maníaco-depresivo —dijo Giles a través de sus dedos colocados lateralmente—, y tiene que ingresar en un manicomio. La verdad es que quiere enterarse de si hay algún centro cerca de su casa, en Potters Bar, la verdad. Pero yo no quiero que lo haga, porque me obligaría a ir a verla más a menudo.

—¿El basurero de Blishner? —dijo Andy—. Lo conozco, yo estuve allí por culpa de las drogas.

—Cuéntame cómo es —dijo Giles—. ¿Dónde está, por ejemplo, la verdad?

Nadie parecía interesado en responderle.

—Yo puedo decírtelo —dijo Keith de repente—. Puedo decírtelo si quieres.

—¿De veras? —preguntó Giles—. Gracias, eso sería…, eso sería… ¿Tienes un boli o algo?

—Sí —dijo Keith, sacando uno.

—¿Cómo coño lo sabes? —dijo Andy.

—Estuve allí el mes pasado. Estuve allí dentro.

—Vaya muermo. Un chiflado. Vamos a abrirnos.

—No; estuve allí, pero ahora estoy bien.

—Bien. Oye, ¿quién coño eres tú de todas formas? —preguntó Andy, ahora en un tono bastante amable.

—Keith.

—¿Quién?

—Keith.

—Keith *qué*, capullo.

—Oh, es un nombre horrible. Whitehead.

—Whitehead no es un nombre tan malo —dijo Giles—. Whitehead —repitió para ver cómo sonaba.

—Lo es si tienes la cara llena[4] —dijo Whitehead.

Todos se rieron.

—Oye —dijo Andy—, me gusta este enano. Este enano no está mal, ¿verdad? Este enano es… *simpático*.

41. SUS SATINADAS NOVIAS

Observó cómo la última de sus satinadas novias se retorcía sobre sí misma, se alzaba amorosamente entre los rescoldos removidos, se desvanecía en un humo negro y se encogía formando una bola de papel carbonizado y marchito. Removió los restos del fuego con un palo. Ahora todas sus novias habían muerto: la de los pechos de tiernas venas, la que se parecía a una mujer que había visto a veces en el pueblo, la de las imposibles bragas cóncavas, la de los ojos profundos e implorantes, la que tenía unos labios que parecían decir… No, ahora estaban todas muertas, muertas, y el viento había esparcido sus cenizas. ¿Cómo serán ahora las noches?, pensó.

La cuestión de quién le había hecho esto no le interesaba en absoluto. Había quitado impasible el cartel de *Johnny* y lo había quemado con el resto de las cosas, sin volver a pensar en ello. De todas formas, daba igual. Toda la deshonra era suya. Miró a la rectoría de Appleseed, a un kilómetro de distancia, oculta tras la cortina de nailon de la neblina atravesada por la luz del sol.

—Deja de mirarme de una vez —dijo, emprendiendo el largo camino por el prado.

—¡Abran, *abran*! —gritó Keith cansadamente a la puerta de los Tuckle—. Soy *yo*, soy Whitehead.

Alguien abrió la mirilla y descorrió los cerrojos. Mr. Tuckle apareció y se quedó allí como si fuera de piedra.

—Quítese de delante de una puta vez —dijo Keith—. Quiero un poco más de la ginebra que les traje. Si es que todavía no han acabado con la maldita…

Mr. Tuckle se quedó allí como si fuera de piedra. Keith se calló. Iba en zapatillas, y así hasta Mr. Tuckle le sobrepasaba en altura.

—¿Qué pasa? —preguntó Keith.

—Váyase, Mr. Whitehead —dijo Mr. Tuckle—. Lo siento, señor, pero hemos decidido que no queremos que venga más. Váyase, Mr. Whitehead, por favor.

Keith atravesó el césped cojeando y deshecho en lágrimas.

Cuando llegó a su habitación se puso de rodillas y rezó durante unos minutos. Luego se sentó en la cama, sorbiendo aparatosamente por la nariz. En la mesilla que había junto al camastro, una hoja de papel de cartas barato y un boli esperaban la caricia de sus dedos regordetes. «Querida Lucy», empezó. Mientras escribía, sus botas le hacían guiños desde el rincón de la habitación.

42. ADEMÁS DE LO CUAL

—Hombre, yo restablecería la sociedad feudal, por supuesto —declaró Quentin.

—Suave —dijo Andy, asintiendo.

—¿Suave? —dijo Roxeanne— ¿Quieres decir que no sois revolucionarios? Marvell, ¿qué cojones hacemos aquí con esta gente? ¿Qué demonios sois entonces?

—Somos materialistas extáticos —dijo Andy mientras se arrastraba por el suelo y miraba al trasluz las botellas vacías de coñac—. Lo que quiere decir que cogemos lo que se nos ponga a tiro, no importa qué coño sea. —Dio un largo trago de un vaso que se había quedado por ahí—. Además de lo cual, se lo cogemos a gente que de todas maneras no tiene demasiado. ¿Está claro?

Aquellas conversaciones.

—Quentin —dijo Marvell—. En esa sociedad feudal, ¿y si fueras…, cómo coño se llaman…, siervos, sí. ¿Y si fueras un siervo?

—Una bendición —replicó Quentin—, Se te escapa lo esencial. Una sociedad jerárquica es inversamente recíproca. Las capas más altas encuentran satisfacción en el mando, la protección y la responsabilidad, en dar órdenes; las capas más bajas encuentran satisfacción en la docilidad, la seguridad, la miopía, en obedecer las órdenes. Se trata de una representación casi ritualista del papel que te toca en suerte.

—¿Y si hubiera un señor estúpido y un siervo inteligente?

Andy dijo súbitamente:

—¡Entonces el siervo las pasaría putas!

—Exactamente —admitió Villiers cariñosamente.

Roxeanne dijo con convicción:

—Supongo que estáis bromeando. ¿A ti qué te parece, Giles?

Giles alzó la vista, sonriendo desvaídamente.

—No le preguntes a él —dijo Andy—. Él también es uno…, es casi millonario.

—¿Y tú, Keith?

A Whitehead le estaban haciendo tanto daño las botas que casi

no podía ni respirar, y mucho menos hablar.

—No le preguntes a él —dijo Andy—. El no es nadie. No es más que un desastre.

Roxeanne negó con la cabeza.

—Pero *no es posible* una regresión. Imposible. Ahora ya es demasiado tarde para eso. Sólo es posible destrozarlo todo, arrasar todo el planeta, y luego volver a empezar de nuevo.

—En cuyo caso —canturreó Quentin—, muy pronto volvería a establecerse una sociedad feudal. Parece demasiado complicado. ¿Para qué molestarse?

—No si lo destrozaras *todo*. La cultura, los libros, los edificios, todo el pasado, todas las instituciones, todos los foci de…

—¿Todos los qué? —dijo Andy.

—Los focos.

—Que te den por culo —dijo encogiéndose de hombros.

—Todos los foci de la memoria humana. Borrarlo por completo. Del todo. Entonces sí que podríamos empezar de nuevo.

Las anestesiadas orejas de Giles llevaban toda la mañana cerradas, absorbiendo sólo algunas palabras sueltas: «puente… se le calienta la boca… daría las muelas… y para rematarlo… un rey sin corona… en torno a nosotros… hay que tener un poco de juicio…». Pero ante las últimas palabras de Roxeanne decidió que no podía guardar silencio por más tiempo. Se enderezó en su asiento y dijo:

—¿Pero qué pasaría…, pero qué pasaría con la…?

Antes de que Giles pudiera balbucir la palabra *odontología*, Andy estaba diciendo:

—¿Qué está pasando aquí? ¡Eh! ¿Qué está pasando…? ¡Ya no queda jugo! *Venga*, ¿qué demonios pasa aquí?

Finalmente Giles le alargó las llaves de su armario.

—Demonios, Giles —dijo Andy muy serio—, ¿qué clase de jugarreta te traías entre manos?

—Ginebra para mí, Andy, la verdad —dijo Giles.

Mientras Andy salía a toda prisa de la habitación, Roxeanne se dirigió a Quentin con voz cansada y lastimera.

—¿Qué hora es? —preguntó en tono afligido.

—¿Cuánto *día* queda todavía? —dijo Lucy.

Quentin miró el reloj, sintiéndose responsable como anfitrión. Se había parado.

—No mucho —dijo—. No mucho.

El grado de embriaguez alcohólica había llegado a un punto en el que ya no se podía calificar alegremente de borrachera colosal. Hasta la relativamente abstemia Celia había consumido más de un litro de cóctel de champán con las correctas proporciones de coñac. Y, sin embargo, los habitantes de Appleseed daban innegables muestras de una gran presencia de ánimo. Sus presiones sanguíneas y sus temperaturas corporales estaban bajando, haciendo tiempo para que las diversas drogas se abrieran paso en sus dilatados metabolismos. Whitehead, por ejemplo, sentía como si su torso alojara un cargamento de judías saltarinas; tanto Diana como Celia estaban convencidas de que de un momento a otro empezarían a sufrir graves trastornos hormonales, Marvell eructaba con una franqueza e intensidad poco corrientes y Lucy se hallaba bajo la impresión de que era un fantasma o un cadáver. Alrededor de ellos se desarrollaban furiosos trámites celulares y glandulares.

Marvell miró el reloj.

—Muy bien —dijo—. ¿Estáis todos bien? Dentro de poco habremos pasado al otro lado de esta historia. Daos una vuelta por ahí y haced lo que más os apetezca. ¿Queda algo de ese cóctel…?

El aire giró por la habitación. La gente empezó a cruzar las puertas.

43. UN CUERPO CRUEL

Andy y Skip llevaban toda la mañana hablando de jugar al badminton. Al darse cuenta de que la boca de Skip estaba reseca y blanquecina por la deshidratación, Andy le desafió con malevolencia a jugar inmediatamente un partido.

—Bien, no se trata de un jodido juego americano —le instruyó Andy mientras extraían la red y los palos del baúl del vestíbulo—. Así que no intentes darle patadas o cabezazos o correr por ahí con ella o alguna gilipollez de ésas. Simplemente —hizo un movimiento con la raqueta—, lánzala con esto por encima de la red, eso es todo. ¿De acuerdo? Y no la pierdas de vista, porque juego de puta madre.

Diana subió a la habitación para ver el partido desde la ventana. Lo hizo en parte porque se encontraba demasiado mal para aguantar la compañía de nadie, y en parte porque los confusos sentimientos que le inspiraba Andy no habían disminuido el placer que le producía observar cómo se movía cuando creía que ella no lo estaba mirando. Encendió un cigarrillo y apoyó los codos en el alféizar. El juego comenzó.

Andy ganó rápidamente unos cuantos puntos sirviéndose de estratagemas tanto legales como ilegales, penalizando a Skip por faltas «técnicas», colocándole mal para recibir el saque y alterando las reglas a su antojo; pero Skip comprendió enseguida la naturaleza del juego, y además se mostraba testarudo en lo que respecta a las contradicciones más flagrantes del sistema de puntuación de Andy. Cuando iban 6-6, Andy ya no controlaba su buen humor, y cuando el pequeño Keith salió tambaleándose para presenciar el juego, Andy le aconsejó que se fuera a tomar por culo, amenazando al acobardado Whitehead con la raqueta en alto.

A Diana le parecía que Andy y Skip eran igual de fuertes y poco hábiles, igual de poderosos y faltos de coordinación. Aparte de esto, Andy era el que mejor aspecto tenía, desnudo de cintura para arriba, con su espeso cabello agitándose y el sudor que le brillaba en la espalda bronceada y en los hombros relucientes. Además, tenía la costumbre de gritar *¡Sí!* cada vez que daba un buen golpe y

de abuchear sarcásticamente cada vez que Skip le forzaba a dar uno malo. Y con todo, a pesar de su clamoroso paquete, Andy parecía tener unos diecisiete años. Skip, con gafas, una camiseta y unos pantalones cortos color caqui, estaba mucho más tranquilo; tenía la boca apretada en un gesto resuelto. Y su cuerpo era duro y metálico en comparación con el de Andy, como el de una marioneta espasmódica; era un cuerpo cortante y hostil, un cuerpo cruel.

—Johnny —dijo Diana.

Tras un largo y ruidoso intercambio de golpes en el que al parecer sufrió algunos reveses, Andy rompió la raqueta contra sus rodillas y se dirigió airadamente hacia la casa, mientras Skip le miraba inexpresivamente. Diana miró hacia abajo cuando la cabeza de Andy desapareció de su vista. Sonrió con desagrado, hasta que sus ojos volvieron al centro del jardín, donde se encontró con la mirada del americano.

44. GUERRAS Y MIERDA

—No me puedo creer las niñerías que estoy escuchando —dijo Marvell—. ¿Qué eres, un maldito hippie?

Giles no respondió.

—Escucha —dijo Andy—. Escucha —dijo, encorvando los hombros como si fuera a levantar un objeto extraordinariamente pesado—. El hombre *siempre* ha sido violento. Sólo hace algunos años que se empezó a pensar que a lo mejor podría dejar de serlo… y seguía habiendo jodidas guerras y mierda, Vietnam y todo eso. La violencia es innata, así que es algo así como sentir tu individualidad, darte cuenta de que estás vivo, es la expresión de la vida en la plenitud de sus fuerzas creativas…, hacerlo es en cierto modo creativo.

Giles frunció el ceño.

—¿Pero y si te acercaras a alguna pobre viejecita por la calle y la dejaras sin sentido, le dieras un golpe en mitad de la…

—Joder, hippie —dijo Andy—, vaya ejemplo de mierda. Eso es más bien tortura o algo así.

Giles frunció el ceño.

—¿Pero lo que queréis no es… la anarquía? Quiero decir que, ¿qué pasaría con la ley y los policías y las bombas de incendios y los dentis…

—Sí, también todo eso es necesario —dijo Andy, cruzándose de brazos—. Pero si ahora te llevara fuera y te rompiera los huesos de una paliza, no me digas que irías corriendo a decírselo al poli del pueblo, ¿lo harías? —Andy se inclinó hacia él con aire amenazador.

Giles tragó saliva.

—No, te lo prometo, Andy.

—Pues entonces.

Aquellas conversaciones.

—Eh… tú, Trip, o Flap, o como coño te llames…

—Skip —dijo Skip.

—Skip. Conforme. A *ti* te gusta pelear, y cargarte animales, y destrozar cosas y todo eso, ¿no?

—Claro. Te hace sentirte bien.

—Conforme. ¿Me equivoco, Marvell?

—No, no te equivocas —dijo Marvell.

—Conforme. Conforme, joder. —Andy volvió a sentarse y se volvió hacia Giles con altivez—, ¿De acuerdo?

Giles era un hombre preocupado. Ese tipo de conversación tenía mucho que ver con las angustias que le provocaba de vez en cuando esta casa, con esa atmósfera de insensatez y de indefinida amenaza que le impresionaba en sus raros momentos de sobriedad: no sabía lo que era…, sombras inesperadas en las escaleras, bolsas de conversaciones susurradas de origen misterioso, la impresión de que en realidad nadie estaba vivo en esa casa, la sensación que tenías de estar en *suspensión*. Giles recordó el terrible pavor que sintió una noche, al oír a Andy, que estaba hasta arriba de speed, lanzarse a un soliloquio sobre cómo pensaba asesinar a Mr. y Mrs. Tuckle… «Luego voy a coger este maldito cuchillo de carnicero —Andy hablaba solo, con una voz sin inflexiones—, y voy a meterle por el coño todos estos bichos y todas estas cosas. Y voy a arrancarle los dientes con unas tenazas. Y a graparle los labios.» «No le servirá de nada gimotear, Mr. Tuckle. Siéntese, por favor, señor, mientras yo me encargo de los ganchos para la carne.» Escalofrío, escalofrío, escalofrío. Giles había regresado silenciosamente a su habitación y se había pasado cinco días sin salir de allí.

—Andy —dijo—. Si alguna vez decides pegarme en serio, no me pegues en la cara, por favor. ¿De acuerdo? En cualquier lado, pero no en la cara. Te pagaré para que no…

Andy se inclinó hacia él y le enmarañó el pelo.

—No te preocupes, gallinita —dijo—. Todavía no ha llegado tu turno.

—Gracias, Andy —dijo Giles, y se levantó para marcharse.

—Oye, Andy.

—Sí, ¿qué quieres, Rip?

—Skip —dijo Skip.

—Conforme —dijo Andy.

—¿Por qué…, cómo es que no querías que diera patadas a la vaquilla?

—¿Qué vaquilla?

—La vaquilla de ayer.

—Oh, la vaca. Porque… estaba completamente jodida; y nos había atacado a *nosotros*, así que merecía ser tratada con respeto.

—Yo quería joderla un poco más.

—Bueno, pues yo no quería que lo hicieras, ¿te enteras?

—Quería matarla.

Andy miró a Skip con severidad.

—Bueno, ¿qué se puede esperar de alguien cuyo papá mató a su mamá?

—¿Cómo has dicho?

Andy repitió en el mismo tono:

—¿Qué se puede esperar de alguien cuyo padre mató a su madre?

El cambio fue tan brusco como un cambio de secuencia en una película. Andy yacía sobre la alfombra y Skip estaba a horcajadas sobre su pecho; sus manos blancas apretaban la garganta de Andy.

—*¡Aauu…, cogedlo…!*

Afortunadamente Quentin estaba en el salón más pequeño, absorto en una obra de Rousseau, cuando oyó la pelea. Atravesó rápidamente la puerta divisoria, y con la ayuda de Marvell despegó a Skip del apaleado Andy y extendió a aquél sobre el sofá.

—¡Qué es lo que ha *dicho*! \Qué es lo que ha *dicho! —se* desgañitaba Skip mientras Marvell iba corriendo al pequeño comedor. Regresó enseguida, sosteniendo con manos nerviosas una jeringuilla hipodérmica.

—Mierda —dijo Marvell. Introdujo suavemente la aguja en el brazo de Skip, que se agitaba convulsivamente—. Me *cago* en Dios, Andy.

—¿Qué es lo que ha dicho? —gimió Skip, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos cerrados—, ¿qué es lo que ha *dicho*?

—Será mejor que le ponga un amnésico a él también —murmuró Marvell entre dientes. La conciencia de Skip huyó de la habitación.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó Quentin.

Marvell se lo explicó mientras Andy se incorporaba trabajosamente. Observó aliviado que no había nadie más. Se sacudió el polvo con expresión malhumorada.

—Lo único que nos falta ahora para acabar de joderla —estaba diciendo Marvell— es que encuentre la carta.

—¿La carta?

—La carta de su maldito padre. Está en nuestra habitación. Ya os he hablado de ella. Si la viera ahora le destrozaría el cerebro.

—Ah, sí, ya recuerdo. Dámela a mí —dijo Quentin—, y la pondré a buen recaudo. Os la devolveré cuando os vayáis a marchar. Es fascinante. Dime…

Mientras conferenciaban, Andy se acercó al sofá, dándoles la espalda. Puso la mano sobre la frente de Skip, como si estuviera comprobando si tenía fiebre.

—Espero que se ponga bien —murmuró. Su voz tembló ligeramente, porque estaba pellizcándole con todas sus fuerzas la oreja mutilada—. Se recuperará —dijo Andy, secándose la sangre de la uña del pulgar en la camisa caqui de Skip—. Creo que se recuperará sin problemas.

45. LA MISIVA AMOROSA

Mientras tanto, el pequeño Keith sollozaba a pleno pulmón en la alegre soledad del pasillo de atrás. Tras este desahogo, con las piernas estirándosele convulsivamente en todas las direcciones, Whitehead llegó a su cubículo, donde descerrajó y destrozó su ardiente calzado con unas pinzas, un escoplo y un pequeño martillo. Se quedó sentado con la espalda apoyada contra la pared y dejó escapar un silencioso bramido de contenido dolor. La sangre negra le corría por las espinillas.

En el suelo, junto a él, estaba la carta con sus proposiciones sexuales, la misiva amorosa que había redactado en beneficio de Lucy Littlejohn. Keith la cogió y la examinó sin ningún embarazo. A fin de cuentas, no adolecía de ninguno de los defectos frecuentes en este tipo de misivas; no era ardiente, ni exaltada, ni florida o imprecisa. Al contrario, era un prosaico resumen —en realidad, su estilo era más bien burocrático— de su crisis actual, con un corolario en el que aseguraba que se mataría si Lucy no la aliviaba acostándose con él. Empezaba diciendo «Querida Lucy» y acababa con un «Suyo afectísimo».

—«… la cantidad de diecinueve libras y setenta peniques. Es de la mayor importancia» —leyó Keith en voz alta—, «que me comunique su decisión en el plazo de las próximas veinticuatro horas. Gracias. Suyo afectísimo, Keith (Whitehead).»

»Eso la decidirá —dijo mientras se ponía trabajosamente de rodillas—. Ya lo creo, ese paréntesis la volverá loca. —Se arrodilló apoyándose en la cama y cruzó las manos como para formular una plegaria informal—. La confianza es lo que conquista a las chicas de hoy en día —dijo con voz gangosa—. Por favor, Dios —dijo para sí —, no permitas que me pasen *todas* estas cosas. No tiene sentido permitir que todo le pase a la misma persona…, a cualquiera, no sólo a mí. La verdad es que sigo sin poder creerme que todo esto haya ocurrido en realidad. Supongo que eso es lo que me mantiene en pie. Oh, estupendo…, maravilloso. Escucha, lo que quisiera saber es por qué nadie deja de fingir. —Keith miró a su alrededor—. No

puedo soportarlo. —Keith se miró los pies; hasta él se sintió sobresaltado—. Me estoy cayendo en pedazos. No puedo soportarlo. ¿Y quién me está haciendo todo esto, eh? *¿Quién?*

Bueno, lo sentimos, Keith, desde luego, pero nos tememos que sencillamente *tenías* que ser así. Por favor, comprende que no es nada personal… sólo se trata de cumplir los designios de esta obra de ficción en particular. Lo cierto es que más adelante las cosas te van a ir mucho, mucho peor, tan espantosamente mal que suspirarás por volver a estar en el Instituto, e incluso en Parky Street, Wimbledon, con esa familia a la que tanto odias. Ya hemos llevado las cosas demasiado lejos como para interceder en tu favor. Aguántate. Las cosas acabarán por arreglarse al final. Ahora túmbate en tu camastro.

Keith yacía extendido en su camastro; extendido como mantequilla blanda sobre una tostada caliente. Su cuerpo se derretía con agradecimiento entre los pliegues de la manta y la colcha. Se arrastró hacia la pared cuando oyó unas voces femeninas procedentes del exterior. En su mesilla de noche, al lado de la lata de tabaco, había un arrugado sobre de papel manila, que contenía un agitado recordatorio de la Comisión de Investigaciones Dietéticas Avanzadas. Whitehead lo sustituyó por la misiva amorosa.

—Ah, a tomar por culo —dijo, tachando el nombre *Kenneth Whitehead* y escribiendo en su lugar *Lucy (Littlejohn)*.

46. LAS PÁLIDAS VENTANAS

Giles echó un vistazo a su alrededor y descubrió que se encontraba en su habitación. Pareció ligeramente complacido ante este hecho. Se acercó tranquilamente a la nevera. Empezó a canturrear. Sacó un vaso alto de ginebra y Southern Comfort del congelador; era una bebida con la que no había experimentado nunca; ni siquiera había oído hablar de ella. Llegó incluso a ponerse a silbar. Las sombras empezaron a asomar desde los rincones de la habitación.

Bebió un sorbo y sostuvo el vaso contra la luz.

—Eh. Esto… —Bebió otro sorbo y sostuvo el vaso en alto—. Eh, esto… no está mal. —Bebió otro sorbo.

Cuando había recorrido la mitad de la habitación se acordó de la carta diaria de Mrs. Coldstream. Se quedó helado y empezaron a bailarle las rodillas. Sus rasgos se congelaron en una expresión de confusión delirante.

¿Qué es lo que quería que le escribiera, qué podría haber pasado hoy, cómo podrían las cosas cambiar más, cómo seguir dándole una apariencia de novedad, qué le quedaba por contarle ya?

—«Querida madre —dijo Giles—. Estuve a punto de tropezar en las escaleras cuando salía de allí. ¡Menos mal que no lo hice! Querida madre, Luigi no conocía bien el camino de vuelta y tuvimos que preguntarle a un hombre por la calle. ¡Menuda suerte que él lo *supiera*! Querida madre, cuando llegué todo el mundo estaba levantado. ¡Y ya era hora! Querida madre, me he pasado todo el día emborrachándome. ¿Por qué? Querida madre, me estoy muriendo a toda velocidad. Queridos Dientes, estoy enciando el taladro de la corona.»

Giles se sentó a la mesa. Sincronizó con languidez el tarro de lápices 15 B, el fajo de papeles tamaño Din A4 y el impaciente vaso. Quince minutos más tarde había terminado una carta repleta de las típicas muestras de cariño filial: hosquedad, aburrimiento, carencia absoluta de cualquier signo de comprensión o simpatía, frases cariñosas de evidente sarcasmo, explosiones de fingida diversión e

indescifrable autocompasión, extendidas como enormes grafismos a lo largo de once espaciosas carillas. Giles introdujo a duras penas el manuscrito en un sobre, satisfecho de su obra. En el exterior la tarde retrocedía atravesando las colinas, haciendo brillar la luz en las pálidas ventanas de algún almacén submarino o alguna granja lejana.

Giles echó un vistazo a su alrededor y descubrió que se encontraba en su cuarto de baño. Pareció ligeramente disgustado ante este hecho. Le intimidaban la porcelana blanca y el duro acero. Se miró al espejo, sintiéndose algo soñoliento. No se dio cuenta de que alguien había escrito algo en el cristal con espuma de afeitar.

—Cúrame, cúrame —susurró. Luego se dio cuenta. Ponía *Johnny*. Y luego vio lo que había sobre la mesita junto al lavabo, el modelo a escala de sus dientes destrozado, manchado de mocos, sangre y saliva. Giles se desmayó, cayendo oblicuamente sobre la espesa alfombra.

47. UN TANTO PERMANENTE

—Supongo que una se puede acostumbrar a todo con el tiempo —dijo Lucy, derrumbándose sobre el césped como un trozo de tafetán—, Pero más vale que empiece a sentirme mejor pronto.

—Yo también —dijo Diana—, Estoy hecha polvo.

—… Esa blusa es una monada, Lucy —dijo Celia—. ¿Es de seda tailandesa?

—Mmm. La compré en La Soeur.

—Mierda —dijo Diana—. ¿Cómo pudiste conseguirla?

—Trabajando de puta.

—Trabajando de puta —repitió Roxeanne—, Yo solía hacerlo en el Strip. Mamadas. Los tipos se quedaban alucinados porque no aceptaba su dinero.

—¿Y por qué no? —preguntó Lucy.

—Tenía dinero de sobra.

—¿Qué clase de hombres? —preguntó Celia.

—Hombres corrientes, ya sabes. Era parte de un proyecto de Marvell, me parece.

—Qué listo —dijo Diana—. ¿Por qué lo hacías?

—Me divertía.

Celia frunció el ceño.

—Creo que me resultaría tremendamente difícil hacer algo así con alguien que no me gustara ni un *poquito*. —Su ceño se aclaró—. ¿Sabéis?, creo que nunca me he acostado con nadie que no me gustara bastante —mintió.

—Yo tampoco —mintió Diana.

—Bueno, en mi trabajo no hay más remedio que hacerlo —dijo Lucy—. Los hombres que no te gustan lo exigen. *¿Divertido?* Es una pesadilla. A veces me quedo tumbada de espaldas y me pongo a contar los dibujos del papel de la pared y a pensar en… pasteles de carne de cerdo o algo así, y encima de mí tengo a algún chinito meneándose como un gusanillo… y entonces lo sé, lo sé: es el infierno. Esto es el infierno. Piensas que no te importaría si tuviera el pelo distinto, o los ojos de otro color o los dedos de los pies

diferentes. Pero sí que te importaría. Es una maldita suerte que tenga un corazón de oro. Pero es mejor que ser mecanógrafa.

—Sin duda. Y no creo que sea muy distinto —dijo Diana—, Digamos que un hombre te invita a una cena de cuarenta libras y a todo eso. Quiero decir que te sentirías como una auténtica hija de puta si no lo hicieras. Tiene sentido. La mayoría de la gente odia lo que hace. Se pasan la vida odiándolo. Tiene sentido pagar por lo que te gusta hacer, aunque al final tengas que aguantar un polvo mal echado. Y con esas historias de la comida protobiótica… no puede ocurrir nada demasiado malo.

—Nada demasiado malo —dijo Lucy—. Llega un momento en que quieres algo más que nada demasiado malo.

—No es tan difícil —dijo Celia con aire apacible—. Yo lo he hecho…, hubo una época en que pensaba que no podría volver a hacerlo. Pero es posible seguir haciéndolo.

—Ninguna de las personas que conozco puede seguir haciéndolo —dijo Lucy—. Y que me jodan si yo puedo.

Aquellas conversaciones.

—Yo también —dijo Diana—. Ojalá las mujeres también sufrieran de hastío sexual. Pero da la impresión de que no lo sufrimos de la misma manera que los hombres. Y no puedes seguir al lado de alguien que no te desea.

—¿Que no te qué? —preguntó Roxeanne preocupada, alzando las manos con las palmas hacia arriba en un gesto suplicante para ejercitar los músculos pectorales—. Dentro de un minuto os pondréis a decir que la mujer es básicamente monógama.

—Pues *yo* lo soy —dijo Celia—. Ahora.

—Perdona, Celia —dijo Roxeanne—, pero creo que eres tú la que tienes verdaderos problemas. Esta historia del matrimonio…, quiero decir, piensa en lo de los niños, piensa en…

—No me refiero a eso exactamente. Creo que me refiero a que basta con tener una historia seria y, bueno, un tanto permanente.

—Yo también creo que es eso a lo que me refiero —dijo Lucy.

Diana apartó la vista y contempló el césped. Sentía que la amenazaba una vaga sensación de pesar, pero la ahuyentó con un encogimiento de hombros. Cuando volvió a mirar, Lucy le estaba sonriendo. Diana también sonrió.

—He follado con los grandes —dijo Lucy Littlejohn, cerrando la

puerta del servicio detrás de ella—, he follado con los pequeños, he follado con los gordos, ¡he follado con todos! He follado con…

Whitehead se había apostado astutamente en el primer escalón de las escaleras del vestíbulo, con una mano aferrada a la barandilla y un arrugado sobre de papel manila en la otra.

—¿Qué hay, Keith? ¿Qué estás haciendo?

—Te he escrito una carta, Lucy —dijo Keith.

—¡Qué elegancia! —dijo Lucy.

—¿Puedes leerla, por favor?

—Muy bien.

El pequeño Keith se quedó mirando mientras Lucy leía la carta. Pasó los ojos rápidamente por el papel y se le escapó un bufido de risa a duras penas contenido. Luego volvió a adoptar una expresión tranquila y la examinó otra vez más detenidamente.

—¿Y bien? —dijo Keith.

Lucy se acercó a él. Cogió una de sus manos sin dedos entre las suyas.

—¿No? ¿No lo harás? —preguntó Keith con una voz sin inflexiones.

Ella negó con la cabeza.

—Está bien. ¿Por qué no, por cierto, si me permites la curiosidad? ¿No es bastante dinero, o es por mí?

Lucy se inclinó hacia él.

—Nadie sabe lo que te voy a decir —cuchicheó—. Heroína. Me queda un año. Me estoy muriendo.

—Pero tu…, no está… —Keith se quedó mirando su antebrazo desnudo.

—Sí, pero tengo el culo como la cara oculta de la luna.

Keith sintió un intenso placer.

—¿Por qué? ¿Es que no puedes dejarlo ahora?

—No. Y ya sabes, es como si le perdieras el gusto al sexo. Pierdes el sexo. Es una de las cosas buenas.

—Ah, a tomar por culo —dijo Keith—, De todas maneras la polla ya no me funciona.

Se echaron a reír.

—A eso me refiero —dijo Lucy—. Todo esto… —hizo un gesto ambiguo— es demasiado para mí. Fíjate en nosotros. ¿Puedes imaginarnos de *viejos*?

Keith pareció considerar el asunto durante unos segundos.
—Imposible —dijo.
—Totalmente imposible —dijo Lucy.

48. ÚLTIMAMENTE

Cuando llegó al final del camino, Diana se dio la vuelta para asegurarse de que Andy la seguía. Oyó el portazo de la puerta principal y le vio aparecer andando al trote corto. Diana se quedó mirando la rectoría de Appleseed. La textura mortecina de sus muros encalados era aún más pronunciada en esa tarde de tormenta de verano.

—Ya voy, ya voy —dijo Andy.

Andy y Diana se habían pasado tan poco tiempo solos y conscientes a la vez durante las últimas semanas, que se sentían un poco desorientados mientras caminaban juntos sobre el cálido asfalto de la calle del pueblo. Diana caminaba con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho. And y sentía la mente opresivamente lúcida. El partido de badminton había evaporado el efecto de los cócteles de champán y últimamente la hierba que fumaba sin parar producía en su hastiado organismo aproximadamente el mismo efecto que el oxígeno. Pasaron los minutos. Para prevenir, o al menos retrasar, las cosas con que Diana pensara aburrirle, dijo:

—Esos americanos me están deprimiendo. A la más mínima oportunidad voy a darle una paliza a uno de ellos. Y quiero decir una paliza de verdad.

—¿Tan de verdad como el polvo que le echaste a Roxeanne?

Esto le pilló desprevenido. Se había olvidado de que Diana lo sabía. Decidió ignorar su comentario.

—Sobre todo a ese gilipollas alto…, el que tiene ese nombre de mierda. Rap. Sí. Eh, apuesto a que fueron ellos los que te enviaron esa nota… la que encontraste en la cama. ¿Tú qué crees? Si pudiera probarlo podría darle una buena. ¿Qué te parece?

Andy boxeó con su sombra sin mucho entusiasmo. Diana siguió andando.

—Cono, Diana, has sido *tú* la que has dicho que querías hablar.

—Lo siento. Andy, espera aquí un segundo. Es sólo un momento.

Andy se quedó refunfuñando en voz baja a la puerta del

supermercado. Tenía prohibida la entrada al establecimiento tras un episodio ocurrido dos meses atrás, cuando se había derrumbado totalmente borracho sobre una pirámide de dos metros de alto de latas de judías BeanMeal, y luego le había dado una bofetada al anciano gerente por…, por… Andy no se acordaba de la razón. Escrutó la calle por si veía a alguno de los vagabundos del pueblo, sobre todo a Godfrey de Taunton, el pordiosero sin piernas que hacía poco se había hecho acreedor a las injurias de toda la casa (y a una zurra hábilmente propinada por Andy) al haber sido descubierto durmiendo en su carbonera.

—De Taunton —murmuró Andy—, más te vale no aparecer por aquí esta tarde. —Miró en la otra dirección, haciéndose visera con la mano—. Eso es todo.

Diana salió del supermercado. Andy observó con renovado aburrimiento que seguía teniendo el mismo aspecto encorvado y preocupado. Se pusieron a caminar hacia la casa. Andaban arrastrando los pies, de esa manera tensa, lenta y expectante que indica que está a punto de decirse algo. Andy quería salir corriendo, dar saltos mortales, brincar por los aires, irse al pub, gritar.

—¿Nos sentamos un rato aquí, cariño? —dijo Diana, señalando con la cabeza un banco de madera a unos metros de la calzada, al que daban algo de sombra las hojas del olmo moribundo que crecía en la tierra suelta de la cuneta. En ese momento advirtieron que el banco estaba plagado de graffitis amorosos de los jóvenes del pueblo… *Billy fll. con Jane, Susan F. con Emily, Tom folla con Cynthia, Chris F. Peter*. Andy suspiró asqueado al descifrar una inscripción mucho más profunda y desgastada: *Peter A. a Anne.*

—Trae recuerdos, ¿verdad? —dijo Diana.

—¿Mmm? ¿Recuerdos de qué? A mí no me trae nada.

—No lo sé. Mierda, de cuando tú grababas estas cosas en los bancos.

Andy se encogió de hombros.

—No lo he hecho nunca.

—Bueno, pues de cuando podrías haberte molestado en pensar en estas cosas. De cuando tenías tiempo para preocuparte por ellas.

Andy se encogió de hombros. Sacó su gran navaja multihojas y se puso a cortar distraídamente la inscripción *Peter A. a Anne.*

—Nunca he tenido tiempo para eso. Parece como si siempre

hubiera sido como soy ahora, como si siempre hubiera vivido como vivo ahora. Por lo menos eso es lo que parece.

—Ya no me quieres, ¿verdad, cariño?

Andy siguió dándole la espalda. Al principio le gustaba que ella le llamase «cariño». Últimamente le provocaba escalofríos, como si le asustara. Vaciló, y luego tomó una apática determinación. Hundió el cuchillo con más fuerza.

—Un poco. No mucho. No lo sé. ¿Qué sientes tú por mí?

—No lo sé. Algo. Un sentimiento de algún tipo. Nunca he estado con nadie tanto tiempo como contigo.

—Yo tampoco.

—¿Quieres que lo dejemos?

Andy se encogió de hombros.

—Como quieras.

—No, *no* es como yo quiera.

Andy se encogió de hombros.

—No me importa continuar. Ver qué pasa.

—Mierda, ¿es que no hay nada más que eso? ¿Qué es lo que nos va a pasar a todos nosotros?

—Simplemente seguimos —dijo Andy, que casi no podía creer en su suerte. Nunca había visto a Diana tan abatida y tan poco agresiva, tan insegura.

—Quentin y Celia tienen más.

—Sí, bueno…, eh, dame un, un… —chasqueó los dedos intentando recordar—, un *cigarrillo*, coño. Mierda. Quentin y Celia…, no se trata más que de seguir adelante hasta que estás tan hasta los huevos que no puedes cambiar. Y nadie puede soportar estar solo. Y la melancolía callejera y los recuerdos falsos son cada vez peores. Cuando ocurre eso te quedas con quienquiera que estés en ese momento. No me parece que importe un carajo con quién.

—Ya no follas conmigo. Ni siquiera me *pegas*.

Andy hincó con más fuerza el cuchillo.

—Sí, bueno, a eso me refiero precisamente cuando digo lo de estar hasta los huevos. Llegas a estar hasta los huevos de coños.

—Es *mi* coño.

—No es nada personal, Diana. No es más que los coños. Últimamente casi no quiero follar con nadie. Ya he hecho todo eso. —Arrancó la última astilla y se enderezó—, A lo mejor acabamos

juntos. Las cosas están empezando a ir más despacio para mí. No tengo que ir mucho más lejos.

—Quiero más.

—¿Más polvos?

—No. Simplemente más. No mucho más, pero más.

Andy se encogió de hombros.

Diana dejó caer su cigarrillo al suelo. Aunque estaba llorando un poco, tenía la voz firme. Miró los graffitis medio borrados.

—¿No te parece que hace mucho tiempo debimos de cometer algún error para que vayamos a acabar así? Que algo fue mal y por eso ahora estamos todos tan muertos… ¿Cariño?

Andy dio un respingo.

—¿Volvemos?

—¿Volver? Oh, la casa. Oh, sí. Conforme.

49. UN SITIO ALUCINANTE

Andy volvió justo a tiempo de interrumpir una conversación sobre la bisexualidad. En aquel momento Marvell le acababa de preguntar a Whitehead por sus inclinaciones, pero naturalmente el pequeño Keith se quedó mudo cuando vio a Andy entrar pavoneándose en el jardín.

—Todas esas horteradas del unisex y toda esa mierda —dijo Andy— no son más que niños muertos. Cuando era pequeño hacían todas esas cosas. No era más que un bluff que se montaron los maricas. Es un coñazo.

Marvell se rió a carcajadas.

—¿De verdad…, de verdad afirmarías que eres «heterosexual»?

—Hay dos clases de bisexuales —dijo Quentin—. Los homosexuales y los heterosexuales feos.

—Sí, y resulta que yo soy heterosexual, qué coño —dijo Andy.

—Andy, ¿te das cuenta de que al decir eso estás limitando tus relaciones a sólo la mitad de la raza humana?

—Niños muertos, niños muertos. Eso son cuentos de hippies, chico.

—¿De veras *quieres* limitarte de ese modo?

—Sí —dijo Andy.

—¿No recuerdas lo que dijiste sobre los Conceptualistas? Piénsalo, Andy. Estamos de acuerdo en que el sexo ya no es erótico, ¿verdad? Es carnal (conceptualizado), sólo está relacionado con la geometría y las sensaciones, ¿no es así?

—Sí.

—Y que el Otro sexo tiene más que ver con una elección que con una necesidad, ¿no?

—Sí.

—Y que la perversión está justificada (no, es *necesaria*) en un medio ambiente que ahora es totalmente artificial, sin ninguna biología en absoluto, ¿no?

—… Sí.

—¿Entonces por qué —concluyó Marvell—, por qué te niegas a

ti mismo escudándote en un bloque racionalista y unisexual?

—… Simplemente no me gustan los maricas, eso es todo —dijo Andy tras profundas meditaciones.

Marvell dejó caer un mocarro de sangre en la hierba, se secó la nariz con el dorso de la mano y se rió; estaba muy borracho.

—¿Habéis oído hablar del Bar del Cuerpo de Santa Bárbara? ¿No? Joder, es un sitio alucinante. Los camareros y camareras van desnudos, por supuesto, y te echan un polvo por el precio del cubierto. ¿Pero habéis oído hablar de las cosas que sirven? Te ponen *coñocubitos* de hielo en las bebidas. En serio. Y no saben simplemente a coño. En los cubitos hay jugos de verdad. Tienen…, sí, tienen soda de tetas, cócteles de polla, pubipolos de crema… Ya lo creo, y helados que saben a culo. Un sitio alucinante.

Marvell dejó caer un mocarro de sangre en la hierba. Se secó la nariz con el dorso de la mano. Se rió; estaba muy borracho.

—Se dice ojete, no culo —dijo Andy, dándose la vuelta—. Ojete.

Aquellas conversaciones.

Marvell se balanceaba delante de la puerta de la cocina.

—De acuerdo —dijo, cerrándola silenciosamente y reuniéndose con Skip junto al fogón. Marvell le alargó a Skip un pequeño objeto. La Mandarina ronroneó estertóreamente a sus pies mientras daba buena cuenta de un gran cuenco de Kat.

—Bien —dijo Marvell—. Échale eso en la comida. Dale todo, qué cojones.

Skip se puso de cuclillas riéndose entre dientes.

—¿Se lo está comiendo?

—Se…, claro —dijo Skip.

—Jodidos gatos. Ya puedes matarles de una paliza y un minuto después darles de comer; los muy gilipollas se creen que eres Dios. ¿Hecho?

—Hecho.

—Bien. Venga. Vamos a ver el preestreno.

—¿De quién era esta gata, Mar? ¿Lo sabes?

—Deja la puerta abierta. Para que pueda salir. De Celia, me parece. Sí, creo…, creo que era de Celia.

L. CELIA

Cuando Celia Evanston tenía diecisiete años su madrastra, Lady Aramintha Leitch, la llevó a un aposento decorado con frescos de su apartamento de Roma y le ofreció un Jaguar nuevo, un piso en Cheyne Walk, Chelsea, y diez mil libras al año a condición de que Celia no intentara ligarse al instructor de esquí acuático al que Lady Leitch estaba emborrachando en aquel momento en el solárium del patio. Celia parpadeó y se quedó mirando el rostro excesivamente bronceado de su madrastra, tan distinto al suyo, cubierto de granos; se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—¿Qué te hace pensar que me apetece?

—Cariño, lo único que pasa es que a Giovanni y a mí nos gustaría quedarnos solos.

—¿Qué te hace pensar que a él le apetece?

—Dios sabe, pero el caso es que eso creo. —Lady Leitch se introdujo un cigarrillo por debajo de su labio superior; el cigarrillo osciló mientras le preguntaba a Celia por qué no hacía algo con su cutis, su postura y, sobre todo, su pelo—. ¿Y por qué estás tan gorda?

—Como mucho. ¿Y por qué te preocupas por Giovanni, si soy tan horrible?

—Tienes dieciséis años. No es que quiera hacerlo, sino que sabe que puede conseguirlo.

—¿Y tú?

—No. Venga. Fuera de aquí. Fuera. Fuera. Fuera.

Celia frecuentó durante dos años la decadente juventud londinense; daba fiestas para imbéciles con pantalones de raso hasta la rodilla y putas con camisolas de neón, comía en Tastes y en Casa Ari acompañada por gilipollas de cabello empolvado y fulanas con trajes a rayas de tres piezas, acudía a Serenas y a Poor cogida del brazo de hijos de puta con cabrioleras de tacones altos y rameras con corpiños de tapicería. Se despertaba a las once, exhumaba al chulo o alcahuete que tuviera en la cama, se vestía con el cuidado que ponen las chicas no-muy-guapas, a las doce y media estaba

bebiendo Bloody Marys con gordos peluqueros y anticuarios, la hez de la tierra, en un restaurante de Chelsea débilmente iluminado, luego iba a compartir el almuerzo a algún lugar frecuentado por músicos de moda con fotógrafos de mala muerte y modelos con un vocabulario de cien palabras, estúpidos diseñadores de moda de mediana edad y viciosos representantes de grupos de pop. Por las tardes caminaba por Fulham Road a la caza de menores, recorriendo los mercados callejeros y los pequeños restaurantes, catando a los alumnos de las escuelas privadas que lucían sus primeros trajes de terciopelo, a los chavales de los suburbios de pelos encrespados, a las incipientes mariconas de pantalones transparentes. Cenaba en el parque o junto al río con la misma caterva de maleantes, idiotas y meretrices, y luego se sumergía en la pesada y silenciosa opulencia de la cripta de un club nocturno previamente seleccionado, lleno de infames extranjeros que cambiaban modelos usadas por nuevas y de astutas prostitutas que mantenían sus cuerpos unos centímetros por encima del asiento del inodoro. Cocaína hasta las tres y algún tipo de intercambio sexual hasta las cuatro.

Celia no se dio cuenta de lo poco que se adecuaba todo eso a su naturaleza sumisa e impresionable hasta que Quentin entró en su vida con paso majestuoso. Ella no tenía más pistas que su dinero, y había sido el dinero el que la había embarcado y mantenido a flote en esta existencia, definida e identificada por el dinero, que era todo lo que el dinero era capaz de darle.

Celia no supo que su madrastra estaba en la ciudad hasta que la llamó desde Connaught. Aramintha había cogido un avión en Roma para ultimar los trámites de su divorcio, porque un mes antes había sorprendido a Giovanni en la cama con el botones y le había clavado una botella rota de Fanta en su asombrada cara. Ahora se hacía llamar Lady Aramintha Gormez.

«Cariño, ven a comer», fueron las primeras palabras de Lady Gormez, como si Celia hubiera estado cenando con ella la noche anterior. Celia dijo que iría y volvió a dejar el teléfono en la mesilla de noche. Se quedó mirando el muro de ropa del armario empotrado que tenía ante sí, dudando sobre qué ponerse y preguntándose si su madrastra habría cambiado mucho en los dos últimos años.

—No volveré nunca a Roma. Y en cuanto a Barna, que se la metan donde les quepa —dijo Lady Gormez, refiriéndose a su ático de Barcelona—, No puedo soportar a esos morenitos, siempre graznando. Franz y yo estamos pensando en Suiza. La verdad, cariño —le dijo Lady Gormez a su pomelo—, es que has mejorado una barbaridad. —Alzó la vista— Ya no estás tan gorda…, tu piel está mucho mejor, y tienes el pelo bastante brillante, de veras. Se ve que la vida de Londres te sienta bien.

Celia volvió la cara. Pensó que probablemente no quería ver a su madrastra nunca más.

Echemos, pues, una mirada tangencial a la vida sexual de Celia.

El día antes de conocer a Quentin, Celia había organizado una pequeña velada en su piso de Cheyne Walk: dos actrices (buenas amigas suyas), un atractivo interiorista, y el grosero y servil bajo de un famoso grupo de pop reaccionario. De manera que Celia se endereza torpemente entre los cojines, rechaza un porro que le ofrece el interiorista, coge la mano del bajo y le dice:

—¿Te vienes un rato a mi habitación?

Jeff se levanta y la sigue tambaleándose.

Está claro que Celia no llevaba nada por debajo del vestido, así que Jeff se limita a doblarla en dos sobre la cama, alzando la tela con su propio cuerpo. Sus labios se unen entre espumarajos. Luego Celia, con los codos totalmente flexionados, empuja la cabeza de Jeff hacia sus pechos, su estómago, hasta alojarla entre sus muslos, que es el lugar donde prefiere que esté.

Pasan cinco minutos.

En el piso de abajo el interiorista da un respingo, como un gato que oye un lejano maullido en la noche. Jeff baja las escaleras tambaleándose y frotándose la boca con la manga de su chaqueta vaquera.

—*Cono*, joder, ¿qué es lo que estoy *haciendo*? —Se detiene en el centro de la habitación y hunde la cabeza entre las manos—, ¿Por qué me has dejado *hacerlo*, joder, irme detrás de una chica así? Debo de tener la cabeza verdaderamente…, verdaderamente *revuelta.*

—Guau, ¿qué ha pasado, tío? —preguntó una de las actrices.

—Oh, coño, no lo sé. Dame.

Una de las actrices sostiene un vaso de coñac.

—Mierda. Vámonos de aquí.

—Podemos ir a mi casa —dijo una de las actrices.

—Muy bien —dijo el interiorista.

Rígida, con las piernas todavía abiertas y La Mandarina olfateándole los muslos, Celia oye el portazo.

—Te estás prodigando demasiado, preciosa —dijo su padrastro a la mañana siguiente, cuando ella le dio una versión ligeramente expurgada del incidente. Iba a visitar a una corpulenta querida en el Embankment y se había pasado por allí en busca de un poco de tequila y de comprensión—, A lo mejor tendrías que dejar de prodigarte así. No es más que un consejo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si le dejas un poquito de ti misma a todo el mundo, puede que un día descubras que no queda demasiado. ¿Entiendes?

Celia dijo:

—Entonces hace mucho que tú te habrías desgastado.

Se rió, sintiendo que la cabeza le estallaba por la resaca.

—No, no me malinterpretes, preciosa. Siempre he creído que joder era un regalo de los dioses para nosotros los vejestorios y una ruina para vosotros, los jóvenes, que fuisteis los que primero pensasteis en ello. ¡Cojonudo! Toda esa gente que de repente está dispuesta a hacerlo, ¡y sin sentirse culpable! Fue una verdadera novedad para nosotros. —Tosió espantosamente.

—Sí —dijo Celia.

—Bueno, *nuestra* naturaleza sexual ya estaba formada, así que no podíamos sufrir nada peor que el aburrimiento. Creo que ésa es la razón de que os dejemos haceros esto a vosotros mismos. Para liberarnos a *nosotros*. Pero todos vosotros, preciosa, con vuestra liberación sexual… Pensabais que conseguiríais la libertad. Y no la conseguisteis. —Cogió su pitillera—. Tengo que irme. Suki me está esperando. Transmítele mis cordiales saludos a esa vieja zorra si vuelves a habértelas con ella antes de que se vaya. ¿Con quién sale ahora…, con indonesios de nueve años? Ta-ta, preciosa. Cuídate.

Celia no había tenido la intención de marcarse un tanto aquella tarde, pero en cuanto vio a Quentin supo que tendría que conseguirlo. Mientras caminaba con paso danzarín por Beauchamp Place, con la brisa jugando descaradamente con sus suaves rizos, el tráfico pareció detenerse sin aliento y hasta el mismo aire se quedó

suspendido en el cielo. Si hacía falta, pensó Celia, se limitaría a entregarle un cheque en blanco, renunciando a otras medidas más sutiles que reservaba para casos desesperados, como la suave oferta preliminar de un radiocasette o una bata de seda, o los billetes de diez libras desplegados sobre la mesa del vestíbulo.

Por favor, que no sea marica, imploró, tirando de cualquier manera sus compras en el Jaguar y apoyándose con aire negligente en su plateado costado.

—Hola —dijo cuando él pasó con aire majestuoso a su lado—, ¿No nos hemos visto en el Ormonde's?

El se detuvo y sonrió ligeramente.

—He conocido a un montón de gente en el Ormonde's —dijo—, pero me parece que tú no estás entre ese grupo escogido.

—Oh, vaya por Dios. Qué pena —dijo Celia.

—Sí, ¿no es cierto? —dijo Quentin.

Celia hubiera querido volver sin perder tiempo a su piso y tirárselo inmediatamente. Pero, en cambio, disfrutó de las horas más emocionantes y sensuales de toda su vida: él la llevó a dar un paseo. Fueron caminando por Kensington Gardens, a lo largo de la Serpentine hasta el Speakers Comer, y volvieron atravesando el parque. Fue una tarde dulce y cocaínica; Celia flotaba a su lado, conmocionada por la resonante fluidez de su voz y por la belleza espectral de su presencia. A las seis, Quentin rechazó la oferta de conocer a La Mandarina y un Bellini en su piso de Cheyne Walk, le dio un beso fugaz en la frente y quedó con ella para comer al día siguiente. Bebió como una loca en Thor's para contener su excitación sexual. Quentin adivinó que no le resultaría difícil aprovecharse de Celia. Lo hizo. Cuando ella se acababa de terminar su segundo Chartreuse verde, la sacó rápidamente de allí y se casó con ella.

—Sí, *quiero* —dijo Celia.

51. LA HA PALMADO

—¡Mira! —exclamó—. Aquí está mi amiga, La Mandarina.

Celia se volvió hacia su marido y sonrió, mirándose en sus ojos verdes. Los presentes alzaron sus ojos legañosos.

Verdad que está de buen humor?

Sí que parecía estarlo. La Mandarina salió de la cocina dando saltos. Giró sobre sí misma. Su cola se arrastraba como una brocha y su cuerpo se puso tenso. Dio un brinco y atravesó el aire siseando. Estiró el cuerpo como si estuviera cazando. Dio vueltas alrededor de la habitación como galvanizada, pasando por encima de los sofás, las sillas y las paredes. Empujó con pequeños golpecitos el corcho de una botella de champán por la alfombra. Se tumbó sobre el lomo y se puso a hacer fintas al aire indolentemente. Estuvo persiguiendo su rabo. Se afiló e hincó las garras en el rodapié. Dio una serie de suaves brinquitos. Husmeó el suelo con insufrible cautela. Se le cerraron los ojos. Se acurrucó en la concavidad de un almohadón, parecida a un regazo. Se hizo un ovillo y…

—Se hizo un ovillo y de repente todos nos dimos cuenta de que estaba muerta —explicó Roxeanne.

Andy se arrodilló junto al cuerpo de La Mandarina. Levantó su cabeza de gatita: los párpados arrugados, los pliegues de la nuca, las orejas lobunas. Cuando la soltó volvió a adoptar al instante su rígida posición.

—Está fiambre —dijo Marvell.

—Ya.

Andy cruzó la habitación y agarró el tembloroso hombro de Celia. Quentin, que sostenía su cabeza entre los brazos, miró a su amigo en profundo silencio.

—Era muy vieja —dijo.

—Ya.

Andy volvió por última vez junto al cuerpo de La Mandarina.

—Yo quería a esta gata —dijo con voz temblorosa—. De verdad.

—Joder, la ha palmado —dijo Marvell.

—Ya —dijo Andy, tomando aliento—. Pero por Dios que odio

este maldito, jodido y asqueroso fin de semana.

52. HUELLAS DE LÁGRIMAS

—Buenas tardes, señor. ¿Qué tomará? Ha sido un día absolutamente maravilloso, señor, ¿no le parece?

Andy echó dos billetes de una libra en la barra.

—Coñac —dijo—. Dos dobles.

—Muy bien, señor. ¿El Hiñe, señor…? ¿O prefiere el Martell?

—Sí.

—¿Qué prefiere, señor, el de tres estrellas o el de cuatro?

—Me importa un carajo —dijo Andy.

Medio minuto más tarde Andy tenía dos vasos de coñac frente a él. Vació el primero en el segundo y el segundo en su boca. Echó dos billetes de una libra sobre la barra.

—Otra vez —dijo.

—Por supuesto, señor.

El patrón volvió a llenar los dos vasos. Con un suspiro histriónico, Andy vació un vaso en el otro.

—Camarero —dijo mientras se acercaba a la ventana con la bebida en la mano—, eres un coñazo.

Andy se sentía mal. No era por la muerte de La Mandarina… Había sido un blanco para sus patadas bastante bueno, le parecía, pero lo único que sentía al pensar en ella era una ligera irritación. No, era un recuerdo falso. Aquella tarde había sufrido un ataque, el segundo de la semana. Se había pasado quince minutos tumbado en la cama pensando en su padre: un hombre de pelo cano que parecía un médico de prestigio, con un aire eficaz y reservado y una sonrisa encantadoramente inocente; hasta que se acordó de que no tenía padre. No tenía padre. Pero no era esto lo que le deprimía; no hubiera sido capaz de comprender el significado de esta pérdida. El recuerdo había venido a él como de costumbre; no en la gradual confusión de las fantasías, sino con toda la suave claridad, definida y conmovedora, con que vuelven los hechos del pasado. Sólo que era un recuerdo falso. No era suyo. ¡Aquellas imágenes! Eran como recuerdos desplazados de la mente de otra persona, como una fotografía del pasado de otro. Se sintió arrastrado por una oleada de

tristeza. Era como si fuera de segunda mano.

—Me siento como de segunda mano —murmuró Andy—. Recuerdos falsos. Los malditos recuerdos falsos.

—¿Diga, señor? No le he entendido. ¿Se lo vuelvo a llenar, señor?

Andy hizo un gesto con la mano en dirección a la barra.

—Ah, cállese —dijo—. Haga el jodido favor de callarse.

Ignorando la invitación de Skip para reunirse con los demás en el salón, Andy lió un porro de diez papeles en la mesa de la cocina y salió a fumárselo al jardín, con la escopeta de aire comprimido balanceándose en un costado. Se sentó en la cuesta que había bajo los árboles. Estaba atardeciendo y las palomas frías llenaban el aire de murmullos.

Con el canuto encendido, Andy se tumbó de espaldas y pensó en unas vacaciones que había pasado hacía unos años en Italia a bordo de un destrozado Landrover. En aquella época estaba desesperadamente enamorado de una amiga de su hermana, una judía pequeña y ágil que se llamaba Anna y a la que sólo había visto dos veces y besado una vez. Le había escrito todos los días con juvenil desesperación, cartas llenas de un torrente de promesas cada vez más extravagantes hasta que…

Andy abrió los ojos. Los árboles se habían llenado de repente del estrépito de los pájaros.

—¿Cuánto tiempo…?

Andy se enderezó. No tenía ninguna hermana y no había estado nunca en Italia y nunca había estado enamorado de una judía llamada Anna. Otra vez los recuerdos falsos. Se apretó las sienes con las palmas de las manos y dejó escapar el aliento.

—Otra vez los recuerdos falsos —dijo—. Otra vez esos hijos de puta de los recuerdos falsos… ¡A la mierda con todo!

—¿Andy? Soy yo.

Andy abrió los ojos. Giles estaba encima de él, moviéndose con aire inseguro.

—Ah, hola, chico —dijo Andy.

—Tú también has estado llorando —dijo Giles al advertir las huellas de lágrimas recientes en las mejillas de Andy.

—… Sí.

—¿Qué es lo que te pasaba, la verdad?

—Recuerdos falsos.

—Oh. Yo no tengo eso. Yo tengo melancolía callejera. Hasta cuando no estoy cerca de ninguna calle. ¿Por qué será?

—Simplemente porque siempre vuelve a ti.

—Mmm. Es extraño lo de las drogas, ¿no crees? —dijo Giles—, Siempre decían que provocarían lesiones cerebrales y cosas por el estilo. Pero no lo hacen. Solamente tristeza. Tristeza. —Giles sorbió por la nariz—, Marvell me ha mandado a buscarte. Quiere que vayamos y tomemos algo más. ¿Vamos?

—Las drogas me han metido en esto —musitó Andy—, y van a tener que sacarme de aquí.

—Por cierto, Andy, ¿alguno de esos chicos americanos se llama «Johnny»?

Andy esbozó un gesto negativo con la cabeza.

—Eso me *parecía*. Andy, ¿qué es lo que estás haciendo, la verdad? —preguntó Giles, alzando la vista hacia las palomas blancas en las ramas por encima de ellos—, ¿Matando pájaros?

—No. Yo…, no son…

—¿Puedo intentarlo?

Andy señaló el rifle con apatía.

—Qué tengo…, simplemente…, espero que no…, tirar del…, y…

Un ruido sordo y comprimido incendió el árbol, y el castillo de fuegos artificiales lanzó a los pájaros en desbandada hacia el cielo. Una paloma blanca cayó oscilando al suelo. Giraba como una rueda catalina rota.

Andy se quedó mirando hacia arriba, a través de las aterradoras hojas.

—¡Giles! ¡Estúpido gilipollas! ¡Es una *paloma*, es una *paloma*!

Giles se tambaleó, alejándose del pájaro herido.

—*Mátala, Andy —gimoteó—. Mátala.*

53. LA TRANSFERENCIA LUMBAR

Se encendió la primera luz en la rectoría de Appleseed. Todos sus habitantes acudían silenciosa y resueltamente desde los diferentes rincones a la habitación principal. Con el paso del día y la llegada del anochecer sus enfermedades y ansiedades parecían haberse neutralizado temporalmente, disipándose en el aire cambiante. Muy pronto las ventanas estarían a oscuras y no habría nada más que ellos y la rectoría de Appleseed.

—El sistema nervioso central es una escala temporal codificada —comenzó Marvell—, y cada solapamiento de neuronas y cada latitud espinal marca una unidad de tiempo neurónico. Al descender más y más por el sistema nervioso central, pasando por la parte posterior del cerebro, por la médula y adentrándose en la columna vertebral, se registra un aumento y concentración de la actividad genética y descendemos a la galería neurónica de nuestro pasado, como si en este trayecto se destilara toda nuestra personalidad metabiológica. Cuando la droga se introduce en el corredor amniótico empieza a empujarnos, retrocediendo en el tiempo espinal y arqueopsíquico, reactivando en nuestra pantalla mental los paisajes cambiantes de nuestro pasado subconsciente, cada uno de los cuales es un reflejo de su propio terreno emocional, claramente diferenciado. Los mecanismos de descarga de nuestro citoplasma entran en acción, y entramos en fase con una zona totalmente nueva de la psique neurónica. Es nuestro «*yo*» real. Se trata de una rememoración biopsíquica total. Es la transferencia lumbar. Acercaos aquí de uno en uno, por favor.

Sí, eran las siete de la tarde y un manto de truenos se cernía sobre las rosaledas de la rectoría. El aire había dejado de soplar, estaba tan cargado que rezumaba como agua pesada sobre el tejado. La oscuridad fluía en la distancia, y el crepúsculo escudriñaba las colinas como un foco de luz negra que avanzara hacia ellos.

Pero compadezcámonos de los niños muertos. Ahora, antes de que empiece. No tenían manera de saber lo que había detrás de ellos ni lo que iba a ocurrir. ¿El pasado? No tenían ninguno. Como

niños después de un largo día de viaje, sus vidas se componían de retazos de mañanas evaporadas, tardes perdidas y pasados probables.

54. DEMASIADO BUENO PARA DESPERDICIARLO

—¡Keith! —gritó Andy haciendo rodar el carro del vídeo hacia el centro de la habitación—. Túmbate y enchufa eso ahí abajo. ¡Eso no, imbécil de mierda! Joder. ¿Cuánto tiempo dijo Marvell que tardaría? ¿Una hora? Roxeanne… Diana…, dame un coñac, quieres. Estoy a punto de desmayarme.

—Esto tiene que ser realmente fuerte —dijo Roxeanne impaciente—. Recogimos las cintas en Nueva York justo antes de irnos…, todavía no las hemos visto todas.

—No es realmente fuerte —dijo Skip con su voz monótona—. Sólo gente haciéndoselo con cerdos y toda esa mierda.

—Sigue estando vigente el axioma —observó Villiers— de que las películas porno acaban por cansar. Si no son provocativas, son provocativas. ¿Qué es más fastidioso?

—No está mal, viniendo de ti —dijo Marvell.

—Nunca he visto una película porno —susurró Giles por encima de su vaso.

—¡Keith! ¿Quieres…, quieres salir de ahí de una puta vez?

Whitehead se había visto obligado a arrastrarse por debajo de la estantería inferior de la librería empotrada en la pared para enchufar el vídeo. Pero sus brazos eran tan cortos que no podía alcanzar el enchufe. Andy pateó y pisoteó sus piernas, que asomaban temblorosas por debajo de la estantería.

—Dame eso. —Le arrancó a Keith el enchufe de las manos y se arrodilló en la alfombra. Tomó un sorbo de su bebida—. De todas maneras estás demasiado gordo, joder.

Por fin Andy introdujo la cinta en la consola del aparato de vídeo, lo puso en marcha y se sentó, acomodándose la bragueta y lanzando una mirada hostil alrededor de la habitación.

—Muy bien. Si no me empalmo —dijo—, alguien se va a enterar.

Veinte minutos más tarde la habitación jadeaba de aburrimiento.

Habían presenciado la variada descripción de diversos actos

nefandos. Efectivamente, un cochino había poseído a una damisela, y también había habido otro acoplamiento entre un niño de doce años y un representante de la tribu de los simios. Se habían consumido enormes raciones de excrementos («¡Oh, despreciables deyecciones!», exclamó Quentin), algunas personas se habían duchado en orina, y también presenciaron una genuina muerte sexual, en la que una actriz de edad avanzada era asfixiada con una guirnalda de falos soliviantados. El resto era un discordante bestiario, en mareante primer plano, de vaginas boquiabiertas, penes de ruibarbo y traseros hendidos.

—Que te den por culo, Marvell —dijo Andy—. Que te den por culo. Yo no movería un dedo para *hacer* toda esta mierda, y mucho menos para mirarla. No sé por qué cono sigo aquí sentado. No sé por qué cojones sigo aquí.

—¿Por qué no ponemos algo verdaderamente sexy —dijo Lucy —, como *Dumbo*?

—¿Qué, qué pasa? —preguntó Skip—, No hay nada de malo en esto.

—Cámbialo. No me gustan todos los… —dijo Giles con voz ahogada. Tenía la cabeza enterrada en un cojín desde la primera cinta, en la que una actriz se quitaba la dentadura postiza para hacerle una fellatio a un negro lisiado.

Marvell se removió en su asiento. Parecía auténticamente dolido ante la fría reacción de los de Appleseed.

—Eh, Skip, coge…, pon la que nos dio Archie. La nueva. —Se volvió hacia Quentin mientras Skip rompía el sello de la cinta—. Sí, ya lo sé. Pero ésta es distinta. La ha rodado una organización sexual canadiense. Tiene que ser algo nuevo.

—¿Es que todavía queda algo que pueda serlo? —resopló Quentin, cruzándose de piernas y brazos.

La escena comenzaba en un anodino salón de una casa de las afueras. Había un sofá bajo justo enfrente de la cámara. No se veía ningún otro mueble entre éste y la lejana pared gris, desprovista de cuadros. Un hombre y una mujer jóvenes entraron en cuadro al mismo tiempo desde los dos extremos de la pantalla y se sentaron uno junto al otro. Iban vestidos con camisas blancas y trajes oscuros de corte convencional, y tenían un aspecto agradable aunque bastante corriente. Tras una pausa artificiosa, el joven puso el brazo

derecho por encima de los hombros de la chica. Ella se volvió hacia él con una expresión de amable reserva. Se besaron. El joven se acercó más, intentando consolidar su posición, pero la chica no reaccionaba más allá del mero consentimiento, manteniendo las manos a lo largo de los costados, con las palmas hacia arriba. Cuando, medio minuto más tarde, él empezó a besarla en la garganta y en la oreja, algo vibró imperceptiblemente en sus ojos entreabiertos. El acarició su mejilla derecha con la mano izquierda, deslizándola luego por sus hombros hasta el primer botón de la blusa. La chica encogió los hombros para ahuyentar su mano. Esta escena se repitió varias veces; las reacciones de la chica eran cada vez menos resueltas. Luego la palma del hombre descendió silenciosamente, como por casualidad, hasta la pechera de la blusa de la chica. Sus besos se hicieron más penetrantes.

—Que le den por culo a esto. Ese Archie se va a…

—Cállate —dijo Andy, borrando a Marvell con un movimiento del brazo—. Cállate.

Para entonces ya habían caído los dos primeros botones de la camisa de la muchacha, y el hombre había comenzado a abordar sus muslos con una táctica estudiadamente indirecta. Había enganchado su largo brazo derecho alrededor del cuello de ella, y desde allí seguía movilizando su pecho, mientras con la izquierda alisaba distraídamente su pulcra falda negra. La chica desvió sus manos hacia esta nueva amenaza. Se abrió otro botón con un chasquido.

—Dios —susurró Andy—, ¡lleva sujetador!

La ambigua resistencia de la chica se concentraba ahora exclusivamente en la zona inferior de su cuerpo, rindiendo a la insistente mano del joven las onduladas formas de sus pechos apenas descubiertos. Mientras crecía el ritmo de sus besos, él se esforzaba por deslizar su muñeca izquierda entre sus rótulas, que permanecían firmemente cerradas. El hombre cambió de táctica; subió la mano izquierda hasta sus pechos y empezó a acercar el codo a su entrepierna. La falda se alzó unos centímetros.

—Medias —dijo Andy extasiado—. ¡Joder, joder, joder!

Ya fuera por la excitación o por la agitación de sus movimientos, cada vez parecían más tensos y agresivos. El hombre estaba acercando la cabeza a sus pechos con aire amenazador y había

empezado a actuar con la pierna izquierda extendida, tratando de introducirla entre las de ella. Las piernas de la chica se abrieron. Ahora él parecía estar trepando sobre ella; las dos manos y la boca se reunieron en sus pechos mientras el antebrazo y el torso levantaban la falda. Mientras lo hacía dio la impresión de que la chica estaba más tranquila, pero bruscamente empezó a deslizarse fuera de la trampa. La falda se le subió hasta los muslos, mostrando a la cámara un cúmulo de medias, portaligas blancos y unas tiesas bragas rosas sobre cuyo tenso montículo el joven cerró los dedos.

—¡…Si! —rugió Andy.

Inmediatamente la chica se puso de pie de un salto, golpeó al joven en la mejilla con todas sus fuerzas y salió con aire ofendido del campo de visión. La imagen se fundía con un rostro completamente vapuleado por la lujuria.

Giles se había quedado de piedra con un vaso a unos centímetros de sus labios entreabiertos. La sangre bañaba el semblante de Whitehead, desterrando momentáneamente su tono apagado y cadavérico. Los Villiers estaban fuertemente agarrados, y Diana y Lucy echaban miradas confusas por la habitación.

—Ella…, ella… —Andy se debatió en la silla—. Ella no se lo ha follado…, no se lo ha follado… —graznó.

Los americanos fueron los únicos en no manifestar ninguna reacción. Se consultaron entre sí desconcertados, y luego Roxeanne habló.

—Si eso es… Escuchad… —Alzó la voz para cortar las espasmódicas charlas—. *Escuchad*. Si os empalmáis con una cosa así, podríamos montarnos algo ahora mismo.

—… le pegó… sólo porque él…

—… casi lo consigue. Creí que iba a…

—… puso la mano en ese sostén…, esas malditas medias…

Roxeanne miró a Marvell con aire amenazador; éste extendió los brazos y dijo:

—Quent. ¡Eh, Quentin! Escucha, esto, estamos… Bueno, Rox está cabreada porque no pasa nada.

Quentin frunció sus maravillosas cejas.

—¿Qué tipo de cosas no están pasando?

—¿Es que no hay nadie por aquí a quien le guste follar? —preguntó Roxeanne.

Andy se incorporó y se miró la entrepierna con aturdimiento.

—… mi pija. ¡Casi no puedo ni parpadear!

—Eh, Andy —dijo Marvell—, ¿por qué no das tú el primer paso?

—Sí —dijo Roxeanne—, ahora que por fin lo has conseguido.

—¿Mmm? —Les miró—. Naa. Naa, a tomar por culo. Hazlo tú misma. —Se dirigió a la puerta tambaleándose—. Voy a hacerme una paja. Esto es demasiado bueno para desperdiciarlo. Aaauu, mi *polla* —exclamó Andy en tono angustiado, saliendo atropelladamente de la habitación.

—Estoy empezando a darme cuenta de lo que os pasa —dijo Roxeanne—. Estáis tan hechos polvo que ni siquiera podéis… Lo que tengo que *hacer*… Cualquiera de vosotros. Vamos a montárnoslo. *Adelante.*

Miró a Quentin, a Giles, a Celia, a Diana, a Lucy, a Quentin de nuevo.

—Cualquiera de vosotros. Venga. Vamos a empezar con *algo.*

—¿Conmigo? —preguntó Whitehead.

55. NO SEAS DESAGRADABLE

Keith recordaría durante el resto de su vida la divina comedia de aquel lento y parsimonioso ascenso al ático de la rectoría. Naturalmente, una parte de su cerebro seguía estando angustiosamente pendiente de su entorno inmediato. La salida del salón, por ejemplo: ¡con qué horripilante facilidad había sido llevada a cabo! Roxeanne simplemente se había vuelto hacia él —luego había *sonreído*, en serio— y había salido tranquilamente de la habitación. Whitehead se había ido detrás de ella, abriéndose camino a través de una selva de turbación, *sin que ninguno de los presentes se riera, protestara ni intentara intervenir espontáneamente*. Mientras trepaba por la desgastada alfombra de la escalera, otra zona de su cerebro —aunque no menos cohibida que la anterior— se estremeció con regocijado pavor. Otro escalón. Miró las fuertes piernas de Roxeanne elevándose delante de él y supo que, pasara lo que pasara, por muy patética y grotesca que acabara por resultar la escena, habría conseguido algo que tendría un valor verdadero y perdurable. Otro escalón. Habría desviado bruscamente su vida en dirección a algo que no era completamente ridículo, habría llevado a cabo una incursión en lo indecible, habría trascendido su defectuoso cuerpo, habría tocado una piel bonita. Otro escalón. Tuvo un súbito presentimiento al pasar por la chirriante habitación de Andy. Otro escalón. Seguro. En el último tramo le invadió una oleada de pura gratitud; quería detenerse y tomarla en sus brazos, besarla largamente y con suave languidez y volver silenciosamente junto a sus amigos. Otro escalón.

Pero las cosas empezaron a acelerarse.

Ella entrar deprisa en la habitación, darse vuelta, quitarse camisa, bajarse vaqueros, sin bragas, cogerse pechos en manos. En la cama. «Ven aquí.» El ir, arrodillar, ella boca sobre él labio. Ella empujar él otra vez a la cama, trepar delante de él para arrodillarse por encima de él hombro agarrar él oreja para apretar contra ella pubis. Luego espatarrarse él regazo. Quitar él camisa, despegarle luego él pantalones. El sentar de repente, quitar él botas, ella lamer él espalda y ella lamer él

debajo brazo. El tumbar ella otra vez encaramarse a él para tirar de él pelo, pasarse ella misma por él cara. Ella girar círculos, inclinar adelante. Ella meter él genital en ella boca y frota ella perineo contra él cara qué bueno. Ella orinar un poco. Ella baja por él cuerpo para lamer él muslo. Ella saca ella dedo, lo apretar contra esto meter por él culo. El defecar un poco. Ella apretar ella uña en él cadera, arrastrar pechos por él pierna, comer él pene. El cabeza echar hacia atrás en largo alarido silencioso.

Cuando Andy bajaba silenciosamente la escalera, Quentin surgió entre las sombras del pasillo. Entraron en la cocina sin hacer ruido.

—¿Buena?

—Cojonudamente maravillosa —dijo Andy, sacudiéndose las manos—. No sé por qué la gente se toma interés en otras cosas…, yo no, la verdad. Casi me doblo en dos.

—Adivina lo que está pasando.

—Déjame ver. Skip se está tirando a Mrs. Tuckle.

—No. ¡Roxeanne está follando con el pequeño Keith!

—Quentin —dijo Andy—, llama a la policía.

—¿Para que arreste a Keith?

—Para que arreste a Roxeanne. ¿Qué clase de pervertida es ésa? *¡Keith!*

—No, es cierto.

—No seas desagradable, joder. Quiero decir que no es que esté impresionado; sólo que da la casualidad de que no me parece particularmente divertido, es todo.

—Es *verdad*, Andy. Nadie quería hacerlo, así que el pequeño Keith se ofreció voluntario.

Andy echó la cabeza hacia atrás soltando una carcajada oscura y anárquica.

—¡Keith! ¡Ese figurón!

—Si se puede llamar figurón a alguien que carece de figura.

—Pero la verdad es que hay que reconocer que tiene mérito.

Venga, joder, reconócelo. De todas formas, ¿cuál es la diferencia a fin de cuentas? Uno acaba por acostumbrarse a toda clase de mierdas. —Andy señaló con la cabeza la puerta del salón—. ¿Qué hay por ahí?

—No gran cosa, en realidad. Skip está intentando hacérselo con Lucy, quien al parecer está intentando entrarle a Giles, o al menos

consolarlo. Y…, bueno…, Marvell está intentando entrarle a Diana… No debería haberlo mencionado. Está teniendo poco éxito.

—Me importa un carajo. He estado hablando con Diana esta tarde. Vamos a dejarlo.

—No. ¿De verdad?

—Sí. Ya se lo he dicho, qué cojones, y eso es todo. Sin *historias*.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Bueno, está completamente destrozada. Normal. Pero qué cojones, ¿entiendes? Tenía que ocurrir.

—Siento oír esas noticias, Andy.

—Tranqui.

—Y dime…, ¿qué diablura estás planeando ahora?

—Naa… —Andy estaba a punto de encogerse de hombros con desaprobación, pero luego se le iluminó la cara y adoptó una expresión burlona—. Yo…

—Lo notas, ¿verdad?

—Sí que lo noto; es verdad.

—Es completamente imposible describirlo, ¿verdad?

—Sí; completamente imposible.

56. EMPEZÓ DE UNA FORMA EXTRAÑA

Empezó de una forma extraña. No hubo ninguna sacudida ni acometida; fue como si siempre hubiera estado allí. La madera de palo de rosa de la mesa de la cocina parecía haberse desteñido; ahora era de un suave color marrón pastel. Los azulejos azules y amarillos del techo retrocedieron y se desdibujaron hasta que no fue posible distinguir el dibujo. Hasta la pintura blanca de las paredes parecía haberse transformado en algo más diluido, más neutral. El color había empezado a escurrirse fuera de la casa.

Andy acababa de sentarse en el sofá y de servirse un Benedictine séxtuple cuando Roxeanne entró en el salón. Dejó el vaso de un golpe y se acercó apresuradamente a ella. Marvell y Skip se pusieron de pie.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Lo habéis hecho?

—¿Si hemos hecho qué?

Andy aflojó los hombros.

—Muy bien, te lo he preguntado bien. ¿Te lo has follado o no te lo has follado?

—No me lo he follado. —Roxeanne hizo un gesto con la cabeza a Marvell y Skip, que se acercaron a la puerta. Skip se estaba remangando la manga derecha. Los dedos de Marvell jugueteaban con la hebilla del cinturón.

Andy giró en redondo.

—¿Qué está…?

Roxeanne hizo una seña a Skip y Marvell para que se apresuraran y le dijo a Andy:

—No pudo empalmarse. Y vomitó. No le gustan las chicas.

—Cuando entremos —le estaba diciendo Marvell a Skip mientras salían de la habitación—, no hagas el gilipollas. Limítate a cogerle por las piernas y…

Andy señaló con un gesto indeciso la puerta cerrada. Se volvió hacia Roxeanne.

—¿Qué pasa?

Roxeanne se sentó. Parecía acalorada y verdaderamente enfadada, pero mantuvo la voz tranquila, incluso bastante *piano*.

—Empiezo a tener algunas teorías sobre esta casa. No hay ni una sola persona en ella que sepa follar bien. —Suspiró—. Lo que van hacer, Andy, es lo siguiente: Marvell simplemente va a follárselo; estupendo… pero antes Skip va a meterle el puño. ¿Lo has cogido?

—Meterle el… ¿Quieres decir… por el…?

Roxeanne puso la mano derecha estirada en el pliegue interior del codo izquierdo.

—Meterle el puño —dijo.

—¿Todo eso? Por el… ¿Metérselo por el…? —Andy cruzó un brazo sobre el estómago, cubriéndose desde el hueso de la cadera hasta el plexo solar. Se quedó mirando a Lucy y a Diana—. Pero no es posible. Es demasiado pequeño. Le llegará hasta el…, le dejará hecho una puta mierda.

Roxeanne alcanzó la botella de licor.

—Skip me ha dicho que al principio está muy apretado, pero que luego se queda como hueco —dijo en tono prosaico—. Todo se queda como si… cediera, ¿entiendes? No produce ningún daño permanente. Es asombroso lo que puede hacer la gente impunemente hoy en día.

Andy empezó a encogerse mirando hacia la puerta. A los ruidos de violentos forcejeos que llegaban de arriba se unió ahora un grito tenue y como de insecto.

—Ese gordito de los cojones… —dijo Roxeanne.

Marvell se inclinó para subirse la cremallera de la bota.

—Ese hijo de puta de Archie —dijo.

—Sí —dijo Skip, metiéndose la camiseta por la cabeza—. ¿Qué mosca le habrá picado?

—Es la última vez que hago un trato con ese comemierda. No puede hacerme esto y lo sabe. Esto acabará con él. Ya va siendo hora de que se jubile.

—A lo mejor —dijo Skip con su voz sin inflexiones mientras se abrochaba el cinturón—, a lo mejor era una especie de, algo así como un chiste. Bueno, las otras películas estaban bien.

—A lo mejor una leche. Me cobró cien, como por todo el resto. Es un soplapollas. Si quiero ver a Shirley Temple me voy a la

videoteca.

Skip se agachó delante de una maleta. Repentinamente dejó escapar un rugido de indignación y consternación. Marvell se estremeció. Luego se acordó de que la carta del padre de Skip estaba a salvo, custodiada por Quentin.

—¿Qué pasa?

—La muy hija de puta… Ven aquí, Mar. Échale un vistazo a eso.

Marvell cruzó la habitación arreglándose el cuello de la camisa. Skip señaló la maleta con un gesto desmayado. En medio de un lío de ropas se había derramado un frasco de esmalte de uñas amarillo.

—Por lo menos es incoloro —dijo Marvell.

—¿Cuántas, cuántas veces? Se lo he *dicho* mil veces, me cago en diez.

Marvell chasqueó la lengua.

—Bueno, ahora mismo no vamos a pelearnos con ella por eso. Conozco a Rox y sé cuándo empieza a sentirse impaciente.

Skip se dio la vuelta.

—¿Sí? ¿Y qué hacemos ahora; se te ocurre alguna idea?

—Algunas. —Marvell se pasó las manos por el pelo—. Algunas. ¿Qué tal la droga?

—Asusta un poco. Me gusta.

—Venga. Vamos allá.

En el extremo más alejado de la habitación, entre la cama y el armario, había un montón de mantas y ropas. Dentro había un bulto inmóvil. Era Whitehead.

57. LOS ANTIGUOS TERRORES

Durante los veinte minutos que los americanos estuvieron ausentes del salón Celia secundó a su marido en sus esfuerzos, coronados por un éxito total, de volver a poner paz en la habitación, de moderar los irónicos comentarios que Roxeanne murmuraba entre dientes, de reducir a escombros el exaltado ánimo de Andy, que se puso a maldecir. No fue sólo el maravilloso talento de Villiers para la diplomacia el que contribuyó a calmar los ánimos. En la habitación reinaba una atmósfera de creciente introspección y frío egocentrismo; sus ocupantes no reparaban en nada.

La misma Celia se estaba divirtiendo mucho. Estaba evocando, en etapas progresivas y suculentas, toda la alegría y la seguridad de los últimos meses que había pasado al lado de Quentin, el Hamlet absurdamente hermoso que tenía a su lado, reviviendo cada una de las declinaciones de la entrega tierna y exquisita que había sido su amor. Pero también se le estaba empezando a escapar todo eso; ella también estaba desmoronándose, tambaleándose lentamente fuera de este presente, el presente tan magníficamente adornado por la presencia de Quentin; desmoronándose en el aislamiento y en la contingencia de la vida sin él. Celia creyó ver algo por el rabillo del ojo. Dio media vuelta para salirle al encuentro pero su cabeza volvía a deslizarse hacia…, hacia *yo sí que le follo enseguida pero no me ha salido gratis acabó con La Mandarina lo mejor sería que fuéramos buenos amigos le dijo a su pomelo lo que se podía conseguir con dinero y sus cuerpos con pollas hijos de puta mierdas come mucho y quédate sola y tú eres* Celia.

Se volvió hacia el hombre que estaba a su lado en el sofá y podría haber sido cualquiera; había perdido los rasgos de Quentin Villiers. Incluso cuando se volvió hacia ella, saliendo al encuentro de su mirada preocupada con una sonrisa que definía exactamente sus agitados pensamientos y sus temores; no pudo evitar un escalofrío.

Celia se disculpó y subió a su habitación, sintiéndose confusa

pero no aterrorizada. Había recuperado su antigua fuerza junto con los antiguos terrores. Entró y cerró la puerta, sintiéndose más tranquila ahora que todo estaba silencioso en el piso de arriba. La solidez de los objetos familiares —sus tubos de maquillaje, sus zapatos, los libros y el secador de Quentin— la tranquilizó aún más. Ahí estaba el presente, por lo tanto, aunque se escapara de ella algunos instantes. ¿Qué frases eran esas que había oído? No las había pensado ella.

Celia se encogió de hombros y sonrió a la cama sin hacer, inclinándose para besar la almohada aromática sobre la que había reposado el rostro de su marido hacía un rato. Entonces vio una hojita de papel sujeta al cabecero con un alfiler. Creyendo que sería uno de los aforismos o de los epigramáticos poemas de amor de Quentin, se arrodilló en la cama para examinarlo. Había una flecha dibujada toscamente señalando algo oculto bajo las mantas y un letrero que rezaba: *Johnny lo ha dejado todo ahí abajo*. Como en cualquier caso tenía la intención de hacer la cama, Celia levantó la colcha y dejó al descubierto la sábana de abajo. Un sonido insensato salió a borbotones de su boca entreabierta.

Keith se despertó de un sueño dolorido y poco profundo. En un primer momento, al notar la aspereza de las mantas y el calor de la profunda oscuridad, creyó que estaba en su habitación. Advirtió que estaba llorando y que moqueaba con abundancia, pero también es cierto que se despertaba así con frecuencia. Al acurrucarse sobre sí mismo, mientras se preguntaba cuánto faltaría para que se hiciera de día, le arrasó una oleada de malsanos recuerdos.

Keith se sentó y arrojó lejos de sí las ropas pegajosas. La luz le hizo abrir los ojos: de repente se encontraba desnudo. Sintió un vacío que se abría paso como un dardo ardiente desde el estómago hasta su entumecido trasero. Miró hacia abajo y vio que había eyaculado en algún momento. Esto hizo que se pusiera a llorar de nuevo.

Recorrió la habitación cojeando y tambaleándose para recoger su ropa. Su piel abotagada, parecida a la de un bebé pero también a la de un cadáver, tenía un enfermizo aspecto moteado a la luz cambiante de la habitación. De vez en cuando tropezaba con algo o jadeaba, respirando con dificultad a causa de la pena. Su camisa de algodón estampado estaba hecha jirones; las grapas de los fondillos

del pantalón habían sido arrancadas y en la parte interior de la pernera había un desgarrón imposible de remendar. Se metió en lo que quedaba de los pantalones y se injertó las hirvientes botas. Pensó qué podía hacer.

El único y principal instinto de Keith era el de *esconderse*.

—Esconderse —dijo. No contemplaba con autocompasión lo que había ocurrido; en absoluto. Sólo se sentía avergonzado. Ahora lo que quería es que nadie lo viera. Podía perdonarles cualquier cosa excepto su charla y sus miradas.

Sabía adonde podía ir. Estaba seguro de que ahora no habría nadie. Keith abrió la puerta y se quedó tenso, ataviado con sus ropas hechas jirones. Se precipitó por las escaleras en sombras a una velocidad alarmante.

58. TODO SERÁ UNA LOCURA

Andy estaba intentando decidir qué clase de bronca iba a montar cuando por fin regresaran Marvell y Skip, pero mientras duró su ausencia, esa idea, llena de posibilidades y de hermosas visiones, le iba pareciendo cada vez más abstracta. Tenía la sensación de que su cuerpo se estaba deshaciendo, derritiéndose para volver a solidificarse en una versión de sí mismo más débil y menos vigorosa, de una manera extrañamente suave de la que sólo era a medias consciente. Seguía mirando gravemente a Diana y a Lucy, que estaban hablando en el diván. Pensó en su aspecto agradablemente asexuado, en lo charlatanas e inconsecuentes que eran. Lo que de verdad quería hacer era acercarse a ellas y tumbarse entre las dos. No las molestaría. Por una vez en su vida lo único que quería es que no le hicieran caso.

La puerta se abrió bruscamente. Skip y Marvell entraron en la habitación.

Andy hizo como si fuera a levantarse.

—Muy bien, ¿qué habéis hecho con él, hijos de puta?

Skip se instaló en el comedorcito y Marvell cruzó tranquilamente la habitación y se sentó en el brazo de la silla de Roxeanne.

—Eh, maricas de mierda… —De repente su mente sufrió una sacudida. Hasta ese momento la habitación había permanecido silenciosa y expectante…, pero nadie le oía. Andy hizo un esfuerzo aterrador y se enderezó—. Marvell —dijo con voz desfallecida—, hijo de la gran…

—Eh —dijo Marvell con voz alegre—, ¿qué le pasa a Andy?

—Andy —oyó la voz de Quentin procedente del fin del mundo —, ¿qué te pasa?

—Yo…

Andy se cayó del asiento. Estaba pedaleando en el aire del centro de la habitación. Vio las puertaventanas y se acercó a ellas entumecido. Algunas manos se tendieron para ayudarle o detenerle, pero las apartó con esfuerzo y se abrió paso bruscamente en la

noche llena de animación.

Su mente registraba destellos de una tremenda actividad; no eran pensamientos, no eran pensamientos: las frases que cruzaban su cerebro llevaban allí mucho más tiempo que él; eran frases hechas a la medida. Trató de gritar por última vez, pero su mente seguía deslizándose hacia atrás, hundiéndose en… en *sígueme y no te vuelvas loco has nacido justo a tiempo sus ojos distantes ven un tiempo lejano Andy sin sexo anulado y prolongado sino oyendo el chapoteo de las aguas del sueño de la ciudad con yonquis enfermos en busca de calor en una oscura región de colchones de hierba que grita* y Andy.

Unos minutos más tarde, Andy se levantaba del césped. Las frías lágrimas se habían evaporado en sus mejillas. Había regresado. ¿A qué? A la nada y a un corazón cosquilleante.

—Hijos de puta —dijo—. Hijos de la gran puta sordos, ciegos y mudos.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la casa.

—… *Andy*…

Andy giró bruscamente hacia el garaje. Era un sonido imposible, como el que haría un animal o un bebé herido.

—Andy…

Estaba a pocos centímetros de él. Andy miró hacia abajo de repente… y lo vio por la estrecha ranura de la ventana de su habitación, con la cara iluminada por un poco de luz macilenta que se colaba por una rendija del techo.

—¿Keith…?

—Andy, lo he hecho. Me estoy muriendo.

Celia estaba frente a la puerta del salón. Temblaba con una violencia casi teatral.

—¡Quentin! —gritó—. ¡Quentin!

La puerta se abrió.

—¿Cariño…?

Celia pareció desplomarse en sus brazos, pero luego se echó hacia atrás desazonada. El alargó la mano hacia ella.

—Cariño, cariño. Vamos, vamos.

Ella retrocedió.

—Ven aquí —dijo, conduciéndolo escaleras arriba—. Hay algo que tienes que ver. Hay algo que tienes que saber. Que tiene que saber todo el mundo. Ahora.

—Cariño, ¿qué es esto? Amor mío, estás…

Ella se detuvo en el rellano y alzó las manos para hacerlo callar.

—Escucha. Hay…, alguien…, hay *excrementos* en nuestra cama. En nuestra *cama*.

—Qué indeciblemente asqueroso.

Celia se estremeció y él se acercó más.

—No. Escucha. No es excremento humano. Hay…, tiene otras cosas, tienen un olor repugnante, fétido, no sé lo que son. Parece *vivo*.

El la siguió al interior de la habitación. Celia se acercó a la cama, se volvió hacia él y levantó la sábana de arriba. Quentin se aclaró suavemente la garganta por detrás de la mano que se había llevado a la boca.

—Es como esencia de ser humano —dijo. Cogieron la sábana por las esquinas, doblándola en dos, y luego otra vez y otra.

—Te das cuenta, cariño, verdad —dijo Celia—, de que ahora todo ha cambiado. De que tenemos que hacer algo. Si no hacemos algo, nada volverá a tener ningún significado. Si no hacemos algo, todo será una locura. Si ahora bajamos y fingimos que esto no ha ocurrido… ¿qué será de nosotros?

—Tienes razón, por supuesto, cariño.

—Vamos a tener que ir ahí abajo y averiguar qué es lo que está pasando.

—Sí.

Se dieron un rápido abrazo. El cogió la sábana doblada. Estaban a punto de dirigirse hacia la puerta cuando oyeron un griterío que venía del piso de abajo. Luego se oyó la voz de Andy, vibrando alegremente mientras subía las escaleras:

—*¡Eh, Quent!* Será mejor que vengas, tío. ¡El pequeño Keith se está muriendo delante de nuestras narices!

Quentin dejó caer la sábana en la cesta de la ropa sucia y salió apresuradamente de la habitación. Celia observó cómo se marchaba con expresión endurecida. Entonces supo que había perdido.

59. ALGO QUE HACER

La noticia de la inminente muerte de Whitehead infundió nuevos ánimos a los habitantes de la rectoría de Appleseed, lo cual no es de ningún modo tan paradójico como pueda parecer a primera vista. Para empezar, marcaba el final de lo que el doctor Marvell Buzhardt llamaría más tarde «el factor de deslizamiento», consecuencia inevitable de la acción de la retrodroga en el organismo; y los inquilinos de Appleseed, sumidos en la vertiginosa caída en sus propias inseguridades, se sentían maravillosamente aliviados ante los sufrimientos, más gráficos y espectaculares, del joven moribundo, que en ese momento estaba sentado en la butaca de respaldo alto del salón, con un público exclusivamente masculino reunido alrededor de su airosa bata. Y no sería Keith quien les aguara la fiesta; ni pensarlo. Whitehead no se había sentido mejor en toda su vida.

—Muy bien —dijo Andy frotándose las manos—. Yo opino lo siguiente: tenemos que impedir que este pequeño hijo de puta tenga un ataque o se desmaye o algo así. ¿Correcto?

—Es evidente que no podemos implicar en esto a las autoridades —murmuró Villiers.

—Podríamos, podríamos obligarlo a que vomitara mucho —dijo Skip.

—Sí —dijo Marvell—. Tiradlo a la puta bañera. Agua hirviendo. Un litro de ginebra. Obligadle a que se beba toda la puta botella.

—Yo lo hice una vez —dijo Giles—. Te sientes *fatal.*

—No estoy embarazado, ¿sabéis? —dijo Keith cruzándose de brazos, malhumorado—. Vaya, ni siquiera me habéis preguntado todavía qué es lo que me he tomado.

—Ah, sí —dijo Andy con una alegre carcajada—. Tiene razón. Muy bien, Keith…, ¿qué te has tomado?

—Los ochenta barbitúricos que me diste ayer por la mañana.

—¿Te di… barbi…? Pero si no funcionaban.

—Sí que funcionaban. Te engañé.

Andy se echó hacia atrás.

—Que me jodan —dijo.

—¿Qué eran, Andy? —preguntó Marvell en tono doctoral, cogiendo rápidamente un boli y un cuaderno. Andy se lo contó como pudo. Marvell le escuchó, asintió y le dijo a Keith—: Chico, estás casi muerto. Dentro de unos veinte minutos te entrarán ganas de irte a dormir; si te duermes, la has cagado. Lo mejor será que te saquemos eso del cuerpo. Si no, tendrás que quedarte de pie. Toda la noche. Tráeme el coñac, Rox… Más vale que empecemos a darle. Porque nosotros también tendremos que quedarnos.

—«Es de la mayor importancia» —leyó Lucy en voz alta—, «que me comunique su decisión en el plazo de las próximas veinticuatro horas. Gracias. Suyo afectísimo, Keith (Whitehead).»

—¿Os dais cuenta de lo que digo? —dijo Celia.

—Mmm. Es bastante sexy. Sabe cómo buscarles las cosquillas a las palabras. Celia, no tiene nada que ver con la carta que «Johnny» le escribió a Diana. —Alzó la segunda hoja de papel—. Por cierto, ¿qué es un «perineo»?

—Lo que hay entre el coño y el culo —dijo Diana.

—Ah.

—Escuchad —dijo Celia—: Keith ha estado en un manicomio; además sabemos que estuvo muy enfermo… algo del estómago, lo que explicaría… —Señaló de soslayo la cesta de la ropa sucia—. Y ahora esto. Es evidente que está desesperado…

—Venga, Celia —dijo Lucy con jovialidad—, ¡no digas tonterías! Si Keith fuera *Johnny* no habría… Keith nunca haría una cosa así. ¡En serio! Pobre diablo… Ayer se pasó la mitad de la noche en mi habitación sin saber cómo darme un beso de buenas noches. Puede que esté un poco chiflado…, bueno, ¿tú no lo estarías?…, pero no haría…, ya *sabes*.

Lucy apeló a Diana. Estaban las tres sentadas en la habitación de Celia; Lucy y Celia sobre la cama sin hacer y Diana extendida como un drapeado en el vecino sofá. Las tres estaban bebiendo grandes dosis de tequila de una botella de dos litros que Lucy había ido a buscar un rato antes a los archivos alcohólicos de Giles (ahora desatendidos). En cuanto a los hombres, la nueva crisis parecía haberles proporcionado al menos un puñado de certezas transitorias, algo en lo que concentrar sus erráticas mentes, algo que hacer.

Celia dijo:

—Diana cree que es Skip, ya lo sé. Yo pensé por un momento que era Marvell, pero no entiendo qué es lo que…

—Pero, querida, tiene que ser él —dijo Lucy—. Sería demasiado aterrador que no lo fuera. —Bebió un sorbo de tequila y escupió un poco al acordarse de otra cosa—. Mmm… y alguien llamado Johnny le ha hecho una mala pasada a Giles esta tarde. No quiso decirme qué, pero tenía los nervios de punta y todo eso. Vino a verme y me preguntó cuál de los americanos se llamaba «Johnny». Se quedó pasmado cuando se enteró de que ninguno de los dos se llamaba así.

—¿Pero no creéis —dijo Celia— que Keith…? Me refiero a lo que le han hecho esos chicos. Y lo de Roxeanne y todo eso.

—¡Celia! Tú misma has dicho que lo han encontrado cuando Keith estaba arriba.

—Oh, no lo *sé*. Sólo quiero que se acabe este asunto. —Sus ojos se nublaron y alargó la mano para coger un pañuelo de papel—. ¿Por qué no puede acabarse de una vez?

—Si fuera Keith ya estaría resuelto. —Lucy se acercó a la ventana, atraída por los ruidos que se oían en el jardín—. Ahora no puede hacer nada. No. Es alguien peor que Keith. —Se dio la vuelta y apoyó los codos en el alféizar. Celia y ella se miraron, y de repente se dieron cuenta de que Diana se había retirado de la conversación, que en realidad parecía haberse marchado de la habitación.

—¿Diana? —preguntaron a la vez.

Diana intentó decir algo, pero no le salían las palabras. Se enderezó; no, estaba cayendo, cayendo en…, en Ibrar otra vez y por favor la carretera negra como tristes luciérnagas pestañeando en el rocío y sacos de dormir el almidonado escalofrío de la noche cansancio todos los días lasitud y asco por el rosado refugio que es breve y desagradable estar sola sin saber por qué en paseos de jardines colgantes el primero de muchos veranos el tiempo eso es odiarlo todo el tiempo preguntarse Diana.

Respiró pesadamente y apretó la mandíbula. Dijo:

—Creo que es Andy.

LX. ANDY

Si le preguntan su edad, Andy puede responder sin faltar a la verdad y sin sentirse demasiado cohibido que no tiene ni puta idea.

—Supongo que unos veinte —le gusta decir, haciendo un ademán negligente—, año más o menos.

Tiene veinticuatro años. Hoy es su cumpleaños. Hoy, mientras se tendía en el prado vecino, mientras contaba las estrellas que se apagaban y hociqueaba en la hierba sollozante: por tanto, hace veinticuatro años una chica de tez morena se apartó la sábana húmeda de la cara y preguntó:

—¿Tiene diez deditos en las manos? ¿Y diez deditos en los pies?

—Está guai, creo —dijo el siniestro hippie, pasándose la manga por la barba—. Creo que está guai.

Estaba guai. Su madre se mudó dos semanas más tarde y Andy pasó los primeros años de su vida gateando por el país de los colchones en el piso comunal de Earls Court, lóbrego y de techos altos, a la caza de pechos desocupados, en busca de calor, invadiendo los sacos de dormir que se quedaban por ahí y criándose a base de cereales y fruta reseca. Era el hijo adoptivo de cien niños abandonados al nacer, el niño mimado de una docena de guitarristas rítmicos itinerantes, el predilecto de docenas de camellos provincianos, el favorito de miles de yonquis hechos polvo.

Le llamaron Andy a causa del desmesurado tamaño de sus manos.[5] Él se puso Adorno por el filósofo marxista alemán cuya muerte tanto había abatido a la comuna en el verano de 1972, cuando Andy era todavía un niño. *Andy Adorno*… era el nombre más exquisito que había oído en su vida.

Las autoridades se enteraron de la existencia de Andy Adorno durante una incursión rutinaria de los funcionarios de la Junta de Higiene y Sanidad del pueblo. Según consta en el expediente, Mr. Derek Midwinter, el inspector a cargo de Andy, describió sus relaciones con el chico como «una maldita pesadilla de principio a fin». En un primer momento tuvo la intención de sacar a Andy del

piso, inscribirlo en el censo, hacerle ingresar en una Unidad de Atención Infantil y encargarse de su educación, pero acabó pagándole cinco libras y media a la semana para que le dejara en paz. (Adorno continuó dominando a otros muchos representantes de las autoridades con un sistema de «o pagas o la cagas» inventado por él mismo y basado en complicados chantajes sexuales y en la fuerza bruta.) Cuando le pareció bien, en el momento en que se sintió preparado, Andy se acercó parsimoniosamente a la escuela secundaria de Holland Park y preguntó por el director. Tras una entrevista de cinco minutos, Andy estaba charlando con las chicas en el patio de recreo mientras la directora, pálida, rellenaba sus formularios de matrícula con las fechas atrasadas. Según los términos del acuerdo, sólo estudiaría Novela Americana Moderna, y además esta especialización no se vería necesariamente reflejada en sus calificaciones. Esa tarde Andy fue elegido delegado de la clase.

Earls Court era su tierra.

Un país de veinticuatro horas. Todos los días, a las nueve, los enormes autocares jadeantes descargaban a cuatro mil extranjeros en sus plazas polvorientas. Casas surcadas de tubos de desagüe que parecían cuarteles de la legión extranjera, con los ruidosos porches repletos de griegos sin un duro y turcos tuberculosos. Los hombres en camiseta miraban por las ventanas estancadas. Por la noche los pubs eléctricos vomitaban a un millón de jovencitos; desfilaban las muchachas descaradas y los muchachos descarados salían de caza por la desigual franja de las aceras, la oscuridad vibraba con el olor a curry procedente de las delicatessen de neón. Los vagabundos dormitaban detrás de los puestos de revistas de chicas desnudas. Había pakistaníes moribundos acechando en los escaparates pobremente iluminados. A las cinco de la mañana, el silencio raído y azotado por el viento caía sobre el derrengado vecindario. Las cajas de comida preparada y los paquetes de cigarrillos vacíos giraban sobre sí mismos entre pieles de fruta y latas de cerveza. Las moscas narcotizadas envolvían como redecillas para el pelo los charcos y las mierdas de perro. Los gatos viejos se asomaban a las verjas. Las basuras formaban destartalados edificios que se derrumbaban sobre los oscuros escaparates, como sueños derribados en el sueño de la ciudad. El aire traía el susurro de la ciudad que empezaba a ponerse en marcha, una música lastimera con un fondo

de mar picada.

Durante el día y las primeras horas de la tarde, Andy supervisaba sus consorcios de droga, se ocupaba de otros pequeños negocios marginales, compraba discos, tocaba, veía películas, daba patadas a los perros, veía la tele, leía, bebía, comía y follaba. Estaba en todas partes; era una figura familiar y respetada en el atestado paisaje.

De madrugada, unos momentos antes de que llegara el silencio, trepaba por las salidas de incendios clausuradas y exploraba los tejados y las claraboyas, se tumbaba en la hierba manchada de hollín de detrás de la estación de metro, se sentaba en los columpios y cantaba, trepaba a los árboles en las plazas a oscuras, gritaba hasta que el amanecer se quedaba empañado por las lágrimas, corría como un animal por las calles moribundas.

Resumen radicalmente abreviado de la vida sexual de Andy.

Fue un pionero; empezó a dejar de acostarse con chicas a los diecisiete años. Intenso, confuso, repentino, extraño: fue toda una revelación. «Y además la chica era muy suave», medita Andy con tristeza.

Una noche de otoño se pasó por Life on Mars para tomarse la última copa; allí seleccionó y, a su debido tiempo, abordó a una chica para llevarla a casa. «Unos dieciocho años, rubia y de pelo largo, holandesa o algo así, con una cara bonita y buen cuerpo. Se me echó encima temblando como una batidora. Recuerdo que tuve que pegarle un poquito. Vaya por Dios… Ni siquiera me acuerdo de cómo se llamaba. Irma…, algo así. Wilma. No. Norma. No. Espera…» La llevó a su casa y subió delante de ella las escaleras con olor a repollo. Fue con ella hasta su habitación, se dejó caer sobre el colchón doble y le aconsejó que se quitara la ropa y se tumbara con él. «Bueno. Estamos hablando y esa historia. Yo saco el whisky y todo eso. Ella está desnuda, yo estoy desnudo, ella está prácticamente sentada en mi cara, y…, bueno…, estamos empezando a ponernos cariñosos. Y entonces, bueno, joder, simplemente… ocurrió. No me la tiré.»

¿Problemas para empalmarte, Andy? «Qué va. Al contrario. Menuda pica tenía… Podría haber derribado a un negro de dos metros y medio con la polla que se me puso. No veas, cuando fui al baño para soltar el whisky, prácticamente tuve que ponerme cabeza

abajo para mear en la taza y no en mi puta nariz. Joder. Qué va. No tenía nada que ver con eso, para nada. Bueno, escucha. Estoy seguro de que va a pasar algo espantoso, pero me pongo a ello. Bueno, no hay más remedio, ¿no? Aunque sólo sea por educación. De todas maneras ella ya tiene las dos piernas prácticamente encima de mi boca y no quiero que piense que soy uno de esos pervertidos o un maldito maníaco sexual…, me inclino sobre ella y le digo: "Lo siento, chica, no me apetece." Ni de coña. Así que me pongo a ello. Mierda. Era…, no sé qué es lo que era. Era…»

Era sexo anulado. Era una sensación de inmenso hastío teórico combinada con un agudo presentimiento local, era una irritación trivial estrechamente unida a una repugnancia cósmica, ofendidos remilgos unidos a un terror apocalíptico. ¿Dónde encajaba ella? ¿Qué eran esos pechos suyos, esos tobillos, ese pelo…, esos *ojos*? ¿Qué papel desempeñaban, y para qué servían él y su cuerpo? Se sentía como un actor secundario en un montaje teatral de altos vuelos, como el motor servil de un cuerpo ajeno.

La chica estaba haciendo mucho ruido. El chico la volvió de espaldas y se arrodilló entre sus piernas abiertas. La chica cerró los ojos cuando las grandes manos del chico alisaron y amasaron su tórax. El chico se crispó de repente. La chica lo miró y vio que su rostro tenía una expresión de odio casi ridícula. Él se dejó caer de costado, angustiado, conteniendo las arcadas y temblando en las sábanas grises. Ella se alejó poco a poco de él, llorando en silencio.

Más allá de ella, Andy vio un tercer cuerpo que yacía sobre el colchón: una figura joven, atlética y de piel aceitunada con unos vaqueros recortados y una camisa blanca, recostado sobre las almohadas a rayas y con dos latas de cerveza sobre el estómago: el Andy de hacía mucho tiempo. Tiene trece años, es ágil y rapaz y espera sonriente a la débil luz mientras ellas van apareciendo una a una y se arrodillan un momento a su lado. Una chica melancólica de mirada distante, una mujer mayor de profundos pechos maternales, alguien de su edad con unos hombros increíblemente pequeños, hippies con pinta de brujas, rubias vestidas de cuero negro, golfillas nerviosas, colegialas, viudas, dependientas, divorciadas, guardias de tráfico, conductoras de autobús, mujeres policía, chicas de Teherán, Dorking, Massachusetts, Slough, Montego Bay, de Earls Court Road, puertorriqueñas, gabachas,

teutonas, belgas, negritas, la del pelo húmedo que olía a nuez moscada, la que no se quitaba la camisa aunque tenía unas tetas supersuaves, la del piso de abajo, la que le mordió el pito, la del piso de arriba, la que estaba muy embarazada, la que no estaba tan embarazada, la de doce años, la de cincuenta y siete años, la que disfrutaba cuando le pegaba, la que odiaba que le pegara, la paki alta que no tenía pelos en el coño, la chica bajita de Sunderland que no tenía pelo, la que le pasó cuatro enfermedades venéreas, la chica a la que le había pasado cuatro clases (distintas) de enfermedades venéreas, la de la boca de pavo de oreja a oreja, la ciega, la que chillaba tanto que parecía que iba a echar abajo la casa, la calva, la de las piernas de dos metros de largo, la que estaba tan gorda, la de los pechos como aeronaves, la de los desalentadores y húmedos pezones, la que no quería mamársela, la del culo alucinante, la chica melancólica de mirada distante…: todas ellas olvidadas ya, mientras su recuerdo excita al veleidoso joven.

«Claro que esta historia viene y va. En realidad a mí sólo me ha pasado unas veinte veces, qué cojones. Quizá treinta. Lo que tienes que hacer es… en el mismo instante en que empieza, tienes que fingir que es alguna droga. Oh, demonios…, estoy sudando, me siento muy débil, el corazón me late como un tam-tam y me siento como el monstruo de Frankenstein. Luego se te pasa, y punto. Si quieres, hasta puedes follar diez minutos más tarde.

»Sabes, a veces pienso que nací justo a tiempo. Bueno, quiero decir que me alegro de no ser más joven, de no haber nacido más tarde. Algunos de los chavales que conocí en el piso… de unos catorce o quince años, sí…, tienen problemas para empalmarse como la cosa más normal del mundo, y luego también se cogen las mismas cosas que nosotros, como los recuerdos falsos y la melancolía callejera. Fatiga nocturna y cosas así. Pues claro. Pero esto del sexo anulado les pasa cada dos por tres. Cuando intentan echar un polvo se ponen a temblequear en el catre. Créeme, a los dieciocho años serán todos unos cortapollas. Me alegro de haberme largado antes de que me lo pasaran. Nací justo a tiempo, justo en el medio…, no te vuelves loco pero todavía puedes tirarte a muchas tías. Supongo que básicamente ésa es la razón por la que siempre votaré a los conservadores. Date cuenta, no sé qué es lo que será de los tipos que vengan detrás, los que vienen después de mí. No veas

cómo me alegro de no ser uno de ellos, y punto. ¿Conforme?»

61. ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Bebió ocho tragos de la botella de Hiñe, se enjugó la boca y se la ofreció al pequeño Keith.

—¿Qué tal estás, chaval? —preguntó Andy.

Aunque Marvell se puso a protestar diciendo que una dosis de coñac no era exactamente lo que más le convenía a Keith en ese momento, el fofo enano sacudió la cabeza, o al menos consiguió mover ligeramente los ojos. Le resultaba más difícil que nunca realizar cualquier movimiento; es decir, le resultaba realmente complicado, increíblemente difícil, extraordinariamente inasequible; pero todavía estaba enteramente *compos mentís*. En realidad Whitehead se estaba felicitando una vez más por haber elegido una forma de morir tan agradable y civilizada. Cerró los ojos suavemente… ¡y su cuerpo desapareció! En toda su vida se había sentido tan *ligero* y libre, por ilusoria que fuera esta sensación, de ese torso palpitante, viscoso y chicloso, de todos sus engorros, sus exigencias, sus ruidos y olores. Realizó un reconocimiento táctil de su cuerpo. Nada. Por fin había conseguido escabullirse entre el cielo y la tierra.

—Ponte de pie, Keith, joder —dijo Marvell—. Andy. Ponle de pie de una puta vez.

Andy depositó violentamente la botella de coñac en la mesita de café.

—Ponle *tú* de pie de una puta vez.

Quentin atravesó la habitación rápidamente.

—Ahora no tenemos tiempo para diversiones y jueguecitos, Andy —dijo, hincando los dedos en las flexibles carnes de Whitehead.

—Muy bien —dijo Marvell—. Rox…, ve a la cocina. Trae mostaza, pimienta, mantequilla rancia, manteca de cerdo rancia, leche agria…, todo lo que esté pasado…, echa toda esa mierda en la batidora y tráela aquí enseguida.

—¿Y los huevos duros esos de Celia? —propuso Skip con su habitual lentitud.

—Estupendo. Con eso tendría que ser bastante. Es como comer niños muertos, ¿verdad? Tengo algunos eméticos y laxantes y esas mierdas, pero son de los que harían acampar en el retrete a la misma Venus de Milo, y con este chaval vamos a tomárnoslo con calma, ¿de acuerdo? —Marvell se inclinó hacia Keith y le abofeteó con bastante fuerza—. Mmm-mmm. Tenemos que sacarlo. No querréis que vomite en la alfombra.

Tuvieron que ayudarle mucho para que saliera por la puertaventana.

—¿Puedo sentarme? Por favor. Por favor, dejad que me siente.

—No —dijo Marvell—. Apóyate aquí, en la pared.

—*Ya sé* —dijo repentinamente Andy. Se acercó a Keith, agarró su nariz cuadrangular con la mano izquierda y se la apretó, y luego le bloqueó la garganta indefensa con su largo índice.

Una arcada parecida a un graznido brotó de la boca de Keith… con no menos presteza que el dedo de Andy.

—¡AAUUGG! ¡El muy hijo de puta me ha *mordido*! —chilló Andy, lanzándose sobre el vacilante Whitehead.

Sólo la notable velocidad de reacción de Quentin y la oportuna ayuda de Skip salvaron al pequeño Keith de perder la conciencia de una manera más sumaria que aquella que el destino iba a ofrecerle en breve. Seguía tosiendo terriblemente cuando reapareció Roxeanne, sosteniendo el vaso lleno hasta el borde por encima de las cabezas de la multitud.

La aseveración de Diana de que Johnny era en realidad el hombre con el que había compartido la cama durante los últimos seis meses fue adelantada por la interesada con lucidez y calma inusitadas. Les habló del violento credo de Andy: aunque tendiera a mostrarse jactancioso y errático en lo relativo a esta cuestión, su dedicación a dicha actividad era al menos parcialmente cierta. Sacó a colación sus ensoñaciones asesinas en relación con los Tuckle: en aquel mismo momento, sobre el banco de trabajo del garaje, había cuatro cócteles Molotov de fabricación casera que Andy pensaba dejar caer por la chimenea. Dio fe de la conducta aberrante y depresiva de que había dado muestras durante las últimas semanas: esa misma tarde se había confesado culpable de dos ataques de recuerdos falsos. Por último reveló que la colección de publicaciones pornográficas de Keith había sido objeto de un asalto

ese mismo día, que probablemente fuera obra de Johnny: Andy era la única persona de la casa que no había sido objeto de sus atenciones. Y así sucesivamente.

¿Pero la escuchaba alguien realmente? Los ruidos procedentes del jardín eran ahora más imprecisos y espaciados, como el sonido de un megáfono en una calle azotada por el viento, y las palabras de Diana no parecían llegar a ningún sitio, parecían fundirse con la luz de la habitación incolora. Celia y Lucy tenían los ojos vidriosos, y en cuanto Diana dejó de hablar ella también se deslizó por la misma pendiente retrospectiva, lenta y acuosa. Una a una, las chicas se perdieron por la puerta del dormitorio.

—Ponlo contra la pared —dijo Marvell, cogiendo el vaso con el líquido espumoso que le ofrecía Roxeanne—, Skip, sujétalo fuerte. Va a beberse todo esto y no le va a gustar nada. Apriétale la nariz, Rox, y ábrele la boca.

En el momento en que el fétido fluido le tocó los labios, el cuerpo de Whitehead empezó a sisear asqueado. Marvell tenía firmemente apoyado su hirsuto pulgar en la nuez de Adán, que pellizcaba y presionaba para regular el flujo. Cuando el último tercio del contenido del vaso cayó sobre sus hombros, su pecho, su cuello, su nariz y su boca anegada, las piernas del pequeño Keith parecieron doblarse hacia arriba. Cuando Quentin y Skip le soltaron, se quedó apoyado contra la pared, completamente empapado.

No ocurrió nada.

Andy, acurrucado en la hierba a unos metros de distancia, dejó de ocuparse de su dedo mordido y los miró.

—Lo veis, os lo advertí —dijo—. *Ya* sé. —Sin que nadie se lo impidiera, Andy se plantó de un salto delante de Keith, se agachó ligeramente de lado, giró el brazo como un lanzador de béisbol y le dio un puñetazo en el plexo solar con todas sus fuerzas. Su puño se sumergió hasta la muñeca en el estómago de Keith y luego rebotó.

Si Whitehead hubiera sido un personaje de historieta (que probablemente fuera el lugar que le correspondía), sencillamente habría hecho implosión, reduciéndose a un tercio de su masa para luego elevarse por los aires. Dadas las circunstancias, lo que hizo fue desplomarse al instante; las piernas le negaron su apoyo como si un vaquero al galope las hubiera atrapado en su lazo.

—*¡Mierda*, mi *mano*! —gritó Andy—. ¡Pequeño hijo de…!

—Vamos, vamos, Andrew —dijo Quentin mientras sujetaba con facilidad a su amigo, que no dejaba de debatirse—. Vamos, vamos.

Veinte minutos después, el poco dispuesto Whitehead se había negado a reaccionar a, entre otras cosas, la ingestión de una fanega de hierba, los golpes y presiones ejercidos sobre sus riñones, el poderoso apretujón que sufrieron sus testículos y las vueltas que le dieron por el aire en todas las direcciones, cogiéndole alternativamente por los brazos, las piernas y el pelo.

Andy se quedó mirando el cuerpo desinflado tendido a sus pies.

—Que se lo follen —propuso—. Eso es lo que digo.

—Andy, no seas *absurdo* —dijo Quentin—, Si no podemos sacarle de esto tendremos…

—Tendremos que llamar al hospital. O a la policía —dijo Celia, apareciendo por entre las puertaventanas. Diana y Lucy estaban detrás de ella, iluminadas por la suave luz del interior—. Vamos a sacarle de aquí, ¿no os parece?

Andy se acercó a Keith y le dio un negligente puntapié en las costillas. El cuerpo acusó el golpe como lo habría hecho un saco de cemento a medio fraguar.

—¿Lo veis? Pobre diablo. Está…, está hecho una mierda.

—Oíd, eee… —Marvell se arrodilló en las losas al lado de Keith —, Oíd, la ley no puede venir aquí. —Le tomó el pulso—. Lo mejor será que le atiborre de eméticos y laxantes y todo eso y que le dejemos aquí un rato. O… —alzó la voz—, o en la hierba, ¿vale, Celi? No queremos que explote aquí, en medio del patio, ¿no es verdad?

Celia volvió a entrar en la casa con indignación.

—¡Mujeres! —dijo Marvell con aire indulgente, cogiendo las muñecas de Keith—. Intentas ayudar y ellas… Eh, Skip, cógele las piernas, ¿quieres? Sé que Rox se pondría hecha una furia si un tipo potara en su…, muy bien, eso es, tíralo en el césped. Un momento, amigo mío, tenemos un problema. Si lo tumbamos de espaldas se ahogará al vomitar. Si lo tumbamos boca abajo no podrá cagar. No sé qué pensarás, chico, pero yo me tomaría un buen trago de Hiñe.

Unos minutos más tarde, Keith estaba firmemente atado al manzano, todavía en flor; de sus brazos abotagados colgaban dos mugrientas jeringuillas hipodérmicas.

62. PERIODOS ESPECTRALES

Después también desapareció la perspectiva. En cuanto regresaron al interior de la casa, todas las esquinas de la rectoría empezaron a flotar a la deriva, fluyeron fuera de sus lugares habituales y volvieron a plegarse en nuevas y extrañas combinaciones. La cocina no era más que un romboide de luz descentrado que asomaba por la puerta abierta. Las escaleras se plegaron sobre sí mismas como un acordeón y se desperdigaron desordenadamente. El vestíbulo se inclinó hacia atrás y hacia adelante como una casa de muñecas surcando las aguas. Dondequiera que miraran, los ángulos desquiciados les salían al encuentro.

Giles estaba tumbado en la cama, temblando, hundido en las profundidades del río de su propio sudor. Su boca era una colmena; sus dientes cambiaban de posición como bailarines. Si apretaba la mandíbula no encajaban, no encajaban; sus diversos peñascos, picachos, crestas y cimas chirriaban unos contra otros como dientes de engranajes oxidados de una vieja máquina. Rezó para que salieran de allí, para que las aves blancas volaran fuera del empapado nido. Hasta entonces se quedaría encerrado en las profundidades de esta casa, de esta habitación y de esta boca, esta boca, con sus dientes como merengues blandos y sus encías de jerez dulce.

Oía la tranquila vibración de la nevera, pero sabía que nunca lograría alcanzarla. Había demasiados obstáculos en el camino, y de todas maneras su mente no dejaba de deslizarse hacia atrás, de deslizarse hacia…, hacia *piel tenue y almohadas moribundas oh cariño por favor yo disfruté del crecimiento de la tierra en periodos espectrales con sangre ella le besó morbosamente mientras los sueños afligidos los distintos reflejos del sol sobre el vaso polvoriento y sus dientes y su madre vieja madre vieja y el pequeño Giles.*

—¡NO!

Recurriendo a los últimos restos de fuerza que le quedaban, Giles saltó de la cama y se lanzó al asalto de la nevera. Sus manos temblaban con tanta profusión que tuvo que llenar el vaso dos veces

antes de que algo de su contenido se abriera paso por su garganta. Cuando lo hizo, Giles intentó expulsarlo de nuevo con todas sus fuerzas. Ninguna sustancia tan tóxica (estaba seguro) había entrado jamás en su organismo. Bajó la nariz hacia la botella. No cabía duda de que era ginebra; pero su olor era tan áspero y extraño como el de una medicina demasiado fuerte para un niño delicado.

—Glug, glug, glug —dijo, y añadió con una voz repentinamente alterada por el pánico de la revelación—: ¡… Gu, gu, gu!

Salió de la habitación en cuestión de segundos. A sus espaldas la oscuridad retumbaba con un millón de madres.

Este enano desagradable y muy loco chica de ensueño nada especial la vida tiene sus alegrías ¿no es justo? el terror y la confusión para una caja de un metro veinte en un mundo de historietas de té azucarado llorando de vergüenza por cada… Se paró de repente.

Whitehead se retorció, rozando dolorosamente con la parte de atrás del cráneo una protuberancia del nudoso manzano. Estaba vivo y estaba despierto… Hasta se debatió un poco para librarse de las ataduras. No cabe duda de que sufría terribles dolores, pero éstos se debían a la paliza que había recibido de sus compañeros de vivienda y no a los barbitúricos utilizados para su suicidio, que en aquel momento no hacían otra cosa que aliviarle, al amortiguar los efectos de la droga de retroceso así como de los castigos corporales que acababa de sufrir. Seguía sintiéndose inconmensurablemente mejor de lo que se sentiría, por ejemplo, una mañana cualquiera, en mucha mejor forma, más saludable y menos corpóreo.

No obstante, ¿qué estaba haciendo allí? Ni en el mejor de los casos resultaba fácil maniobrar con la cabeza de Keith, y sólo después de grandes penalidades y esfuerzos consiguió por fin rozar con sus varias barbillas las punzantes cuerdas que le rodeaban el cuello y echar un vistazo al cuarto izquierdo de la casa. Todo estaba a oscuras y envuelto en un silencio inquietante. ¿Por qué razón le habían hecho esto? ¿Estaba allí para divertirlos, para ser utilizado sexualmente, o quizás como blanco? Notó que algo aleteaba contra su antebrazo; algo pesado y metálico. Bizqueó para mirar hacia abajo y vio la punta de la aguja que colgaba de su «bíceps» derecho; quemándose el cuello, se dio la vuelta para ver otra aguja, gemela de la anterior, colgando del «bíceps» izquierdo.

Luego notó que su cuerpo comenzaba a revivir. La suave

maquinaria se agitó: los cabrestantes crujieron, las bombas gruñeron, los conductos se abrieron y las tuberías empezaron a murmurar. Keith se arqueó, esforzándose por contenerse, mientras una vez más se convertía en un alto horno, en un incendio forestal de glándulas frenéticas.

63. EL ANTÍDOTO

Y cuando, por último, las distancias desaparecieron, la casa se transformó en un infierno. La atmósfera sufría cambios radicales a cada minuto que pasaba, hirviendo como un gas y adelgazándose hasta reducirse a la nada. Las corrientes de aire sudoroso se desbordaban en las habitaciones encogidas. Los pasillos se redujeron a penachos de niebla submarina. La rectoría de Appleseed era ahora el infierno, y sus habitantes se arrastraban por ella con rostros ajenos y ojos clausurados. Si daban patadas al útero, caían al suelo doblados en dos y eran engullidos por un sueño cálido y palpitante.

Skip se encontró con Andy tendido boca abajo en las escaleras. Tenía una gran píldora roja en la palma de la mano, medio deshecha por el sudor. Skip la cogió y se la metió en la boca, gateando por encima del cuerpo de Andy.

Diana estaba arrodillada en un armario del piso de arriba. Buscaba entre la ropa vieja las muñecas del pasado.

Giles estaba acurrucado debajo de la mesa de la cocina. Si oía algún ruido, se escabulliría detrás del fogón. Si oía algún ruido, se escabulliría debajo de la mesa de la cocina.

Lucy abrió los ojos. Marvell estaba orinando encima de sus piernas. Intentó hablar y no podía hablar.

Roxeanne era una estrella de mar sobre los mullidos almohadones del salón. Se masturbaba acariciadoramente con el pico astillado de un narguile.

Celia estaba sentada muy tiesa en el sillón señorial. Entre las lágrimas le venían fragmentos de olvidadas canciones infantiles.

Entonces Quentin se despertó en el vestíbulo vacío. Se puso de rodillas, agarrándose la cabeza con los puños cerrados. Cuando sus ojos se abrieron a la luz magullada, necesitó de toda su voluntad para enfocar los contornos que se escapaban con rapidez. Se tambaleó hasta la pared más cercana y apoyó con fuerza la cabeza contra la fría piedra. Aspiró una profunda bocanada de aire y convocó a su cuerpo y a su mente.

Encontró a Marvell en el aseo, solo y sofocando sus suaves risitas en un montón de ropa interior sucia.

Quentin cogió a Marvell por el pelo y lo lanzó con furia contra la puerta.

Marvell se le quedó mirando fijamente.

—El antídoto —articuló Quentin con claridad—. El antídoto. Te doy cinco minutos. Hazlo, Marvell. O te mataré.

64. LA MERIENDA-CENA, O VUELTA A EMPEZAR

¿Bastante? ¿Ya tenemos bastante? Desde luego, nada más fácil que darles algo de comer a los americanos, incluso hacerlos dormir un poco y despacharlos… Parecería que de esta manera nos libramos de *Johnny* y, ¡hombre!, si hasta podrían dejar al pequeño Keith en el hospital, que les pilla de camino. Puede que esto acarreara algunas molestias, pero en general —sí— no sería necesario desplegar mucho ingenio para restablecer la paz en la rectoría de Appleseed. Pero por desgracia hay cosas que no tienen «vuelta atrás», cosas que en cierto modo nunca se ha pretendido que ocurrieran, cosas que se pusieron en marcha hace mucho tiempo. Estas cosas *siguen adelante*. No se ha terminado. Ni siquiera ha comenzado.

A las dos y media se sirvió una merienda-cena en la cocina de Appleseed en un ambiente de hilaridad activa y voraz. Mientras bebían sorbitos de Hock y de un Mateus Rosé ligero se echaron al coleto grandes montones de tostadas y Gentlemen's Relish, sándwiches de pepino y berro, galletas untadas con apio en polvo y pasta de aguacate. Celia seguía triste por lo de La Mandarina (que Quentin había prometido enterrar con toda ceremonia al día siguiente), pero aparte de eso no había mucho que lamentar porque no había mucho que recordar. Lo único que recordaban con claridad era una sensación de terror casi vibrante unida a algo más sobrenatural, algo que debería remover en ellos recuerdos más profundos, una tensión espiritual que los había embargado de una angustia exquisita y apacible. Se sentían como buzos que acabaran de realizar una fascinante y peligrosa expedición al fondo del océano; o más bien como astronautas que hubieran aterrizado sanos y salvos y que, entre aclamaciones populares, fueran tranquilamente conscientes de haber conocido el lacerante dolor y el trágico aislamiento del espacio.

Entonces Andy dejó caer el plato con estruendo y se puso en pie de un salto.

—¡El pequeño Keith! —dijo—. ¿Qué le ha pasado?

—Oh, mierda —dijo Diana cuando los chicos salieron a toda prisa—, vuelta a empezar.

A la luz de peltre procedente del garaje parecía como si al manzano le hubiera crecido otro tocón, una prolongación achaparrada y nudosa de su base.

Skip miró a Marvell.

—Coño. ¿Crees que sigue vivo?

—¿Andy?

—Y yo qué sé, tío —dijo Andy—, Que me jodan si me acerco a él mientras huela así.

Quentin enterró la nariz en un pañuelo perfumado.

—Ha tenido una convulsión —dijo Marvell, y luego añadió con más calma—: Creo que ha tenido una convulsión.

—Nunca lo sabremos —dijo Quentin a través de su sudario.

Andy chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo! La manguera. Vamos, Quent, échame una mano —dijo alegremente—. Como siempre he sostenido: si te paras a pensar un poco puedes hacer cualquier cosa.

La manguera utilizada en la rectoría de Appleseed había sido adquirida de segunda mano, por iniciativa de Andy, en el depósito municipal de la Brigada de Incendios de Catford, S.E.5. Aunque era de escasa utilidad en el jardín —más que regar, vaciaba cualquier macizo hacia el que se dirigiera su chorro—, Andy había defendido que sólo un instrumento de trabajo como aquél estaría a la altura de ciertas tareas domésticas rutinarias, como la de echar a los pilluelos del pueblo, intimidar a los Tuckle y cosas por el estilo. (Andy desdeñó la objeción de que Giles tendría que pagar dos mil libras por la instalación de un grifo a presión, y Giles se había puesto de su parte.) La boca de la manguera tenía diez centímetros de diámetro. Los experimentos habían demostrado que era capaz de dejar planchado a un aldeano a veinticinco metros de distancia.

Andy acababa de situarse a un poco menos de un tercio de esta distancia de Keith; sus piernas se movían con nerviosismo, bien abiertas, mientras mantenía la mano derecha en alto y agarraba con la izquierda el pesado morro de la manguera. Luego bajó el brazo, cortando el aire.

—¡Ahora! —vociferó.

Cuando el primer chorro de agua le golpeó en la cara, el bulto

confuso y oscilante de Keith volvió a definir sus contornos y, a medida que Andy subía y bajaba la manguera por su cuerpo, la forma desmayada pareció bailar libre de ataduras. Seis minutos más tarde, el brazo derecho de Andy volvió a cortar el aire.

—¡Vale! —dijo—. Con esto bastará.

Andy, Quentin, Skip y Marvell se acercaron al árbol con cautela, en un semicírculo irregular.

Quentin y Marvell se miraron francamente horrorizados.

—Mmm. Ahora que lo pienso, a lo mejor tenía que haber retrocedido un poco con la manguera —dijo Andy, advirtiendo él también la sangre fresca de color naranja que había empezado a manar de la boca, la nariz y los ojos de Keith.

Marvell buscó la muñeca de Whitehead, que todavía vibraba.

—¡Sigue vivo! ¡Se ha desmayado, pero sigue vivo!

—Por otro lado —dijo Andy—, probablemente era exactamente lo que necesitaba. Una buena sacudida. Exactamente eso.

—Desátalo, Skip —dijo Marvell.

Cuando Skip acabó de cortar la última cuerda, Keith cayó hacia adelante como un tablón, hundiéndose en el barro que había formado el amplio chorro de la manguera. Estaba prácticamente desnudo, a excepción del delgado cinturón de cuero; su bata había sido arrastrada a jirones por la fuerza del agua; los restos de su ropa estaban pegados a su cuerpo blanco en delgadas tiras empapadas.

—¿Qué te parece, Marv? —preguntó Andy.

Marvell sacó su estuche de jeringuillas y se arrodilló sobre la hierba.

—Le voy a enchufar un poco de metadrina por el culo. Luego más vale que le hagamos andar un poco.

—Conforme. Voy a darle otra pasada con la manguera. Ahora que ya le hemos sacado esa mierda. Sólo para limpiarlo un poco. No vamos a mancharnos las manos con todo ese barro.

—¿Barro? Ah, sí, vale.

—¿Está bien? —gritó Lucy desde la puertaventana.

—¿Keith? —dijo Andy—. Se está riendo.

65. AHORA PARECE UNA TONTERÍA

Cuando Lucy volvió a entrar en el salón, Giles estaba junto a la puerta; parecía bastante tenso.

—Dicen que Keith está bien.

—… Oh. Estupendo.

—¿Qué quieres, Giles?

—Lucy, un amigo mío quiere que te pregunte algo de su parte.

—¿Qué amigo?

—Pues un amigo.

—Ya veo.

—Un amigo —dijo Giles.

—Sí, te comprendo. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Mi amigo quiere saber si tú podrías…, si podrías casarte con alguien que no tuviera un solo…, si él tuviera…

—¿Si tuviera qué?

—No, de eso se trata…, si no tuviera…, si tuviera…, si no tuviera…

—¿Si *no* tuviera qué, entonces?

—Si no tuviera… Si tuviera…

—*Dilo*, Giles. Por Dios.

—Bueno, sabes, lo que quiere saber mi primo, la verdad, es si te casarías con alguien que tuviera…, que no tuviera…

—*Mierda*. ¿EL QUÉ?

—Que no tuviera dientes. Que tuviera una dentadura postiza. ¿Lo harías?

—Si le quisiera, ¡claro que lo haría!

Giles se derrumbó contra la puerta.

—Vaya. Nunca pensé que me casaría —dijo para tranquilizarse.

Giles se sirvió un vaso de Hock y le dijo a Roxeanne:

—Dicen que Keith se ha puesto bien.

Roxeanne dijo que le parecía muy probable.

—En estos días puedes salir con bien de casi todo.

Celia se levantó y empezó a llenar el lavaplatos, ayudada por Diana.

—Bueno —dijo—, si es así, va a tener que buscarse otro sitio donde vivir.

—Y tanto —dijo Diana—. No tengo tiempo para los suicidas. Es *demasiado* aburrido. Una amiga mía del colegio tuvo un accidente de coche y estuve yendo a verla todos los días durante tres meses. Un año después, la muy idiota metió la cabeza en el horno porque su chico no podía renunciar a ser un maricón. ¿Creéis que fui a verla una sola vez? Ni hablar. Y además le dije por qué.

—Estoy de acuerdo —dijo Celia—. Es egoísta, estúpido y absolutamente aburrido.

—Bueno —dijo Giles—. No lo sé, me siento… Esa droga y todo lo demás… Simplemente me siento terriblemente *aliviado.*

Y entonces Giles Coldstream hizo algo que llevaba cinco años sin hacer. Se volvió hacia Roxeanne y sonrió… no con su acostumbrada línea de labios apretados que le daban el aspecto de una máscara tragicómica, sino con una sonrisa brillante, abierta, infantil, con los ojos plegados.

Roxeanne se inclinó hacia él rápidamente y se le quedó mirando con el ceño fruncido.

—… Oye, tío, ¿qué tienes en los dientes? Están todos…, tienes *alambres* y cosas ahí dentro…

Giles volcó el vaso y dejó caer la silla al apartarse de la mesa, con una expresión de consternación culpable en su aturdido rostro.

—Eh, déjame… —dijo Roxeanne avanzando hacia él; Giles retrocedió agitando las manos como un actor que quisiera acallar los aplausos—. Joder, *¿cuántos* años tienes? Tienes todos los dientes *muertos.*

Conteniendo las lágrimas como un niño asustado, Giles salió disparado de la habitación.

—El osito corría —cantaban Quentin y Andy, dos muletas entre las que el pequeño Keith parecía una polla oscilante—, dando vueltas y más vueltas al jardín. Un paso, dos pasos, le picaba la nariz. El osito corría dando vueltas y…

—Eh —interrumpió Andy—, esto te deja hecho polvo. ¿Dónde coño están esos yanquis? ¿Por qué no prueban a hacerlo un rato?

Keith empezó a gemir. Era un sonido agudo y gatuno.

—Por lo menos está vivo —observó Quentin—. No estamos perdiendo el tiempo *del todo.*

—No —dijo Keith; sus labios reducidos a una pulpa articularon «Mo».

—¿Quién es Mo, enano de mierda? —preguntó Andy.

—Mo —dijo Keith—. Mo, al pozo mo. Mo me biréis al pozo. Mo me afoguéis.

—¿Que no te tiremos al pozo? Quentin, habla como si lo tiráramos al pozo todas las noches. Nos lo estamos pensando muy en serio, joder, Keith. Pues sí que eres agradecido.

—«No me ahoguéis» —repitió Quentin—. Eso me recuerda… Keith no se ha tomado el antídoto, ¿verdad?

Keith se puso a llorar, a llorar en un falsetto dolorosamente arrebatado, a llorar como un bebé.

Quentin y Andy se miraron con los ojos desorbitados.

Giles también estaba llorando. Estaba llorando en su mesa, mientras recogía el papel de escribir y los lápices. Las gruesas lágrimas mancharon la hoja mientras escribía:

> Queridos todos. Dios sabe que mi vida ha sido bien dura desde el accidente. No ha sido fácil, pero he intentado arrastrarme por el fango lo mejor posible. Pero ahora, después de los comentarios de Rocks-Ann, verdaderamente no sé qué es lo que voy

Se sorbió los mocos. Se levantó. Había algo más en su andar cuando se acercó al armario de las bebidas.

—El osito corría dando… Mierda. Se me está durmiendo el brazo, joder. Mira… Quent, ahí están. ¡Eh! ¡Venid aquí ahora mismo, joder, vagos de mierda!

Skip y Marvell aparecieron bañados por la luz del garaje mientras se abrochaban los cinturones. Se acercaron lentamente al bamboleante trío.

—¿En qué estado se encuentra?

Andy se desenganchó el brazo de Keith del hombro y les lanzó enérgicamente el cuerpo desnudo a los americanos.

—¿Dónde estabais…, cagando o follando o qué?

—¿Qué más da? —preguntó Marvell cortésmente.

—Que os den por el culo, tíos; no faltaba más —dijo Andy, dirigiéndose hacia la casa con Quentin a su lado.

Se instalaron en los escalones frente a las puertaventanas. A quince metros de ellos, Skip, Marvell y Keith daban vueltas a la débil luz, como figuras atascadas en el mecanismo de una película muda. Andy sacó una bolsita con un poco de hierba y medio minuto después había liado un par de porros.

—Eh, tío —dijo con aire pensativo, alargándole uno a Quentin y encendiendo los dos—. Ese Keats. ¿Cuántos años tenía cuando la palmó?

—Veintiséis —dijo Quentin.

(—¡Camina *derecho*, camina *derecho*! —oyeron cómo Skip vociferaba al paralizado Keith.)

—¿De veras? —dijo Andy con cierta petulancia—. Bueno, no está mal. ¿Cómo era toda la… historia?

—Supongo que la gente creía que todavía tenía que desarrollar todo su potencial.

Sin dejarse impresionar, Andy adelantó el labio inferior y asintió unas cuantas veces.

—Que le den por culo al potencial —dijo.

—¿Quentin? —interrogó otra voz.

Quentin se volvió hacia las puertaventanas, de las que emergió Giles con paso vacilante.

—Mi buen amigo Giles —dijo.

—¿Qué tal está Keith? ¿Ya se ha puesto bien?

—Está todo lo bien que cabe esperar. Bastante mejor, en realidad.

—Ah, ya. Así que no vais a llevarlo al hospital.

—En efecto, esperamos sinceramente poder ahorrarnos esa embarazosa tesitura.

—Oh, la verdad, ya. —Giles se dio media vuelta para marcharse.

—¿Por qué lo preguntas, Giles?

—Es sólo que…, que yo también lo he hecho. Pero no quiero ser un estorbo. O un pesado. Voy a volver arriba.

—¿Tú también has hecho qué?

—Lo de matarme, la verdad. Lo he hecho, acabo de beberme dos litros de coñac… de un trago. Bueno, no, la verdad es que de dos, porque…

—¿Lo dices en serio, Giles?

—Mmm. En el libro dice que me tengo que morir dentro de veinticinco minutos, por lo visto. Ahora parece una tontería. Pero si no vais…, bueno, yo no…

Quentin se puso en pie de un salto.

—Bienvenido al club, chico —dijo Andy, lanzando el cigarrillo al aire con un golpecito.

66. BASTA DE JUEGOS

Veinte segundos más tarde, Quentin estaba hablando con el Hospital Central de Hampstead, donde una enfermera de origen irlandés le aseguró que el paciente, dada la situación, no tenía ninguna posibilidad de llegar al hospital con vida. La única unidad bien equipada para casos mortales, según ella, estaba en el ala de Bajas Psiquiátricas del Instituto Blishner, Potters Bar. Ella misma los llamaría para que prepararan una bomba estomacal en B4, a cuya sala había que llevar al paciente a toda prisa en cuanto llegara. A lo largo de esta conversación, Giles permaneció sentado en el sofá, sonriendo con aire avergonzado. Lucy estaba a su lado, acariciándole el pelo y diciendo lo menos que podía.

Quentin colgó de un manotazo.

—Muy bien. Skip… ¿qué coche es más rápido… el Chevrolet o el Jaguar?

—El Chev —dijo Skip— Yo lo pongo a punto; puede ir a…, a…

—Súbete y ponlo a todo gas. Lucy, Roxeanne, meted a Giles en el coche. Andy, venga. Vamos a meter también a Keith. Basta de juegos.

Los habitantes de la rectoría se agolparon en el camino de entrada en ruidosa formación.

—Tira al pequeño Keith ahí detrás —dijo Marvell—, Sigue apestando como una rata.

—¡Es el expreso de la caridad! —dijo Andy, levantando a Keith por el pelo y por la parte de atrás del cinturón y lanzándolo al maletero.

—Ponte delante, cariño —le dijo Roxeanne a Lucy—. Tienes que indicarle el camino a Skip. Yo cuidaré de Giles.

Andy se sentó con Roxeanne y Giles en el asiento de atrás mientras Lucy corría para sentarse delante con Skip. El Chevrolet ya tenía metida la marcha cuando Quentin avanzó a toda prisa desde el grupo de los que seguían en el porche. Asomó la cabeza por la ventana del conductor y le alargó un sobre a Skip.

—Aquí tienes todos los detalles. Conozco al director y esto

puede acelerar los trámites. Ábrelo cuando llegues allí. —Skip se guardó la carta en la chaqueta de aviador y se subió la cremallera. Quentin dio dos manotazos sobre el techo del coche.

—¡Ahora a toda máquina!

El Chevrolet se perdió rechinando en la noche después de levantar un ancho chorro de gravilla.

—Cáscamela, cáscamela —dijo Andy (pues Skip había puesto la cinta)—. Cáscamela, cáscamela… Ooh, córtame la cabeza.

Cuando el coche tomó la carretera, Giles se desplomó del asiento y cayó al suelo. Andy estaba a punto de llamar la atención de Roxeanne sobre este hecho cuando se dio cuenta de que tenía la mano de ella sobre su entrepierna. Se le desorbitaron los ojos.

—¿Nos desviamos aquí? —dijo Skip.

—Tú sí que eres un desviado de mierda —dijo Andy.

—Sí. *Aquí —dijo* Lucy.

Skip se abalanzó sobre la carretera de dos carriles a ciento veinte kilómetros por hora. El pesado coche se encaramó en la cuneta a toda velocidad antes de recuperar la estabilidad. Andy se quedó mirando la cabeza de Roxeanne, que se agitaba rítmicamente sobre su entrepierna.

—Mierda —dijo alegremente—. Vamos a morirnos todos. ¡Vamos a morirnos *todos*!

67. LA LIMPIEZA GENERAL

Quentin dejó que Celia le abrazara fugazmente antes de obligarla a volver a entrar en la casa. Diana y Marvell aguardaban nerviosamente en el vestíbulo.

—Bien —comenzó—. Aunque sabemos lo incompetentes que son las autoridades, no es de suponer que vayan a pasar totalmente por alto dos intentos de suicidio contiguos. Así que, ¿por dónde empezamos? Marvell, ¿puedo nombrarte responsable de las drogas? Reúnelas y ven a verme. No te preocupes por el costo y esas tonterías…, sólo las fuertes. Celia, Diana: ¿podríais hacer una, digámoslo así, limpieza general? Haced desaparecer al menos las pruebas más evidentes de libertinaje. Yo llevaré al garaje la parte del león de las botellas y peinaré el jardín. ¿Qué os parece si volvemos a reunimos en el salón en, digamos, quince minutos…?

Eran ya las tres y media. Quentin sirvió cuatro vasitos de Benedictine del único recipiente que quedaba en la habitación.

—Espléndido —dijo—. Ahora a esperar.

Marvell echó un vistazo a su reloj.

—Ya deben de haber llegado.

Durante un instante todos se recostaron y se abandonaron al cansancio que les traspasaba. Luego Diana se levantó.

—Me voy a la cama —anunció.

Quentin se puso de pie. Besó a Diana diestramente en los labios.

—Buenas noches, Diana. Gracias por tu ayuda. —Cuchicheó con Marvell y Celia—. Sin embargo, creo que nosotros nos quedaremos levantados para ver cómo acaba esto.

—Muy bien. —Diana titubeó al dar media vuelta para marcharse —, Un momento…, ¿no hay algo más? ¿No hay…, no nos hemos olvidado de algo?

Quentin extendió los brazos.

—No consigo darme cuenta de qué es.

Los ojos de Diana brillaron levemente mientras se esforzaba de nuevo por recordar.

—El fin de semana… ¿se ha terminado ya entonces?

—No sé —dijo Quentin—, ¿qué más puede haber?

68. LA HABITACIÓN BLANCA

El Chevrolet se detuvo con un chirrido y estuvo a punto de rozar con el guardabarros una ambulancia aparcada en el patio delantero del ala de Bajas Psiquiátricas del Instituto Blishner. Cuando los cinco estaban saliendo precipitadamente del coche, un interno joven y alto, de largo pelo negro sujeto a la frente con una cinta, sacó rápidamente una camilla entre las puertas correderas.

—¿Es él? —preguntó, alzando a Giles sobre las blancas sábanas —. Sí.

Se dirigían ya hacia el edificio cuando Andy chasqueó los dedos de repente.

—Joder —le comentó a Lucy—, Hemos vuelto a olvidarnos del pequeño Keith.

Volvió corriendo al coche, exhumó a Keith del maletero y volvió trotando con su cuerpo sobre los hombros.

—¿Y a éste qué le pasa? —preguntó el interno, mirándole a la cara cubierta de espumarajos sanguinolentos.

—Aah… —dijo Andy—. Aah, se ha tomado todo un cargamento de aspirinas.

—Y una mierda —dijo el interno—. Será mejor que os quedéis por aquí.

Los guió a través de las puertas automáticas por el vestíbulo débilmente iluminado y atravesando un pasillo hasta llegar a una pequeña habitación blanca.

—Quedaos aquí —les dijo.

Andy le observó al salir.

—Este tipo quiere pelea —dijo, dejando caer el cuerpo de Keith al suelo.

—Yo no me quedo aquí —dijo Skip—. Este tipo va en serio y yo voy cargado.

—Tranquilo —dijo Andy—. Te aseguro que va a…

—¡Eh! —dijo Roxeanne abriendo la puerta de un armario y descubriendo cuatro estanterías llenas de frascos y botellas—. ¡Coged esto!

—Joder —dijo Andy—. Mirad. ¡Anfetas! ¡Adrenalina! ¡Amil nitrato! —Se volvió hacia Skip—, Súbete al coche y da media vuelta. Ahora mismo salimos. —Empezó a llenarse los bolsillos mientras Roxeanne hacía otro tanto. Skip apartó a Keith de una patada y se plantó de un brinco en el pasillo.

Y allí estaba Keith, con aspecto de llevar una semana muerto. Y allí estaba Giles, ahogándose, muriendo y muriendo en la habitación blanca. Lucy se acercó silenciosamente a la camilla. Tomó su mano lacia entre las suyas. Su rostro ardió con incrédula aversión.

—*Andy* —cuchicheó.

Andy se volvió, con los ojos muy abiertos y un frasco de pastillas en cada mano.

—¿Sí?

—Andy. ¿Qué estás *haciendo*? —La voz de Lucy temblaba—. Sal de aquí y déjanos solos. Fuera.

Andy dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

—Ah, ¿qué coño te pasa, Lucy? Bueno, la verdad…, ¿qué coño importa ya?

69. LOS ERRORES DEL PASADO

En el salón más pequeño de la rectoría de Appleseed, Quentin estaba recostado en una chaise-longue rosa con *Le Neveu de Rameau* de Diderot balanceándose en sus rodillas. Pero no estaba leyendo. Tenía el índice apoyado sobre los pliegues nasales y la cabeza inclinada hacia atrás en actitud meditativa.

En el salón grande de la rectoría de Appleseed, sin advertir la presencia de Quentin tras las puertas divisorias a medio cerrar, Celia y Marvell estaban sentados en el sofá.

—Sí, eso —estaba diciendo Marvell—. Eso debió ser la otra vez que estuve aquí. Cuando me quedé en un, en la casa de la familia de Quentin, ¿no?

—Oh. Así que has estado en Tallbury.

—Naa, no «Tallbury». Cómo se llamaba…, una casa de campo enorme. Era…

—Tallbury —dijo Celia—. ¿Así que los conociste antes de que se mataran?

—¿De veras? *¿Todos?*

—En un accidente de avión —dijo Celia con una voz sin inflexiones.

—¿Qué, una especie de vuelo chárter?

—Probablemente. Son más peligrosos. El hermano sobrevivió.

—¿El hermano? Ah, sí… el «hermano», ya. Ah, qué pena. Me caían muy bien, en serio. Quentin nunca me lo dijo.

En la habitación contigua el libro resbaló por los muslos de Quentin. No intentó recuperarlo.

—¿Te caían bien? —dijo Celia—. Quentin nunca se llevó bien con ellos.

—No, bueno…, pero a ellos sí que les gustaba *él*, ¿eh, Celi?

—Sólo los soportaba por el fideicomiso.

—Sí —dijo Marvell—. Ese *era* el truco.

—No era ningún truco. El dinero le pertenecía por derecho.

—Supongo que podría decirse así.

En la habitación contigua, Quentin cerró los ojos. Una luz

blanquecina le bailaba en los ángulos de los ojos.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Celia.

—Ah, a principios del año pasado.

—¿El *año* pasado? Pero si los padres de Quentin murieron hace cuatro años.

—¿Los padres? ¿Los padres? No, no, Celia. Esta era una «casa de familia», ¿entiendes? Era un truco en el que andaba metido Quent por entonces. Ya sabes, uno de esos antros de lujo para viejos maricas, ¿comprendes? Quent lo financiaba. Conseguía a las mariconas, les sacaba el dinero, y puede que le dejaran algo cuando la palmaron, ¿no?

—¿La «familia» de Quentin?

—Sí. En la casa. Nunca tuvo padres, que yo sepa. Era un buen montaje. Era un montaje estupendo. Estábamos, yo me sacaba cuatrocientas, a veces quinientas a la…

—¿Quentin?

Quentin abrió los ojos. Suspiró, y tuvo la sensación de que un gran peso se alzaba abandonando su cuerpo. Entonces le golpearon, como nieve recién caída, todos los inanes errores del pasado.

—¿Quentin? —llamó Celia—. Quentin.

—¿Sí? —dijo Johnny.

Tercera parte. Domingo

LXX. JOHNNY

tuvo toda clase de empleos: los lunes vaciaba los cubos de despojos en el centro de abortos del griego Charlie, al este de la ciudad; los martes vendía muestras de pis a los inmigrantes semilegales para que las presentaran en el Centro del Departamento de Sanidad; los miércoles desalojaba a viudas y lisiados de los inmuebles del sur de Londres; los jueves se dedicaba al secuestro de animales domésticos para los paravivisecccionistas; los viernes les arrancaba las uñas a los que se oponían al sindicato, y los fines de semana se los reservaba para él: entonces se dedicaba a las drogas; estaba a cargo de cuatro plantas de fabricación de ácido, hacía otros tantos viajes a Tánger al mes, negociaba directamente con los traficantes de heroína chinos, tenía acaparadas las concesiones de coca en tres continentes… y siempre estaba al tanto del mercado del sexo; era tan increíblemente atractivo que, cuando salía a la calle, las parejas de tortolitos dejaban escapar gruñidos de lujuria y se apoyaban el uno en el otro; tanto los camiones como los minis conducidos por chicas se subían a la acera y bombardeaban los escaparates, gente de todas las edades se dejaba caer de rodillas a su paso; él fue quien defendió los criaderos de sexo y el pionero de las redes de alquiler de jovencitos, doscientos por faena para cuando dejó los negocios…, hasta que todos estos sueños comenzaron a perder todo interés para él, todos estos sueños pornográficos, alucinatorios y comerciales…, y de repente ya no es él quien está sentado en una habitación a oscuras sino que se precipita en todas direcciones para cruzar la noche buscando un nombre, y así…

—¿Quentin?

—Sí —dijo Johnny.

Celia entró en la habitación y Johnny se encaramó a su espalda dando un salto espantoso e inhumano, como un insecto de miembros ágiles, acelerando su caída. Johnny cogió a su mujer por el pelo y le aplastó la cara sobre el suelo de piedra, se la aplastó hasta que sus manos se mancharon de la pulpa dulce y derretida. Sin mirar a su alrededor se levantó de un salto y giró el brazo derecho hacia atrás y hacia arriba y rompió la mandíbula de

Marvell, que se había acercado, con el borde del puño. Johnny le empezó a patear y no se detuvo hasta que él dejó de retorcerse.

Diana había oído el alboroto en el piso de abajo, y ya se había puesto la bata cuando oyó los ligeros pasos subiendo las escaleras y alguien llamó a su puerta suavemente.

—¿Quién es? —dijo.

—Soy Quentin —dijo Johnny.

Diana abrió la puerta:

—*Tú* —dijo cuando él entró y cerró la puerta detrás de él.

—Oh, no. Johnny, no me mates —dijo Diana—. Por favor, Johnny, no me mates.

71. LAS LUCES QUE SE ACERCAN

Skip tamborileó con los dedos en el volante. Dirigió el retrovisor del Chevrolet hacia la puerta del hospital. Soltó un juramento. Entonces se acordó del sobre que le había dado Quentin. Lo sacó de la chaqueta. Vio que estaba dirigido a él, a Skip Marshall, Reg: 8765438, c/o Buzhardt, 20120 South Richmond Avenue, L. A. 73565, Calif. El sello ya había sido roto y el papel estaba arrugado. Skip sacó la carta; reconoció la letra torcida y picuda.

> Hijo. He salido de Honkville y me pregunto si no podríamos intentarlo otra vez, las ultimas palabras de tu mamá mientras yo la mecia en mis brazos fueron que deveriamos intentarlo, ella nos perdonó a los dos. Tengo el dinero para que cojas el autobús a casa, ella dijo que bolvieras a ser mi niño en cuanto podieras. Tu papá que te quiere, Philboyd Marshall Júnior. P. D. *Hazlo chico*
>
> JOHNNY

La hoja de papel azul se escapó revoloteando de entre sus dedos cuando Andy y Roxeanne salieron por las puertas automáticas y bajaron corriendo las escaleras.

Roxeanne subió al lado de Skip y Andy se zambulló en el asiento de atrás.

—¡Luce se queda con los fiambres, pero nosotros no! —gritó Andy, poniéndose las manos alrededor de la boca y soltando un agudo alarido—. ¡Rox, saca una de esas *Adren*!

Cuando el Chevrolet aceleró por la autopista, Skip pisó el acelerador hasta el fondo.

—Coge el siguiente desvío, cariño —dijo Roxeanne—. Andy y yo queremos follar. ¿Verdad, Andy?

—Sí —dijo Andy desde el asiento de atrás.

Skip no respondió. El coche sobrepasó el límite de velocidad de ciento veinte kilómetros por hora.

—Ah, venga, chico —dijo Roxeanne—. Puedes mirar. ¿Verdad, Andy?

—… Me importa un carajo —dijo Andy.

Skip no respondió. El marcador de velocidad subió de una sacudida hasta los doscientos cuarenta por hora.

—Eh, tranquilo —dijo Roxeanne—. ¡Eh, Skip…, ve más despacio!

Skip no respondió. Sus ojos muertos detrás de las gafas estaban fijos en la carretera que se desplegaba ante él.

—Suave —murmuró Andy—. No se puede ir a más de ciento sesenta. Cajjj.

De repente, Roxeanne dejó caer a plomo la mandíbula. Cogió el papel de color azul.

—¡Andy, eres un hijo de puta chiflado! ¿Le has dado tú esto?

El coche iba a ciento ochenta kilómetros por hora.

—¿El qué? —Andy se inclinó hacia adelante—. Naa… fue Quent. No es más que…

Roxeanne había empezado a aporrear con los puños los brazos metálicos de Skip.

—¡Oh, mierda, mierda, mierda! —gritó—. ¡Cariño, cariño, no nos mates! Andy… ¡detenle, detenle!

—Quentin —dijo Andy—. ¿El es Johnny?

—¡Andy, Andy, Andy!

—Diana… —dijo Andy, y dejó escapar el aliento.

—Andy… Andy…

Andy se hundió en el asiento.

—Ah, me la trae floja —dijo.

El Chevrolet iba a doscientos veinte kilómetros por hora cuando se encaramó a la rampa de salida al paso elevado. Skip no intentó tomar la curva de treinta grados. El coche se abalanzó contra los pilotes del paso elevado y se precipitó sobre las luces que se acercaban.

72. ESA TRISTE BIENVENIDA

Keith le pidió al conductor del taxi que hiciera el favor de parar allí. Eran las siete de la mañana y un resplandeciente amanecer había empezado a asomar por encima de las luminosas colinas. A pesar de estar amoratado y tumescente por las numerosas magulladuras, Whitehead sentía el vago impulso de recorrer a pie los quinientos metros que quedaban hasta la casa. Le ofreció al taxista tres de los cuatro billetes de diez libras que le había dado Lucy. El taxista pareció agradecido.

—Gracias, señor —dijo.

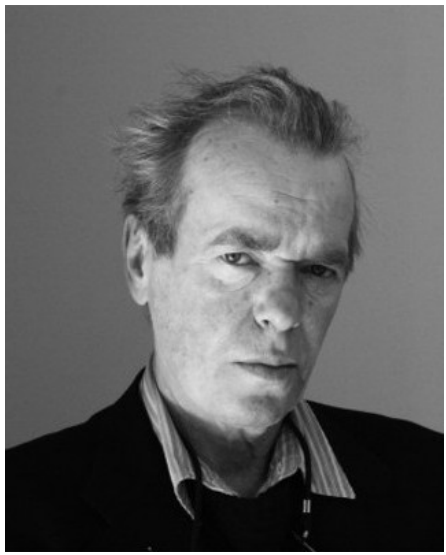
El pequeño Keith paladeó el aire entre sus labios hinchados, reconociendo con placer el tranquilo anonimato del pueblo. Las lágrimas empezaron a formarse en sus ojos abotagados. Se acercó poco a poco, saboreando en cierto modo el sigilo que imponían a sus movimientos las heridas de sus doloridas piernas, disfrutando de la dulce y dolorosa integridad de su cuerpo. El interno le había pedido, apremiándole ante la urgencia de su caso, que se quedara en el Instituto y se sometiera a tratamiento, pero… no: Keith había querido volver lo antes posible junto a sus impacientes amigos. Incluso ahora se sentía ridículamente conmovido al pensar que le habían rescatado, dando muestras de tanta determinación y preocupación, de la muerte que tan puerilmente había buscado. También elogiaba en su fuero interno las habilidades de Marvell, al que suponía responsable de la presencia de la «droga sin identificar» que, según los médicos, había comprimido providencialmente sus tejidos grasos, deteniendo la fatal penetración de los barbitúricos. Miró a su alrededor, a los cuadriláteros de ladrillo grisáceo, a los árboles inquietos (qué estaban diciendo… *fresco fresco fresco*), a los pájaros apresurados, al cielo diferente. ¿Cómo —pensó— fue capaz de desear estar en otro sitio? Se sentía como si hubiera emprendido un largo viaje al que había sobrevivido para volver a nacer: renacido en la sala de partos de ese inopinado fin de semana.

Además, Keith se sentía al tanto, uno de los *cognoscenti*, en posesión de información exclusiva, crecido por las noticias que

obraban en su poder. Giles había muerto. El había muerto. Antes incluso de que tuvieran tiempo de poner en funcionamiento las bombas de succión estomacal, su respiración se había detenido, y al aplicarle los respiradores su corazón se había parado al instante. Habían traído a la madre de Giles de las salas de arriba; Mrs. Coldstream había abrazado al pequeño Keith, bañándole las mejillas con sus lágrimas. El interno se había vuelto a ofrecer para llamar a la rectoría de Appleseed, pero Keith se le había adelantado. Quería para él toda esa triste bienvenida, la entrecortada simpatía de sus amigos. Keith estuvo ensayando frases, buscando la mejor manera de relatar la melancólica historia. Él mismo había visto a Giles echado en la camilla blanca, a Lucy llorando en sus pobres hombros, su cara tranquila, triste e infantil en la muerte.

Keith cruzó el puente cojeando firmemente. Se detuvo al principio de la calzada. La rectoría de Appleseed se asomaba con sigilo entre las sombras de la mañana. Keith guiñó los ojos. ¿Estaba ahí realmente? Tuvo un momento de nerviosismo en el que pensó en dar media vuelta, en escaparse. Pero luego sonrió ante sus presentimientos. Ya ha pasado todo, pensó, avanzando por la húmeda gravilla.

La cocina de Appleseed: la maleta, las llaves del coche, la bolsa con las drogas, el fajo de billetes, el hacha bruñida. Sobre la pared, la G excrementosa (un señuelo) de los Gestos Conceptualistas. Johnny estaba allí. Se asomó impaciente a la ventana. Mientras observaba a Keith avanzando por el camino, sus ojos verdes lanzaban destellos como soles salvajes y moribundos en el amanecer.



MARTIN AMIS (Swansea, Inglaterra 1949) estudió en Oxford y debutó brillantemente como novelista con *El libro de Rachel*, galardonada en 1973 con el Premio Somerset Maugham, publicada en España (en 1985) por Anagrama, al igual que *Dinero, Campos de Londres, La flecha del tiempo, La información, Tren nocturno, Niños muertos, Perro callejero, La Casa de los Encuentros, La viuda embarazada, Lionel Asbo. El estado de Inglaterra* y *La zona de interés*, los relatos de Mar gruesa, los ensayos de *Visitando a Mrs. Nabokov, La guerra contra el cliché, El segundo avión y El roce del tiempo*, y los libros de carácter autobiográfico *Experiencia y Koba el Temible*.

Notas

[1] *Pants*: pantalones en Estados Unidos; en Inglaterra este término se utiliza para referirse a las bragas, *panties*. (*N. de la T.*) <<

[2] En castellano en el original. (*N. de la T.*) <<

[3] El país de los gigantes en *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift. (*N. de la T.*) <<

[4] *Whitehead*: «espinilla». (*N. de la T.*) < <

5] En inglés, «mano» es *hand*. (*N. de la T.*) < <